

LORENA FRANCO

QUIÉN
MUEVE
LOS
HILOS

NOV  LA



Quién mueve
los hilos

Lorena Franco

Quién mueve
los hilos

la esfera  de los libros

Primera edición: enero de 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Lorena Franco, 2019

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary & Film Agency, Barcelona, España.

© La Esfera de los Libros, S. L., 2019

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel. 91 296 02 00

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9164-476-7

Depósito legal: M. 33.843-2018

Fotocomposición: Creative XML, S.L.

Impresión: Cofás

Encuadernación: De Diego

Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

LA EXTRAÑA QUE HAY EN MÍ

MARZO

ABRIL

MAYO

JUNIO

JULIO

Agradecimientos

A mis padres.

LA EXTRAÑA QUE HAY EN MÍ

La noche de San Juan

Martes, 23 de junio de 2015

Aún, inocente de mí, te espero. Hace tres horas que he llegado a nuestro lugar secreto: la cabaña situada en un rincón perdido y alejado de un diminuto pueblo de los Pirineos para que ni siquiera sus aldeanos supieran de nuestra existencia.

Desde las ventanas, empañadas por el frío de la noche, solo puedo vislumbrar el bosque, un camino de tierra descuidado, campos alrededor y altas montañas que, en unos meses, dejarán atrás su color verde para dar paso al blanco de las nevadas de invierno.

En mi imaginación te contemplo, de espaldas a mí, desde esta misma ventana en la que me encuentro hoy. Te gustaría ver cómo en invierno los copos de nieve caen finos y elegantes sobre la tierra húmeda. Pero no hay nieve. Es verano. Es la noche de San Juan, la noche en la que habíamos quedado, y tú, en realidad, nunca has estado aquí. Por un instante, te dejo de imaginar y me conformo con la nada y la soledad.

En ocasiones, si la niebla que aparece incluso en la época estival lo permite, las tenues luces del pueblo, a lo lejos, se dejan ver. Mi cabeza sigue creando fantasías y ahí estamos los dos, sentaditos en el porche con una manta y una copa de vino tinto Vega Sicilia, tu preferido.

Por mucho que pegue mi cara contra el cristal de la ventana de la cocina, apenas puedo ver nada más allá de mi Audi. ¿Te habrá pasado algo? El camino es peligroso; las curvas, asociadas con la bruma de la zona, no son una buena combinación. No conoces el camino del que tantas veces te he hablado.

—Nunca nos descubrirán —te dije, cuando te hablé de este lugar que compré para nosotros, cuando solo hacía cuatro meses que empezamos a ser amantes. Este iba a ser nuestro refugio y rincón secreto.

Pienso en el siguiente paso. Qué es lo que debo hacer. Es lo único en lo que he estado pensando a lo largo de estos meses. Pero entonces, cuando más perdida estaba, llegó el mensaje que llevaba tiempo esperando:

Te espero en la cabaña la noche de San Juan.

S.

Enciendo un cigarro para distraerme y expulsar toda esta mierda que me reconcome por dentro. Inhalar humo, exhalar humo. La toxicidad de la nicotina y el alquitrán se mezclan con el vaho; voy a por una chaqueta de lana que tengo guardada en el armario y me abrigo más de lo que ya lo estoy. Hace mucho frío. Aquí siempre hace frío, incluso en verano, y todavía más cuando cae la noche.

«Ojalá estés vivo. Escondido, para que no te encuentren», murmuro, al mismo tiempo que me tambaleo por los suelos de madera vieja que crujen a cada paso que doy, apretando los dedos contra mi sien debido a una migraña horrible que nubla mi mente. Rezo a un Dios en el que no creo, esperando el milagro de verte aparecer con una media sonrisa y los ojos abiertos e ilusionados al descubrir mi cara de sorpresa al saber que nunca te has ido y he seguido confiando en ti y en tu verdad. Que sigues aquí. Que estás bien. Que siempre, a pesar de lo que me dijeran o llegase a pensar, confié en ti. Tu mensaje me ilusionó cuando creía que habías muerto o incluso cuando las voces envidiosas me dijeron que tú no existías. Qué sabrán ellos. Qué sabrá ella.

Cuando el cigarro, apurado al máximo, se consume, enciendo otro. Y luego otro y otro... El reloj de pared que hay en la cocina marca las once menos cuarto de la noche y, por cada segundo que pasa, mi esperanza de que todo haya sido una broma pesada se esfuma. Es real. Está pasando. Me has engañado; no sé quién eres en realidad.

Estoy temblando. Por primera vez en mucho tiempo vuelvo a ser aquella niña indefensa adoptando una posición fetal en la esquina de un deprimente dormitorio para no volver a ser golpeada. Indefensa, traumatizada, triste y sola. Sola.

Camino dos pasos desde el sofá hasta la cocina y me da por comprobar si la máquina de café funciona, pero luego me doy cuenta de que no hay café en la despensa y tengo que reprimir mis ganas de consumir cafeína para mantenerme despierta.

Me pesan los párpados. Necesito cerrar los ojos y dormir. ¿Cuánto tiempo hace que no duermo? ¿Dos días? ¿Quizá tres? El récord está en dieciocho días, veintiuna horas y cuarenta minutos, casi diecinueve días en los que un

hombre soportó estar despierto y, como consecuencia, terminó con fuertes alucinaciones, ataques constantes de paranoia y problemas psicomotores. Como siga así, voy por el mismo camino, aunque a las alucinaciones y a la paranoia ya estoy acostumbrada.

Hace dos horas que he terminado la botella de whisky que dejé no sé cuándo en la despensa. Pero el estado de embriaguez y la falta de sueño no impiden que me percate de la presencia de un extraño. En el exterior, los faros de un coche que se detiene lentamente frente a la puerta de la cabaña me deslumbran con fuerza, obligándome a cerrar los ojos para abrirlos después y ver cómo surge una sombra alargada que se acerca más y más hacia donde estoy yo.

«Quisiera ver que eres tú. Reconocerte en la oscuridad y hasta en el mismísimo infierno».

El primer instinto que tengo es el de apagar las luces y esconderme, pero ya es demasiado tarde. Quienquiera que sea, porque me niego a reconocer que es quien es, ha visto que estoy en el interior de la cabaña y sé que es capaz de echar la puerta abajo con tal de entrar.

Me lo suponía. ¿Por qué no quise creerlo? ¿Por qué negar lo que parecía tan evidente en estos últimos y extraños meses?

He caído en la trampa. En una trampa mortal. Ya no hay vuelta atrás.

¿Cómo he podido ser tan estúpida?

«Debería haberte hecho caso, amiga».

Doy un respingo al escuchar el sonido del mando a distancia cerrando el coche. La sombra, grande e imponente, se acerca a la puerta. Da dos golpes, después uno y otro más. Nuestra contraseña. Conoce nuestra contraseña como si quisiera hurgar en la herida provocándome el peor de los dolores: reconocer que no eres tú. Que tú ya no estás. Que los muertos nunca vuelven; los mentirosos tampoco.

Con la mano temblorosa, cojo las llaves que hay sobre el mármol de la cocina y las introduzco en la cerradura.

«¿Por qué demonios estoy abriendo?».

La curiosidad siempre ha sido mi principal trampa mortal.

El corazón late desbocado en mi interior. Un mal presentimiento se apodera de mí cuando ya es demasiado tarde y, al abrir la puerta, entiendo el motivo. Algo en mí siente la necesidad de enfrentarse, cara a cara, con la sombra del pasado.

—Hola —saluda secamente con una mueca burlona.

Su presencia no es la que me hace temblar. No tiemblo y tampoco tengo la necesidad de gritar o escapar hasta que logro ver la cara de quien se esconde detrás.

La sangre empieza a rugir por mis venas y el viento de los Pirineos, el aliado del mal, arde en mis pulmones. Me quedo sin voz. El nudo en la garganta se hace cada vez más fuerte mientras, apuntándome con una pistola, me arrastra hacia el interior de la cabaña y cierra la puerta tras de sí con la mirada inyectada en sangre repleta de furia.

—¿Todo este tiempo has sido tú?

MARZO

«El silencio es un grito de los recuerdos».

DANNS VEGA

Sara

Marzo, 2015

Hace veinte minutos que me he perdido por las calurosas calles de Barcelona en un día primaveral y soleado de finales del mes de marzo. El calor ha querido anticiparse y media ciudad se ha desprendido con incredulidad de las bufandas y las gruesas chaquetas que hasta hace unos días cubrían nuestro cuerpo para afrontar el frío.

Estoy perdida. Siempre me sucede lo mismo, debería estar acostumbrada y no sofocarme tanto. En cuanto salgo de la zona alta de la ciudad, las calles del centro, las estrechas y oscuras, se me antojan similares y no hay manera de poder ubicarme.

Camino por las Ramblas observando, algo distraída y ausente, todo cuanto hay a mi alrededor. Se trata de un lugar en el que, por mucho que hayas recorrido o creas que conoces, encuentras a menudo algún detalle en el que no te habías fijado. Si algo siempre ha definido una de las zonas más emblemáticas de Barcelona es su ambiente animado y alegre, y el ir y venir de hasta doscientas mil personas al día, trescientas mil los días festivos. Las Ramblas, empezando por la font de Canaletes, de la que cuenta la leyenda que quien bebe de ella seguro que vuelve a Barcelona, es un espectáculo digno para detenerse un momento a contemplar todo cuanto hay a su alrededor.

Cruzo la plaza Real mirando el reloj. Me apena no tener tiempo para ir al café de la Ópera, uno de mis lugares preferidos para tomar una taza de café o una copita de vino. «Otro día», me digo, recordando a mi marido y lo mucho que le gustaba. Fue él quien, en nuestros buenos tiempos, me dio a conocer el lugar. Fue ahí donde le confesé algunos de mis secretos más oscuros; ahí, justo en esa mesa redonda que se ve a través del cristal de la entrada, la que está en una esquina al lado de la puerta.

Me adentro en el barrio Gótico apretando contra mi pecho el bolso para no ser víctima de cualquier carterista que pulule por la zona y encuentro, al fin, la calle que llevo buscando desde hace más de media hora: el passatge dels Escudellers. En el número cinco, donde se encuentra un bar de copas llamado

Beth Galí, se alza un antiguo edificio de piedra grisácea con una gran puerta entreabierta de madera y toda clase de pequeñas esculturas talladas de otros tiempos. Saludo con un gesto seco de cabeza a un vecino que baja por las escaleras mientras yo las subo fatigada hasta el cuarto piso. Cuando llego a mi destino pulso el timbre con timidez, no sin antes asegurarme de que he llegado al lugar correcto. La placa, con letras doradas sobre un trozo de madera desgastada de color rojo, así me lo indica:

CARTOMANCIA, ESOTERISMO Y MAGIA
LUCRECIA MALDONADO - VIDENTE

«No tendría que estar aquí», me lamento avergonzada. Maldigo a Fermín, el portero de mi edificio, y sus místicas recomendaciones porque a su mujer le había ido muy bien visitar a esta vidente tras el fallecimiento de su madre. Imbécil de mí por haberle hecho caso cuando lo que necesito es otro tipo de ayuda.

No tarda en abrirme la puerta una joven alta y desgarbada de no más de treinta años, que me escudriña con su imponente mirada de ojos azules saltones tras unas gafas retro con montura de color amarillo chillón. Sus intentos por ser hípster me resultan chocantes y desmesurados.

—Su nombre, por favor —me pide, antes de dejarme entrar.

—Sara Mendieta —me presento, tratando de controlar el temblor de mi voz, ocasionado por los nervios de encontrarme en un lugar como este al que, desde siempre, he jurado que nunca acudiría, salvo en situaciones desesperadas.

—Muy bien. La estábamos esperando —me recibe, con una falsa sonrisa ensayada cien veces frente al espejo.

La joven me hace pasar al interior de una claustrofóbica recepción con dos butacas de principios del siglo XX de terciopelo violeta sobre una alfombra de los años setenta llena de polvo, que poco tiene que ver con el resto de la decoración.

Miro a mi alrededor asustada, como si este lugar no fuera conmigo, como si yo no debiera estar aquí.

Las paredes, pintadas de un rojo chillón, están adornadas con multitud de cuadros antiguos en los que aparecen brujas y hadas; caballeros y princesas. Sentada en una de las butacas, me fijo en una vitrina acristalada repleta de velas, amuletos y muñecas de porcelana pálidas que parecen mirarme fijamente con sus pequeños ojitos oscuros. Me entran escalofríos y aparto la

mirada de ellas, centrándome en la mujer que me ha abierto la puerta y que parece haberse olvidado de mi presencia. Está distraída mirando la pantalla del ordenador que hay sobre su escritorio. A su lado, un incienso se consume, otorgando a la recepción un olor a vainilla rancio y asfixiante. Ni una sola ventana. A la derecha hay un pasillo oculto tras una cortina de terciopelo del mismo color que las paredes. Odio el terciopelo. Odio el color rojo en las paredes.

El tiempo se detiene. Respiro hondo, me cruzo de brazos en posición de defensa y continuo esperando resignada.

Cinco minutos más tarde, olvidada en un rincón de la recepción y cuando ha llegado el punto en el que he creído que no lo soportaría más y sería víctima de un repentino desmayo, aparece tras la cortina de terciopelo una mujer de metro cincuenta de estatura, cabello rubio alborotado cubierto por un pañuelo rosa y los dedos, regordetes y cortos, decorados con anillos de plata con formas de calavera. Me fijo en sus uñas pintadas de rojo, las más largas que he visto jamás. Sus ojos pequeños y oscuros me miran con curiosidad. Al sonreír, me percató de que le faltan dos dientes y su gesto se me hace, como poco, horripilante.

—Sara, puedes venir conmigo.

Su tono de voz es agudo y misterioso. Sin decir nada, la sigo por un estrecho pasillo que parece no tener fin. A ambos lados se hallan puertas cerradas a cal y canto. De una puedo escuchar lamentos; del resto, un silencio sepulcral. La mujer se acerca hasta la penúltima puerta, me ofrece de nuevo una sonrisa desdentada y me hace pasar a un espacio cuadrado también sin ventanas. Las paredes están decoradas con papel floreado donde predomina el color azul cielo; en mitad de la sala, tenuemente iluminada por un candelabro y un par de velones blancos custodiados por unas figuritas de barro con forma de brujas, hay una mesa redonda cubierta por un manto rojo y unas cartas del tarot que parecen esperar a su propietaria, la prestigiosa Lucrecia Maldonado a quien, quizá por su nombre, había creído argentina, pero en realidad tiene un fuerte acento catalán.

—Puedes sentarte, Sara —me ofrece, señalando la silla de madera que hay frente a la de ella—. ¿A qué has venido? —quiere saber.

Me pregunto lo que suele preguntarse todo el mundo cuando está frente a una vidente: «Si tan vidente eres, ¿no lo sabes tú?». Prefiero callar. No cabrearla. Hacer ver que confío en ella y que voy a creer todo lo que me diga. Siempre se me ha dado bien disimular.

—A lo que viene todo el mundo —respondo, ocultando la voz interior que le quiere decir: «Estafadora»—, a saber algo sobre mi futuro.

—He visto pasar a muchas personas por aquí. Personas muy importantes —explica con orgullo, sin mirarme directamente a los ojos, al mismo tiempo que baraja las cartas con frenesí—. Todas esas personas quieren saber qué será de sus vidas y siempre les digo lo mismo: el poder de cambiar el futuro está en ti. Que las inseguridades no puedan contigo. Hay quienes necesitan obtener respuestas, ponerse en contacto con sus seres queridos fallecidos o...

—No —la interrumpo—, nada de ponerme en contacto con seres fallecidos, por favor.

—Pero debes saber que te acompaña alguien, Sara. Está a tu lado.

Señala mi lado izquierdo con parsimonia. Y, sobresaltada, también miro hacia ese lado, pero ahí no hay nada ni nadie. No, al menos, alguien a quien yo pueda ver. Si esta bruja quiere meterme miedo o sacarme más dinero por un servicio extra, no va a salirse con la suya. No conmigo. Solo quiero conocer un ínfimo detalle sobre mi futuro, si me irá bien con él; si el amor, tal y como suelen decir en las películas, triunfará por encima de todo. Si él, como prometió, volverá. A mi lado solo hay un vacío; aire, pero la tal Lucrecia parece verlo, asintiendo con la cabeza y creyéndose un ser superior por ver, o aparentar que ve, el más allá invisible ante mis ojos.

—Me da igual.

—Es un hombre.

—He dicho que me da igual —insisto, manteniéndome en mis trece y maldiciéndola en mi fuero interno.

—Alto, delgado. En otros tiempos fue rubio, canoso, pero hubo algo que le arrebató su cabellera. ¿Estuvo enfermo? No, dice que no. Está empapado. Tiembla. Fuego. Hay fuego —murmura aterrorizada.

—Cállate —le ordeno, sin importarme, llegados a este punto, ser maleducada y faltarle al respeto a la profesional de la videncia. Pero la mujer parece no escucharme, inmersa en un estado de trance que me hiela la sangre, sigue asintiendo y mirando a mi lado.

—Tiene los ojos verdes —continúa—. Él necesita que sepas que sigue contigo.

—¡Basta! —gruño, levantándome de la silla y golpeando la mesa.

La vidente ni siquiera se inmuta. Me ofrece las cartas sin mirarme. No soy su centro de atención.

—Pon las cartas sobre la mesa y divídelas en cuatro montones —ordena

con profesionalidad.

Sigue sin mirarme. No me mira a los ojos, pero ha cambiado repentinamente su comportamiento en cuestión de segundos. Del más absoluto horror a la calma, a la normalidad. ¿Cómo lo hace? El mundo se está perdiendo una gran actriz.

Divido las cartas en cuatro montones tal y como me ha ordenado, tratando de controlar el temblor de mis manos. Lucrecia, sin darle la vuelta a ninguna de ellas, me mira fijamente con determinación. Su mano derecha empieza a temblar; a ella parece no importarle, pero a mí me impacta. De los cuatro montones coge una de las cartas que hay en medio y, de un golpe seco, la aplasta contra la mesa dándole la vuelta. Veo cómo su sonrisa desdentada da paso a una seriedad extrema; cómo sus pequeños ojos se agrandan y su mano temblorosa empieza a girar de forma frenética las tres cartas restantes. Las sitúa junto a la primera carta que permanece imperturbable en el centro.

Lucrecia aprieta los labios, frunce el ceño y señala la carta central: el Diablo. En estos momentos le tiemblan las dos manos, no parece controlarlas, como si pertenecieran a otro cuerpo. A la carta del Diablo la acompañan el Colgado, la Torre y la Muerte. No entiendo mucho de tarot, pero creo que estas figuras no auguran nada bueno. A continuación, da la vuelta a otra carta y, al ver que es la de los Amantes, se levanta y empieza a dar vueltas por el pequeño espacio santiguándose con ímpetu.

—La muerte. La muerte. ¡La muerte! —grita, mostrando la locura en sus diminutos ojos—. ¡Sal de aquí! ¡Sal de mi propiedad! ¡Ahora mismo!

—Pe... Pe... ¿Pero qué significa todo esto? —balbuceo, atónita ante lo que está ocurriendo—. Por el amor de Dios, habrás visto cosas peores que esta. ¿Qué es lo que pasa? —acierto a preguntar, viendo cómo no solo pierde el control de sus manos, sino de todo su cuerpo.

Lucrecia se precipita contra la mesa y pone la carta del Diablo frente a mis ojos.

—Sal de aquí inmediatamente, Mermelada.

Da otro golpe a la mesa que hace tambalear las paredes de la sala y me da la espalda mostrándose compungida, con las manos temblorosas alzadas hacia el techo.

Me ha llamado «Mermelada». Por un momento, me quedo en *shock*. Así era como me llamaba Marco cuando empezamos a salir. Cuando era una joven de dieciocho años y él ya había cruzado la barrera de los treinta; cuando su dinero me deslumbraba, su presencia me imponía y sus besos eran mi

adicción. Cuando aún no sabía quién era realmente la persona con la que me casé y nadie entorpeció lo que parecía una historia de película.

Asustada y sin comprender nada, cojo mi bolso y salgo corriendo hacia el exterior sin pagar la extraña y brevísima sesión. Tampoco me despido de la joven de la recepción que sigue absorta en su mundo frente a la pantalla del ordenador.

Bajo corriendo las escaleras del edificio agarrándome bien a la barandilla por si las piernas flaquean y me precipito al suelo.

Al salir a la calle, libre de ese claustrofóbico manicomio sin la presencia de la vidente desdentada y extraña, respiro hondo sintiéndome a salvo.

«Ha sido una mala idea venir a un lugar como este», pienso. Muy mala idea y una pérdida de tiempo. Nadie va a saber qué ha sido de él o dónde está. Sabía desde el principio que no tenía que venir, pero la curiosidad pudo más. La curiosidad siempre puede más.

Aún es pronto y necesito que me dé un poco el aire, así que camino hasta la plaza del Portal de la Paz, donde está ubicada la estatua de Colón, sintiendo con fuerza, a cada paso que doy, la humedad barcelonesa, su intrigante neblina al atardecer y el inconfundible olor a mar. Envidio a quienes, sin aparentar preocupaciones, posan delante de la cámara fotográfica sonrientes, cabalgando encima de algunos de los ocho leones que custodian la estatua y que tantas restauraciones necesitan por estar tan demandados en las numerosas fotografías que aparecen en las redes sociales de los turistas. El precio de la fama, supongo.

Luego, antes de llegar al muelle de España del Puerto Viejo que conduce al centro comercial Maremágnun, me acomodo en uno de los bancos a contemplar los buques a punto de emprender su travesía.

Cierro los ojos y viajo atrás en el tiempo, cuando Marco aún vivía y, al principio de lo nuestro, cuando todo era perfecto y maravilloso, viajamos un par de veces a bordo de esos barcos con todo tipo de lujos que, en estos momentos, tengo que conformarme con ver de lejos. El primer crucero fue inolvidable. Disfrutamos juntos de las fiestas, los cócteles gratis y del bufé libre, por supuesto. De las vistas en alta mar, de los atardeceres y las estrellas, jugando a ser Jack y Rose en el desventurado *Titanic*, como si fuéramos dos alocados adolescentes con ganas de comernos el mundo.

—Pero espero que no nos estampemos contra un iceberg —bromeó, el que dos años después se convertiría en mi marido, apretando mi mano contra su

pecho sin importarle que el resto del mundo creyera que era mi padre y, por lo tanto, ese gesto resultara del todo inapropiado y repugnante.

Cómo una tragedia como la que se vivió en el *Titanic*, con el tiempo, puede no ser dolorosa para las gentes del futuro. Cómo podemos llegar a tener esa capacidad de olvidar. De olvidar trágicas historias y las cientos de vidas que penaron por su causa. Personas que, por el pasar de los años, dejan de tener quien les llore. Cómo se van. Cómo se esfuman. Cómo la muerte nos deja a todos en muy mal lugar. Y, mientras tanto, otros seguirán naciendo, viviendo y muriendo, cuando seamos nosotros los que también caigamos en el olvido de las gentes del futuro con nuestras pequeñas e invisibles tragedias personales.

Lo que me enamoró de Marco fue su espontaneidad, lo pícaro que era y esa sonrisa suya tan enigmática y a la vez tan atractiva. Nunca pensé en su dinero o en las numerosas propiedades que poseía como todos pensaban. Fueron también sus ganas de vivir, su sentido del humor y lo despreocupado que recuerdo que se mostraba siempre. El segundo crucero que hicimos, sin embargo, fue el que marcó un antes y un después en lo nuestro, especialmente en mí. Dejé de reconocerlo como el tipo encantador que quiso que viera y la magia se esfumó. Mi vida se fue al traste. La parte buena de nosotros desapareció, en realidad jamás había existido, y mi vida empezó a ser un infierno que él tenía estudiado desde el principio. Fue entonces cuando dejó de llamarme Mermelada.

En estos momentos, a pesar de tratar de pensar en otros asuntos igual de dramáticos, no puedo quitarme de la cabeza la mirada que me ha dedicado la vidente. Tampoco sus cartas, grabadas a fuego en mi retina, ni la supuesta conversación que ha tenido con mi difunto marido «situado a mi izquierda», por la cual ha sabido el apodo que utilizaba conmigo porque decía que era tan dulce y sabrosa como la mermelada. Algo en mí sabe a qué ha querido referirse cuando las cartas le han desvelado el misterio, pero quiero seguir viviendo en una mentira. Quiero olvidar quién soy realmente. En qué me he convertido. Olvidar todo mi pasado, incluso las lagunas que existen en mi mente enfermiza, y no seguir sufriendo por un futuro incierto que me desvela por las noches y me impide ser feliz. Qué complicado se ha vuelto todo. La vida, en sí misma, es una gran mentira.

«Mentira, mentira, mentira —me repito una y otra vez internamente, mientras miro a unas palomas congregadas picoteando las migajas que una anciana les ha dejado sobre las tablas de madera del puerto—. La vidente está loca. Es todo mentira».

«Él necesita que sepas que sigue contigo», ha dicho.

Aún puedo escuchar sus palabras como si me las estuviera diciendo aquí mismo.

«No. Olvídalo o acabarás loca como esa maldita bruja».

Y, pese a lo que me ha tocado vivir, hay algo a lo que siempre me he aferrado con todas mis fuerzas desde que mi padre enloqueció tras la muerte de mi madre en el momento de darme a luz: a la cordura.

Isabel

Marzo, 2015

Mujer blanca, treinta y cinco años.

Un disparo en la cabeza.

Cuando Joel me ha llamado, hace una hora, estaba tomando un café con leche en el bar de abajo de mi casa, La Esquinica, mientras, absorta en mi propio mundo, me compadecía de todas las víctimas, amigos y familiares del vuelo Germanwings estrellado en el macizo de Estrop, en los Alpes franceses de la Provenza.

Cien veces ha tratado de persuadirme con alguno de sus casos desde que es inspector jefe y cien veces le he respondido que no. Muchos han sido sus intentos para que volviera a trabajar codo con codo con él. La respuesta siempre ha sido la misma: «Aún no estoy preparada». Pero esta vez no se ha dado por vencido y ha sabido dar con la contraseña al mencionar la palabra «suicidio» después del «supuesto». Algo en mí se ha activado y he cedido a pesar de no estar, todavía, capacitada mentalmente para ejercer mi profesión policial.

Cuando he llegado al edificio modernista situado en la zona alta de Barcelona, en la avenida de Sant Gervasi, me he visto sorprendida por la diferencia que existe entre una acera y la otra. Dos realidades distintas: en el lateral de los números impares hay casas ajardinadas rodeadas de arbustos para lograr la intimidad deseada dentro del alboroto de la ciudad. Son clínicas privadas, asociaciones gubernamentales, hogares de gente de bien o, como en el caso del lugar en el que ha aparecido la mujer muerta, casas únicas del siglo pasado convertidas en lujosos pisos para alquilar. Por otro lado, en la acera contraria, la de los números pares, se han alzado ante mis ojos bloques de siete u ocho plantas cuya construcción se remonta a entre los años treinta y sesenta. Debajo de estos edificios existe un golpe de realidad que no parece haber en la acera de los números impares: servicios, aunque con mucho aire de Sant Gervasi, incluso en la manera de hablar de sus empleados. Una

farmacia, una panadería perteneciente a una gran cadena, bares, tiendas de ropa y otros negocios.

El número treinta y siete del paseo hace esquina con la calle de Ciser en la que he visto que se encuentra la entrada al garaje subterráneo de la propiedad. Enfrente hay un concesionario Mercedes-Benz y unas señalizaciones que te indican que, si sigues recto, te toparás con la plaza John F. Kennedy, la torre Salvador Andreu y el tranvía azul que te lleva a la avenida Tibidabo. El edificio en el que están trabajando está impregnado de un carácter único y especial debido al empeño en tallar minuciosamente figuras sobre la piedra remodelada de la fachada entre las que destacan flores. Es modernista y, según la placa que hay en la entrada, data de 1905. Los cipreses se amontonan alrededor de la casa otorgándole privacidad y rincones sombríos, aun siendo más comunes en cementerios por el poco cuidado que requieren, su hoja perenne y su longevidad.

La primera hipótesis que se baraja es la del suicidio, parece evidente salvo por un par de detalles en los que Joel ya ha reparado antes de que yo llegase. Los técnicos de la científica, envueltos en sus buzos blancos y con las manos enfundadas en guantes de látex, hace rato que trabajan en el procesamiento del escenario. Cuando he entrado, ya habían terminado de sacar fotografías al interior del piso porque había varios testigos métricos colocados en el suelo de mármol *beige*.

He recorrido el salón con mucha cautela para no llamar la atención entre los que se encuentran trabajando en el caso. En el fondo, me avergüenza seguir de baja desde lo ocurrido hace seis meses y sé que al jefe no le gustaría que anduviera por aquí como una fisgona entrometida, que es lo que parezco, en vez de una subinspectora. En cuanto he visto la copa de vino con la marca reseca de los labios de la víctima, Elisa Solano, lo he sabido. A esta mujer, antes de obligarla a matarse, la han drogado con alguna sustancia que llevarán a investigar al laboratorio. El resultado de las pruebas toxicológicas me dará la razón.

Es pronto para saberlo, todavía falta por practicarle la autopsia, pero, según consta en el informe pericial preliminar, falleció cuarenta y ocho horas antes de que un par de agentes hallaran su cuerpo. Por lo tanto y, supuestamente, murió el 24 de marzo entre las diez y las diez y media de la mañana.

—A esa hora aún no podía saberlo —medito, más para mí misma que para Joel o Aguilar, el forense.

—Sabemos que la víctima era diestra, por lo que no es lógico que usara la mano izquierda para disparar el arma —me explica Joel.

—¿Algún familiar?

—Su padre vive en Madrid. Por teléfono no ha parecido muy afectado.

Estudio con determinación el croquis del escenario sin perder de vista a la fallecida. Escudriño con detalle cada parte de su cuerpo: la perfecta manicura francesa ya morada, fría y deteriorada; los párpados que no llegaron a cerrarse del todo y la comisura de los labios entreabiertos en forma de «o».

Pese a lo que creemos Joel, el forense y yo, la hipótesis del suicidio es la que suena con fuerza entre los aquí presentes. Si están en lo cierto y se trata de un suicidio, no entiendo por qué esta mujer, que lo tenía todo y parecía vivir entre algodones, ha querido irse tan pronto. Las malas lenguas dicen de los más ricos, esos que cuanto más tienen más quieren y necesitan, que en el momento en que consiguen todas las posesiones materiales con las que siempre habían soñado, luego, al no tener nada más que eso, la vida les parece una mierda. Pero ¿qué le ha pasado para quitarse de en medio? ¿Para desaparecer? Pienso en la copa de vino sobre la mesa y observo con más recelo el vago gesto de incredulidad que me muestran los labios de la difunta. La mano izquierda en lugar de la derecha. Hay compañeros que verían en mis conjeturas locura o tormento; yo prefiero llamarlo intuición.

Joel me mira. Espera a que diga algo más. Cree saberlo todo de mí y, en el fondo, no tiene ni idea de nada.

Cuando estaba en activo, solía cometer siempre el error de involucrarme y ponerme en el lugar de las mujeres fallecidas prematuramente en circunstancias violentas e impensables. Tratar de querer sentir lo que ellas sintieron en sus últimos segundos. Pero ahora mismo no puedo. No puedo empatizar con esta mujer. Todo a mi alrededor huele a podrido y las voces se quedan relegadas en un segundo plano. Solo existe el silencio, mis ojos y mi cabeza, su cuerpo inerte y los párpados a medio cerrar para toda la eternidad.

La tez violácea del cadáver debió de ser bronceada hace tiempo; las pecas aún se vislumbran sobre su nariz respingona. La posición de su cuerpo delgado, enfundado en un camión de seda largo, corresponde a un suicidio. En la mano izquierda entreabierta aún tiene la pistola, una Glock semiautomática de nueve milímetros, la causante del disparo en la sien y de la sangre salpicada en las paredes y encharcada en el suelo.

—He visto el cadáver de muchas ricachonas suicidas, pero ninguna se pegó un tiro en la cabeza. Eso es cosa de hombres. Verás, tengo una teoría: las

mujeres de su clase no ensucian las paredes de sus casas. Lo más gore para ellas es lanzarse por la ventana, y aun así, caen al suelo con elegancia.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A que alguien la mató y sé que tú también opinas lo mismo, por eso estamos aquí. Primero le pusieron algo en la copa de vino; sabremos de qué se trata cuando lo analicen. Eso nos demostraría que fue alguien a quien la víctima conocía para abrirle la puerta y dejarle entrar. Después, cuando no estaba en plenas facultades, la obligó a pegarse un tiro en la cabeza manipulando su mano izquierda sin tener en cuenta que la víctima era diestra.

—Es posible —interviene el forense—. Isabel, ¿cómo estás? —Asiento y sonrío, dejando entrever mi incomodidad por un brevísimo espacio de tiempo—. La posición del cuerpo puede cambiarla cualquiera —añade—, pero las salpicaduras de la sangre en la pared, no. Ella sola se disparó, de eso no hay duda. Es lo que nos dicen las paredes y, evidentemente, las huellas del arma.

Joel y yo asentimos. Las paredes nunca mienten.

Cinco minutos más tarde, llega el juez, el señor Jorge Ruiz, con otra de sus estrafalarias corbatas pasadas de moda. Es un hombre serio e imponente pese a su baja estatura. Cada vez que entra en un lugar, por el respeto que se le tiene al llevar más de cuarenta años en el oficio, solo nos falta hacerle una reverencia. Todo se vuelve más silencioso y el ambiente, en el caso de estar tenso, se destensa por cojones, porque tal y como siempre dice el señor Ruiz, el loquero sale muy caro. Nos saluda a todos con el ceño fruncido y una mirada rápida a su alrededor, mientras trato de esconderme detrás de Joel para que no me vea. Una hora más tarde, ordena el levantamiento del cadáver.

Los técnicos de la científica continúan trabajando en el salón en busca de huellas y pruebas que ayuden en la resolución del caso. Joel se asegura de que han guardado a buen recaudo la muestra del contenido de la copa y les pide que lo analicen con urgencia esta misma noche para obtener los resultados a primera hora de la mañana del día siguiente. No se lo aseguran, tienen acumulado mucho trabajo, y los del laboratorio no dan abasto por culpa de los recortes.

—No me vengas con gilipolleces.

Es la única respuesta de Joel aprendida del hombre que tuvo su cargo antes que él. Leo, su mejor amigo y mi pareja, el compañero de vida al que no olvido y que, por mi mala cabeza, terminó muerto en servicio hace seis terribles meses. El caluroso 12 de septiembre de 2014. ¿Cómo olvidarlo?

La respuesta de Joel parece surtir efecto. Sabe que hoy van a trabajar durante toda la noche para obtener los resultados que exige a primera hora de la mañana.

Minutos más tarde, el piso se va vaciando.

Sigo meditando sobre lo que ha dicho Joel: «Las mujeres de su clase no ensucian las paredes de sus casas». Y también pienso en su suposición, la misma que comparto, que es que a la fallecida la obligaron a pegarse un tiro apuntando la pistola contra su sien después de haberla drogado.

—Joel, tenéis que indagar en la vida de Elisa: familia, amigos, extractos bancarios, historial médico, correos electrónicos, redes sociales, registro de llamadas... Todo.

Leo siempre me decía que Joel, aunque es un tipo disperso al que le gusta más irse de copas que trabajar, tiene un don. Es rápido, disciplinado y muy eficiente; siempre se anticipa a las respuestas. Parece haber nacido para ejercer este trabajo.

Cuando el cadáver cruza por última vez la puerta de su lujosa vivienda, aparece un vecino en el rellano que elucubro que vive en el piso de enfrente. Su rostro me resulta familiar; me parece reconocerlo de algún otro sitio, pero no logro recordar de dónde. Es alto y delgado; la ropa que lleva debe de costar lo que yo gano como subinspectora en dos meses. Pantalones *slim*, traje entallado hecho a medida y unos zapatos de piel de cocodrilo. Solo por este último detalle me cae mal desde el principio. El vecino sabe cómo destacar, otorgándole un halo de misterio a sus ojos pardos con unas gafas gruesas de pasta de color lila. En cuanto ve la fría camilla, imaginando quién es la persona que transportan en el interior de la funda mortuoria, exclama un «ohhhh» exagerado, denotando un gesto de horror abriendo la boca y los ojos al mismo tiempo.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta, chillando de forma amanerada, intentando alcanzar la visión de todo lo que sucede en el interior del piso acordonado. Uno de los agentes le corta el paso y, sin necesidad de palabras, lo invita a salir.

—Es Gustavo de la Cruz, un escritor de novela negra bastante famoso —me informa Joel—. Hay que interrogar a los vecinos por si alguno escuchó o vio algo raro; saber qué estaban haciendo o dónde estaban en el momento del disparo. Si nadie percibió el hedor procedente del piso ni se extrañó al no ver a la señora Solano.

—Bueno, ya he visto la escena del crimen y creo haberte ayudado un poco. Ahora, si me lo permites, tengo muchas cosas que hacer en mi vida de jubilada a los treinta y siete.

—Ni hablar. —Se interpone en mi camino y me agarra con dulzura del brazo—. Isabel, ¿no quieres volver a la acción? Te veo y siento que estás totalmente preparada.

—No, ni hablar. Ya no sirvo para esto, Joel. Se me queda grande —replico, lo más tajantemente que puedo.

«Suicidio». La palabra aparece en mi cabeza fulminante como una ametralladora.

—Vale, hagamos una cosa. Ven conmigo. Interrogamos a los vecinos, solo hay dos puertas a las que tocar, y luego dejo que te vayas. ¿Me acompañarás? Eres la mejor subinspectora que conozco —trata de animarme.

«¿La mejor subinspectora? —me pregunto—. Soy una farsante, eso es lo que soy. Siempre lo he sido».

Emito un largo suspiro. Indecisa, agacho la cabeza y fijo la mirada en las baldosas. Luego, miro a mi alrededor para no tener que enfrentarme a la mirada suplicante de Joel.

—¿Qué pasa? ¿No puedes vivir sin mí?

—Sabes que no.

Para qué pregunto.

—Mierda. Vale, Joel. Me quedo. Pero cuando acabemos, desaparezco. Y como me sigas llamando, te bloqueo. Advertido quedas. No quiero problemas, me juego el puesto por ayudarte estando de baja.

—A sus órdenes, jefa.

Al menos, pienso, no nos encontramos en uno de esos bloques interminables de Bellvitge como me pasó una vez en la que, por un ajuste de cuentas, me vi obligada a interrogar a más de cien vecinos. En estos momentos todo es diferente y parece más sencillo. Parece. Regla número uno: no te confíes. Cuanto más sencillo parece algo o alguien, más complicado se vuelve todo.

El edificio en el que nos encontramos consta solo de dos viviendas y la de la «suicida». Solo dos puertas a las que llamar.

—Nosotros nos vamos —avisa uno de los policías que ha descubierto el cadáver hace unas horas.

—Gracias por todo, agentes —se despide Joel.

Joel y yo también deberíamos despejar el piso, pero, por un extraño motivo, no puedo. Ahora que se queda completamente vacío es cuando creo que soy

capaz de verlo todo con mayor claridad.

Los agentes han explicado que no localizaban a la fallecida por teléfono, así que fueron enviados a darle la fatídica noticia en persona. Vinieron hasta aquí, el portero les dejó entrar y, al subir al rellano de la segunda planta, percibieron un olor extraño procedente del interior del piso. Al tocar el timbre varias veces y no obtener respuesta, bajaron y le preguntaron al portero si tenía una llave de repuesto, pero dijo que no. «La señora Solano nunca quiso que tuviera llave», se excusó. Los agentes tenían un mal presagio y estaban en lo cierto cuando decidieron que lo mejor era forzar la cerradura y entrar. Lo que no puedo evitar preguntarme es: ¿ningún vecino percibió el hedor del cadáver? ¿Ni siquiera el de los zapatos de piel de cocodrilo que ha salido de la puerta de enfrente?

Hallaron el cadáver de la mujer fallecida el mismo día y, prácticamente, en el mismo momento en el que el que suponemos que se trataba de su pareja también perdía la vida de una manera muy distinta. El nombre del hombre empadronado en esta dirección es Santiago López y consta entre los pasajeros del vuelo 9525 de Germanwings con destino a Düsseldorf que se precipitó en los Alpes franceses hace dos días y que, en estos momentos, ya se sabe que fue intencionado por el copiloto Andreas Lubitz tras bloquearle la puerta al comandante que había ido un momento al baño. Ciento cincuenta personas fallecidas por las que el mundo entero está conmocionado.

—Cuando me has llamado, estaba leyendo las novedades del vuelo Germanwings en el periódico —le comento a Joel sin mirarlo.

—Será una señal.

—No insistas —zanjo—. Ella no podía saberlo. Si se suicidó, cosa que dudo, ese no fue el motivo.

—Isabel, sabes que, tal y como están las cosas en comisaría, no me harán caso, ¿verdad? Es probable que en el piso no encuentren más huellas que las de la mujer y su pareja, en el caso de que fuera su pareja. También opinarán que fue ella misma quien puso la droga en la copa de vino para no sentir dolor y se pegó el tiro. ¿Y sabes qué dirán? Que no es nuestro deber descubrir el porqué de un suicidio. Pondrán como excusa el fallecimiento de su pareja, aunque es improbable que ella lo supiera aún.

Sara

Octubre, 2002

Tras haber entregado currículums en cientos de empresas con la esperanza de que me cogieran en algo que no requiriera de muchos estudios o experiencia, no creía que fuera a llegar la llamada tras varios rechazos durante seis meses en puestos de camarera, recepcionista y teleoperadora.

—Sara... —murmuró indecisa la voz de un hombre al otro lado de la línea telefónica—, oh, no aparece su apellido. ¿Es usted Sara?

—¡Sí, soy yo!

Puede que mi voz sonara muy joven o demasiado exaltada. La voz del hombre se detuvo un momento, se aclaró la garganta y me dijo que tenía mi «pobre» currículum entre las manos.

—¿Pobre? —pregunté confusa, creyendo que a continuación empezaría a reírse de mí.

Si no hubiera mentido en mi currículum, sería aún más pobre. Para rellenar, me vi en la obligación de poner cuatro empleos ficticios en tiendas inexistentes de familiares invisibles que me permitieran acceder, al menos, a una entrevista. Adornaban, pues, unos pocos meses como limpiadora y canguro en casas pudientes de la zona alta de la ciudad.

—La espero mañana a las once de la mañana en la inmobiliaria de avenida Diagonal. ¿Anota la dirección, por favor?

Corrí a por un papel y un bolígrafo sin apenas tinta y le prometí que al día siguiente, a las once de la mañana, estaría puntual en la entrevista.

Así que hoy es el día. Cuando son las diez y media, cojo la línea azul del metro desde Can Boixeres, barrio en el que vivo con un par de estudiantes de arte dramático, hasta la parada de Diagonal, la más cercana a la inmobiliaria donde tengo la ansiada entrevista. Nueve paradas. El número nueve siempre me ha gustado. Hoy voy a tener suerte. Apretujo contra mi pecho el bolso cuando, en la parada de Sants Estación, sube casi tanta gente como ya hay en el vagón. No quisiera ser víctima de un robo. No. «Hoy es mi día de suerte —me

repito—. Hoy todo va a salir bien», quiero autoconvencerme, para no perder la sonrisa.

Miro mis zapatos. No brillan, no como yo quisiera. Me los compré en un mercadillo de segunda mano con el poco dinero que me había dado mi hermano. Voy vestida con un traje azul marino pasado de moda y ahora, con la llegada del invierno, tendré que pedirle más dinero a Rodrigo para un abrigo que me caliente durante los fríos días de noviembre, mes que está a punto de entrar. Por eso necesito el trabajo. Para no tener que depender de un hermano drogadicto, cuyo dinero es fruto de trapicheos y asuntos turbios que siempre he tratado de evitar.

El sol de finales de octubre me recibe frío al llegar a lo alto de las escaleras del metro hacia el exterior y encontrarme en el centro, elegante y concurrido, de Barcelona. Subo Rambla Catalunya hasta situarme en la avenida Diagonal y doy un paso hacia la derecha mirando con atención los números de los edificios para encontrar el que estoy buscando sin pasarme de largo. Al llegar, el portero me mira con indiferencia y me indica con un gesto que no puedo usar el ascensor. Subo las escaleras hasta el cuarto piso y ahí, en un amplio rellano dedicado únicamente a la inmobiliaria en la que deseo con todas mis fuerzas trabajar como recepcionista, me dejo deslumbrar por la placa dorada en la que pone:

MENDEIETA INMOBILIARIA, S.L.

Me recibe un hombre bajito y relleno que me mira con la superioridad de quien sabe que ejerce cierto poder ante ti.

—Soy Sara, había quedado a las once para una entrevista y...

—Síntese —me corta, tajante y desagradable—, en esa sala de ahí —añade, señalando hacia la izquierda y cogiendo una carpeta marrón sobre el mostrador de la recepción vacía, para acto seguido encerrarse en un cubículo acristalado situado detrás.

Miro hacia la sala que me ha señalado. Hay quince mujeres esperando. Todas mayores y mucho más elegantes y guapas que yo; deben, por lo menos, superar la barrera de los treinta. Cabizbaja y avergonzada, camino por la moqueta granate y me siento en la única silla vacía. Todas me miran con curiosidad y cierta lástima.

«¿Qué hace esta *niña* aquí?», deben de preguntarse.

Agacho la cabeza, aprieto los párpados, ignoro el murmullo de voces a mis espaldas y empiezo a sentir dolor en las palmas de las manos, ahí donde las

uñas se me clavan en la piel.

Si deseas algo con todas tus fuerzas, el universo conspira para que se realice. Eso dicen, ¿no?

«Necesito este trabajo. Lo necesito. Tiene que ser mío. Por cordura. Por el bien de mi cordura».

Sara

Marzo, 2015

Ya es de noche cuando, aún con la imagen de las olas en mi retina y el olor a mar en el recuerdo olfativo que desaparece en la zona alta de la ciudad, entro con mi Audi hasta el garaje, no sin antes percatarme de la presencia de los coches policiales que se encuentran frente al portal de mi edificio.

En lugar de entrar por el interior del aparcamiento que conduce directamente a mi rellano, salgo al exterior y me topo con Fermín, el portero, apoyado en la verja con el rostro desencajado y mucho más pálido de lo normal.

—Fermín, ¿qué ha pasado?

Aún conmocionado, me mira y se encoge de hombros incapaz de pronunciar una sola palabra. Ni siquiera, para sacarlo de su estado y normalizar la situación, si es que se puede, me atrevo a confesarle que he estado en el gabinete de la bruja que me recomendó.

«Cordura, tu gran aliada. Recuerda: COR-DU-RA».

Trato de disimular el miedo y el temblor en todo mi cuerpo que me ocasiona ver a Elisa tras un árbol al otro lado de la calle. Me estrujo los ojos durante unos segundos que me impiden seguir viendo y, al abrirlos, la figura de Elisa ya no está ahí. Miro hacia un lado y hacia el otro; giro mi cuerpo para ver más allá del árbol en el que me ha parecido verla, pero ya no está. Me río para mis adentros. Ha sido una alucinación. Solo eso. Una absurda alucinación provocada por los nervios.

Me quedo en silencio. ¿Qué puedo decir? Por delante de mí pasan dos policías, un hombre y una mujer que tienen pinta de ser los encargados del caso por cómo hablan con el resto. Él parece ir al mando; ella se limita a seguir sus pasos mirando a su alrededor. Da la impresión de estar perdida.

Trago saliva. Me muestro indiferente, como si nada de lo que ocurre a mi alrededor tuviera que ver conmigo. Miro de reojo a Fermín que, el pobre, sigue en estado de *shock* y, al volver a mirar hacia el árbol, veo de nuevo a Elisa, pero esta vez huyendo. Camina deprisa con los puños apretados y el

cuerpo encorvado. Parece real. Pero no puede serlo. No puede estar huyendo calle abajo como alma que lleva el diablo. No puede estar viva porque yo la maté y los muertos no corren ni vuelven a aparecer. Vi con mis propios ojos cómo apretó el gatillo de la pistola que la ayudé a sostener y la bala voló sus sesos dejando el salón de su piso repleto de sangre.

Paralizada, como si mis pies hubieran formado raíces en la entrada del edificio, quiero convencerme a mí misma de que sí ocurrió. Que no lo he soñado y que, al fin, después de tanto planearlo, me atreví a dar el paso. Que la maté. ¡La maté! ¿Qué hace ahí? Tan viva como yo, tan viva como todos.

Al volver a perderla de vista, me digo a mí misma que ha sido una alucinación. No sería la primera vez. Algo así no puede extrañarme tanto y mi visita a la bruja me ha dejado desquiciada. Puede que sea una mujer que se le parezca; Elisa siempre ha llevado el cabello clásico y su rostro es común. Era común. Era.

—Será mejor que entre en casa —le digo a Fermín, ignorando su estado de ansiedad, desconsuelo y confusión. Él asiente pensativo, sin mirarme.

Antes de dar el primer paso hacia el interior de la portería, me niego a apartar la vista de la calle, por si vuelvo a ver a la vecina que maté tras haberle metido una buena dosis de Rohypnol en su copa de vino matutina. Pero no la vuelvo a ver. Claro que no. Yo no puedo ver a los muertos.

Con la frialdad que debe desprender una psicópata como yo, silencio en mi cabeza las voces de los agentes policiales que siguen en la calle y se cuelan por la ventana hasta mi piso, convenciéndome a mí misma de que la mujer que he visto en la calle no es Elisa. De hecho, ni se le parecía. Veo lo que quiero ver. Mi cabeza es un caos enfermizo. ¿Cuántas veces he creído haber hecho algo que no ha sucedido? ¿Cuántas veces he tratado de recordar nombres, caras y sucesos del pasado que mi memoria ha dejado atrás? Pero esto no es lo mismo que dejarse una puerta abierta cuando crees que la has cerrado, pensar que has hecho café cuando ni siquiera has encendido la cafetera, o dejar las llaves en un lugar que crees que recordarás, pero luego no recuerdas. No, esto no es comparable con nada.

Me acomodo en el sofá tapándome los oídos hasta hacerme daño. Mi casa es mi mundo, un templo en el que apenas ha entrado nadie desde que Marco murió. Situada en la primera planta del edificio, con un oasis de tranquilidad en forma de jardín privado y un pequeño estanque con peces de colores que mandé construir hace ocho meses, es el único piso del rellano. Destacan los

suelos de mármol y los altos techos con sus originarios ángeles tallados de principios del siglo XX. Ángeles. Qué ironía cuando todas las personas que entraron en esta casa fueron diablos. Como ya de por sí todo parecía bastante antiguo cuando vinimos a vivir aquí hace diez años, incluidas las puertas y los arcos, Marco eligió un mobiliario moderno y minimalista de colores claros; todo muy funcional y práctico. Cuando él murió, hace un año, volví a cambiar los muebles. Necesitaba desprenderme de todo cuanto él había elegido, visto, vivido y tocado, aunque lo que de verdad tendría que haber hecho es irme de aquí. Pero así soy yo; me aferro más a los lugares que a las personas. Soy masoquista por naturaleza y este espacio en el que ahora, por fortuna, estoy tan sola, fue mi tortura durante diez años. Terror de día y de noche; fantasmas y demonios recorriendo estas estancias que hoy piso con tranquilidad, poseyéndome y martirizándome, perdiendo años y juventud.

Anteriormente, el edificio era una casa palaciega de estilo modernista que un aristócrata catalán mandó a construir para su mujer en el año 1905. La típica historia de nobles y bellas damas con un final infeliz puesto que, a los pocos meses de terminar su construcción, la mujer murió de manera inesperada y el marido enloqueció en el interior de estas paredes, testigos de la pena y la desgracia. A veces, creo que su locura sigue presente y, por lo menos en mi caso, contagia. Contagia a todo aquel que viene a vivir aquí. Con el tiempo, y pese al peligro de la modernidad que han sufrido otros edificios de la zona, mi inmueble ha conservado su dignidad, su personalidad y la esplendorosa fachada. Es como si este lugar, en el que aún reposa el alma de aquel aristócrata soñador y la tragedia de su dama, nunca se hubiera adaptado a los cambios de la ciudad y al transcurso de los años.

Marco, siguiendo el consejo de su experimentado padre, remodeló el interior y construyó tres pisos divididos en las tres plantas del gran caserón para ser alquilados a lo largo de los años por personas con un alto nivel adquisitivo, capaces de asumir los cinco mil euros mensuales que ahora yo, como heredera, me embolso cada mes. Dudo mucho que al fantasma del aristócrata catalán le guste ver a tantos desconocidos circulando por lo que un día fue una única vivienda.

Antes de ponerme en pie, me quito los zapatos de tacón, enciendo la televisión para sentirme menos sola y, en el momento en el que voy a dirigirme a mi dormitorio, el sonido del timbre hace que me detenga en seco. Al asomarme por la mirilla veo a los dos policías que he identificado hace unos

minutos en la calle como los que llevan el caso del «suicidio» de mi vecina. Parece que no andaba equivocada.

«Cordura».

Antes de decidir si abro la puerta o miento y en otro momento digo que estaba dándome una ducha y no he oído el timbre, fijo la mirada en la pantalla encendida del televisor sin ver realmente qué diablos emiten, y le envío indicaciones a mi cerebro para que me haga visualizar las imágenes que recuerdo. Aunque, viniendo de mí, una cosa es recordar y la otra que sucediese de verdad. En estos momentos, pienso en mi psiquiatra y sopeso la posibilidad de volver a sus sesiones. Creo que las abandoné demasiado pronto, presa del pánico al descubrir quién soy y dejar que otra persona, aunque fuese un profesional con un contrato firmado de confidencialidad, me conociese de verdad.

Dos días antes.

24 de marzo, 2015, 8.40 horas

Me desperté algo resacosa; la noche anterior me había pasado con el whisky. Fui hasta la cocina, puse en marcha la Nespresso, y me preparé una gran taza de café con leche hirviendo. Con el pijama puesto, salí al jardín y, mientras fumaba un cigarro y le daba sorbos breves al café, le di de comer a los peces de colores del pequeño estanque. Me entretuve más de la cuenta regando las plantas y quitando de en medio las hojas secas de los árboles. No puedo soportar el desorden, no en mi querido jardín. No pensé en nada, había dormido poco y mal y estaba espesa. Ni siquiera el café logró despertarme del todo. Me dolía la cabeza. Me prometí a mí misma que no volvería a beber whisky antes de ir a dormir. Que debía cuidarme más, comer mejor y dormir ocho horas seguidas.

9.20 horas

Volví a la cocina para comprobar que la droga que me había facilitado mi hermano por una indecente cantidad de dinero seguía escondida en el bajo fondo del cajón de los cuchillos.

«Rohypnol, la droga de los violadores. ¿Seguro que no quieres burundanga? Es la que está de moda, pero, en fin, como tú veas —comentó Rodrigo, convertido en un desecho humano a sus treinta y ocho años, tendiéndome la droga en el mismo momento en el que yo le entregaba el dinero—. Si lo mezclas con alcohol el ritmo del corazón y la respiración se ralentizarán. Hay

riesgo de sufrir convulsiones, un coma o incluso la muerte; no te pases con la dosis. ¿A qué jovencito quieres violar, hermanita?».

Para cuando me hizo esa pregunta, acompañándola de una carcajada, ya me había alejado con una mueca de asco, caminando a toda prisa por el pasillo oscuro y mugriento de aquel piso de mala muerte del Raval.

9.50 horas

Miré el reloj, me adentré en el vestidor y observé mi reflejo en el espejo. Negué para mí misma al avistar los surcos que se han acomodado en mi rostro haciéndolo parecer más viejo de lo que es. «Treinta y un años no son nada», me repetí a mí misma, no sin cierta angustia. Sin embargo, me sentía como si estuviera frente al reflejo de una mujer más vieja con historias terribles que contar.

«Cordura».

La realidad a veces supera la ficción.

No es todo oro lo que reluce y nadie suele ser lo que aparenta o lo que nos deja ver. La vida está llena de mentiras, mentirosos que las cuentan e inocentes que se las creen.

10.00 horas

Vestida con unos pantalones y una camisa negra y las manos enfundadas en unos guantes de látex que había comprado en la farmacia, fui hasta el despacho. Encendí el ordenador y comprobé el correo electrónico con la decepción marcada en mi rostro al ver que solo había *spam*. Rechiné los dientes y apreté con fuerza la mandíbula, curioso el detalle que recuerdo.

Abrí la puerta que da acceso a una sala subterránea a la que se entra bajando cinco escalones de piedra. Su nombre: «Ataúd Blanco». Cuántas veces me he preguntado qué nombre utilizaría mi marido para el que fue su zulo durante nueve años.

Los veinte monitores de la pared me recibieron en marcha, mostrándome el interior de las estancias de los dos pisos de mis vecinos y de la entrada, con Fermín leyendo el periódico tras el mostrador. Salones, comedores, cocinas, despachos, pasillos, lavabos y dormitorios; ni una sola estancia por cubrir. No recuerdo haber desconectado nunca las pantallas desde que me apropié del adictivo lugar en el que, durante mucho tiempo, me pregunté qué era lo que hacía Marco.

El nombre que le puse hace un año, «Ataúd Blanco», se debía a que yo

misma pinté las paredes de piedra de un blanco immaculado que, con el tiempo, se volvió grisáceo. Marco se estará removiendo en su tumba al enterarse de que me he cargado el encanto de la historia de las paredes del lugar. Y «Ataúd», porque las dimensiones son claustrofóbicas.

Apreté los botones con nerviosismo sin saber muy bien qué era lo que estaba haciendo. Durante el último año de mi vida había sido un gran entretenimiento. Mucho mejor que una película, un libro o un programa de televisión. El «Ataúd Blanco» era un estudio sociológico que desarrolló mi poder controlador. Mis vecinos jamás han sospechado que hay unas discretas y minúsculas cámaras de seguridad del tamaño de un tornillo en todas las estancias de sus hogares. Entendí a Marco. El porqué de sus horas metido ahí dentro cuando estaba en casa. El porqué de su obsesión. He acabado siendo su doble; no en todos los aspectos, por suerte.

Los siguientes veinte minutos se los dediqué al literato que vive enfrente de mi objetivo. «Puede ser peligroso», pensé. Gustavo de la Cruz es un conocido escritor de *thrillers* psicológicos tan bueno con las letras como con las manos que recorren los cuerpos de los que lo vienen a visitar de madrugada. Hombres y mujeres, le da igual. Debo reconocer que su última novela, *El asesino de almas*, me ayudó mucho a la hora de iniciar el plan: una mujer alcohólica, su marido ausente, droga y una pistola. Un macabro asesinato pasional disfrazado de suicidio. Exactamente igual que mi plan. El asesinato perfecto. Nada podía fallar.

Observé a Gustavo sentarse en la taza del inodoro como todo ser mortal a primera hora de la mañana, haciendo un gran esfuerzo por expulsar los excrementos de su cuerpo mientras fumaba un cigarro y miraba absorto su iPhone. Esperé pacientemente a que recorriera con calma el pasillo tal y como su madre lo trajo al mundo, sin despegar los ojos del móvil y tecleando sin parar. Gustavo es alto y delgado, pero se nota que realiza actividad física de vez en cuando y tiene una especie de obsesión por el culto al cuerpo. Es presumido y también muy arrogante.

Desquiciada, el tiempo se me antojó lento cuando vi que no acababa de decidir la ropa que se pondría ese día. Lo insulté, maldije a toda su familia y golpeé la pantalla repetidas veces.

10.25 horas

Un tic nervioso se apoderó de mi pierna. No podía controlar el movimiento frenético. Gustavo tomaba el primer café de la mañana con esa calma que lo

caracteriza, sin tener prisa por llegar a ningún sitio, puesto que hay algo que puede permitirse por ser quien es: la impuntualidad.

Miraba el reloj. Se me estaba haciendo tarde, Fermín estaría a punto de salir a desayunar, ya debería haberla matado.

10.30 horas

Gustavo, por fin, salió de casa. El portero hizo lo mismo, era su hora del almuerzo, así que no volvería hasta pasados treinta minutos. Me froté las manos al saber con seguridad que no quedaba nadie más en el edificio.

Estábamos solas. Ella y yo.

Elisa, vestida con un camisón de seda largo, miraba distraída por la ventana y, con la mano derecha, sujetaba una copa de vino que, muy de vez en cuando, absorta en sus pensamientos, se llevaba a los labios. Salí del «Ataúd Blanco». Llevaba la droga en el bolsillo. Faltaba la pistola, una Glock semiautomática que compré hacía un mes a un colega de mi hermano, traficante de armas que, por quinientos euros más, me ofreció la posibilidad de comprar otra de las mismas características por si tenía que volverla a utilizar. Tercer cajón del armario del dormitorio; cojo el arma ya cargada, la nueve milímetros, y la otra la dejo en su sitio, esperando no tener que utilizarla nunca.

«¿Recordaré cómo se usa? COR-DU-RA», me dije antes de salir de casa.

10.35 horas

A pesar de la tensión que se creaba en el ambiente cada vez que me cruzaba con Elisa en la portería, sabía, mientras pulsaba delicadamente el timbre, que me abriría la puerta y me dejaría entrar en su piso. No me equivoqué. Al verla, me pregunté si haría falta meterle droga en la copa para hacerle lo que me viniera en gana. Parecía ida, apenas podía pronunciar palabra. Elisa había dejado de ser Elisa, esa misma mujer que hasta hacía pocos días me intimidaba y me amenazaba.

—Elisa, ¿cómo estás?

Se encogió de hombros. Me miraba, pero no parecía verme. Tropezó con una mesita mal ubicada en el recibidor, arrastró sus piernas de vuelta al salón y, sin tener en cuenta que yo iba detrás de ella, volvió a situarse frente a la ventana sin soltar la copa de vino.

«Maldita borracha. ¿Para qué voy a matarla si ya parece que esté muerta?», me pregunté.

10.41 horas

Cuando me acerqué a ella, sin necesidad de disimular, le metí una buena dosis de Rohypnol en la copa. Me sorprendió que no hiciera nada. Ni siquiera gesticuló. No parpadeaba. Ya parecía drogada, su estado no era fruto de una copa o dos de vino. Había algo más que no tenía tiempo de descubrir. La empujé hasta el centro del salón y no opuso resistencia cuando alcé la copa hasta sus labios con el fin de que bebiera el vino ya mezclado con el Rohypnol. Luego dejé la copa en la mesa de centro sin que ella moviera un solo músculo.

Me miró de reojo y me dedicó una sonrisa extraña. ¿Recordaba nuestra última y acalorada conversación? ¿Todas las amenazas? ¿Era consciente de que su marido estaba enamorado de mí y no de ella?

«Maldita zorra», mascullé entre dientes.

Miré el reloj. No había tiempo que perder ni debilidades que mostrar. Cogí el arma con los nervios de una principiante, la desbloqueé y luego agarré con fuerza su mano izquierda, sintiendo el gélido metal de la culata atravesando el guante de látex hasta llegar a mi piel sudorosa. Parecía muerta, blanca como la nieve. Con su propio dedo índice y el arma apuntando contra la sien, le ayudé a disparar.

Me alejé solo unos metros y miré el cuerpo de Elisa tendido en el suelo, tal y como se había desplomado, aún con el arma en la mano. La pared cubierta de salpicaduras de su sangre; en el suelo se empezó a formar un charco derivado de su cabeza cada vez más gigantesco.

Mi discreto vestuario negro también se vio afectado por las salpicaduras de la sangre que manaba sin control. Me dio asco. Hubiera sido más fácil envenenarla o haber manipulado los frenos de su coche.

10.45 horas

No hice nada más. Solo contemplar, durante un rato, el cuerpo sin vida de mi vecina *non grata*, Elisa. Tratar de no enloquecer y pensar que de veras lo merecía. Que estando viva podía arruinar mi vida, y por nada del mundo quería volver a ser la de antes. No podía empezar de cero. Ya no. Uno nunca sabe que es capaz de matar hasta que conoce a alguien que merece morir. Alguien que te amenaza, te hiere y pone en peligro la estabilidad que tanto te ha costado conseguir. Alguien que estaba destruyendo sin piedad a quien yo quería y ella no merecía. No todas las almas están hechas para la destrucción; esas, probablemente, nunca se verán en la necesidad de acabar con vidas

ajenas. Pero mi alma, desde que vino en este envoltorio, destruyó sin quererlo una vida mientras que otras, inevitablemente, cayeron a su alrededor. Es lo que algunos llaman «daños colaterales».

En la novela de mi vecino hay un párrafo que dice: «Cuando creí que el alma se desprendió del cuerpo que maté, hui hasta mi refugio sabiendo que me había convertido en un ser invisible carente de sentimientos y empatía. Dicen que matar es fácil, lo difícil es no dejar rastro. Nada que no puedan esconder unos buenos guantes de látex y el fuego engullendo tu ropa de asesino».

Miré a mi alrededor con la satisfacción de saber que jamás descubrirían la verdad. Que era el asesinato perfecto.

«Suicidio. Siguiendo caso».

Él estaría tan orgulloso...

Salí del piso y me dirigí corriendo hasta el mío.

10.56 horas

Ya en casa, me desprendí de los guantes de látex, de la ropa, de las botas negras, y encendí la chimenea. Me había llevado su teléfono móvil y lo miré durante un rato, pero su contenido no me resultó interesante. No era el teléfono de una persona muy social, sino el de alguien sin amigos, sin fotografías y cuya pareja no le envía wasaps porque tiene una amante a la que escribíselos. También lo lancé a las llamas. Me entretuve un buen rato observando, sin apenas pestañear, cómo el fuego eliminaba todo rastro incriminatorio y retorció con rabia el plástico del teléfono, escondiendo así un crimen que nadie vería como tal.

Volví al vestidor de mi dormitorio, me enfundé en un traje de chaqueta y bajé al garaje, no sin antes dejarme ver en la portería para saludar a Fermín, que ya había regresado del almuerzo. Ese día se entretuvo en el bar un poco más de lo habitual, algo que agradecí. Le pregunté qué tal la mañana y le conté que tenía programada una visita para ir a ver a la vidente que me recomendó.

Ahora

—¿Sara Mendieta? —pregunta el hombre, asomándose a la mirilla y sabiendo que estoy detrás de ella—. Puede abrirnos, ¿por favor?

«Sí, la maté. Fue real».

—¿Qué quieren? —pregunto fríamente, al mismo tiempo que abro la puerta.

Me fijo especialmente en la mujer, tan perdida como lo estaba en la calle, que permanece en un segundo plano detrás del hombre de aspecto tosco con

más pinta de gorila de discoteca que de policía. Él me mira con ojos de acero; ella, una mujer alta y en forma, se esfuerza por ofrecerme una sonrisa amable. Sus ojos son verdes, pero tienes que fijarte muy bien para averiguar el color, ya que según la luz que se proyecta en ellos, son más oscuros o más claros.

—Soy el inspector Joel Sanz —se presenta el hombre, mostrándome la placa—. Ella es mi compañera Isabel Morgado y venimos a hacerle unas preguntas. ¿Podemos pasar?

—¿Preguntas? ¿Referente a qué?

—A la muerte de Elisa Solano.

Mientras se dirigen al salón, la mujer crisper mis nervios escudriñándome de arriba abajo. Trato de no mostrar mi irritación al ver los zapatos de los dos policías vestidos de paisano pisando la alfombra a la que, cuando se vayan, tendré que pasarle la aspiradora de inmediato para que las manchas no penetren en la profundidad del tejido.

Me acaban de dar la respuesta que esperaba. La mujer de detrás del árbol no era más que una alucinación o una simple coincidencia de alguien que se le parecía; había mucha gente mirando con curiosidad, los nervios me han traicionado. Simulo un tremendo disgusto que, en realidad, solo siento por el miedo que me acecha.

—No puede ser —acierto a decir, cuando se plantan en el centro del salón, con un correcto y controlado temblor de voz y de mentón, como si estuviera reprimiendo unas lágrimas que jamás saldrán.

—¿Era amiga de la víctima? —espeta el inspector fríamente, aún de pie frente al sofá. Solo tengo ojos para la alfombra, pisoteada y maltratada por estos dos desconocidos que se han adueñado de mi salón.

—No tengo contacto con mis vecinos —contesto de mala gana.

—¿Podemos sentarnos?

—Sí... claro —titubeo.

—No recibe muchas visitas, ¿verdad, Sara? —pregunta el hombre, entrelazando sus manos, curioso y arrogante a la vez.

«No voy a responderte a eso», me callo.

Me acomodo en el sofá de enfrente sin poder evitar dirigirles una mirada desafiante. No me cruzo de brazos, sé que se trata de una posición de defensa poco fiable y no les diría nada bueno sobre mí. Me limito a cruzar las piernas inclinándolas hacia el lado derecho y a posar las manos en las rodillas con los brazos estirados.

—¿Está casada? —pregunta la mujer. El subinspector la mira con orgullo,

los ojos entornados y una media sonrisa que trata de disimular. Bebe los vientos por ella. ¿Hay algo entre los dos?

—¿Y eso qué tiene que ver con la investigación?

Nunca me han gustado las preguntas, sobre todo, cuando tengo tanto que ocultar.

«Yo no he hecho nada, fue un suicidio —me autoconvenzo, jugando con mi propia mente—. No digas nada. No te adelantes a los acontecimientos. Tú no sabes nada».

Y entonces, caigo en un pequeño detalle. Recuerdo en este preciso momento, ante el escudriñamiento de los dos policías, que me dejé la copa de vino en el piso de Elisa. El Rohypnol. Mierda. Mierda. Mierda.

—Ahorrarme horas de mi tiempo investigando sobre usted —repite el policía, malhumorado, sacándome de mi ensimismamiento.

—Soy viuda desde hace un año.

—¿Qué ocurrió?

«¿De verdad es necesario?».

—Mi marido tuvo un accidente de coche.

«No os voy a dar los detalles».

Ambos asienten conformes.

—El portero nos ha dicho que este edificio le pertenece —sigue hablando él. Ella permanece callada, pero me mira con atención. No pasa ningún detalle por alto y trato de sostenerle la mirada a ambos. No puedo permitirme ningún despiste.

—Así es. Mi marido era el propietario de una cadena de inmobiliarias, que heredé tras su muerte.

—¿Cómo se conocieron? —quiere saber la inspectora.

—¿Qué? ¿Me está diciendo que una vecina de mi inmueble ha fallecido, aún no sé cómo, y me pregunta cómo conocí a mi marido?

«Lo estás haciendo tan bien... Sigue por este camino».

Me levanto, me cruzo de brazos —lo veo conveniente, es un buen momento para este gesto— y simulo haberme ofendido.

Los inspectores resoplan al mismo tiempo y se miran con complicidad.

—¿Qué hizo el 24 de marzo entre las diez y las once de la mañana?

—Fui a una de las inmobiliarias a hacer un par de gestiones —respondo con normalidad.

—Ajá... —La inspectora, pensativa, anota algo en una libreta—. ¿Vio entrar a alguien extraño en el edificio? —Parece animarse.

—Pregúntele al portero, para eso lo tenemos. ¿Qué ha pasado exactamente?

—Todo indica que su vecina falleció hace dos días de un disparo en la cabeza —informa el inspector.

—¿Un disparo en la cabeza? —Me llevo las manos a la boca con un excepcional gesto, entre horrorizado y asombrado—. ¿Se suicidó?

—Eso aún está por ver —responde el tal Joel Sanz, frunciendo el ceño.

Trago saliva reteniendo en mi cabeza sus palabras: «Eso aún está por ver». No me ha gustado su tono. Se crea un ambiente tenso e incómodo. Tengo ganas de gritar, de escapar corriendo y perderlos de vista.

—¿Sabe que la pareja de la señora Solano, Santiago López, era uno de los viajeros del vuelo 9525 de Germanwings, con dirección a Düsseldorf, estrellado en los Pirineos? —pregunta la inspectora.

Me quedo paralizada sin saber cómo reaccionar ante este dato.

«No. No puedes estar muerto. No tenías que subir a ningún avión».

Mi mundo se tambalea pensando que Santi ha fallecido en un accidente de avión que vi en televisión por casualidad, pero que no he seguido, porque jamás crees que este tipo de tragedias tengan algo que ver contigo ni con nadie de tu entorno. Son cosas que les suceden a los demás, no a ti. No a nadie que conozcas.

Creo enloquecer por momentos sin poder quitarme de la cabeza a Santi. Sus caricias, su cuerpo, sus besos...

Abro exageradamente los ojos y la voz de la inspectora me devuelve al mundo real, a este incómodo momento en el que sé que debo interpretar el mejor papel de mi vida para que no me pillen. Debo ir con cuidado, mantenerme alerta y dejar a un lado los sentimientos de este corazón roto que no quiere creer que algo así haya podido ocurrir.

—¿Lo sabía? —insiste.

—¿Qué iba a saber? Apenas tengo contacto con ellos, no sé quiénes son en realidad. Es algo común entre los vecinos de las grandes ciudades. ¿Conocen ustedes a sus vecinos? —No responden, siguen mirándome fijamente con la intención de intimidarme—. ¿Ha dicho entonces que Santiago viajaba en ese avión? Dios mío, qué horror...

De nuevo, me llevo las manos a la boca, pero, en este momento, la expresión descolocada de mi rostro dice la verdad. Las lágrimas reprimidas que quieren aflorar de un momento a otro me están produciendo un insoportable nudo en la garganta. Duele. Duele casi tanto como cien dagas

clavadas en el corazón. Si él está muerto, ¿qué es lo que me queda a mí? ¿De qué ha servido todo esto? De nada. Y lo peor de todo: Santi nunca me contó que llegaría a subirse a un avión y mucho menos con destino a Düsseldorf. No era su tapadera; de hecho, no tenía nada que ver con nuestro plan.

—Estaremos en contacto, señora Mendieta.

Los inspectores se levantan del sofá, no sin antes mirarme con atención por última vez.

No se fían de mí. No les gusto.

La palabra «cordura» vuelve a repetirse en mi cabeza cuando cierro la puerta y la soledad de la estancia me recibe como un latigazo.

Lloro hasta que me quedo sin lágrimas.

Una semana antes

Santi vino a mi piso, como siempre, a las dos de la madrugada. Era nuestra hora porque, o bien Elisa dormía como un tronco por los tranquilizantes a los que era adicta, o salía, no se sabía adónde, hasta altas horas de la madrugada llegando en un estado deplorable a casa e ignorando al pobre de su marido, al que le había hecho la vida imposible durante los cinco años que llevaban de matrimonio. A veces, según Santi, era agresiva.

Hacía días que Elisa me estaba haciendo la vida imposible también a mí. Si ya al principio trató de incordiarne, en esos momentos se había convertido en una obsesión enfermiza. No tardé en darme cuenta de a quién le había alquilado el piso y, cuando vi que era la Elisa de *mi otra vida*, supe que, por contrato, no podía echarla del edificio hasta pasados dos años. Maldita mi suerte.

Vivir así era insoportable.

Supe que nada fue casual cuando empezó a dejarme notas bajo el felpudo de la puerta que yo, a esas alturas del cuento, ya ignoraba. Siempre decían lo mismo:

Te voy a desenmascarar.

¿Estás preparada para volver a tus orígenes?

No te mereces nada de esto.

Es mío.

Cuando menos te lo esperes, iré a por ti.

Nunca debí irme.

Pero ahora no te dejaré ser feliz.

No iba a permitir que me hiciese nada; antes, pasaría yo a la acción. No me costó convencer a Santi de que teníamos que acabar con ella. Desde que lo conocí, cuando vinieron a vivir al edificio, tres meses después de morir mi marido, supe que Santi y yo teníamos muchas cosas en común. Éramos dos personas manipuladas y maltratadas por sus parejas, cada uno a su estilo, pero fueron la causa de nuestro dolor e infelicidad. Juntos nos sentíamos menos solos y más comprendidos.

Santi me contó que se había casado con Elisa pensando que era la mujer más maravillosa del mundo hacía cinco años. Él, enamorado hasta las trancas, no supo ver lo que su madre ya le advirtió:

—Se casa contigo por tu dinero. Cuidado.

No hicieron separación de bienes. Santi hizo oídos sordos a las advertencias de su madre y se dejó engañar y manipular por la que se convirtió en su mujer, así que también le convenía que a ella le ocurriese algo. Algo malo. Que desapareciese para siempre y dejase de intentar arruinar nuestras vidas.

Elisa se lo merecía. A veces no hay mejor forma de hacer justicia que tomártela por tu propia mano.

Elisa, día tras día, me decía que me iba a arruinar. Que me quitaría todo lo que tengo, que todo el dinero y mis posesiones heredadas de Marco le pertenecían a ella. Estaba harta de sus amenazas. ¿Cómo iba a poder quitarme todo lo que tenía después de años de sufrimiento? ¿Cómo? ¡No podía! Hasta que, haciendo memoria, supe que sí. Por supuesto que podía quitármelo todo.

Empecé a odiarla y el odio siempre genera problemas, sobre todo, si la que odia es alguien como yo.

Santi desconocía las artimañas de su mujer y cada vez estaba más cansado de sus infidelidades, salidas nocturnas y otras tretas que le dolían tanto que era incapaz de contarme. A mí me dolía verlo sufrir. Su manera de mirar por la ventana, ausente y tenso. Últimamente hasta le costaba sonreír incluso estando conmigo. Él, que a mi lado siempre parecía feliz.

Sin embargo, Santi podía respirar tranquilo. Fue más inteligente y astuto. Pocas semanas antes de poner en marcha nuestro plan, me contó que, gracias a un buen abogado y a sus negocios hoteleros, consiguió dejarla sin un solo euro. Había conseguido que todo, absolutamente todo, fuera a su nombre. Creo que ella se desesperó y las amenazas hacia mi persona aumentaron. Se volvieron más oscuras y desesperadas.

«Solo serán unos días», pensaba, mientras la vigilaba desde uno de los monitores del «Ataúd Blanco». Era cuando Elisa, arruinada por su propio marido, ya empezaba a deambular por el piso como un fantasma.

—Pero, ¿cómo puede acabar conmigo? —le pregunté en varias ocasiones a Santi. Quería ponerlo a prueba. Antes de contárselo todo, necesitaba comprobar si sabía algo sobre el pasado de su mujer.

—No tengo ni idea, pero si lo dice es porque puede, Sara.

Parecía sincero y preocupado. Tan inocente e indefenso como un niño. Una madrugada le conté la historia casi al completo y, entonces, todo cobró sentido para él.

Poco a poco, trazamos el plan para terminar con Elisa, el mal personificado que nos llevaría a la ruina si no lo hacíamos cuanto antes. Nuestro único deseo, aparte de seguir con nuestro costoso tren de vida, era estar juntos. Y huir. Huir a algún recóndito rincón del mundo donde ya nada ni nadie pudiese hacernos daño.

—¿Te ha visto alguien? —le pregunté, nada más abrirle la puerta. Tenía mala cara. Le sudaba la frente, lucía el cabello despeinado y las ojeras eran cada vez más visibles porque llevaba días sin dormir.

—Hace tiempo que no me ve nadie, Sara —alegó con tristeza—. Ni siquiera mi mujer.

Luego, me guiñó un ojo y me besó. Dios, estaba loca por ese hombre. Nos miramos a los ojos. Solo podíamos confiar el uno en el otro porque solo nos teníamos a nosotros mismos. ¿Y qué más daba? El resto del mundo no nos importaba. Nos habían hecho tanto daño que merecíamos ser felices aunque, para eso,uviésemos que convertirnos en unos asesinos.

Planeamos el asesinato de Elisa con ayuda del libro de nuestro vecino Gustavo de la Cruz: *El asesino de almas*. A Santi se le ocurrió qué debía hacer él para no resultar sospechoso. Ahora, viéndolo desde otra perspectiva, la de la desconfianza, pienso que fui yo la que se manchó las manos para que él pudiera salir airoso. Para que solo él huyera y yo siguiera en esta cárcel. Empiezo a preguntarme quién empujó a quién a cometer el crimen. ¿De verdad estaba tan segura de ser la que controlaba la situación? ¿O fue él quien me manipuló, haciéndome creer de forma sutil e inteligente que era yo la que había trazado el plan?

—Compraré un vuelo de ida y vuelta con dirección a Mallorca. Saldré de casa dentro de tres horas, a las seis de la mañana en dirección al aeropuerto.

Cogeré el recibo del taxi, incluso la matrícula del coche como posible testigo en el caso de que sospechen. Me quedaré allí un par de días y volveré. Cuando pase todo, vendré a por ti, Sara. Confía —dijo, seguro de sí mismo, acariciando dulcemente mi mejilla y dándome un beso en la frente—, irá bien.

Lo que se desea con locura se asemeja a veces a lo que uno más teme.

Ahora

Sí, eso fue lo que dijo. Y que al volver se dejaría ver afligido y trastornado para luego desaparecer del mapa conmigo. Me recordó que las pastillas antidepressivas que tomaba Elisa nos irían muy bien para que creyeran que había sido un suicidio y no se dedicaran a investigar y a descubrir cosas del pasado que nos pusieran en riesgo. Que no nos relacionarían y que mi huida no tendría nada que ver con la de él.

—No nos pueden relacionar —le aseguré—. Nadie sabe lo nuestro.

¿Qué ha fallado? ¿Por qué Düsseldorf y no Mallorca, tal y como dijo? No tiene sentido. Santi es metódico, de los que no suelen preparar alternativas porque la primera opción siempre es la acertada. ¿Y si al llegar al aeropuerto era el único vuelo que había disponible? Dijo que volvería a por mí, pero no ha vuelto. Ya debería estar aquí; algo ha salido mal.

«Cordura».

«No, no puede estar muerto. No puede».

Solo debo aguantar y esperarle. Esperarle para tener mi merecido final feliz.

Isabel

Marzo, 2015

Antes de subir de nuevo a la segunda planta, ya sin todo el ajetreo de hace unas horas y con la intención de interrogar al de los zapatos de piel de cocodrilo, lanzo una moneda al aire.

—Cara, empiezas tú; cruz, empiezo yo.

Joel se ríe.

—No sabes cómo me alegra que sigas haciendo lo de la moneda y que lo hagas conmigo —confiesa.

—¿Por qué?

—Solo lo hacías con... bueno, ya sabes.

—Con Leo. Podemos nombrarlo, no hay problema.

—Soy imbécil. Ni siquiera te he preguntado...

—¿Que cómo lo llevo? —le interrumpo—. Pues ya ves, lanzando mi última moneda al aire, Joel. La última —recalco.

La suerte está de mi lado cuando la moneda nos muestra cara y Joel vuelve a reír, al mismo tiempo que pone los ojos en blanco y emite un suspiro.

—Cara. Te toca —señalo.

—Espero que no nos cierre la puerta en las narices. —Joel mira el reloj—. Son las once de la noche.

—¿Te aguarda alguien en casa? —pregunto irónicamente, sin esperar respuesta.

Joel me mira con tristeza. Para qué he preguntado. Me fijo en cómo titubea a la hora de colocar su mano sobre mi espalda, gesto que, al final, decide no hacer por la intimidad que supone.

En cuanto hablemos con el escritor me iré, decido.

—Elisa no se suicidó —recalca Joel—. La obligaron a hacerlo. A un inspector novato podrían colársela, pero a nosotros no. No después de todo lo que hemos visto y vivido. Sabemos que hay algo turbio detrás de esta muerte.

—¿Has leído alguna novela de Gustavo de la Cruz? —pregunto, señalando la puerta.

—No.

—Me gustaría corroborar algo cuando llegue a casa, aunque será lo último que haga por este caso —le advierto—. Solo he leído un par de sus novelas, pero la trama de una, creo que es la de *El asesino de almas*, me recuerda a lo que ha ocurrido.

—¿*El asesino de almas*?

—Encuentran a un hombre sentado en su escritorio que, supuestamente, se ha volado los sesos —empiezo a relatar—. Pero en la copa de whisky aparecen restos de droga y, aunque en un principio apuntan a que ha sido un suicidio, a decir verdad, alguien le obligó a dispararse.

—Curioso —murmura.

—¿Qué opinas sobre Sara Mendieta? —quiero saber.

—Que es una estirada —juzga, sin decir nada más, mirando al techo pensativo.

—La imaginaba mucho mayor. Es bastante joven.

Guardamos silencio hasta que escuchamos unos pasos apresurados aproximándose a la puerta. Gustavo de la Cruz nos abre con cara de pocos amigos; ha cambiado sus carísimos zapatos de piel de cocodrilo por unos mocasines granates y no se avergüenza por recibirnos enfundado en un pijama de seda estampado.

—¿Todavía trabajando, agentes? —pregunta, forzando una media sonrisa.

—Buenas noches, señor de la Cruz —saluda Joel, mostrando su placa—. ¿Podemos pasar?

—Adelante, como si estuvieran en su casa.

«Jamás sentiría una casa así como mía», pienso.

Se aparta haciéndonos una ridícula reverencia y dejándonos pasar hasta el minimalista y enorme salón presidido por dos sofás de piel, un televisor de plasma y una chimenea que parece no haberse encendido nunca, al lado de tres estanterías empotradas que ocupan la mayor parte de las paredes blancas con cuadros que muestran ilustraciones eróticas de mal gusto.

—¿Café? ¿Donuts? Eso es lo que comen a todas horas los *polis*, ¿no? —sugiere con retintín—. Aunque sean las once de la noche. —Su humor y su tono crispan mis nervios, así que decido dejar hablar a Joel—. ¿Han venido a preguntarme si escuché, vi u oí algo raro el día en que murió Elisa? —se adelanta—. Siento que estén perdiendo el tiempo conmigo, agentes. Ese día estaba firmando ejemplares de mi último *best-seller* en Segovia. Demostrable cien por cien, hay fotografías de mis numerosas fans en Facebook, Twitter e

Instagram. ¡Oh! Benditas redes sociales. Os lo dejan todo a huevo, ¿verdad?

Joel, disimulando, le echa un vistazo a la amplia biblioteca del salón en la que el muy egocéntrico solo tiene ejemplares de sus títulos traducidos a diversos idiomas.

—¿Tenía relación con Elisa Solano? —quiere saber Joel, reconduciendo el tema al que nos incumbe. Tiene pinta de querer irse a casa y no sentirse cómodo delante del escritor.

—La de dos vecinos que se cruzan en el portal y se dan los buenos días, las buenas tardes o las buenas noches. Sobre todo las buenas noches, ya me entiende.

—No, no le entiendo —intervengo.

«No te vengas arriba, Isabel. Cuando salgas por esa puerta, te vas. Abandonas. Vuelves a tu vida de jubilada y no le coges las llamadas a Joel».

—Ya sabe. Como hombre soltero y exitoso que soy, me gusta salir por ahí. Elisa, una mujer guapa y rica, también era dada a las salidas nocturnas, sobre todo estos últimos meses. Pongamos, por ejemplo, que me gusta ir al Boca Chica, que hace los mejores cócteles de Barcelona. ¿Ha estado, agente...? — Su guiño de ojo me descoloca por completo.

—Agente Morgado —miento. Ya no soy agente. No soy nadie.

—¿Tendrá nombre la agente Morgado?

—Isabel —respondo con voz de autómeta.

«No te dejes manipular, Isabel. Otra vez no».

—Ya nos podemos tutear. Isabel. —Sonríe y se muerde el labio inferior en un gesto lascivo y asqueroso—. Un día tendrías que venir conmigo al Boca Chica, quizá así se te quite esa cara de... ¿cansancio?

—¿A qué hora solía encontrarse con Elisa? —pregunta Joel, tratando de destensar el ambiente y volver al meollo de la cuestión sin distracciones.

—A altas horas de la madrugada. No sé, un lunes a la una y un sábado a las cinco... Depende... Siempre iba sola, nunca la vi con su marido. Ahora que lo pienso —murmura misterioso—, nunca he visto al marido.

«Marido —apunto mentalmente—. Estaban casados. Elisa Solano no llevaba ningún anillo de casada».

—¿Cómo es posible? Es un edificio pequeño —comento extrañada.

—Será un hombre importante, ¿no? No sé.

—¿Elisa también iba al Boca Chica? —consulta Joel, mirando el móvil.

—No, no, el Boca Chica solo es una sugerencia para tu guapa compañera. —Vuelve a guiñarme un ojo. Tenso la mandíbula y cierro los puños para

contenerme—. Ni idea de adónde iba ella, pero llegaba a casa hecha un despojo humano al más puro estilo Amy Winehouse. Ya sabes.

—No, no sé —niego cansada.

—Rímel corrido al igual que la espantosa raya del ojo, labios rojos descoloridos...

—¿Crees que tenía enemigos? ¿Estaba metida en líos? ¿Amantes?

—Ni idea, Isabel. Como te he dicho, no íbamos más allá de un buenos días, un...

—Ya, ya... —le detengo.

—Pero si hubiera sido por mí, me la hubiera follado en el ascensor.

Joel y yo nos miramos de reojo con la sensación de estar perdiendo el tiempo. Resulta imposible mantener una conversación normal con el escritor; juega al despiste y a la provocación, acercándose más de lo que le hubiera permitido a cualquiera.

—Estaremos en contacto, señor de la Cruz —se despide Joel.

—A vuestro servicio. Sobre todo al tuyo, Isabel.

«¿Te estás riendo de mí, maldito imbécil?».

Joel, al verme a punto de perder los estribos, me empuja con delicadeza hasta la salida. Una vez fuera, observamos la puerta del piso de la difunta sellada con el cordón policial.

Sara

Octubre, 2002

A medida que la sala de espera se va vaciando, entran más mujeres con hora concertada para la misma entrevista de trabajo. Todas me miran. Seguramente piensan lo mismo, a no ser que me esté dando demasiada importancia: «Qué hace una chica tan joven esperando ahí, cuando son ya las doce y media del mediodía y la entrevista estaba programada para las once». Debo de darles pena. Las que han salido por la puerta parecían seguras de sí mismas. Sonrientes y eficientes sin perder el control de sus zapatos de tacón. Miro los míos. No han cambiado nada desde que los he mirado en el vagón de metro, claro. Siguen siendo una antigualla cutre de segunda mano sin lustre ni gracia. Ojalá pudiera comprarme unos bonitos zapatos de tacón. Ojalá supiera cómo caminar sobre ellos.

En el momento en el que sale la rubia de la camisa roja y entra la morena del traje negro al escuchar su nombre desde el interior del despacho, llega una nueva. Es diferente. Más joven que las demás, parece tan descolocada como yo. Se acomoda en la única silla que queda libre, la que está a mi lado. A pesar de cruzar las piernas para mostrar un aire profesional, no puede evitar los nervios y lo demuestra con un tic que la hace balancear en círculo el pie que queda colgando. Me fijo en sus zapatos; parecen muy nuevos. Y, cuando subo la mirada y la dirijo hasta su cara, compruebo que ella también me está observando a mí.

—Elisa —se presenta.

—Sara —contesto.

—¿Hace mucho que esperas?

—Tenía la entrevista a las once.

—¡Vaya! Yo a la una, llego pronto.

—Hay retraso —le informo, apesadumbrada.

—Ya veo.

Es guapa. Tiene los ojos de color miel y pecas sobre una perfecta nariz respingona. Su piel está bronceada, como si este verano hubiera estado

muchas horas tomando el sol, y lleva su larga melena castaña recogida en una coleta baja hecha con esmero. No debe de tener más de veinticinco años, pero solo es una suposición.

—¿Tienes experiencia como recepcionista? —quiere saber.

—Sí, claro.

—Pero eres muy joven, ¿no? —me susurra.

—Tengo dieciocho años.

—Dieciocho... —murmura pensativa, mirando al frente. Trato de adivinar sus pensamientos y, por la expresión de su rostro, pondría la mano en el fuego por que se está mordiendo la lengua para no decirme: «¿Qué experiencia como recepcionista puede tener una *cría* de dieciocho años?»—. Yo veintidós.

Asiento sin demasiadas ganas de seguir hablando. Estoy cansada de esperar y decepcionada porque creía, ilusa de mí, que solo se habían citado conmigo para hablar y conocerme y, por supuesto, darme el empleo que tanto ansío. Pero entre tanta competencia, ¿cómo destacar?

—Sara... Mmm... ¡Solo Sara! —oigo decir al hombre desde el interior del despacho. Después de tantas candidatas, ya ni siquiera se digna en salir para llamarnos una a una en el umbral de la puerta.

—¡Yo! —exclamo alto para que me escuche y sepa que sigo aquí, a pesar del retraso.

Elisa susurra despacito y sonriente: «Suerte».

En el momento en el que me levanto, eufórica, torpe y nerviosa porque ha llegado mi turno, no me doy cuenta de que un hombre camina despacio en dirección al mismo lugar que yo. El tropiezo es inevitable; hubiera acabado en el suelo de no ser porque él, galán, me sujeta por el brazo con delicadeza.

—Perdón... —titubeo atontada.

Me mira fijamente y no tarda mucho en sonreír. Se me adelanta y entra antes que yo al despacho. Me detengo en el umbral de la puerta mirando al suelo y doblando la esquinita de mi currículum sin saber qué hacer. El hombre que me va a entrevistar, recostado cómodamente en el respaldo de la silla dándole la espalda a un ventanal con vistas a la avenida Diagonal, se incorpora de manera precipitada al ver a la persona con la que acabo de tropezar.

—Señor Mendieta —saluda con respeto.

El tal señor Mendieta, cuyo apellido sé que es importante no solo por el comportamiento del otro hombre hacia él, sino porque aparece en la placa del imperio inmobiliario, se da la vuelta y me mira divertido.

—Andrés, puedes salir. Ya me encargo de entrevistar a...

—Sara —responde Andrés de inmediato—. Solo Sara —repite, poniendo los ojos en blanco y encogiéndose de hombros.

—Gracias.

Andrés se levanta y sale del despacho cerrando la puerta tras de sí. El señor Mendieta, con los ojos verdes más bonitos que he visto en mi vida, deja de mirarme y se acomoda en la silla de piel giratoria ocupando el lugar del tal Andrés. Me señala la silla que hay enfrente y vuelve a dedicarme una sonrisa alentadora.

—Así que solo Sara. Yo soy Marco, encantado de conocerte.

—Lo mismo digo.

—Como sabrás, estamos buscando a una recepcionista para esta sede. ¿Tienes experiencia, Sara?

Me quedo completamente en blanco. Estuve hasta las tres de la madrugada ensayando las respuestas a las posibles preguntas frente al espejo pero, por extraño que parezca, este hombre me hace sentir pequeña e indefensa. No me sale la voz.

—Veo que has tenido varios empleos. Y solo tienes dieciocho años. ¿No es cierto? —continúa.

Parece un buen tipo. Sigue sonriendo sin quitarme la vista de encima. Viste un traje caro; la corbata me gusta. También me gusta su cabello rubio engominado hacia atrás que lo hace parecer un galán de los años treinta.

—¿Te ha mordido la lengua el gato? —ríe.

—No... —Dios, debe de pensar que soy idiota y que está perdiendo su valioso tiempo—. Lo siento, estoy un poco nerviosa. Aprendo rápido, señor Mendieta.

—Marco —me interrumpe—, por favor, llámame Marco. El señor Mendieta es mi padre.

—Marco —sonríe—. Soy espabilada y trabajadora. Se me da bien hablar con la gente y me gusta el teléfono. Y hacer cafés y fotocopias y... y todo lo que haga falta, por supuesto.

—¿Por qué necesitas este trabajo, Sara?

—Si no trabajo, no puedo pagar la habitación en la que vivo.

Espero no resultarle muy penosa o desesperada, pero es la verdad. Hubiera sido más acertado decir: «Para crecer como profesional». Pero no lo he pensado bien y son cosas que solo se te ocurren cuando ya la has cagado. Mi intención no es que me dé el puesto por lástima. Es un negocio, aquí no se regala nada. Solo he querido ser, más o menos, sincera desde el principio.

Quiero que confíe en mí. Que vea que estoy capacitada, pese a mi juventud, para este puesto, y que tengo muchas ganas y necesidad de conseguirlo.

Me pondría de rodillas si hiciese falta y le suplicaría que necesito trabajar. Que necesito que me dé una oportunidad después de toda mi mala suerte. Pero no sé cómo interpretar la expresión de su rostro. Tras unos segundos de incómodo silencio, arquea las cejas y mira mi ridículo currículum murmurando un:

—Entiendo. —«No todos hemos tenido una vida fácil como la tuya, Marco», me gustaría añadir—. Gracias por haber venido. Me ha gustado mucho conocerte.

«Eso es un no», dice la parte de mí más catastrófica.

Me levanto de la silla sin la seguridad en mí misma que he visto en el resto de las mujeres cuando han salido por esa puerta por la que salgo yo ahora. Elisa me mira sonriente y me pregunta con la mirada qué tal ha ido.

—A ver si hay suerte —contesto.

—Seguro que sí.

Le agradezco, con un gesto, su amabilidad y, al volver la vista atrás, compruebo que el señor Mendieta me sigue con los ojos, sonriendo, apoyado en el marco de la puerta del despacho. Las mujeres que todavía esperan lo miran tratando de captar una atención que no obtienen. Él solo me ve a mí. Me hace sentir única y especial; nadie me había hecho sentir así nunca. Acto seguido, cuando creo que no voy a poder ruborizarme más, me sorprende ver cómo se aleja hasta donde se encuentra el hombre que me iba a entrevistar. Recuerdo que su nombre es Andrés. Andrés escucha con atención lo que el jefe le susurra y vuelve al despacho llamando a la siguiente candidata. Al salir por la puerta, con las piernas temblando y las mejillas ardiendo, me da por reír al saber que he sido la única a la que el jefe ha entrevistado. Eso significa que no quiere perder el tiempo con nadie más. Me ha dedicado unos valiosos minutos a mí. No a otra, sino a mí.

Cuando cojo el metro en dirección a mi mustio barrio abandonando, muy a mi pesar, las grandezas del centro de la Ciudad Condal, me importa un pimiento conseguir o no el trabajo. Solo tengo el deseo de encontrarme de nuevo con esos ojos verdes que conseguirían poner mi mundo del revés si volviera a tener la oportunidad de que me mirasen como lo han hecho hoy.

Sara

Marzo, 2015

Maldigo el día en el que Marco no le pidió al informático que el sistema de vigilancia llevase audio incorporado. Tal vez él nunca vio la necesidad de escuchar y solo con observar, no sé con qué intenciones, se conformaba. No tengo ni la más remota idea de lo que le han preguntado los agentes al imbécil del escritor. Tengo que aprender a leer los labios. Me sería de gran utilidad, dadas las circunstancias.

Cuando han abandonado el piso del escritor, el muy guarro se la ha meneado un rato frente al ordenador de su despacho. Creo que la *poli* lo ha puesto cachondo; he visto cómo se le acercaba y la retaba mientras ella, con los puños cerrados, trataba de contener su crispación. Ojalá le hubiera metido un buen puñetazo. Ahora, con una copa de ron a un lado y un cenicero repleto de colillas al otro, está escribiendo y, por lo que sé, tras haberlo observado noche y día a través de los monitores, se quedará hasta las tres y media de la madrugada y luego, no sin antes aplicarse cremas en la cara, se irá a dormir. No es noche de fiesta para Gustavo de la Cruz.

Reviso mi móvil una y otra vez. Entro y salgo del despacho sumiéndome en el claustrofóbico ataúd para contemplar, especialmente, el piso de la muerta. Si Santi vuelve, quiero saberlo. No es posible que esté muerto, que subiera a ese avión. Tiene que ser un error. Eso es. Se trata de un error.

Pasan las horas. No sé cuántas copas de vino me he tomado para dejar de cavilar pero, sorprendentemente, la ausencia de Santi me duele menos a cada minuto que pasa. Quizá porque pienso en una posible traición. No soy estúpida. Desde el principio tenía que ser yo la que se manchara las manos de sangre mientras él se limitaba a la huida y al engaño.

Una parte de mí sabe que está bien. Me niego a creer, después de todo lo que he hecho para fugarme con él, que haya fallecido en ese avión. Sin embargo, hay algo que no cuadra. Me siento perdida, no puedo dejar de llorar. «No, no llegó a subir a ese avión», me repito. Su nombre estaba entre los

pasajeros porque compró el billete, para disimular, pero no voló. Y una media sonrisa aparece en mi rostro al imaginar que vendrá a por mí. No hoy, seguro. Puede que mañana tampoco, ni al otro... Tendré que ser paciente y esperar; habrá tenido algún contratiempo.

Nos iremos lejos de Barcelona. Tras meses recorriendo mundo, fijaremos nuestra estancia en Bali, el paraíso. Compraremos una preciosa casa al lado de la playa y viviremos felices sin que nadie sospeche de nosotros. Puede, incluso, que podamos formar una familia. Adoptar un niño. O dos, o tres... me gustan los niños. Desde siempre he sentido devoción por las familias numerosas. Pero bueno, ahora eso da igual. No quiero anticiparme al futuro porque tenemos toda la vida por delante para comprobar qué nos depara.

Busco en Google teléfonos y direcciones de videntes en Barcelona, pero ninguna parece lo suficientemente buena o fiable como para que me dé una pista sobre el paradero de Santi. Al menos no tan buenas como me ha hecho creer Lucrecia Maldonado, la bruja que me ha dado la necesidad de buscar respuestas en personas que prometen tener una especie de don cuando nunca he creído en estas cosas. «¿Qué diablos estoy haciendo?». Con solo imaginarme frente a otra pitonisa de uñas extralargas en la oscuridad de una estancia con velas, incienso y unas cartas traicioneras sobre una camilla con un mantel de terciopelo rojo, me entran náuseas. Pero me pueden más las ganas de saber si no acabaré entre rejas o el espíritu que me acompaña no quiere hacerme tanto daño como me lo hizo en vida.

¿Puede un espíritu matarte?

¿Puede vengarse por lo que le hice?

Miro a mi lado izquierdo creyendo, de veras, no sé si por los efectos del alcohol, el sueño o la locura, que está aquí, a mi lado. Mirándome con esos ojos verdes que ante el mundo inspiraban respeto y confianza, amabilidad y bondad, y en la intimidad de nuestro hogar se convertían en pura maldad.

—Si es cierto que estás aquí, Marco —empiezo a decir, hablando sola y controlando el temblor de mi voz porque no quiero que continúe riéndose de mí y de mi miedo por él en esa otra dimensión donde debe de estar—, puede que, o bien me odies por haberla matado, o puede que te sientas orgulloso de mí al ver un poco de ti en lo que he hecho. A estas alturas, ya sabrás que no soy ninguna santa, ni siquiera cuando me conociste. Ya llevaba a mis espaldas un pasado que me hizo cometer actos siniestros de los que no me enorgullezco. Pero me obligaron, ¿sabes? Me habéis obligado todos. Y ahora vete. Si lo que

esa bruja me dijo es cierto y tú quieres que sepa que sigues aquí, vete. Púdrete en el infierno y no vuelvas a llamarme Mermelada. Siempre lo odié.

Tras estas palabras, espero algo. No sé, un cortocircuito, que se apague la luz, que los grifos del cuarto de baño se vuelvan locos o que el sistema informático del «Ataúd Blanco» se joda por completo y a ver a qué informático le digo, sin meterme en problemas, que lo arregle. Pero no sucede nada y eso hace que me sienta estúpida. Los fantasmas no existen. Los muertos no hablan, puede que tengan un lugar mejor al que ir.

Son las cinco de la madrugada. Me pesan los párpados. Demasiadas horas despierta. Demasiadas emociones en un solo día. Cierro el «Ataúd Blanco» y me cercioro de no dejar ninguna pista en el historial de mi ordenador, por lo que me dispongo a borrar las búsquedas. Entonces, algo extraño empieza a suceder. Mis conocimientos informáticos no son excelentes, pero, al ver que no cumple mis órdenes, sé que algo va mal. Pulso varias veces el ratón, pero el hecho de desesperarme y despotricar contra la pantalla no hace que me obedezca. Las páginas empiezan a parpadear y, de repente, como si hubiese entrado un *hacker*, algo se apodera del aparato para mostrarme una pantalla negra en la que aparece escrito:

¿Preparada?
Empieza el juego.

Isabel

Marzo, 2015

«Abre los ojos. ¡Ábrelos, maldita sea!».

«Déjame en paz. Solo quiero dormir...».

«Tienes que seguir adelante, Isabel. Por mí. Sigue. Sigue. Sigue».

Un estruendo que identifico como un disparo del pasado me despierta. Pero esta vez no es un tiroteo. Alguien está aporreando la puerta de mi piso.

Camino torpemente por casa dándome golpes con cada esquina hasta llegar al recibidor. Al mirar por la mirilla, Joel alza un vaso de plástico de café servido por el bar de abajo, el de Paco.

—¿Qué quieres? —le pregunto sin abrir.

—Déjame entrar. Tengo noticias.

—¿De qué?

—Sobre Elisa Solano. Vamos, déjame entrar.

—¡Te dije que no quiero volver!

—Por favor... —insiste.

Decido abrir. Le reto con la mirada, me cruzo de brazos y, aún adormilada, me dirijo hasta el salón.

—Café.

—Gracias.

—¿Una mala noche?

—Todas las noches son malas —respondo, dándole un sorbo al café que me sabe a gloria—. Joder, Joel. Son solo las ocho de la mañana.

—No he dormido —ríe, mostrándome una abultada carpeta marrón.

—Se te nota —me sincero, fijándome en sus ojeras, en las venitas rojas alrededor del iris y en que lleva la misma ropa que ayer. No ha pasado por casa, parece agotado y más necesitado que yo de una buena dosis de cafeína.

—Y llevo esperando desde las seis de la mañana para contarte todo lo que he estado investigando —añade divertido, fijándose en el ejemplar de *El asesino de almas* de Gustavo de la Cruz que anoche releí y dejé en el sofá—.

¿Es el libro que decías?

—Prácticamente el mismo *modus operandi* de lo que creemos que le ocurrió a Elisa —comento, cogiendo el libro—. En la novela de Gustavo a la víctima le ponen Rohypnol en el vaso de whisky para que, contra su voluntad, se vuele los sesos con la ayuda de una mano ajena que le sujeta la pistola contra la sien. Sin embargo, en la ficción del escritor el asesino cuida más los detalles y usa la mano derecha de la víctima sabiendo que es diestra.

Joel abre los ojos con incredulidad. La escena de la trama del libro que le acabo de relatar es la misma que elucubramos en el escenario del crimen que quisieron disfrazar de suicidio.

—Pese a la casualidad del Rohypnol, que ahora te contaré, he corroborado que Gustavo de la Cruz estaba en Segovia firmando ejemplares, pero está claro que alguien ha leído el libro y cabe la posibilidad, si estamos en lo cierto, de que la ficción le inspirara. Agárrate que vienen curvas.

—No me interesa. Puedes apañártelas solo.

—Por favor, Isabel. Solo escúchame, ¿sí? Y luego decides si sigues ayudándome con el caso o no. No tienes por qué volver. Tú solo investiga conmigo. Acompáñame en esto.

—Adelante. Te escucho —resoplo resignada.

—Bien. Los del laboratorio también han trabajado duro esta noche y ya tenemos los primeros resultados.

Me froto los ojos y le doy otro sorbo al café. A estas alturas de mi vida no creo en las buenas noticias.

—Teníamos razón. A la víctima, porque tú y yo sabemos que es una víctima y no una suicida, le pusieron Rohypnol en la copa de vino, la droga de la violación, igual que en la novela de Gustavo de la Cruz.

Famosa en Miami en los años setenta, el Rohypnol es un sedante muy utilizado por los violadores, puesto que sus efectos son veinte veces más potentes que un Valium. Hace tiempo que no aparece en ningún examen toxicológico, desde que se ha puesto de moda la burundanga.

—Pero ahora viene lo malo —añade—. En el informe toxicológico han encontrado antidepresivos en su sangre y otras sustancias, y ya sabes cómo aprieta el jefe con este tipo de casos.

Supongo que quiere que Joel abandone. Que no han pasado ni veinticuatro horas desde el hallazgo del cadáver de Elisa Solano, supuesta suicida, fallecida el mismo día que su pareja en un accidente aéreo provocado, que ya quiere que pase al siguiente caso por el cúmulo de trabajo y recortes. Por lo

que vi anoche, al llegar a casa, la prensa se ha hecho eco de la noticia y les encanta el morbo de informar que la pareja se ha ido al otro mundo y en circunstancias muy distintas, pero trágicas por igual, el mismo día y, prácticamente, en el mismo momento. Aprovechan para hablar ahora, hasta que el juez decreta secreto el sumario, y en un par de días deban dejar el tema para pasar a otros casos.

Joel me ofrece el informe para que le eche un ojo, se acomoda frente a mí en el sofá y, de brazos cruzados alzando una ceja, suelta la bomba que no esperaba:

—Estaba embarazada de tres meses.

—¿Embarazada?

—Puede que no lo supiera, pero una embarazada que piensa en la salud de su hijo no toma la cantidad de antidepresivos que han encontrado en su cuerpo. Llevaba una mala vida. Drogas, exceso de alcohol... ¿Recuerdas lo que nos dijo el escritor? Elisa salía con frecuencia, y cuando coincidían en la entrada, siempre la veía perjudicada. Es probable que Santiago no fuese el padre. Mi suposición es que el hijo era de otro tío y la salud mental de ella peligraba. Es una putada, porque de ser así cerrarían el caso sin importar con qué mano se disparó, y todo lo que ingirió no ayuda a que den credibilidad a nuestra hipótesis de asesinato. El subcomisario me lo ha advertido.

—Lástima que Elisa no pueda sacarnos de dudas. Y tú crees que...

—Sigo pensando lo mismo —me interrumpe bruscamente—. Alguien estaba con ella, aunque no hayan encontrado más huellas, tampoco en el arma.

Me interesa el caso, me interesa mucho. De reojo, con disimulo para que Joel no perciba la curiosidad que siento, contemplo la portada oscura y tétrica del libro de Gustavo de la Cruz y quiero averiguar qué sucedió, pero no puedo. Hoy ni siquiera me apetece salir de casa.

—Y tampoco del supuesto marido —añade—. Solo han encontrado huellas de Elisa, como si viviera sola, así que no tenemos nada. Nada raro excepto la droga en la copa y la coincidencia de la escena del libro. Aun así, rebatirán que fue ella misma quien puso el Rohypnol en la bebida por culpa de los resultados de la analítica y que no estamos hablando de una ficción literaria, que esto es la vida real —apunta con fastidio—. El contrato atestigua que Elisa y Santiago vivían en ese piso desde mediados de junio del 2014. Lo único que les une es la dirección de empadronamiento y un contrato de arrendamiento que, desde el principio, no fue según lo legalmente establecido porque pagaban puntualmente con dinero en efectivo sin haber depositado los

meses de fianza correspondientes en Incasol. Tengo que ponerme en contacto con el abogado de Sara Mendieta, que fue quien movilizó el trámite con una rapidez pasmosa. No hay cuentas bancarias y, si las había, se han encargado de eliminarlas sin dejar rastro, algo bastante ilógico. Elisa tampoco tenía un solo céntimo a su nombre y no han encontrado dinero en el piso. No hay amigos, redes sociales, ni registro de llamadas porque su teléfono móvil no aparece por ningún lado. O no tenía, o se lo han llevado. Del teléfono fijo solo hemos registrado siete llamadas de la policía cuando trataron de comunicarse con la mujer para dar la noticia de que Santiago López iba en el avión. No hemos encontrado fotografías de la «pareja», ni juntos ni separados; solo sabemos que estaban casados por lo que nos dijo el escritor, pero no existe tal contrato matrimonial que lo pruebe. —Respira hondo, arquea las cejas y sonríe—. Aún no sé cómo es la cara de Santiago y lo más inverosímil de todo es que no damos con su documentación, como si no existiese. Tampoco hemos dado con ningún ordenador en toda la casa. En el historial médico de Elisa no aparece nada relevante, salvo que estuvo embarazada en 2003, y me ha llamado la atención que nunca ha cotizado: su historial laboral está vacío. Raro, ¿eh? Pero lo más raro de todo es que de Santiago no hemos encontrado ningún historial médico, tampoco laboral, ni carné de conducir. Solo un documento de identidad extraviado, me temo que falso, y que no sabemos cómo ha podido aparecer en la lista de pasajeros del Germanwings. Aún tengo que hablar con los de la aerolínea para que me expliquen cómo es posible que se cuele alguien que parece tener un carné de identidad falso. Por cierto, el padre de Elisa y su nieta están de camino.

—Elisa tenía una hija —afirmo, desconcertada, sin tan siquiera prestar atención a otros detalles significativos y puede que más importantes respecto a la investigación: Santiago López parece no existir. Todo conduce al mismo lugar: el vacío. Como si se tratase de un fantasma.

—Tiene doce años —comenta, refiriéndose a la hija de Elisa—. La abandonó y la dejó a cargo de su padre.

—¿Abandonó?

—Tiene síndrome de Down. Es el padre de Elisa el que se ha encargado de la niña desde que nació. De ahí su indiferencia cuando se enteró del supuesto suicidio. El hombre nunca le perdonó que abandonase a la niña. He quedado con él a las cinco.

—Me da igual.

—No te da igual, se te nota. ¿Espero a que te cambies y desayunamos en el

bar de la esquina?

—No. Ya te puedes ir.

—Ni hablar. Tú te vienes conmigo. Quiero hacerle otra visita al escritor.

—He dicho que no, Joel.

—¿No quieres saber quién mató a una mujer embarazada y lo preparó todo para que pensásemos que fue un suicidio? ¿No quieres enfrentarte a quien se ha querido reír de nosotros? —me persuade.

«Suicidio».

Qué fácil es para Joel pronunciar esta palabra.

10.30 horas

En la zona alta de Barcelona no se oyen gritos. Las ancianas van del brazo de sus cuidadoras, la mayoría mujeres sudamericanas; los hombres mayores parecen más jóvenes con sus impolutos trajes y corbatas, como si aún fueran a trabajar a los bancos en los que tenían un buencargo; los niños no tienen pataletas, no lloran ni se muestran rabiosos y sus ropas están limpias, van bien peinados y sus manitas cogidas de las de sus altivas, pero sonrientes y elegantes madres de media melena rubia, narices perfectas, pómulos y labios operados y bolsos caros de Chanel.

—Odio este barrio —le confieso a Joel, en el momento en el que aparca el coche frente al concesionario Mercedes-Benz.

—Venga ya. ¿Si te lo pudieras permitir no vendrías a vivir aquí?

—¿Aquí? ¿Con lo bien que se vive en Nou Barris? —rio irónica.

Pienso en las voces chillonas de los vecinos, las discusiones a altas horas de la noche, el reguetón a todo volumen sin respetar el descanso de la gente que tiene que levantarse temprano para ir a trabajar, los trapicheos a plena luz del día y el camión de la basura a las dos de la madrugada. Por no hablar de las paredes de papel, el ascensor que parece un ataúd de lo pequeño que es y mi piso de cincuenta metros cuadrados mal iluminado. Podría cambiar de edificio y de barrio, pero aún me aferro al recuerdo de otra vida. Esa vida que no me permito echar de menos porque fui yo quien la destruyó.

Saludamos a Fermín, el portero, que, al vernos entrar, balbucea algo ininteligible.

—¿Vienen a ver a la propietaria del edificio? —pregunta segundos después.

—Hoy no hará falta —responde Joel—. Venimos a ver a Gustavo de la Cruz. ¿Sabe si se encuentra en casa?

—No lo he visto salir todavía —contesta, mirando el reloj—. ¿Sucede algo? ¿Sospechan del señor de la Cruz?

—No es eso...

—Fermín. Fermín Camacho —se apresura a decir, al creer que no recordamos su nombre—. Son buena gente, ¿saben? Incluido el escritor, aunque pueda parecer un poco soberbio. Son incapaces de matar una mosca. Incapaces, sobre todo, por no mancharse las manos. Ya me entienden.

—Fermín, se sorprendería si supiera la cantidad de personas con un alto nivel adquisitivo que se ensucian las manos —le dice Joel, mientras me mantengo en silencio en un segundo plano—. ¿Sabe usted que las estadísticas dicen que uno de cada cinco directores generales es un psicópata?

—¡Santo cielo! —exclama el hombre persignándose. Me parece entrañable, me recuerda a mi abuelo y eso, a su vez, me hace pensar en ir a ver a la abuela. Debe de echarme de menos después de tanto tiempo—. Pero fue un suicidio, ¿verdad? Eso dicen en la tele, que fue...

—No lo sabemos. Subimos, pues. Gracias, Fermín —se despide Joel del solícito portero.

—A ustedes, agentes.

Fermín nos hace un saludo militar bastante cómico a modo de despedida. Y a mí me hace gracia que piense que soy una agente en activo cuando, en realidad, no sé qué pinto todavía aquí ni por qué me he dejado convencer por Joel.

—Cruz, hablas tú; cara, hablo yo —propongo como anoche, mientras subimos las amplias y relucientes escaleras de mármol—. Cara. Mierda. Debería haber elegido cruz.

—Cómo me gusta lo de la monedita —reconoce, con una expresión de satisfacción en su rostro.

Gustavo de la Cruz nos recibe enfundado en un chándal gris que dista mucho de la elegancia con la que se deja ver en el exterior. Parece agotado; unas ojeras oscuras asoman bajo sus ojos pardos y las gafas, hoy verdes, se le resbalan por la nariz aguileña sin que él haga el menor intento para evitarlo.

—¿Qué queréis ahora? Estoy en pleno proceso creativo.

—En tu novela *El asesino de almas* —empiezo a decir sin más dilación, tratando de hacer memoria para recordar lo que leí anoche al llegar a casa—, escribiste: «Dicen que matar es fácil, lo difícil es no dejar rastro. Nada que no puedan esconder unos buenos guantes de látex y el fuego engullendo tu ropa de

asesino» —recito de memoria.

—Ajá —acierta a responder, dejándonos pasar al salón.

—El asesino de tu novela utilizaba Rohypnol, la droga de la violación, como bien sabes —continúo diciendo, observando con detalle su rostro inquebrantable.

—Ajá.

—En el examen toxicológico de Elisa se ha encontrado Rohypnol —repito, ante la atenta y sorprendida mirada de Joel, que no pensaba que mi intención era, ni de lejos, ofrecerle información confidencial al escritor—. Alguien le metió una buena dosis en la copa de vino y pudo hacer con ella lo que quisiera como, por ejemplo, obligarle a coger la pistola, empuñarla contra su sien y disparar para que pareciera un suicidio.

—¿Y? —Alza una ceja, la izquierda. Parece tranquilo.

—En *El asesino de almas* hay un crimen similar. Idéntico, más bien.

Imito su gesto. Alzo una ceja, la derecha. Esbozo una media sonrisa satisfecha que desaparece al segundo.

—¿Sabes cuántas personas han leído esa novela? ¿Cómo crees que puedo pagar el alquiler de un piso como este? Más de cinco millones en todo el mundo, *best-seller* internacional traducido a más de veinte idiomas. ¿Y crees que he matado a esa mujer por haber escrito hace tres años ese maldito libro? ¿Que necesito matar para contar historias o algo así? Es lo más absurdo que he oído en todo el día y, créeme, en las cuatro horas que llevo despierto, he escuchado auténticas gilipolleces.

—No le estamos culpando, señor de la Cruz —interviene Joel—. He corroborado su coartada y sabemos que estaba en Segovia.

—Menos mal —ríe.

—Aun así, queremos saber tu opinión sobre el perfil psicológico del posible asesino —añado tranquilamente.

—¿Y no has pensado, Isabel, que Elisa se quitó la vida? Que exista algo así en una novela, no significa que ocurra en la vida real. ¿Por qué quieres ver un asesinato donde quizá no lo hay? —pregunta el escritor, desafiante, sentándose con las piernas cruzadas en el sofá de cuero negro. Despreocupado, coge con una mano el periódico del día en el que siguen hablando de la tragedia del vuelo de Germanwings y, con la que le queda libre, una taza de café humeante que se lleva a los labios.

—Primero queremos descartar que no hay un implicado en la muerte de su vecina —interviene Joel pausado.

—Ajá.

El escritor demuestra el poco interés que tiene en que sigamos en su piso. Le da un sorbo al café antes de apartar la vista de nosotros para centrarla en dirección a la ventana.

—Elisa disparó con la mano izquierda y era diestra. Además, estaba embarazada.

El rostro de Joel vuelve a cambiar; la expresión seria da paso a la estupefacción al estar yéndome de la lengua cuando no debería hablar más. No es profesional ni recomendable dar tanta información confidencial del caso. No debería jugármela aunque, por otro lado, ojalá haya encontrado la manera para que Joel me deje en paz. Aun así, el escritor sigue sin inmutarse lo más mínimo.

—Puede que fuera ambidiestra —nos desconcierta—. Sobre el embarazo, creéis que el hijo no era de Santiago, ¿cierto?

«Muy perspicaz».

—¿Santiago se ausentaba de casa muy a menudo? —quiero saber.

—¿Me has tomado por una maruja? ¿Por la portera del edificio? —pregunta exaltado con los ojos muy abiertos—. Os lo dije ayer y, que yo sepa, no soy ningún testigo importante como para que, en menos de veinticuatro horas, hayáis vuelto a darme la brasa, coño. No tengo ni idea de lo que hacen o dejan de hacer mis vecinos. Es una comunidad muy pequeña, pero somos ricos y los ricos no hablan del tiempo en el ascensor ni se encuentran cuando van a buscar el pan o a tomar el café en el bar de la esquina, ¿entiendes?

«No, no lo entiendo. Los ricos acabarán en los mismos ataúdes que los pobres o convertidos en cenizas. Despojos de lo que fuimos bajo tierra, un rico festín para los gusanos».

—Supongamos que se ausentaba mucho de casa —insisto—. ¿Elisa tenía un amante? ¿Alguna vez la viste con otro hombre que no fuera su marido?

—Nunca la vi con ningún hombre. Ni siquiera con su marido, lo dije ayer, ¿voy a tener que repetirlo cien veces? Nunca vi a Santiago, no sé cómo es su maldita cara. ¿Algo más, agentes? —se desespera.

«Ni siquiera con su marido». Interesante. Dejaremos que siga pensando que Santiago estaba casado con Elisa cuando ni siquiera eso es cierto.

—Puede que Santiago viajara mucho. ¿Esa es la razón por la que no lo llegó a conocer sin tener en cuenta que no hacía mucho que vivían aquí? —vuelve a atacar Joel.

—Mirad, me aburrís soberanamente. ¿Podéis iros? Tengo que escribir el

decimocuarto capítulo de mi nuevo *best-seller* internacional y se me va la inspiración. ¡Se me va! —exclama, mostrando la locura que siempre he creído que todo artista posee.

La arrogancia y el poder hacen de Gustavo un hombre difícil e insoportable que se cree un ser superior más allá del bien y del mal. Nunca he querido reconocer que me hice *poli*, entre otros motivos, para ver el miedo y el respeto en los ojos de quienes tengo delante. Nuestra presencia impone a los débiles y a los miedosos, a los que tienen algo que ocultar. Me gusta, o me gustaba, ejercer ese poder sobre la gente. Gustavo de la Cruz no parece ser débil ni miedoso pero, en estos momentos, dejando a un lado las estadísticas, creo que sabe más de lo que dice y que sí tiene mucho que ocultar.

—Por cierto —nos dice, sin moverse del sofá, antes de que Joel y yo salgamos por la puerta—. Imagino que habréis hablado con la jefa, la señora Mendieta. A esa sí que la he visto poco, no debe de salir mucho de casa, y ya debéis de saber que los que se esconden del mundo suelen saberlo todo.

Nos guiña un ojo misteriosamente y, con una mano, nos indica que salgamos de su casa.

17.00 horas

El padre de Elisa es un señor bajito de casi sesenta años, de aspecto frágil pero personalidad fuerte. Es testarudo y serio; no muestra aflicción alguna por el fallecimiento repentino de su hija, ni tampoco por el de su «yerno», al que nunca llegó a conocer en persona. A Joel y a mí no nos sorprende; lo que ahora nos impactaría es que alguien nos dijera que conocía en persona a Santiago. Nada más llegar, el señor Solano nos ha desmontado la seguridad que teníamos de que en la muerte de Elisa había podido participar otra persona al decirnos, al igual que sugirió Gustavo de la Cruz, que era ambidiestra y que de hecho utilizaba más la mano izquierda que la derecha y escribía con ambas.

—Elisa no ha querido vernos en todos estos años. Ni siquiera le puso un nombre a su hija. Prefiero recordarla viva, aunque solo me quede un mal recuerdo de ella.

«¿Cómo un padre puede hablar así de su hija?», le he preguntado a Joel, en un momento en el que el hombre se ha retirado junto a su nieta a la que, por lo visto, estar en comisaría no le va bien para los nervios y la ansiedad que parece sufrir.

«Por el amor que siente hacia su nieta», ha contestado lacónico Joel, mirando a la niña.

La niña, Paola, no se suelta de la mano de su abuelo. Nos mira con miedo, confusa y triste. Sus ojos, pequeños y de un color verde muy bonito, no entienden nada y parece estar muy cansada. Con la mano libre acaricia su melena rubia, lacia y fina. No sabe qué es lo que ha ocurrido; dudamos, incluso, que conociera la existencia de su madre.

—Esta niña es lo único que tengo —nos dice el señor Solano con desesperación—. El resto no me importa.

—Se refiere a...

—Sí, ya sabe a quién me refiero.

—¿Podemos hablar con usted en privado? —le sugiero, señalando un banco de madera que hay en el pasillo para que la niña, que a pesar de tener doce años aparenta muchos menos, se entretenga pintando.

El señor Solano aparta un poco a Paola que, obediente, se ha sentado y ha empezado a colorear en un papel que Joel le ha dado. El hombre, con un gruñido, se queja y, con una mirada de acero, me susurra:

—Me importa una mierda si se ha matado o la han matado. La vamos a incinerar y, por respeto a mi mujer, que en paz esté, esparciremos las cenizas bajo un árbol, en unas tierras que tenemos a las afueras de Madrid. Así estarán juntas.

—Señor, lo siento, pero no me explico cómo puede hablar así de su hija —me lamento, mientras Joel, alejado unos metros, cuida de la niña.

—¿Sabe lo que hizo Elisa cuando vio a Paola nada más nacer? Me dijo: «Me da asco. Llévatala. No la quiero ver en mi vida». Apenas se hizo pruebas ni se cuidó al saber que estaba embarazada. Creo que solamente se hizo una ecografía, al principio del embarazo, por lo que no vieron que la niña venía con síndrome de Down. Si lo hubiese sabido, estoy seguro de que hubiese abortado. Era mala, inspectora. Siempre fue mala, igual que su madre. No tenían corazón. A lo largo de estos doce años, en las escasas ocasiones en las que hemos hablado por teléfono, nunca ha preguntado por su hija.

—Tenía veintitrés años cuando dio a luz.

—¿Y? ¿Qué me quiere decir con eso? Ahora tenía treinta y cinco y quería seguir sin saber nada. Como si no existiera.

—Era joven y...

—Excusas baratas que no me sirven —me interrumpe violentamente—. El síndrome de Down fue solo un pretexto para librarse de ella. De cualquiera de las maneras, ya tenía pensado deshacerse de la niña y que yo fuera su tutor legal. No tiene ni idea de cómo era mi hija. Ni idea, inspectora.

—¿Sabe quién es el padre de Paola?

—No. Nunca me lo dijo. Igual no lo sabía ni ella, vaya usted a saber.

—Ha dicho que su madre también era mala. ¿Por qué dice eso?

—Mi hija sufrió un auténtico calvario con su madre. Yo me pasaba el día fuera de casa, trabajando en la obra. Mi mujer la manipuló, anuló y maltrató psicológicamente desde que era pequeña y, lo reconozco, yo también soy culpable por no haberlo evitado o no haber sabido verlo antes. Estaba ciego. Mi mujer la transformó en lo que se convirtió: en una mala persona como lo era ella. En una mujer sin empatía ni respeto hacia los demás. Sin corazón alguno y multitud de inseguridades con las que se dedicaba a atacar al resto. Era odiosa, agente, y entre ellas no se soportaban; no se podían ni ver. Cuando Elisa creció, creía que solo eran discusiones típicas de mujeres, pero no. Había algo más y no supe verlo a tiempo. Por eso, Elisa, cuando vio la oportunidad, se vino a Barcelona con solo veintiún años. Huyó de su madre y de la manipulación a la que la tenía sometida. Cuando su madre murió, no vino al entierro. Cuando se lo comuniqué por teléfono, ni se inmutó. Fría como el hielo. Pero, si le digo la verdad, yo tampoco lloré en el entierro de Ángeles. Me sentí liberado. ¿Conoce usted esa sensación? Pues es la que tengo ahora.

—Lo siento mucho.

—No lo sienta. Nunca reconocí que mi papel como esposo y padre era el de un títere al que manipulan como quieren sin consultarle. —Se encoge de hombros y sonrío con tristeza.

—¿Su hija nunca le pidió dinero cuando se independizó?

—Nunca. Siempre supo espabilarse sola, fíjese. Algo bueno que le enseñó Ángeles, aunque no quiero saber de qué manera. Solo me pidió ayuda cuando se vio sola, embarazada ya de ocho meses y a punto de dar a luz. Vino a Madrid, yo le pagué el billete de tren. A los dos días de tener a la niña, aún sin estar recuperada del parto, volvió a Barcelona y a mí me dejó con lo mejor que me ha pasado en la vida. Esa niña que ve ahí sí es buena. Un ángel. Tiene el mejor corazón que he conocido nunca, y ¿sabe qué es lo mejor? Que la he criado yo. Solo nos tenemos el uno al otro y si algo me pasara, no sé qué sería de ella, pobrecita mía.

Suspiro. Reflexiono. «Si algo me pasara, no sé qué sería de ella, pobrecita mía». Reprimo las lágrimas y decido cambiar de tema, ir al grano, a lo que interesa de verdad. Luego, me digo a mí misma, desapareceré. Si hace falta me iré lejos para que Joel me deje tranquila.

—Sobre Santiago López —sigo preguntando—, ¿sabe algo, aunque nunca lo

llegase a conocer en persona?

—Solo sé que tenía dinero y que Elisa vivía muy bien gracias a él. Eso dijo la última vez que hablé con ella. Ha muerto en ese accidente de avión, ¿verdad? Hablan del tema cada dos por tres en la tele, que la mujer se pegó el tiro al enterarse, que...

—Eso no es posible, señor Solano. Cuando su hija falleció la noticia aún no había salido a la luz.

—Ya. Entonces no lo sabía.

—No podía saberlo.

—En fin, me da igual. Ustedes denme el cuerpo para hacerle una misa digna y que no arda en el infierno —añade fríamente.

—Aunque tenemos los primeros resultados de la autopsia, aún deberá esperar unos días. Elisa estaba embarazada.

El hombre abre la boca y se lleva una mano a la frente.

—¿De Santiago?

—No lo sabemos. —«Y no habrá forma de saberlo nunca»—. Estaba embarazada de tres meses —añado.

—Válgame Dios.

Ambos miramos hacia la pequeña, que sigue absorta en su dibujo.

—Señor Solano, ¿Paola conoce la existencia de su madre?

—No —niega automáticamente, mirando a su nieta con dulzura.

Sara

Marzo, 2015

Aterrorizada por el mensaje de anoche, conduzco hasta el centro de Barcelona, desesperada e inquieta, para alejarme del opresivo edificio Mendieta. Me detengo en la plaza Real a tomar un café en una de sus alegres terrazas, contemplando el gentío que hay a mi alrededor. Todos parecen llevar una vida tan normal que me uno al ambiente festivo y cotidiano del lugar con una sonrisa, mostrando con orgullo la chaqueta de un vivo color rojo que he elegido para este día. Odio el rojo, pero me sienta bien. Aquí soy una más. Trato, al menos, de aparentar ser una persona anónima y tranquila, cuyo aspecto pijo dista mucho del de una cruel psicópata capaz de matar.

«¿Me veis? Soy tan normal como todos vosotros», quisiera gritarles a cada uno de los presentes, tan ocupados en sus teléfonos móviles y cámaras fotográficas.

—Un café con leche —le pido al amable camarero, un joven de no más de veinte años, alto y delgaducho, sin un pelo en la cara que poder afeitarse.

—Ahora mismo, señora.

«Señora», repito mentalmente con una mueca de disgusto.

El tiempo, a pesar de considerarme aún joven, ha pasado demasiado deprisa. Puedo parecer una persona con suerte, pero soy terriblemente desdichada. Ni todo el dinero del mundo me hará pensar lo contrario. La maldad aumenta con cada desengaño y eso, creo, se ve reflejado en mi aspecto físico. Los hombres ya no se dan la vuelta para mirar mi trasero; mi cara no luce tersa y joven como cuando tenía dieciocho años y las varices de mis piernas no se corresponden tampoco con mi edad, sino con la de una mujer diez años mayor. El bótox o cualquier operación estética que detenga el cruel paso del tiempo no entran en mis planes; las agujas me dan pánico.

«¡No pasa nada! Es algo muy sencillo y a las pocas horas ya estás en casa», decían despreocupadas todas las mujeres de los pudientes amigos de Marco.

Siempre con esas miradas altaneras, debías ir con mucho cuidado a la hora de elegir la ropa. Si repetías, ellas lo sabían y disfrutaban criticando. Criticar

era el pasatiempo preferido de todas. Tenían una especie de radar que les decía que ese vestido ya lo habías llevado hacía dos semanas; se acordaban, incluso, de la ropa de hacía un año. Unos pitidos insoportables se apoderaban de mis orejas hasta volverlas coloradas. Sabía que hablaban de mí a mis espaldas. Sabía todo lo que decían las muy brujas: «La aprovechada. La que se ha llevado al mejor partido. Seguro que solo quiere su dinero, es una muerta de hambre con suerte. Y, por si fuera poco, su padre estuvo encerrado en un psiquiátrico durante años. ¿Será genético?».

A Marco se le escapó el tema de mi padre en una de nuestras cenas en las que debía mostrarme como la anfitriona perfecta, ocultando la verdad sin poder pedirle ayuda a nadie, puesto que siempre estaba bajo vigilancia. Debía aparentar sentirme como una de esas mujeres de las películas de los años cincuenta que estaban encantadas de pasarse el día preparando platos deliciosos para su familia. La rica ama de casa feliz y enamorada de su marido. Siempre bien peinada y maquillada, el vestido para la cena tenía que ser espectacular, tacones altos y una sonrisa permanente. De no ser así, si cometía cualquier error, por muy ínfimo que fuera, luego, cuando me quedase a solas con Marco, él me lo haría pagar muy caro. Me dejaría encerrada tres días en el dormitorio sin comida ni bebida en el mejor de los casos. Me metería dentro de la ducha con agua helada durante dos horas, mientras él leía el periódico sentado en la taza del inodoro. Se sentaría junto a mí en el sofá del salón con música clásica a todo volumen para ensordecer mis gritos cuando apagara su cigarro en mi piel.

«Debería ir a buscarlas y matarlas una a una. Por no salvarme. Por no darse cuenta de cómo era realmente mi vida junto a Marco», pienso, observando a un par de amigas situadas frente a la fuente de las Tres Gracias. Una alaba el bolso de piel marrón de la otra, cuando puede que en realidad piense que es horrendo. Porque es horrendo.

El camarero se acerca preguntándome si quiero algo más. Digo que no. Miro mi móvil, pero no hay ni un solo mensaje y, lo peor de todo, es que no puedo hacer nada. No puedo escribirle, quedamos en que no intentaría ponerme en contacto con él. Podría ser muy peligroso, un arma de doble filo. Podrían pillarnos, pero, entonces, vuelvo a recordar que fui yo quien apretó el gatillo y que a él no podrían culparlo de nada. «¿Cómo he dejado que me engañara de esa forma? ¿Cómo he sido tan estúpida?». Y el amor, o lo que yo creía que era amor, se evapora en cuestión de segundos mientras cientos de

vidas siguen su curso en un mismo espacio, el de la plaza Real. Y el amor, como ya ocurrió una vez, se convierte en un repentino odio que no sé cómo gestionar.

Vuelvo a casa. Unos cuantos borrachos que caminan a trompicones por las Ramblas me dicen cosas que prefiero ignorar. Pienso que no volveré a ponerme nunca esta chaqueta roja. Odio el rojo. Da igual que me siente bien.

El aparcamiento está vacío. El sonido de mis tacones retumba en el suelo de cemento. Por un momento, mientras sigo andando sin detenerme, siento que alguien sigue mis pasos. Miro a mi alrededor. No veo a nadie.

«Estás alucinando, Sara», me río.

El problema viene cuando sigo oyendo otros pasos que no son los míos; resuenan en las paredes de hormigón, por lo que no puedo saber si va delante o detrás de mí. Acelero cuando el camino hacia mi coche se me antoja eterno hasta que, al abrir con el mando a distancia, me doy cuenta de que ya está abierto. Consciente de mis lagunas mentales, no es algo que me resulte extraño. Hasta que entro. Y entonces todo va mal. Al sentarme frente al volante todo cobra sentido. Una nota me espera en el salpicadero, imposible no ver esas letras con una caligrafía que reconozco y que hoy me hiela la sangre, escritas con un grueso rotulador negro que me dice:

Sigo aquí.

La parte cobarde de mí se pone a temblar.

Miro al frente. Una sombra corre hasta desaparecer entre los muros; se volatiliza entre los coches.

Y me pongo a temblar.

Sara

Diciembre, 2002

Para mí, diciembre es un mes horrible. Los días transcurren lentos, como si lo viera todo desde el cristal de una ventana, ajena a todos y a cada uno de los acontecimientos importantes que pasan ahí fuera. Es el peor sentimiento del mundo. Todos ríen, tienen un lugar al que ir y gente que los espera; un montón de regalos que entregar y otros tantos que recibir. Pasean por las frías calles barcelonesas como si lo más importante del mundo fueran las luces que han puesto este año en la Gran Vía de les Corts Catalanes o algún tesoro por el que sentir un flechazo en las casetas artesanas de la Fira dels Reis.

Yo, invisible, los miro durante el rato que dura el trayecto en metro del trabajo a casa y de casa al trabajo, y trato de adivinar sus pensamientos:

«¿Cuánto engorda un churro con crema por dentro?».

«¿Me quedará rico el asado de cordero?».

«¡¿Vienen veinte para cenar?! ¿Y ahora qué hago? ¡Pensaba que serían dieciocho!».

Celebraciones navideñas. El mes que me recuerda que no tengo familia: mi madre, muerta; mi padre, en un psiquiátrico y mi hermano un adicto que, ahora que tengo trabajo y un sueldo al mes, es él quien me busca cuando lo necesita. Si no le doy lo que quiere, me amenaza:

—Iré a la policía. Les diré que no fue una fuga de gas accidental. Que tú la provocaste. Que tú mataste a nuestros tíos.

No sé cómo reaccionar y mucho menos cómo lidiar con los recuerdos de aquellos momentos de abusos, gritos, insultos y peleas, le doy los veinte, los cincuenta o incluso los cien euros que necesita, con tal de que me deje en paz. Él, hace muchos años, me salvó; ahora quisiera perderlo de vista.

Hoy, en el metro, tengo ganas de llorar. Ni siquiera me apetece tratar de adivinar qué está pensando la anciana con el ceño fruncido o la mujer pelirroja de largas piernas que mira al frente y lleva demasiado maquillaje. Tan distintas entre sí ocupando un mismo espacio y, quién sabe, a lo mejor un

mismo destino. Pero hoy no siento curiosidad. Ni por ellas, ni por nadie. Hoy me permito pensar en mí y me recuerdo que lo peor que pudo pasarme fue enamorarme como una idiota del jefe cuando conseguí el trabajo de recepcionista en la inmobiliaria Mendieta. Lo más patético de todo: pensar que él, veinte años mayor que yo, también tenía sentimientos hacia mí. ¿Por qué quiso hacerme él mismo aquella entrevista? ¿Por qué me contrató solo dos días después, cuando había mujeres mucho mejor preparadas que yo? ¿Por qué seguía mirándome de esa forma, a escondidas, creyendo que nadie se daba cuenta?

«¡Niñata ilusa! Nadie se enamora de nadie en un minuto. ¿Acaso sigues pensando que alguien como él puede fijarse en una niña penosa y ridícula como tú?», me martirizo cada día.

Junto a mí trabaja Elisa, la chica que conocí en la sala de espera. A ella, mucho más resuelta, espabilada y experimentada que yo, le propusieron empezar la misma tarde en la que le hicieron la entrevista. Me lleva cuarenta y ocho horas de ventaja. Y Marco, el gran jefe, por mucho que trate de ocultarlo, cuando no me mira a mí la mira a ella y, en ese momento, todo cambia. Su mundo es ella. Solo tiene ojos para Elisa. Ayer los vi salir juntos cogidos de la mano. El otro día vi cómo se subía al Mercedes del jefe con una amplia y luminosa sonrisa. Y, hace unas semanas, por casualidad, los vi besándose en un rincón apartado de la oficina cuando todos se habían ido a casa. Él le metía mano descaradamente por debajo de la falda. No parecía acoso laboral; ella estaba encantada lamiéndole la oreja.

Así que ahora, en nuestro habitáculo de la recepción, la miro de reojo y entiendo qué puede ver en ella. Es preciosa. Siempre sonríe, huele bien —a lavanda, creo—, y tiene un tono de voz aterciopelado que podrías estar escuchando durante horas. Sus dedos, largos y exquisitos, se mueven con agilidad y elegancia sobre el teclado del ordenador. Tiene unos ojos bonitos de color miel y unas pestañas que parecen no tener fin; dice que no son postizas, yo no estoy tan segura. Reconozco que todo el trabajo lo hace ella y yo me limito a coger el teléfono. La primera llamada que respondí fue un desastre: tartamudeé. Elisa se puso al mando con la intención de ayudarme y enseñarme y yo, muerta de vergüenza, descubrí que Marco había pillado mi inexperiencia y, a su vez, la rápida resolución de mi compañera. La adoro y la odio a partes iguales. Nunca habla de su vida y tampoco hace preguntas. Nos limitamos a trabajar, a darnos los buenos días y a preguntarnos, de vez en cuando, qué tal, sin llegar a contarnos gran cosa ni a profundizar sobre nada.

Hablamos del tiempo y de los clientes; de los edificios que están por construir y de los pisos de lujo en los que ambas, por cómo los miramos, quisiéramos vivir. Pero no hay dinero y cuando entro en el cuchitril en el que vivo pienso en las fotografías que veo a diario de las propiedades de la inmobiliaria Mendieta y lo único que consigo es deprimirme y frustrarme. Mi vida es una mierda. Mis compañeras de piso con aspiraciones artísticas, un desastre: ropa sucia tirada en el suelo, platos amontonados en la pila del fregadero y anoche, moscas alrededor de lo que parecía una manzana podrida en lo alto de la nevera grasienta.

A las dos del mediodía, Elisa apaga el ordenador con una de sus habituales sonrisas resplandecientes y se levanta. Se alisa la camisa; coqueta, saca un espejito del bolso y se pinta los labios de color rojo pasión.

—Voy a comer algo, Sara.

Asiento mirando con disimulo hacia la entrada y haciendo ver que no me doy cuenta de que Marco la está esperando para llevarla, imagino, a uno de esos restaurantes de lujo del centro por los que mataría. Literalmente.

Dos horas más tarde, Elisa vuelve. Parece una persona totalmente distinta a la que vi irse. No sonrío, no parece feliz; ya no tiene carmín rojo en sus labios y los ojos están hinchados, como cuando lloras durante mucho rato.

—¿Pasa algo? —le pregunto, fingiendo preocupación, cuando lo que siento es curiosidad. Me muero por saber qué le ha sucedido con el jefe para que haya vuelto así.

Niega con torpeza. Se acomoda en la silla, mueve el cuello de un lado a otro haciéndolo crujir, enciende el ordenador y abre el correo electrónico. Manda un email, nada que, en un principio, considere importante. Cinco minutos más tarde, sin decirme ni una palabra, coge su bolso y se va.

Es solo un pensamiento como otro cualquiera pero, en este momento, mientras sigo descolocada mirando hacia la puerta por donde instantes antes ha salido Elisa, intuyo que no va a volver.

Isabel

Marzo, 2015

Con la mirada aún fija en la niña, el señor Solano nos dice que quiere ver el cuerpo sin vida de su hija.

Entramos en la sala de autopsias iluminada por unos fluorescentes que requieren con urgencia una reparación. Hay dos camillas vacías apartadas a un lado junto a los refrigeradores de cadáveres y, en el centro, ella, la mujer a la que hemos venido a ver. Joel ha preferido quedarse con la niña y su excusa para que yo acompañase al padre de Elisa hasta la sala de autopsias ha sido: «Las mujeres tenéis más tacto para estas cosas». Ha llamado al forense y le ha avisado de que vendría yo a pesar de estar de baja y, por lo que me ha parecido escuchar, también le ha pedido como favor que no le diga nada a nadie sobre mi presencia. Los superiores no pueden enterarse de que le estoy ayudando en este caso.

El forense, Marcial, nos saluda con la seriedad y la melancolía en los ojos de quien tiene que convivir a diario con seres a los que se les apaga la luz. No querría estar en su lugar, pasando más tiempo con los muertos que con los vivos.

Miro al señor Solano; está temblando frente al cuerpo de su hija cubierto con una sábana blanca.

—¿Está preparado?

—Sí... sí, destápela, por favor —balbucea nervioso, dejando a un lado al tipo frío que ha tratado de ser cuando ha llegado a la comisaría.

Soy yo la que, después de ponerme unos guantes que me ofrece el forense, dejo al descubierto el rostro sin vida de Elisa. El padre da un paso hacia atrás y se cubre la boca con las dos manos. Está en *shock*; los ojos exageradamente abiertos, las cejas enarcadas, la mandíbula apretada y la tensión marcada en su rostro. Me sitúo cerca de él, por si tengo que sostenerle para evitar una caída debido al impacto. De todo lo que dice, solo puedo entender tres palabras que repite una y otra vez:

—No puede ser. No puede ser.

Sara

Marzo, 2015

Copa de vino tinto *cabernet sauvignon* en mano, me tumbo en el sofá y dejo que los minutos transcurran a su antojo. Doy un sorbito. Me abandono a los sentidos y me dejo embriagar por la esencia de grosella, cerezas y ciruelas. De nuevo me llevo la copa a los labios y disfruto de su sabor a aceitunas negras; de su tacto aterciopelado, seco y amargo, que me hacen desearlo como si fuera el mejor amante. Consumo media cajetilla de cigarros y pienso, como acostumbro a veces a hacer, en mi padre. El pobre diablo que se pasó los últimos años de su vida encerrado con otros locos como él abandonados a su suerte entre unas paredes que pedían a gritos oxígeno. Libertad. Una libertad de la que le privaron hace veintiséis años, por la locura a la que sucumbió cuando mi madre perdió la vida al dármele a mí. La muerte fue su salvación, estoy segura.

No le perdono. Pasan los años y no le perdono, aunque esté muerto. Jamás lo haré. Las pocas veces que fui a verlo, me sentaba junto a él. Ninguno de los dos hablábamos y, mientras para mí, que de pequeña huía de ese hombre ya indefenso, era un golpe de realidad repleto de aprendizaje sobre la vida y el engaño de la mente, para mi padre era una cruel broma del destino.

«Monstruo», me llamaba él.

«Viejo diablo», le llamaba yo.

Cuando alguien dice «papá», piensa en un hombre que ha estado pendiente de la evolución de su hijo desde la más tierna infancia. Es esa persona que ya te habla y hace tonterías cuando estás en el interior del vientre de tu madre. «Papá» es quien compra helados en las ferias y te protege de todo mal. El que te consiente, aun cuando sabe que no es bueno para ti y que mamá se enfadará. «Papá» siempre se arma de paciencia cuando las rabieta inundan todo tu pequeño ser. Que te quiere por encima de todas las cosas, te alza en el aire, a pesar del dolor de espalda, produciéndote carcajadas interminables o te monta a caballito y sube contigo en los autos de choque. Te enseña a leer, a escribir, matemáticas y ciencias; cuenta los mejores cuentos del mundo antes de ir a

dormir, y las cosquillas o el juego del escondite son los mejores momentos del día cuando llega a casa después de una larga jornada laboral. Un beso en la frente, un abrazo protector o palabras de consuelo cuando el mundo infantil, sea por el motivo que sea, se derrumba, son los gestos preferidos de cualquier buen «papá».

Para mí, «papá» fue el que me ignoró desde mis primeros segundos de vida hasta los dos años. Quien, de los dos años a los cinco, me daba palizas y me insultaba porque, según sus propias palabras, me odiaba. Yo era una indeseable para él, la indeseable que le había arrebatado lo que más quería en la vida: a su mujer. Empezó dándome bofetadas que no entendía y que fueron a más: con tres años iba al colegio con los ojos hinchados y cardenales por todo mi cuerpecito infantil. Nadie hizo nada por mí y la maestra que tuve durante mis primeros años escolares estaba a favor de la mano dura pese a ser solo una cría. ¡Tenía tres años, maldita sea! No se trataba de un azote en el culo; era mucho más. Y sin motivos. Nunca tenía motivos, así que aprendí a no molestar. A quedarme quietecita en un rincón callada, viendo la tele o jugando con las muñecas de trapo que mi hermano hacía para mí cuando todavía existía algo bueno en él.

«Accidentes domésticos —decían—. Claro, es una niña tan movida...».

No me protegieron. Se limitaron a mirar hacia otro lado y a buscar excusas. De haber sucedido en la actualidad, la profesora, alarmada, habría hablado con la directora del colegio y esta hubiese llamado a los servicios sociales. Pero tan culpable fue mi padre como quien cerró los ojos ante la evidencia del maltrato físico de una niña pequeña.

A los cuatro años casi pierdo la vista. Y a los cinco, una fractura de costilla y una grave deshidratación y desnutrición me salvaron, al fin, de las garras de mi padre. Por el bien de mi cordura he olvidado casi todas las monstruosidades que me decía a diario, pero sí recuerdo las inseguridades, los miedos y el principio de autismo que, afortunadamente, se pudo corregir a tiempo.

A mi padre lo ingresaron, debido a un brote psicótico, en el manicomio de Sant Boi en el año 1989. Fue el mismo día en el que me dejé tendida en el suelo de mi dormitorio. Fue mi hermano Rodrigo, con doce años, el que llamó a la ambulancia y se encargó de que mi padre lo pagara muy caro. Cogió un cuchillo de la cocina y le provocó un corte profundo en la pierna derecha dañando los tendones y dejándolo cojo de por vida. Fue una de las cosas buenas que hizo el descarriado de Rodrigo por mí. Si no fuera por él, puede

que estuviera muerta.

Luego, las cosas no fueron mejor para mí. Si la vida con la locura de mi padre fue un infierno, nuestra siguiente estación fue desesperanzadora, llegando así a la conclusión de que nadie en este mundo podría quererme nunca y, mucho menos, salvarme.

Sara

Diciembre, 2002

Ha pasado una semana desde que Elisa se fue de la inmobiliaria y no volvió. Lo intuí en el momento en el que la vi salir por la puerta, pero, por lo visto, he acertado de pleno. Por más que he preguntado, nadie me ha dado una respuesta, ni siquiera Andrés, el de recursos humanos, que se ha limitado a decirme que, si me veo muy saturada, contratarán a alguien más. Es raro. Todos hacen como si Elisa nunca hubiera pasado por aquí. Como si no existiera. ¿No soy la única que conocía su lío con el jefe? ¿Ha pasado más veces? ¿Se están haciendo los locos?

Marco, por lo que sé, está de viaje de negocios. Viaja constantemente. Coincide en el tiempo con la marcha de Elisa. Una semana.

Hoy, a la hora del almuerzo, cuando la inmobiliaria suele quedarse vacía, he encendido el ordenador de Elisa. Recuerdo que lo último que hizo fue enviar un correo y, aunque en ese momento no le di importancia, puede que ahora encuentre la clave de lo que le ha pasado. Gracias a su mala memoria, tenía todas las contraseñas escritas en pósits amarillos pegados alrededor del marco del ordenador que no se molestó en despegar y tirar a la basura antes de irse. Paso a paso, llego hasta el buzón de cuentas de la empresa. En recepción hay dos cuentas, la mía y la que ahora no usa nadie. No cerró la cuenta, por lo que, nada más entrar, sin necesidad de contraseñas, puedo ver todos los mensajes. Un total de doscientos cincuenta y cuatro. Los observo todos con rapidez hasta que pulso la pestaña de «elementos enviados». Ahí está lo que escribió Elisa, justo encima de un total de ciento treinta y dos respuestas de ámbito profesional.

De: Recepción 2 [mailto:repcion2@grupomendieta.com]

Enviado el: martes, 10 de diciembre de 2002 16:07

Para: Marco Mendieta

<Marco.Mendieta@grupomendieta.com>

Asunto: Despedida

Marco:

Este bebé es tuyo, te lo juro. Tienes que creerme, no he estado con nadie más.

Me voy. Si me quieres, ven a buscarme. Si no lo haces, entenderé que no he significado nada para ti y desapareceré.

Tuya siempre,

Elisa

Lo he leído diez veces. ¿Embarazada? No me lo puedo creer. Confusa, coloco la flechita sobre la papelera pensando en si debo borrar el desesperado correo electrónico y todo el historial con la intención de no dejar pistas. Si no lo hizo ella, lo puedo hacer yo, aunque no sé por qué me estoy preguntando todo esto. ¿Es mi deber proteger a Marco? ¿Eso es lo que debo hacer? ¿Están juntos? ¿Han huido? Y si es así, ¿adónde? Me tiembla el cuerpo, no reacciono. Siento que debo mantener el secreto a salvo y que nadie más, excepto los implicados y yo, puede saberlo. Me siento protagonista de algo, aunque sea ajeno a mí y se trate de una especie de triángulo amoroso en el que, muy a mi pesar, nadie me ve. Marco no puede ser objeto de los cuchicheos de sus empleados, eso lo dejaría en mal lugar. No lo puedo permitir. Sería un escándalo que se enterasen de que ha dejado embarazada a una recepcionista que apenas llevaba dos meses trabajando para él y, además, mucho más joven. Dios mío, sería el hazmerreír de su selecto grupo de amigos.

Con la mirada perdida en la pantalla, no me doy cuenta de que alguien, al otro lado de la mesa de recepción, está reclamando mi atención. Rápidamente y sin pensar en nada, borro el correo electrónico y vacío la papelera donde ha ido a parar.

—¿Qué miras con tanto interés, Sara?

—Señor Mendieta... —murmuro.

Disimuladamente, apago el ordenador que fue de Elisa y no me quedo tranquila hasta que la pantalla se vuelve negra.

—Te lo dije cuando nos conocimos. El señor Mendieta es mi padre, yo soy Marco.

Son pocas las ocasiones en las que el jefe me habla, salvo cuando tengo que pasarle alguna llamada al despacho.

—Perdón —me disculpo, sonrojada.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes hambre?

Niego con la cabeza y trato de sonreír. Lo miro fijamente mientras hago un esfuerzo por quitarme de la cabeza las imágenes en las que lo imagino

haciendo el amor con Elisa. La joven y siempre dispuesta Elisa, embarazada del jefe, al que le envió un correo electrónico del que no sé si obtuvo respuesta. Si Marco la siguió o no. Si quiere estar con ella. Si quiere a ese bebé.

—Tienes que comer algo. Ven conmigo, te invito.

—Tengo trabajo, yo...

—¡No rechistes! Tienes que hacerle caso al jefe —ordena divertido, guiñándome un ojo y ofreciéndome su mano para salir.

Es encantador. Un galán como pocos: educado, servicial, generoso y un gran conversador. Aunque no tengo ni idea de si eso es algo habitual en el género masculino dada mi inexperiencia y extraña relación con el descarriado de mi hermano y con algún tipo de la calle o el metro con el que cruzo una mirada de cero coma dos segundos.

Durante la hora que dura nuestro primer almuerzo, escucho atenta sus batallitas de la infancia, los veranos en Cadaqués y otros temas que no tienen nada que ver con el trabajo. Envidio la vida que le han dado sus padres; la vida cómoda y fácil que le ha tocado vivir. Una vez leí que todos venimos a este mundo con una vida ya escogida, y que todo cuanto nos ocurre en ella no es más que el resultado de una serie de causas premeditadas con anterioridad por nuestras almas. Pues maldigo mi suerte y maldigo a mi alma que, ya desde el limbo, no supo escoger bien la familia en la que nacer.

—Mi sueño, desde siempre, ha sido ser escritor —confiesa nostálgico—. Pero mírame... me lancé de cabeza a los temas empresariales de mi padre y, viéndolo desde la perspectiva del mundo real, es la mejor decisión que pude tomar. —Le da un sorbo a la copa de vino. Yo sería incapaz de beber vino; lo odio—. Pero ¿sabes, Sara? Por culpa de este trabajo tan absorbente he dejado pasar tantas oportunidades en el amor... En la vida, en el terreno personal, ¿entiendes?

Suspira, levanta una ceja coqueto y me sonrío. Me parece la sonrisa más sincera y maravillosa del mundo. Creo, por un momento, que va a hablarme de Elisa y del bebé que espera. Puede, incluso, que me pida consejo. Pero nada de eso sucede porque lo que me propone, con voz ronca y seductora, socarrón y enigmático, me deja sin habla.

—¿Tú te casarías conmigo?

Sara

Marzo, 2015

El vino me ha provocado un sueño profundo de más de dos horas. Me siento bien. Cuando bebo vino, olvido. Y necesito olvidar. Las notas siguen estando ahí. Elisa no existe, no puede existir. Yo la maté. Sus sesos volaron por los aires, pero las amenazas y las visiones siguen acechándome. Si esas notas no son de Elisa, ¿de quién son?

Santi volverá. No pudo subir a ese avión, él no. Volverá a por mí y me protegerá. Nos iremos lejos y lo olvidaremos todo.

Cuando abro los ojos, es medianoche. Atontada y aún algo ebria por los efectos del alcohol, me levanto. Con las prisas, tropiezo y me caigo. Mareada, me sostengo en el alfeizar de la ventana y observo la oscuridad y la calma de la noche. Una de las muchas preguntas cuya respuesta no he obtenido nunca cobra un repentino protagonismo. Pienso en el bebé que tuvo Elisa. Aquel hijo o hija por el que me amenazaba con quitarme toda la herencia de Marco porque podía demostrar que era de mi marido y que, por derecho, le pertenecía todo. ¿Qué fue de ese bebé? ¿Qué fue de Elisa en aquella época? ¿Cómo y dónde vivió? ¿Lo crío sola?

Hay alguien en la calle que me despista. La sombra, no distingo si alta o baja, delgada o corpulenta, está quieta detrás de un árbol. Mira hacia arriba. ¿Me está mirando a mí?

—Dejadme en paz —murmuro, fijando la mirada en mi lado izquierdo, como si de verdad hubiera empezado a creer en los fantasmas.

Isabel

Marzo, 2015

El señor Solano sigue sin reaccionar. Y yo, antes de que el forense cubra de nuevo el rostro de su hija, observo la juventud perdida de alguien que decidió irse demasiado pronto o, sigo pensando, a quien obligaron a hacerlo.

—Señor Solano, por favor. ¿Qué pasa?

—No puede ser. No puede ser —sigue repitiendo, en bucle, negando una y otra vez con la cabeza, llorando de rabia y dolor, sudando y temblando.

—¿Es Elisa?

—Sí... Claro que es Elisa. Mi Elisa. Cómo la ha cambiado el tiempo, Dios mío. Tener que verla así, yo...

Se echa a llorar. Se derrumba. Esto es lo lógico, no su talante anterior. Al fin puedo creer un poco en la humanidad y en el amor, a pesar de las diferencias entre un padre y una hija. Querer a un hijo es un hecho biológico. No hay alternativa. Pienso en lo duro que ha tenido que ser para este hombre y en lo difícil que se lo han puesto las mujeres de su vida a lo largo de todos estos años. Maldad. Claro que existe la maldad, la que nace con nosotros y la que, en ocasiones, la vida nos incita a mostrar. Este hombre la conoció de cerca por una mala elección. Entre todas las mujeres que podría haber conocido, tuvo la mala suerte de coincidir con una que no tenía buen corazón. El amor ciega a veces, son cosas de las que te das cuenta cuando ya es demasiado tarde, aunque las personas que hay a tu alrededor sí vieran y te advirtieran. El ejemplo lo tengo delante. Las manos grandes y fuertes llenas de callos cubriendo su rostro apesadumbrado y los ojos anegados en lágrimas por no haber podido detectar a tiempo que su pequeña, delante de nosotros muerta, fue contaminada por su propia madre.

Con un gesto, le digo al forense que vuelva a cubrir el rostro de Elisa y me despido, arrastrando al señor Solano hasta la salida, con la necesidad de pasar desapercibida por los pasillos en los que me encuentro con otros agentes.

—En un par de días le devolverán a su hija. Mientras tanto, cuídese. Estará en contacto con el inspector Sanz y cualquier avance en la investigación se lo

hará saber.

—Ella se suicidó, inspectora. No busque fantasmas donde no los hay, por favor. Abandone. Abandone el caso. Es lo mejor —dice, sereno y confiado.

No quiero decirle que no es lo que Joel y yo creemos. Tampoco que ahora mismo no soy inspectora y que ya no soy nadie para abandonar o continuar con una investigación. Pero tampoco quiero decirle que el tiempo y la experiencia nos hacen desconfiar de lo que parece evidente. Hay algo turbio detrás de esta muerte. No son fantasmas; puede que sí, pero si lo son, están vivos y libres. Hay que encontrar al culpable y, aunque me vaya, confío en que Joel no se rinda y lo haga. A mí me falló una vez. Espero que no le falle al cadáver del que me acabo de despedir para siempre.

23.00 horas

Yo no quería, pero aquí estoy. A las once de la noche, a punto de cenar con el inspector Sanz en el restaurante La Vaca Paca situado en el número veintiuno del paseo de Gracia.

—¿Y si nos estamos equivocando, Joel? —pregunto, para no terminar hablando de temas más personales, aunque lo que de verdad me apetece es volver a casa y olvidarme de todo este asunto—. ¿Y si estás obcecado en buscar dentro de ese edificio cuando el asesino o la asesina están fuera? Sabemos que el móvil no era el robo porque había objetos de valor y todo estaba en orden, pero ¿y si fue un ajuste de cuentas?

Mientras hablo, cojo comida del bufé como si no hubiera un mañana. Pienso en lo extraña que me pareció Sara, la propietaria del edificio. Sé que la mirada de hielo de la mujer también le puso el vello de punta a Joel, pero fina y elegante como pocas, no tiene pinta de estar dispuesta a destrozar su manicura francesa ni para matar a una mosca.

—Y si, y si... —repite Joel cansado—. ¿Y si se suicidó? ¿Eso trató de decirte su padre?

—Sí. Me ha dicho lo mismo que nos repite hasta la saciedad el jefe: que no busquemos fantasmas donde no los hay. El tipo me pareció un poco extraño; bipolar —comento, mientras me decido por el segundo plato: carne, pescado o *pizza*. *Pizza*—. Lo mismo le veías indiferente como abatido. No sabes cómo se puso cuando vio el cuerpo de su hija. Y luego, como si nada, volvió a mostrarse indiferente diciendo que todo le daba igual.

—Yo, en su lugar, me hubiera vuelto loco. Las mujeres de su casa lo estaban, eso es lo que ha dicho. La madre, una maltratadora en potencia, una

mujer dominante que hizo de su hija un ser abominable. Mala. Por eso me niego a tener hijos.

Lo miro de reojo y sonrío. Hubo una época en la que soñaba con ser madre. Ahora, tal y como está el mundo y tras conocer cientos de historias peliagudas sobre padres e hijos, se me han quitado las ganas. Sobre todo desde que Leo no está, claro. Si siguiera vivo, todo sería distinto. No estaría aquí con Joel que, de vez en cuando, me mira de soslayo con ojos de cordero degollado y hago como que no me doy cuenta. Dormiría ocho horas seguidas y no trabajaría tanto. Quizá, ahora, estuviese embarazada o de baja por maternidad.

Solo han pasado seis meses. ¿En qué me está obligando Joel a pensar?

—Pero algún día querrás sentar la cabeza, ¿no? —quiero saber, medio en broma, medio en serio, cuando ocupamos nuestro sitio dejando las bandejas rebosantes de comida sobre la mesa—. ¿No querrás ir a cenar cada noche a las once con una compañera de trabajo? —me río, llevándome una croqueta a la boca.

—¿Has dicho una compañera de trabajo?

—He dicho una, sí. No que sea yo —aclaro, tragando saliva.

«No va a convencerme. No voy a volver».

Ahora es él quien me sonrío. Me parece ver un atisbo de timidez en sus ojos y me sonrojo inesperadamente. Así fue como empezó mi historia con Leo hace ocho años. Con sonrisas y miradas tímidas. ¿Estoy frente a algo nuevo que quiero evitar por miedo? ¿Qué es lo que me pasa? Con Leo todo fue más fácil a pesar de ser compañeros; no existía ningún novio recientemente muerto en circunstancias que es mejor olvidar. Es difícil encontrar el amor fuera cuando tu vida, la personal y la profesional, se centra en tu lugar de trabajo. Puede que, por aquel entonces, fuera más ingenua. Más impulsiva y despreocupada. No pensaba en las consecuencias, no le daba tantas vueltas a las cosas. Leo consiguió hacerme feliz y ahora mismo, solo por el hecho de pensar en Joel como algo más, me hace sentir ruin e infiel a la memoria de quien confió en mí y a quien fallé. Ojalá se pudiera retroceder en el tiempo. Ojalá Leo estuviera aquí.

—No estamos lejos del Boca Chica —murmura, sacándome de mi ensimismamiento—. Podríamos ir a tomar un cóctel.

No sé qué cara poner. Espero medio minuto a que siga hablando, pero no lo hace; juega a confundirme y, lo reconozco, me divierte. No obstante, tardo un segundo en darme cuenta de que hace seis meses me prohibí a mí misma divertirme porque tendría que ser yo la que hubiera muerto.

—¿Al Boca Chica? —repito, por romper el incómodo silencio.

Y, de repente, caigo en lo que de verdad quiere decir su propuesta. No se trata de una cita, ni siquiera de una noche libre entre dos amigos que se llevan bien. Se trata de seguir pensando en lo único que nos ha obsesionado durante estas últimas horas: la muerte de Elisa Solano.

—No. Yo me voy a casa. Y ahora en serio, Joel. Déjame tranquila. Que estaba muy bien como estaba, de verdad. No necesito todo esto, no...

—¿No quieres comprobar el ambiente por el que se mueve nuestro querido escritor? —me interrumpe sarcástico.

—No.

—Mientes. Mira, creo que si pinchamos a Gustavo, puede decirnos algo más del día a día del edificio. Es probable que lo pillemos en su ambiente, de buen humor y con dos cócteles de más que le hagan hablar.

—Hemos ido a visitarle dos veces y creo que nos ha dicho todo lo que sabe.

—Me da la sensación de que puede haber algo que se nos ha escapado. Cruz, hablas tú; cara, hablo yo.

—Vale —acabo aceptando. Debe de estar pensando que no soy difícil de convencer—. Pero luego me voy a casa y no quiero volver a saber absolutamente nada de todo esto, ¿entendido?

00.00 horas

Joel y yo subimos hasta el pasaje de la Concepción, un pequeño callejón que une paseo de Gracia y Rambla de Cataluña, y donde se encuentra Boca Chica, a cuyos cócteles Gustavo de la Cruz se considera adicto.

El local, recargado sin escatimar en detalles y lujos de todo tipo, está abarrotado de gente. El ambiente se ve selecto y distintivo, demasiado *fashion* para nosotros, que hoy no vamos vestidos para la ocasión.

Son las doce de la noche, nos va a costar encontrar a Gustavo entre todo el gentío y, por otro lado, pongo la mano en el fuego a que no anda muy lejos de aquí.

Entramos en un psicodélico cuarto de baño de baldosas blancas con luces reflejadas en las paredes de las que cuelgan multitud de espejos. Original. Las luces de colores se van alternando, la gente baila al son de la música y algunos cubren sus rostros con máscaras. Al no ver a Gustavo, subimos las escaleras hasta el *lounge bar*. Esperábamos ver al novelista ahí, sentado a la barra sorbiendo por una pajita un cóctel color rojo pasión, pero ni rastro de él.

Caminamos atentos por si vemos al escritor. Puedo llegar a entender por qué a Gustavo de la Cruz le fascina tanto el lugar. Pero, definitivamente, Joel y yo nos sentimos mejor en el bar de la esquina de un tal Paco a punto de jubilarse, que sirve unas croquetas caseras hechas por su mujer que están de muerte.

—Igual hoy se ha quedado en casa.

—No, Gustavo anda por aquí. Seguro —insiste Joel.

El camarero nos mira enarcando las cejas y preguntándonos qué queremos beber.

—En realidad, estamos buscando a Gustavo de la Cruz. ¿Lo conoce? — pregunta Joel.

—¿Cómo no voy a conocer a Gus?

El camarero, un guaperas rubio de ojos verdes que parece alemán, sonrío mostrando su perfecta dentadura y adoptando un tono de voz tan pijo como el de la mayoría de sus clientes. Me parece haberlo visto en algún anuncio de televisión. Después de guiñarme un ojo, señala con el dedo hacia arriba y vuelve a enseñarme sus dientes blancos como perlas.

—Está en la terraza, tenemos una fiesta privada. ¿Os ha invitado Gus? Si no, no podéis pasar.

Malhumorado, Joel le enseña la placa con disimulo. El camarero traga saliva y asiente, indicándonos cómo podemos acceder a la terraza. De camino, le pregunto a Joel si mi cara tiene algo significativo como para que todos estos pijos me guiñen un ojo. Él se limita a sonreír y a dejar que su mano roce por un instante la mía. Me estremezco. Hubo un tiempo en el que Joel habría podido ser algo más si no fuera porque cruzamos el peligroso umbral de «mejores amigos» y apareció en escena Leo que, desde el minuto uno, supe que se convertiría en «él». En ese «él» que toda mujer desea encontrar.

—¿Cómo era Leo?

Lo miro sorprendida. No entiendo la pregunta; Joel conocía muy bien a Leo. Era su mejor amigo.

—En la intimidad, me refiero. Como amigo era genial, un fuera de serie. Y en el trabajo un tipo duro, de esos que imponen, ¿no te parece?

—¿Tratas de imitarlo por haber ascendido a su puesto? —le suelto molesta.

—No, no me refiero a eso, yo... —No sabe cómo continuar—. Nada, lo siento. No es un buen momento, lo sé —se disculpa, sonriendo incómodo. Le devuelvo la sonrisa para hacerle entender que no pasa nada, pero, efectivamente, no es un buen momento para remover el pasado.

Cuando llegamos a la terraza creemos estar en otro lugar muy distinto al que hemos dejado atrás. Hasta el momento, uno de los lugares que más me había impactado de la ciudad era El Bosc de les Fades, único en Barcelona y, en especial, el rincón oscuro e íntimo del lago con el puente de piedra de imitación y una minicascada, siempre tan solicitado por la clientela. El Boca Chica no se queda atrás en cuanto a encanto. La terraza, pequeña y acogedora, simula un bosque y la luz procede de farolillos y velas estratégicamente colocados para darle un aire secreto y especial.

—Quiero una terraza así en mi casa —murmura Joel con humor.

—Sueña.

Entre las aproximadamente veinticinco personas que están disfrutando de una exclusiva fiesta con cócteles, copas de champán, mojitos y minúsculos canapés servidos en bandejas por tres camareros, no nos cuesta encontrar a Gustavo. Se nota que le gusta llamar la atención. Está hablando con una mujer alta y rubia que muestra sus curvas y una figura escultural bajo un ceñido vestido rojo, a la que no deja de sonreír y manosear. Él, por su parte, lleva unos pantalones ajustados de color amarillo fosforito y una camisa desabrochada azul eléctrico. Mirarlo daña la vista; no podría acostumbrarme nunca a sus excéntricos modelitos.

—Cruz, hablas tú; cara, hablo yo.

—Isabel, aquí casi no se ve.

—Pues hablas tú.

Nos acercamos hasta Gustavo y su sonriente acompañante, abriéndonos paso entre la gente. Joel, al comprobar que la mujer que está al lado de Gustavo es una famosa modelo de Victoria's Secret, no es capaz de pronunciar una sola palabra.

«Reacciona», digo para mis adentros, dándole un codazo.

—¿Hace falta que te enseñe la placa? —pregunta Joel, volviendo en sí y tuteando por primera vez al escritor.

—¿Qué hacéis aquí? Es una fiesta privada —se queja Gustavo, mirando con cara de circunstancias a la modelo y con vergüenza a su alrededor.

—Solo queríamos ver qué tal el ambiente, hablar un poco contigo y que nos invites a uno de esos cócteles—sugiero.

—Gustavo, ¿es por lo de tu vecina? —se interesa la rubia acongojada. Él asiente llevando su mano a la nuca y negando con la cabeza.

—Inspectora, creo que tienes una grave obsesión conmigo. Al final, voy a tener que denunciarte por acoso —me amenaza muy seriamente.

¿Qué hago? ¿Jugamos? ¿Eso es lo que quiere? Vamos allá.

—Cuando me cuentes todo lo que sabes dejaré de perseguirte. Si ocultas información, estás obstruyendo a la justicia y eso...

—Es un delito, ya, ya, ya —me interrumpe—. Mi amor, te veo luego. A ver si zanja de una maldita vez esta conversación.

—Claro, cariño.

Gustavo, Joel e incluso yo nos abstraemos de la realidad por unos segundos mirando el contoneo de caderas de la modelo. En mi otra vida me pido ser un ángel de las pasarelas con esas piernas eternas y una cintura de avispa.

—No fue un suicidio —me arriesgo a asegurar, tratando de llevar al escritor a mi terreno—, ¿estás de acuerdo, Gustavo?

—Estamos de acuerdo.

—Cuando volviste de Segovia ¿no percibiste el mal olor del interior del piso?

—No, no percibí nada. Voy a mi bola.

—Tenemos dos días para demostrar que no fue un suicidio y nadie se va a reír de mí, ¿entendido? Nadie. Dime qué sabes.

—Se oían cosas. Cristales rotos, cosas de metal golpeando el suelo... Puede que el tipo fuera agresivo. La verdad es que nunca llegué a oír su voz, aunque ella a veces gritaba.

—Santiago está muerto —recuerdo.

—¿Tú crees?

Trago saliva.

—Sigue hablando —le reto.

—¿Y quién es Santiago, inspectora? ¿Habéis dado con su documento de identidad? ¿Con sus cuentas bancarias? ¿Su carné de conducir? —Joel me mira de reojo, trastocado—. Hoy en día se puede falsificar todo, lo único que hay que tener es dinero y buenos contactos. Contactos en las altas esferas, ya me entiendes.

»Nada parecía sospechoso cuando Elisa y «su marido» se instalaron en el edificio hace, aproximadamente, un año, creo. Camiones y cajas de mudanzas, hombres arriba y abajo transportándolo todo... ¿Os habéis mudado alguna vez? ¿No? Es una locura. En fin, todo era normal salvo por un pequeño detalle: ella siempre iba sola y, lo más curioso de todo, era que se apresuraba en dejar claro, sin que nadie se lo preguntara, que estaba casada y que con ella vivía su marido, Santiago López, aunque no llevaba alianza. Si mientes, hazlo bien, coño. Yo tardé cinco meses en colocar mi nombre en el buzón que hay detrás

del mostrador del portero; ella lo hizo el primer día. No vi nada raro entonces, pero le he dado muchas vueltas a ese detalle desde que Elisa ha aparecido muerta. A pesar de la ausencia del «marido», llegué a creermelo que era un matrimonio normal. Uno de esos en los que el hombre tiene un cargo importante y viaja constantemente mientras la mujer se dedica a vivir la vida con sus amigas, comer en los restaurantes más caros del centro y quemar la American Express en las *boutiques*. Pero yo, que soy muy de fijarme en los pequeños detalles, vi cómo, a los pocos meses, el aspecto de Elisa cambió. Adelgazó mucho y, desde entonces, empecé a encontrarme con ella a las tantas de la madrugada en el edificio, cuando antes apenas salía o lo hacía de día. No estaba bien, se le notaba, aunque no suelo preocuparme por las desgracias ajenas, la verdad. Apenas podía decir «hola», y si hablaba no había Dios que la entendiera porque no era capaz de vocalizar. ¿Droga? Por supuesto. Y su ropa era... en fin, no demasiado común en una mujer de su clase. Cuero, colores negros y rojos, escotes de vértigo y faldas que dejan muy poco a la imaginación. Nada que ver con la mujer que se mudó hacía unos meses.

—¿Crees que Elisa iba con gente peligrosa? —conjetura Joel.

—Es muy probable. Pero sin querer ofender a nadie —añade, mirando a su alrededor—, parecía una prostituta. ¿Dónde estaba el «marido»? Ni idea, inspectores. No había marido.

—¿Qué sabes de Sara Mendieta? —En cuanto pronuncio el nombre de la «jefa», como si se tratase de un acto reflejo, el escritor retrocede un par de pasos distanciándose de Joel y de mí.

—Ya os dije que sale poco —empieza a decir—. No deja que nadie entre en su piso, las gestiones se las lleva el abogado o el portero y nunca he visto que alguien entrara con ella desde que su marido falleció. Bueno —rectifica—, miento. Había un hombre. A veces entraba un hombre, de madrugada.

—¿Recuerdas cuándo fue?

—No sé, hace unos meses. Para ser exactos, solo coincidí en una ocasión y, a veces, escuchaba el timbre alrededor de esa hora, pero ya hace tiempo que no. Puede que continúe viniendo pero, sinceramente, he perdido el interés. Con verlo una vez tuve suficiente. Me acojoné.

—¿Por qué? —me intereso.

—Era un tipo silencioso. Recuerdo esa madrugada, serían aproximadamente las dos, en la que no me di cuenta de que alguien venía detrás de mí por las escaleras hasta que llegué al rellano de la «jefa». Joder, qué susto me dio. Casi ni me fijé en él, en su silueta, porque el pasillo no estaba iluminado, y

corrí como una bala hasta mi piso. Él se detuvo, alzó la vista y creo que me miró. Estaba todo muy oscuro, no pude ver su cara.

«No es importante —me digo—. Es normal que una mujer viuda tenga sus escarceos».

—Y volviendo al tema de Santiago —apunta Joel, tan poco interesado en el supuesto amante de Sara Mendieta como yo—, ¿crees entonces que pudo simular subir a ese avión con esa identidad falsa y con la intención de tener una coartada fuera del país para matar a Elisa? Si tenían fuertes discusiones, si era violento o...

—Todo puede ser —se apresura en decir el escritor sin dejar terminar a Joel—. El plan le salió mejor de lo previsto sea quien sea, ¿no? Ahora lo dais por muerto. Pero vamos, que solo son suposiciones mías, ¿eh? A decir verdad, no tengo ni idea de nada.

—Es demasiado descabellado, Gustavo —agrego confusa.

—Entonces, ¿por qué le preguntas a un escritor? —ríe, haciendo un gesto de locura con el dedo, señalándose la sien.

Gustavo, encogiéndose de hombros, le da un sorbo al cóctel de color rojo pasión.

Segundos más tarde, cae desplomado al suelo.

ABRIL

«En nuestros locos intentos, renunciamos a lo que somos
por lo que esperamos ser».

WILLIAM SHAKESPEARE

Sara

Abril, 2015

Han pasado dos semanas desde que descubrieron el cadáver de Elisa. Días en los que, por un lado, respiro aliviada porque los inspectores no han vuelto a visitarme ni a incomodarme con preguntas, y la prensa ha dejado de interesarse por el tema y al fin puedo salir a la calle sin periodistas revoloteando alrededor del edificio. Tampoco he vuelto a recibir notas y el día a día parece normal excepto por un pequeño detalle: Santi sigue sin dar señales de vida.

He estado encerrada en el «Ataúd Blanco» durante horas y el piso donde maté a Elisa sigue vacío, en la más absoluta penumbra y soledad. Aún puedo ver el cuerpo inerte de Elisa, la sangre en el suelo y salpicada en la pared que nadie ha limpiado todavía, aunque, por lo que me dijo Fermín, ya puedo enviar al servicio de limpieza para que eliminen los restos y así volver a alquilarlo en unos meses. Se han llevado pertenencias del matrimonio y han registrado hasta el último cajón dejándolo todo bastante desordenado. ¿Quién va a querer alquilar un piso en el que ha muerto de manera violenta una persona? «Fue un suicidio», me digo. Es la manera que tengo de convencerme. Engañarme a mí misma para así poder engañar al mundo, aunque los inquilinos también rehúyan un espacio en el que alguien, voluntariamente, se ha volado los sesos.

Quiero ver a Santi. Necesito verlo entrar como el aire para respirar. Pero por más que lo desee, no aparece, y el monitor de este espacio tétrico por el que Marco sentía tanta devoción como ahora siento yo, se convierte en algo insulso, en un sinsentido.

El piso del escritor, Gustavo de la Cruz, está vacío desde hace días. No me resulta extraño, viaja mucho, pero no puedo evitar sentirme decepcionada al no tener a nadie a quien espiar. Hasta echo de menos sus momentos en el retrete, su loca inspiración y las caras que pone cuando está escribiendo.

Salgo muy poco. En las pocas ocasiones en las que lo he hecho, evitando a Fermín, he caminado sin rumbo por las calles de Barcelona con la esperanza de encontrar a Santi y verme sorprendida por su presencia diciéndome algo así

como: «El plan ha salido genial, Sara. Vámonos. Vámonos muy lejos».

Lo veo. Mi mente lo ve. Me besa apasionadamente, agarra fuerte mi mano y huimos corriendo como quien es perseguido por robar un móvil en el metro. Pero sus palabras solo existen en mi cabeza, al igual que esta idílica escena en la que me vuelvo a reunir con él. Nunca sucede. No en realidad.

Sara

Febrero, 2003

Mi día a día junto a Marco es un sueño. Apenas llevamos dos meses desde su alocada proposición de matrimonio a la que ni dije que sí, ni dije que no. Me limité a encogerme de hombros y a sonreír pensando en lo extraño que había sonado, aunque en mi fuero interno le hubiese dicho que sí a todo, incluso a tirarme de un puente, sin conocerlo prácticamente de nada. Es un conquistador nato.

Ha dejado de importarme lo que piensen de mí y lo que hablen a nuestras espaldas cuando estoy con él. Cuando vamos juntos por la calle o cenamos en cualquier restaurante de la ciudad, nos miran como si fuéramos padre e hija. Luego, al ver que nos profesamos todo tipo de muestras de cariño, cuchichean entre ellos. Al principio me afectaba, pero Marco, cariñoso y atento como siempre, me tranquilizó.

—No debe importante lo que piensen los demás. Solo se vive una vez — dice siempre, despreocupado.

Y es que, a su lado, los problemas no existen. Solo existe el momento y su extraordinaria filosofía de vida: «Vivir consiste en construir futuros recuerdos». Cada vez que habla me tiemblan las piernas y temo que mi corazón, de lo rápido que late cuando estoy con él, estalle algún día.

Ahora ya no tengo ganas de llorar. La depresión en la que me he visto sumida toda mi vida ha desaparecido de golpe. Es sorprendente. Mi hermano no me molesta, ha desaparecido, sin más; mi padre sigue encerrado en el manicomio, ya no puede hacerme ningún daño. Sin embargo, el miedo sigue latente debido a mi excesivo deseo de estar a todas horas con Marco, cuando lo mío siempre ha sido huir de las personas. Es tanta la obsesión de no perderlo que me asusto. Me asusta pensar que puede cansarse de mí, como creo que le ocurrió con Elisa, o que yo no esté a su altura, que quede mal con sus amigos o que diga algo inapropiado en el momento menos oportuno. A veces me siento cohibida, pero se me pasa cuando sé que nunca he sido tan feliz.

Marco es la única persona a la que le he hablado de mi vida. Fue el otro día, cuando, paseando por las Ramblas de Barcelona y, tras varias citas, me invitó al café de la Ópera, uno de sus locales preferidos situado en la bulliciosa Rambla, cuya historia se remonta al año 1929.

Se lo confesé todo. Casi todo, obviando detalles, claro.

—Mi vida se resume en un cúmulo de desgracias —empecé, como si más que contarle mi vida, fuera a explicarle un relato ficticio—: mi madre falleció cuando me dio a luz y mi padre se volvió loco. Mi hermano y yo vivíamos sin la protección y la figura paterna; desprotegidos y solos. Mi padre se pasaba el día encerrado en su dormitorio y yo, un bebé de apenas unos días, fui alimentada por mi hermano que, por aquel entonces, solo tenía siete años.

—Pobrecita... —murmuró Marco, acariciando mi cabello y mirándome con atención.

—Mi padre nos maltrataba. —Los ojos de Marco empezaron a humedecerse por las lágrimas y eso me animó a seguir hablándole de mí. A abrirme y a querer que me conociera, aunque fuera imposible que tanto dolor pudiera resumirse en tan pocas palabras—. Pero un día, cuando yo tenía cinco años y casi me mata a palos, mi hermano salió en mi defensa y los servicios sociales, por fin, actuaron. Mi padre acabó en un hospital psiquiátrico en el que aún sigue encerrado y mis tíos, la hermana de mi madre y su marido, se convirtieron en nuestros tutores legales. Era la única familia directa que nos quedaba.

—¿Todo fue a mejor? —preguntó, casi con miedo.

—No. Nada fue a mejor. Mi hermano tenía doce años y toda la libertad del mundo, algo impropio para un chico de su edad. Malas compañías, líos y esas cosas, ya sabes. Yo solo tenía cinco y...

No pude continuar. Me llevé las manos a la cara y empecé a llorar. No pude explicarle que sufrí abusos por parte de mi tío, un influyente abogado en los años noventa y que mi tía, una mujer fría y carente de empatía, lo consentía porque me odiaba tanto como mi padre por haber «matado» a su única hermana. No pude decirle a Marco lo difícil que había sido la vida para mí hasta ese momento en el que me sentía segura entre sus brazos y la confianza entre nosotros parecía plena. No pude, porque son cosas que las personas suelen ver en películas o en las fatídicas noticias de televisión. No suelen enfrentarse a ellas en realidad; no conocen o no esperan conocer a alguien que haya sufrido este tipo de crueldad inhumana. No asumen que alguien sea capaz de realizar atrocidades así; no en su entorno cercano y, cuando lo ven de lejos,

a través de una pantalla, por ejemplo, les cuesta creer que pueda ser verdad. Que algo así pueda suceder.

—Pequeña... —quiso tranquilizarme, acurrucándome entre sus brazos.

—No vuelvas a llamarme «pequeña» —le reocriminé, recordando el momento en el que decidí terminar con la vida de mis tíos. «Pequeña» era como me llamaba el Monstruo de forma lasciva cuando, en mitad de la noche, se metía conmigo en la cama y me manoseaba todo el cuerpo—. Lo siento —retrocedí, al darme cuenta de lo dura que había sonado. Pero él no se enfadó. Siguió abrazándome, calmando y aliviando mi dolor. Empezó a llamarme Mermelada.

Mayo, 2002

Todo ocurrió la madrugada del día de mi dieciocho cumpleaños, el 12 de mayo. Todavía recuerdo qué fue lo que me dijo el Monstruo antes de meterse entre mis sábanas: «Ya eres mayor de edad. Te has convertido en toda una mujercita».

Tras el asqueroso manoseo al que me dejé someter porque de lo contrario mi tío me rajaría el cuello, según sus propias palabras, se fue a dormir junto a su mujer. Mi propia tía, esa que, aun sabiendo todo lo que me hacía su marido, miraba hacia otro lado —como todos— y seguía con su vida como si nada raro sucediese al otro lado de la pared. Era la una menos cuarto de la madrugada y mi hermano había salido. Nadie lo controlaba, a nadie le importaba dónde iba hasta altas horas de la noche. Cuánto le llegué a envidiar en esa época. Yo también quería salir de esa prisión sin que nada ni nadie me lo prohibiesen. Me estaba volviendo loca y durante cada día de mi vida desde que tuve uso de razón me había preguntado: «¿Qué va a ser de mí? ¿Voy a acabar como mi padre? ¿Encerrada en un manicomio? ¿Loca?».

Vomitaba todos los días. A veces, porque me consolaba y me tranquilizaba; me autolesionaba con el primer objeto punzante que encontraba, produciéndome cortes superficiales en las muñecas. Cada vez que lo hacía sabía que algo no funcionaba bien en mi cabeza, pero no podía evitarlo porque era algo que me hacía sentir mejor conmigo misma. Por culpa de las cicatrices tengo que llevar siempre manga larga, aunque estemos a treinta grados y me muera de calor. Otra de las consecuencias de ese infierno era que se me caía el cabello a mechones, no comía y no dormía; me pasaba la noche mirando la puerta con los ojos muy abiertos, paralizada y con el corazón desbocado, por si mi tío volvía a entrar. Lo hacía en ocasiones. Volvía a encerrarse en mi

cuarto una o dos horas después de haberse ido, creyendo que dormía. Como si le hubiera sabido a poco *lo de antes*. Muchas veces me hacía la dormida hasta que me di cuenta de que lo mejor era darme por vencida. Si chillaba o luchaba, me pegaba. Yo era su saco de boxeo preferido, aunque nunca llegó a darme en la cara. No podía dejar que el maltrato fuera tan evidente; tenía una buena reputación que conservar.

Esa noche, cuando sabía que al haber cumplido la mayoría de edad no me encerrarían en un orfanato, decidí pasar a la acción. Decidí salvarme porque me había dado de bruces con la realidad y sabía que no vendría ese príncipe azul con el que soñaba, despierta y dormida, a ahuyentar al Monstruo. Aunque mi tía era tan culpable como su marido, por permitirlo todo, por su indiferencia y desprecio hacia mí.

Había leído mucho sobre cómo provocar una fuga de gas y hacer ver que había sido un accidente. Tenía la excusa perfecta. Era mi cumpleaños y había salido a celebrarlo con unas amigas que no existían. Nunca he tenido amigas.

Fui hasta la cocina y, sin hacer el menor ruido, inicié la fuga de gas asegurándome de que todas las puertas y ventanas estaban cerradas excepto la de la habitación donde dormían mis tíos desde hacía un par de horas, ubicada al final del pasillo. Siempre dejaban la puerta entreabierta, bendita casualidad.

Tuvieron una muerte dulce, mientras dormían, debido a la inhalación del gas tóxico. Me pregunto qué estarían soñando en el momento en el que sus corazones dejaron de latir. Qué banda sonora hubiesen querido escuchar al saber que no volverían a despertar. Adónde fueron sus almas cuando se despojaron de esos cuerpos llenos de malicia. Si arderían entre las llamas del infierno por toda la eternidad.

La casa, una planta baja con jardín en Tres Torres heredada de los padres del marido de mi tía, no llegó a explotar, pero eso fue algo que supe cuando volví a las siete de la mañana del domingo 12 de mayo. Mi cumpleaños. El sol empezaba a salir; lo primero que vi al llegar fueron dos coches de policía aparcados frente a la casa acordonada. Aparte de eso, era como si nada hubiese ocurrido. Mi hermano Rodrigo estaba en el jardín fumando un pitillo algo desubicado pero para nada afectado y, por un momento, creí que mi plan no había surtido efecto y vería salir a mis tíos por la puerta. Nada de eso ocurrió. Estaban muertos. Una desgraciada fuga de gas. Un despiste; son casas antiguas. El abogado Ramón de la Fuente y su mujer Ingrid Díaz murieron mientras dormían debido a la inhalación del gas tóxico a causa de un fogón

mal apagado. Aprendí a llorar de mentira, a disimular y a hacer ver que la expresión de mi rostro fuese de absoluta tristeza y conmoción cuando lo que quería era dar saltitos de alegría. Supe ver que era fácil dar un testimonio falso y que el temblor que salía de mi voz, así como los nervios, eran normales debido a la situación. No porque estuviera mintiendo, eso no lo vieron, porque también sé mirar a los ojos sin apartarlos de mi interlocutor a pesar de no estar diciendo la verdad. Los allí presentes solo vieron a una pobre sobrina que se había ido a celebrar su cumpleaños con unas amigas a las que nunca buscarían ni interrogarían para comprobar mi coartada y que, al volver, sus queridos tíos se habían ido de este mundo. Qué sencillo resultó todo. Los policías se apiadaron de la pobre niña huérfana —aunque eso no fuera del todo cierto porque mi padre seguía vivo— mientras, de reojo, miraban a mi hermano. Tampoco sospecharon de él a pesar de sus pintas de canalla. Era muy habitual que no pasase las noches en casa y tenía una buena coartada. Él sí tenía amigos. Amigos reales aunque no de verdad. Nunca culpé a Rodrigo por no defenderme o no haber actuado durante todos los años de martirio. ¿Sabía algo? ¿Se enteraba de lo que ocurría en mi habitación por las noches? Nunca hablamos del tema. Nunca llegué a saber si mi hermano era consciente de lo que el Monstruo me hacía. Lo que ocurría cada noche en mi dormitorio me avergonzaba tanto, que es posible que Rodrigo nunca supiese que abusaron de mí. Elegí protegerlo del terror. Lo viví sola.

Mis tíos y su casa, que heredó un sobrino, fueron noticia ese mismo día y después, el mundo, como hace con casi todo, se olvidó de ellos.

Así fue cómo empezó mi nueva vida con el poco dinero que tenía de mi padre a repartir con mi hermano quien, desde el minuto uno aunque no lo hablásemos, sospechó de mí. Supo que la fuga de gas no había sido accidental. Chico listo. Nunca me lo recriminó, pero sí lo usaba cuando le convenía como chantaje, encubriéndolo de una manera en la que solo yo sabía de qué hablaba. Ahora me ha dejado en paz, al menos de momento, y respiro aliviada, sin tanto miedo. Nadie abusa de mí, tengo un trabajo que me da para vivir y a mi lado a un gran hombre que me quiere y me cuida.

¿Qué más puedo pedirle a la vida?

Isabel

Abril, 2015

El cóctel con una dosis de Propofol que casi le cuesta la vida al escritor ha ayudado a que crean en nuestra hipótesis sobre la muerte de Elisa; a pesar de no tener nada y que el hecho de que se disparase con la mano izquierda, suponiendo al principio que era diestra y no ambidiestra, se haya ido al traste como otras tantas cosas. El enemigo parece estar muy cerca y pendiente de cada uno de nuestros movimientos y también de los de los vecinos de la fallecida. El subcomisario Costa, que no sabe que estoy colaborando en el caso pese a mi baja laboral, anima a Joel tras este último incidente con Gustavo a encontrar al asesino de Elisa Solano al que, por lo visto, le gusta echar sustancias en las bebidas de sus víctimas. Rohypnol, Propofol... Tiene fácil acceso a las drogas, parece ser. Aunque hemos relacionado el suceso del escritor con la muerte de su vecina, no descartamos nada. Sería lógico pensar que, debido a su fama, tiene enemigos, pero la coincidencia de lo ocurrido dado el poco tiempo que ha pasado, nos hace pensar que se trata de la misma persona aunque no haya tenido intención de acabar con la vida de este último. Solo quiso darle un susto, debe de andar cerca, al acecho, y se ha dado cuenta de que Gustavo de la Cruz habla demasiado.

«Cuidado. Si a la señora Solano la mataron, le estás poniendo en peligro —conjeturó Costa, según me ha explicado Joel—. Mantén las distancias con Gustavo de la Cruz, no parece relevante en la investigación, así como tampoco la señora Mendieta».

Joel, tras este suceso, me miró con ojos de cordero degollado en el pasillo del hospital donde le estaban haciendo un lavado de estómago al escritor y me suplicó que continuase con él.

—Serán solo unos días más. Lo resolveremos pronto, seguro —me prometió.

Pero cada vez lo veo todo más complicado y turbio. Un asunto feo, de esos que tanto le gustaban a Leo. Quiero irme, desaparecer y no involucrarme más, pero estoy intrigada y me niego a que haya un margen de error y el

envenenamiento de Gustavo solo haya sido fruto de una casualidad y no tenga nada que ver con Elisa y la inexistencia de Santiago. Mi intuición me reta y me susurra al oído que sí está relacionado y que, sea quien sea el culpable, no anda muy lejos. En ese momento, no le contesté a Joel ni que sí ni que no. Algo en mí me dice que aún estoy a tiempo de escapar y volver a mi aburrida vida de jubilada, aunque eso me lleve a dudar sobre el esfuerzo de Joel en el caso. «Si dentro de una semana no hay nada, lo cerrará, como ha hecho antes con otros casos. No habrá justicia para Elisa», pienso. La otra vocecilla que suena con fuerza en mi fuero interno es más intrépida y me suplica que me quede.

—Hoy dan de alta a Gustavo. Podríamos ir a verle de incógnito, puede que sospeche de alguien —sugiere Joel.

—Iremos mañana —contesto, sin levantar la vista de unas copias del informe de la muerte de Elisa Solano que tengo en mi poder—. ¿Y si ha sido Santiago? —expongo, como tantas otras veces.

—¿Igual que Gustavo, crees que sigue vivo?

—Sí, claro, es una posibilidad. Gustavo nos dijo que podía ser agresivo por los golpes que oyó procedentes del piso.

«Todo es posible», considero. El rescate y la identificación de los cuerpos del avión alemán, repartidos en un área de cuatro hectáreas con un desnivel de aproximadamente trescientos metros, aún va a tardar. Dicen que un mes, por lo menos. Tal vez dos. ¿Estaba ahí Santiago o quienquiera que fuera utilizando una identidad falsa? ¿Qué iba a hacer a Düsseldorf? ¿O era una coartada para que pensásemos que estaba fuera del país en el momento en el que mató a Elisa? Si es esto último, debe de imaginar que pensamos que está muerto, pero, en absoluto creará que sospechamos de él. Un muerto no puede ser sospechoso de nada si en el momento del crimen ya no está entre los vivos, y mucho menos cuando seguimos sin encontrar ni una sola prueba de su existencia real. El hecho de no saber ni siquiera cómo es su cara y de que utilizara una identificación falsa nos hace sospechar, otorgándole una mayor credibilidad a la teoría del escritor. Hoy en día no es muy difícil adquirir un documento de identidad falso si tienes buenos contactos y dinero, cierto. Es un rompecabezas que me tiene exhausta. ¿Cómo consiguió aparecer en la lista de pasajeros del avión? Todo es muy raro y, si sigo con esto al margen de la legalidad estando de baja, puedo tener problemas, algo que Joel no tiene en cuenta.

—¿Por qué querría Santiago acabar con la vida de Elisa, «su mujer»? —

insiste Joel—. ¿Y qué tiene que ver Gustavo en toda la trama para que lo quisieran envenenar? Algo no encaja.

—La dosis de Propofol no era letal. Quienquiera que sea el asesino no ha querido cargarse a Gustavo, solo darle un aviso, con lo cual, no estábamos equivocados al pensar que sabe más de lo que dice y el asesino teme que hable, en el caso de que tenga relación con el caso —elucubro.

—Gustavo nos dijo más de lo que quería en el Boca Chica. Le hemos presionado demasiado.

—El asesino fue más astuto. Se adelantó a nuestra presencia en el local y a nuestra intención de ir a ver a Gustavo. Sabe que es un sitio que el escritor frecuenta por las noches y nadie sabía que tú y yo iríamos, fue totalmente improvisado.

—Puede que nos siguiera.

—Es posible, pero no tenemos absolutamente nada.

No quiero parecer desesperada delante de Joel. Él no sabe que sufro crisis nerviosas y que el miedo me paraliza. Que yo, siempre empeñada en no querer demostrar cómo me siento y en aparentar fortaleza, no me considero capacitada para seguir adelante con la investigación, a escondidas de los superiores, que creen que estoy tumbada en la cama todo el santo día gracias a unas pastillitas relajantes que sí me tomé al principio, cuando Leo murió. Ahora las he dejado. Bueno, intento dejarlas. No me hacían bien; odio el estado catatónico en el que me sumían y poco a poco voy volviendo a ser yo misma.

Pienso en Leo. En lo que siempre decía: «Si fracaso, si no encuentro al culpable, no solo me decepcionaré a mí mismo, sino también a la víctima y a los seres queridos que ha dejado aquí. Y lo primero me lo puedo permitir, pero lo último no. Nunca. Trabajamos por y para las víctimas inocentes; quiero creer en la justicia».

Leo nunca, por muy difícil que hubiese sido un caso, mostró dudas o miedos delante de mí o de otros compañeros. Él siempre tenía una solución. Yo no la tengo y reconozco que los últimos casos en los que trabajé fueron sencillos: crímenes pasionales, trapicheos, ajustes de cuentas... siempre pillábamos al criminal y este acababa confesando entre sollozos con signos evidentes de debilidad. En este caso, sé que estamos frente a un asesino frío y astuto, puede que con rasgos de psicopatía y mucho más inteligente que nosotros. Un asesino que se adelanta a los acontecimientos. Nos lo ha demostrado en tiempo récord. La palabra «suicidio» fue clave para que me involucrase en este caso a

espaldas de los jefes. Por la palabra «suicidio» estoy aquí, aunque tenga el palpito como Joel de que, en este caso, la víctima no tenía intención alguna de quitarse de en medio.

—Tenemos que hablar con la señora Mendieta —le recuerdo a Joel.

—A lo mejor no estamos buscando en el lugar correcto, tú misma lo dijiste. Nos estamos obsesionando con los vecinos cuando puede que el asesino no esté vinculado al edificio.

—Podría seguir creyendo lo mismo —empiezo a decir—, si a Gustavo no lo hubiesen envenenado. Todo está relacionado, Joel. Todo.

—Pero no podemos poner en peligro la vida de Sara Mendieta como lo hemos hecho con Gustavo. No podemos empeñarnos en seguir hablando con ellos solo porque no tengamos nada que nos conduzca al exterior.

—En el fondo, te gustaría que hubiese sido un suicidio, ¿verdad?—le increpo, furiosa y cansada.

—Yo no he dicho eso. Sigo creyendo lo mismo que tú.

Estoy temblando. Joel se acerca a mí con la intención de darme un abrazo que rechazo de inmediato, dándome la vuelta y mirando por la ventana del salón. No me he dado cuenta de que estoy llorando, es algo habitual en mí cuando me siento presionada y abatida. Últimamente solo pienso en qué es lo que haría él y, entonces, los disparos, la sangre y aquella fábrica abandonada en un polígono vuelven a mi mente en forma de pesadilla. Una pesadilla real que ocurrió por mi culpa y ante mis ojos, sin que pudiera hacer nada para salvar la vida de quien más quería. No fui profesional. ¿Por qué voy a serlo ahora?

—Esto es demasiado para mí, Joel. Abandono. No me vuelvas a llamar, por favor. Déjame en paz.

18.00 horas

En la calle Terol, en pleno corazón del barrio de Gracia, enfrente del Teatreneu y encima del restaurante Rústico, donde he comido la mejor parrillada argentina de Barcelona, vive mi abuela. En el primer piso del número treinta y nueve de un viejo edificio de dos plantas. Su balcón es el único que tiene flores, geranios que riega nada más levantarse antes de tomarse el primer café del día.

Siempre que puedo voy a verla. No solo por el placer de hacerlo, sino porque, egoístamente, necesito desconectar y escuchar su voz diciéndome que todo saldrá bien. Ella es mi bálsamo y mi remanso de paz cuando estoy en un

mal momento, aunque, últimamente, toda mi vida ha sido un mal momento desde hace siete meses.

Me fui a vivir con mi abuela cuando tenía diez años. Es la persona que mejor me conoce en el mundo y también la que más me presiona para mejorar como persona. Recuerdo la primera vez en la que, con dieciséis años, le dije que quería ser policía. No contestó. Se limitó a bajar la mirada y a sonreír. Se lo volví a decir cuando cumplí los veinte. Esa vez no sonrió y, aunque nunca puso objeción alguna, sé que no era lo que quería para mí.

«Ten fe en el mundo. Necesitamos creer en las personas», repite, cada vez que me despido de ella con un beso.

Emocionada, asiento, reprimiendo el impulso de decirle que por culpa de mi trabajo no es fácil tener fe en el mundo y mucho menos creer en las personas. No es fácil desde aquel disparo. Que igual tenía razón y debería haberme dedicado a otra cosa. Que lo de ser policía no es lo mío. Lo más bonito de ella, a pesar de nuestra historia compartida, es que sigue creyendo en la bondad del ser humano. Yo, sin embargo, dejé de creer cuando tenía nueve años. ¿Acaso hay algo más triste?

1987

Parece que fue ayer cuando mi padre, «el hombre más fuerte del mundo», bajó al cajero a sacar dinero para pagar unas *pizzas*. Recuerdo que era viernes, el día más esperado de la semana porque pedíamos *pizzas* para cenar y veíamos películas. Me consentían con palomitas y podía irme a dormir cuando quisiera, aunque siempre acabase frita entre los brazos de mi padre sin terminar de ver la película. Esa noche todo cambió. Tres tipos enmascarados lo atracaron y no se conformaron con sacarle todo el dinero que pudieron, sino que, antes de irse, como regalo, le clavaron varias puñaladas en el abdomen que terminaron con su vida. «El hombre más fuerte del mundo» aún fue capaz de llegar hasta el portal arrastrándose por el asfalto de la ciudad para tocar el timbre, siendo ignorado por las personas que pasaban por la calle y que no le ofrecieron auxilio. Cuando mi madre bajó, con el rostro desencajado y pálido como la nieve, «el hombre más fuerte del mundo» estaba muerto.

Nunca pillaron a los asesinos de mi padre. Por eso, creo, me hice poli. Para salvar a los buenos y encerrar a los malos. Aún a día de hoy, cuando hablan de ladrones enmascarados, se me acelera el pulso pensando que pueden ser los asesinos de mi padre veintiocho años más tarde. Aunque, por el bien de ellos, espero que estén muertos. Todavía sueño con arrancarles los ojos de cuajo.

Con hacerlos sufrir y destrozarles lo que les queda de vida como me hicieron ellos a mí. Qué le voy a hacer, la agresividad forma parte de mi carácter. ¿Quién no oculta solo para sí mismo un rasgo complejo que asusta incluso a la propia persona que lo posee? Todos tenemos nuestros propios fantasmas y, aunque nos escondamos debajo de las sábanas, no estamos exentos de que nos vengan a visitar, desencadenados por una situación extrema que los permita salir a la superficie bruscamente.

1988

Un año más tarde, cuando volvía del colegio, mi mundo se vino de nuevo abajo de repente y para siempre. Una cría de nueve años no debería ver un cadáver y, mucho menos, ser la que descubre que su madre yace muerta en la cama a causa de una sobredosis de pastillas.

—¡Mamá! —grité—. ¡Mamá, despierta! ¡Mamá! ¡Mamá!

La zarandeeé y, con toda la fuerza de la que fui capaz, la tiré de la cama y la abofeteé, inconsciente y con la esperanza de que fuese la única manera de que se despertara. Recuerdo lo fría y lo rígida que estaba. No respiraba, parecía un muñeco de cera. Cogí su mano. «Los dedos no se mueven», repetí varias veces, tratando, sin éxito, de entrelazar mis deditos con los suyos.

Mis gritos espantaron a la vecina de abajo. Clotilde, que rondaría los cincuenta y tantos años, nos ayudaba con las tareas de casa y se quedaba conmigo las tardes en las que a mi madre le tocaba turno en el hospital. Era enfermera. Yo, que gimoteaba arrodillada en el frío suelo de linóleo frente al cadáver de mi madre, escuché cómo la mujer introdujo la copia de la llave que tenía y entró rápidamente para ver qué pasaba.

—Mamá no se despierta —murmuré inocentemente, con los ojos anegados en lágrimas. Lágrimas de desesperación, de tristeza y de no entender nada.

Nunca olvidaré la expresión de su rostro desencajado al ver a mi madre muerta. Emitió un grito ahogado; los ojos abiertos como platos. Percibí su nerviosismo y desconsuelo al agacharse junto a mí y rozar con las yemas de sus dedos el cuello de mi madre para darse cuenta de lo evidente: no tenía pulso. No lo tenía desde hacía unas cuantas horas, desde que regresó a casa después de dejarme en la puerta del colegio diciéndome que esa tarde me dejaba volver sola, algo que hacía que me enorgulleciera de mí misma y mi independencia. A lo largo de todo este tiempo, he querido recordar cientos de veces cómo fue nuestra despedida. Ella sabiendo que sería la última vez que me vería, ya con pensamientos de quitarse la vida; yo creyendo que, al

regresar, me esperaba con un enorme bocadillo de Nocilla. Pero fue normal, lo de cada día: un par de besos en la mejilla, una mirada tierna y cinco palabras: «Que tengas un buen día». Qué imprevisible puede llegar a ser la persona a la que crees conocer tan bien.

La pobre Clotilde, a la que parecía que en cualquier momento le iba a dar un vahído, me llevó hasta mi dormitorio con tal de no agravar la tragedia. Demasiado tarde; yo ya tenía suficiente conocimiento para saber y entender qué era lo que había pasado. Mamá había decidido terminar con su vida y abandonarme para irse con papá. Nunca superó su muerte y, aunque había hecho todo lo posible por ser fuerte por mí, al final la tristeza la venció.

No entendía nada. Hubo un tiempo en el que odié a mi madre por haberme dejado. Y me odié a mí misma por no ver las señales, pero ¿qué puede intuir una cría de casi diez años?

En cuatro días era mi cumpleaños y mi madre, la noche anterior a su muerte, me había prometido que lo celebraríamos con un pastel rosa de cuatro pisos e incluso se rio al decirme que diez velas ya eran muchas velas y que no sería tan fácil soplarlas como cuando eran nueve. No cumplió su promesa y la detesté por eso casi tanto como a papá por haberse ido antes, y que mamá lo eligiera a él y no a mí. Los odié a los dos. Aunque, en realidad, ninguno tuvo la culpa.

Mientras seguía encerrada en mi cuarto, escondida debajo del escritorio con la espalda apoyada en la pared y una de mis muñecas aferrada a mi pecho, Clotilde hizo una llamada y, a los pocos minutos, se presentaron unos policías. Eran muy altos y fuertes, me parecieron dos superhéroes cuando me sacaron de mi escondrijo y jugaron conmigo con la intención de mitigar el dolor. Para ellos fue importante que el trágico suceso no me dejara secuelas.

Dejé de hablar. Fue como si también dejara de sentir cuando las lágrimas me abandonaron. Clotilde lloraba y lloraba, no podía parar de llorar. Cubrieron a mi madre con una sábana blanca y se la llevaron de casa, no sabía adónde, pero tampoco pregunté. Una hora más tarde, mis abuelos maternos llegaron y me abrazaron muy fuerte, como si quisieran reparar los pedazos rotos en los que me había convertido. Pero ya era tarde. Mi memoria se cerró en banda y, aparte de negarme a hablar, de mi incapacidad de llorar y de comer durante dos semanas, no recuerdo nada más de ese día.

Aunque el tiempo me ha ayudado a perdonar a mi madre, nunca he llegado a entender la razón de su suicidio. Me tenía a mí. ¿Cómo fue capaz de dejar sola a su hija? ¿Cómo es posible que mis abuelos o las pocas amigas que tenía no

se dieran cuenta de su depresión?

Años más tarde, me percataría de que esa escena era la responsable de todos mis traumas y de eso que no sé explicar, pero que se activa en mi cerebro cuando escucho la palabra «suicidio». Y siento curiosidad. Y quiero saber más. Y es entonces cuando entro en un bucle peligroso en el que un «abandono» quiere decir realmente: «Necesito seguir con esto».

Al quedar huérfana, mis abuelos se convirtieron en mis tutores legales y me acogieron en su casa dándome todo el amor del mundo, pero ya nada volvería a ser igual.

Abril, 2015

—¡No quiero biblias, dejadme en paz! —responde la abuela a través del interfono, tras mi insistencia debido a que está un poco sorda y un solo timbrazo no es suficiente para que lo oiga.

—¡Abuela! ¡Soy yo! —exclamo riendo.

Subo las escaleras y la encuentro esperándome en el umbral de la puerta con una sonrisa, sujetando una bandeja repleta de deliciosos pestiños, señal de que no ha olvidado sus orígenes extremeños a sus ochenta y tres años.

—Por eso vengo poco a verte, porque me engordas —la saludo, bromeando, dándole un beso en la mejilla.

—No tienes perdón.

Cruzamos el pasillo y me acomodo en el sillón orejero de piel marrón cubierto por una funda verde, al lado del balcón. Ahí se solía sentar mi abuelo, que murió hace una década de un ictus. Cuando acaricio el reposabrazos sigo sintiéndolo muy cerca; a eso le llaman la dulce memoria de los muertos.

—¿Cómo estás, hija? —pregunta la abuela.

—Esforzándome por respirar cada día, abuela.

—Hija mía, por favor, no digas esas cosas.

—Estoy trabajando en un caso.

—Ya, ya —dice distraída, mirando los pestiños con deseo y dándole un ruidoso sorbo a la taza de poleo menta que tiene sobre la mesita de mimbre—. Coge uno. Qué ricos están. Al doctor no le dejo que me prohíba esta delicia —ríe bajito.

Obedezco y cojo un pestiño. No quiero ni imaginar qué soltaría la Manuela por esa boquita si no pruebo una de sus especialidades culinarias.

—Sí, bueno, a decir verdad, no es que haya vuelto, pero... —trato de

explicar, sin que las palabras salgan por sí solas.

Mi abuela adoraba a Leo. Cuando murió, lloró casi tanto como yo y, en cierto modo, no sé quién consoló a quién. La abuela estaba tan deprimida que me vine a vivir el primer mes con ella, no solo porque no soportaba la soledad del piso que compartía con Leo, sino porque ella también necesitaba estar acompañada. Pero menuda compañía la mía... me pasaba el día entero drogada debido a la fuerte medicación y sin salir de la cama, provocándole más sufrimiento si cabe, a la pobre.

—Estoy ayudando extraoficialmente en el caso de la mujer del hombre fallecido en el vuelo del Germanwings.

—La que se suicidó al mismo tiempo que su marido moría en el avión, ¿verdad? —se interesa la abuela, curiosa y con los ojos muy abiertos. No le sorprende que vuelva a estar en activo. Para los medios, Santiago y Elisa siguen siendo marido y mujer aunque eso no sea verdad.

—No se quitó la vida.

—¿Seguro?

Lo que me faltaba.

—No quiero hablar del tema, abuela.

Termino un pestiño y cojo otro sin importarme llegar a casa con cinco kilos más.

—¿Qué tal el compañero que tienes?

—¿Te refieres a Joel? No, no es mi compañero. No he vuelto a trabajar, solo ayudo en este caso porque siento curiosidad y él se empeñó y... Bueno, es quien ocupa el cargo de Leo, creo que te lo dije —explico, dejando entrever una mueca de dolor.

Aunque Joel es amigo y compañero desde hace años, la abuela no lo ha llegado a conocer porque siempre ha preferido mantenerse al margen; no le gustan los policías. «Solo me gusta Leo», decía divertida, contemplándolo con admiración. Tampoco llegó a conocer a Joel en el funeral de Leo; había mucha gente, fue un día abrumador y la visita de mi compañero, tan afectado como todos, fue un visto y no visto.

—Déjame adivinar. —Me señala con el dedo y achina los ojos—. Este caso te interesa por el tema del suicidio de la mujer, ¿verdad? Al menos, te interesó al principio cuando creías que había sido así. —No sé qué decir, la abuela tiene esa gran capacidad de sorprenderte y dejar a la gente sin habla. Hubiera sido una gran psicóloga, pero prefirió centrarse en su pequeña familia y en las tareas del hogar, compaginándolo desde casa con algún trabajo esporádico que

le salía como costurera, mientras el abuelo se iba a trabajar a la carpintería—. Y, volviendo al tema de tu compañero —ríe—, es muy guapo, que lo sé yo.

—¿Cómo?

—Estuvo aquí hace dos días.

—¿Joel? ¿Aquí?

—Sí, hija. No sé por qué te sorprende tanto. Agradable, alto, grande y fuerte. Hablamos de ti, de lo guapa y buena policia que eres. Creo que le gustas un poquito. —Me guiña un ojo y se detiene a darle otro sorbito a su menta sin contenerse a probar un pestiño. A mí se me ha atragantado el trozo que aún tengo en la boca—. Hablamos del caso de esa pobre mujer y me dijo que tú tienes demasiada imaginación, puede que por todo lo que te ha pasado, que se lo conté yo, y que él cree firmemente que fue un suicidio. Pero que no puede llevarte la contraria porque te ve muy interesada en este caso, como si te hubiera devuelto la vida o algo, y por eso te sigue el rollo, pero que tendrías que dejarlo y volver a casa por tu propia seguridad. Sí, más o menos eso fue lo que dijo. Que lo dejaras, que estabas en peligro. Cuando me dijo eso se me puso la piel de gallina, a punto estuve de llamarte, pero no quise preocuparte —termina diciéndome, achinando los ojos y frunciendo el ceño pensativa.

—Es imposible que Joel viniera aquí y mucho menos que dijera eso.

—Él se presentó como Joel Sanz, inspector, tu compañero... —insiste, negando enérgicamente con la cabeza.

O se le ha ido la chaveta o le ha abierto la puerta a alguien peligroso que, de alguna manera, ha querido achantarme sabiendo que la abuela me lo contaría. Todos sabemos que no es seguro confesarle un secreto a una anciana; el tiempo es una amenaza constante, necesitan soltarlo todo y lo que le dijo, haciéndose pasar por Joel, es una amenaza para que dejemos de investigar.

Preocupada por el intruso que se ha colado en casa de mi abuela, busco alguna fotografía de Joel en mi teléfono móvil aun sabiendo que me dirá que no es el mismo que se presentó en su casa, pero no tengo ninguna. Me topo con el rostro sonriente de Leo; duele. El corazón me late a mil por hora.

—¿Cómo era el hombre que vino?

—Alto y fuerte. Llevaba gorro, igual porque es calvo, pero no lo sé. Me extrañó que llevase gorro, creo que hacía calor y no se lo quitó en todo el rato. Ojos claros, puede que verdes, pero no veo muy bien, así que no sé decirte.

—Joel tiene los ojos oscuros.

Inmediatamente, llamo a Joel y, al preguntarle si ha venido a ver a mi abuela, obviamente y como ya esperaba, responde confundido que no. Que ni

siquiera sabe dónde vive.

—Joel, necesito que vengas. Quiero que te vea y confirme que, efectivamente, no eras tú.

—Ahora mismo voy. Dame la dirección.

—Calle Terol, número treinta y nueve, primer piso.

Trato de tranquilizarme e iniciar una conversación que no tenga que ver con el caso o con el pasado. Pero es imposible. El pasado siempre vuelve y a la abuela le encanta hablar de su difunta y única hija. Mi madre.

Sara

Junio, 2003

«¿Qué estoy haciendo?», me pregunto, mirando de reojo a Marco. Vamos en su Mercedes en dirección al centro psiquiátrico donde está encerrado mi padre. Se lo he contado todo, todo lo que ese malnacido me hizo cuando apenas levantaba un palmo del suelo y, aun así, quiere conocerlo. Ha dicho que quiere decirle lo maravillosa que es su hija, pese a mi advertencia sobre su estado: no se entera prácticamente de nada y está sumido en un constante estado catatónico.

—Está loco, Marco —le advierto por decimocuarta vez, mientras está aparcando el coche—. Loco —repito, bajando la mirada hacia los bonitos zapatos que Marco me regaló hace poco—. ¿Estás seguro?

—Es tu padre, Sara. Quiero conocer al hombre que te dio la vida y decirle lo...

—Y que me la quitó —murmuro, sin dejarle hablar porque sé que va a repetir lo mismo: «Decirle lo maravillosa que es su hija». Estoy a punto de llorar.

—Venga, tranquila. Todo irá bien.

Pero sé que no va a ir bien. Nada va a ir bien. Que en cuanto mi padre me vea me va a llamar «Monstruo» y que en cuanto Marco lo conozca, quizá, me deje. «¿La locura es hereditaria?», pienso, mientras recorremos los fríos pasillos en compañía de uno de los trabajadores del centro. Si yo estuviera en el lugar de Marco, temería a la genética; que yo pudiera volverme loca también e igualmente los futuros hijos que pudiera darle.

El centro psiquiátrico nos recibe frío y asfixiante. Esquivo a los locos sueltos por los pasillos; las puertas cerradas a cal y canto con un alto nivel de seguridad; a los médicos y a las enfermeras que, siempre con prisas, invaden las estancias de baldosas blancas y paredes amarillentas con olor a antiséptico y a muerte. Aquí siempre huele a lo mismo: a podrido. Y también a miedo. El sanitario nos acompaña hasta la habitación número siete, la que queda al final del pasillo de la tercera planta. Es una de las tres habitaciones individuales

que hay en la unidad número nueve, la peor de todas, la de los casos de dificultad especial. Antes de entrar, Marco un paso por delante de mí, me quedo quieta en el umbral viendo cómo mi padre pierde el tiempo contemplando, con la mirada perdida, los cristales mugrientos de la ventana. Aunque no ve nada. Nunca ve nada. Los pocos rayos que logran colarse por los resquicios confieren a la habitación un aspecto fantasmal. Pese a la temperatura cálida del exterior, aquí dentro hace más bien frío. Lo peor de todo es el hedor que domina el ambiente, con tanta intensidad que casi puede palparse, debido al abandono corporal de mi padre esquelético y ausente. Ya no queda nada del hombre alto y corpulento que recuerdo vagamente que fue una vez. Es un cuerpo sin alma. Vacío. Sin sentimientos, casi sin vida. Un ovillo de miseria y malestar. Tiene las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecen dos canicas negras. Sin embargo, cuando me ve, saca fuerzas de donde no las tiene para dedicarme, alzando la cabeza despacio, como a cámara lenta, las palabras bonitas de siempre:

—Ha venido el Monstruo a verme.

—Creo que Martín tiene un buen día —sonríe irónico el enfermero antes de retirarse.

Martín. Cuánto tiempo sin escuchar el nombre del diablo.

El sanitario se aleja mientras yo, insegura, me quedo en el pasillo y Marco, con una mirada, me dice que se va a acercar a él. Asiento, no muy convencida y con miedo de lo que pueda suceder. Mi padre mira a Marco serenamente e incluso le ofrece la mano esquelética y demacrada para estrechársela. Me sorprende e inquieta a partes iguales. Marco, con la elegancia que lo caracteriza, se queda de pie frente a él y lo mira fijamente a los ojos.

—Sara, ¿podrías dejarnos a solas?

—¿Cómo?

—Por favor.

Me mira sin pestañear y sonríe. Sabe que no puedo decirle que no a nada, así que, con la cabeza gacha, salgo al pasillo y espero. Espero hasta diez interminables minutos a que Marco salga por la puerta de la habitación con la misma sonrisa con la que me ha pedido que le dejara a solas con mi padre y, con un gesto seco de cabeza, me indica la salida para irnos. Le pide al sanitario que vuelva a cerrar la puerta y, antes de irme, veo a mi padre de espaldas mirando por la ventana sucia con los hombros encogidos.

—¿Qué le has dicho? —quiero saber ya sentada en el coche.

—Hemos hablado de ti.

Arranca el motor. Mira por el retrovisor, como negándose a mirarme a mí.

—¿Y? —quiero saber.

—Es un secreto entre hombres.

No pregunto más. No quiero saber nada. Pase lo que pase, quiero convencerme a mí misma de que Marco me quiere, que no me dejará por haber conocido a mi padre tarado y que si ha sido capaz de quedarse con él cinco minutos por mí es porque signífico mucho más que las otras mujeres que habrán pasado por su vida. Porque las habrá tenido, y muchas. Puede que más guapas que yo; más maduras e interesantes. Recuerdo a Elisa, a la que no he vuelto a nombrar. Pienso en el correo electrónico que le envió y en el bebé. Miro de soslayo a Marco mientras conduce y me cuestiono si debería preguntarle qué pasó con ella, pero prefiero callar para, como siempre, no molestar.

¿Qué tengo yo que no tengan las otras?

¿Qué ha visto este ángel en mí?

Una semana más tarde

El sonido del teléfono de la casa de Marco interrumpe el momento en el que, acurrucados en el sofá, estamos viendo la película *Una mente maravillosa*, por la que él siente más interés que yo, que prefiero observarlo. Lo coge él y, al cabo de unos segundos, con el ceño fruncido, me pasa el auricular. Me aclaro la garganta y respiro hondo; nadie me llama y mucho menos aquí.

—¿Quién es? —quiero saber antes de contestar.

—Llaman del centro psiquiátrico —susurra—. Tendría que haberte dicho que, cuando estabas fuera de la habitación, entró el doctor y les dejé este teléfono de contacto, por si pasaba algo.

—¿Sí? —pregunto con un hilo de voz, aunque intuyo lo que me van a decir. Antes de que la voz del doctor empiece a hablar, me adelanto a los acontecimientos y, aunque no lo exprese, ha llegado el momento que tanto estaba esperando. La liberación.

—Sara, siento mucho comunicarte que tu padre acaba de fallecer.

Isabel

Abril, 2015

Joel toca el timbre con insistencia. Cuando le hago pasar al salón, donde la abuela ya va por su sexto pestiño, ella lo mira y niega con la cabeza.

—No, este muchacho no es —afirma convencida.

—Soy el inspector Joel Sanz, señora —se presenta, algo nervioso e incómodo, tendiéndole la mano amistosamente—. Quien fuera que se presentó aquí, se hizo pasar por mí —acierta a decir, preocupado, tanto como yo.

—Eso está claro —me indigno.

—Por favor, recuerde cómo era el hombre —le pide Joel.

—Ya se lo he dicho a mi nieta. —La abuela suspira, se levanta y se dirige al balcón a observar las flores, que es lo único que la puede relajar un poco—. Era alto y fuerte. Llevaba gorro y tenía los ojos claros, creo.

—Quien fuera que asesinara a Elisa no está dentro, está fuera. Estoy más convencida que nunca. —Me acerco a él y, susurrando, le confieso lo que más me preocupa—: Ha sido una amenaza, Joel, y le ha sacado información sobre mí. Entre otras cosas, le dijo que si no abandonaba el caso, corría peligro. Es una amenaza.

Me enerva la sangre, no lo soporto más. Hablo entre dientes para que la abuela, distraída en el balcón con los geranios, no se entere de lo que le digo a Joel.

—Solo puedo decirte que hagas las maletas y vengas a vivir un tiempo con tu abuela —sugiere.

—Es lo que pensaba hacer. Y, desde luego, si tú me dejas, continuaré con el caso. Tengo que pillar a ese cabrón.

—Pero el hombre era muy agradable —interviene la abuela tranquila—. Muy aparente y educado, no tienes nada de qué preocuparte, hija.

—Abuela, voy a casa a por mis cosas y vuelvo en un par de horas. No le abras a nadie, por favor.

—Válgame Dios, ¿ahora soy una niña chica? —refunfuña.

—Por favor —repito.

La abuela suspira, asiente y apoya los brazos en la barandilla para observar el ambiente de la calle. Por la hora que es, debe de estar a punto de empezar alguna función en el Teatreneu y a la abuela le encanta cotillear desde el balcón para ver cómo va vestida la gente.

Agradezco que Joel haya venido en coche y no tenga que tragarme durante más de media hora toda la línea verde del metro para llegar hasta Nou Barris, recoger todo lo necesario y volver a casa de la abuela. Cuanto antes esté con ella, mejor.

—No podrás vigilarla las veinticuatro horas del día.

—Lo sé.

—Quien de verdad me preocupa eres tú, porque el que ha entrado en su casa ha querido meterte un susto, averiguar cosas sobre ti y que te retires. Que nos retiremos —corrige—. Lo raro es que nadie, salvo el forense, sabe que me estás ayudando en esto.

Mira atentamente la calle por la que circulamos, pero observo cómo con la mano derecha hace un movimiento impreciso, como si quisiera acariciar mi pierna y su cabeza le dijera que es mejor que no lo haga. Una parte de mí se siente bien con él; tanto que da miedo. La otra me dice: «Huye, ¡huye mientras puedas!», y me hace sentir incómoda.

—Es por este caso —empiezo a decir, para evitar el silencio que ha caído como una losa—. Le dijo que eras tú y hablaron de la muerte de Elisa. Que él creía que había sido un suicidio, como tantos otros, y que me seguía el juego para devolverme a la vida o algo así. Sea quien sea, me quiere fuera de juego. Fuera de todo esto. Pero ¿cómo podía conocer nuestras hipótesis, Joel?

—Igual que pudo saber que íbamos al Boca Chica. Se anticipó al bocazas del escritor y quiso eliminarlo. Al menos a tu abuela no le ha hecho nada.

—Sabía que la abuela me hablaría de él y que descubriríamos que no habías sido tú, sino que alguien se hizo pasar por ti. Él lo sabía.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que quiere que sepamos que hay algo turbio en la muerte de Elisa. ¿Y si es Santiago quien está detrás de todo esto? —deduzco. Y la idea, de repente, no me parece tan descabellada—. Joel, ¿cómo era Santiago? Seguimos sin saberlo.

Sara

El crucero

Primera parte

Agosto, 2004

Nuestras manos llevan entrelazadas un año y siete meses. Cuando el 12 de mayo soplé yo sola las veinte velas de un enorme y exclusivo pastel que Marco había encargado desde Caracas, ciudad en la que se encontraba desde hacía dos semanas por asuntos laborales, me prometió que me compensaría por su ausencia. Y yo, a pesar de la soledad en la que me encontraba en la enorme mansión de Sant Andreu de Llavaneres, que compartimos desde hace unos meses, soplé feliz las veinte velas y me comí gran parte del pastel.

Durante el día no hago nada. Cuando Marco llega del trabajo tiene el detalle de conducir hasta Barcelona para llevarme a cenar a restaurantes caros. Uno de mis preferidos es el Nectari, de la calle Valencia, y el Tram-Tram, situado en la zona de Sarriá. Por la mañana, a las nueve, él se va a alguna de las inmobiliarias si no se encuentra de viaje por el extranjero, que es casi siempre, mientras me quedo remoloneando en la cama hasta las doce. Si hace frío, nado en la piscina interior; si hace calor, en la exterior y luego me tuesto al sol. Estoy guapa y bronceada; soy joven y atlética. Tengo dinero, el de mi novio, y las únicas situaciones tensas e incómodas en las que pienso: «tierra trágame» son cuando tengo que acudir a una de esas rimbombantes fiestas o presuntuosas cenas con sus amigos. No encajo. Nunca he encajado y nunca encajaré. Todas las mujeres de sus amigos me critican; no me soportan. Yo, por mi parte, las odio, aunque Marco se empeñe en querer hacerme ver que son buena gente y que, si me esfuerzo un poquito, puedo llegar a tener grandes amigas. «Es lo único que te falta para que tu vida sea plena», me dice siempre sonriendo.

Hoy es 9 de agosto y Marco y yo estamos a punto de embarcar en un lujoso crucero. Es el segundo crucero que hacemos. El anterior fue el verano pasado; una idílica semana en la que recorrimos las islas griegas, disfrutamos de parajes bellísimos y no hacíamos otra cosa que nadar en las paradisíacas

aguas cristalinas, tostarnos al sol y hacer el amor. No llevábamos ni un año saliendo juntos y fue maravilloso. En el mundo solo existíamos él y yo; jugábamos a ser Jack y Rose en el *Titanic* y Marco era el que parecía el más joven de los dos. ¡Qué entusiasmo! El mismo que le veo ahora, como si lo nuestro no estuviera desgastado, como si fuera de bien a mejor, de maravilloso a espectacular e inolvidable. Aun así, no me quito de encima el temor de que se canse de mí y me deje o me sustituya por otra mujer. La inseguridad que la vida me ha creado y el hecho de pensar que algo tan bueno no puede pertenecerme. No a mí.

Estoy nerviosa. Le doy toquecitos en el hombro y él aguanta estoico, como siempre, en los momentos en los que no puedo evitar hacer tonterías propias de una jovencita; propias de alguien veinte años menor que él. Un día le pregunté si, aparte de mí, había estado con alguien más joven. A mí, la edad, seguía influyéndome no de cara a nosotros, sino por cómo lo veían los demás. Al principio rio y me preguntó: «¿Me estás llamando viejo?». Me puse roja como un tomate y de inmediato me arrepentí de haberle formulado una pregunta tan estúpida. «No, no, no», negué rápidamente. Pero no pasó nada, él nunca se ha sentido ofendido conmigo y mis tonterías. Nunca lo he visto enfadado. Su respuesta fue que no, que todas las mujeres con las que había estado tenían su edad y que eran aburridas; se atrevió incluso a decirme que yo, en la cama, les daba mil vueltas a todas ellas. No mencionó a Elisa que, a estas alturas, ya habrá tenido al bebé en el caso de haber decidido llevarlo adelante. No sé nada de ella. Siempre evito pensar en ella y mucho menos nombrarla delante de Marco, pero ahora mismo me pregunto qué habrá sido de su vida. No quiero mencionar su nombre porque solo temo que el día de mañana yo también me convierta en una aburrida como todas esas que cansaron a Marco o que aparezca una nueva recepcionista de dieciocho años cuando yo tenga cuarenta y se vaya con ella. Me prometo, cada día de mi vida, hacerlo feliz. Él, cada noche, me lo dice. Me dice que me va a hacer feliz. Y yo, por supuesto, le creo.

—¿Te gusta, Mermelada? —me pregunta, pasando su brazo por mi cintura cariñosamente y observando la cubierta del *Celebrity Constellation* a bordo del cual estaremos trece días recorriendo Palma de Mallorca, Sicilia, Grecia, Atenas y Malta. ¡Es todo tan romántico!

—Es maravilloso.

Y sigo dando saltitos.

Sí, todo es maravilloso. Llevo ropa de marca que nunca creí que podría

permitirme y estoy aprendiendo a caminar con carísimos zapatos de tacón que me hacen parecer mayor y me dan un aspecto más distinguido. Cuando piso el suelo de la calle con ellos la gente me mira de otra manera; no sabría explicar cómo, pero sí siento que me admiran. Y me encanta. Me encanta que me adoren y piensen cosas buenas, aunque sean superficiales, y los que más entienden de moda se queden alucinados al saber que mis pies calzan unas maravillas de dos mil quinientos euros. Además, puedo visitar las tiendas más exclusivas de la ciudad; las que hay en paseo de Gracia son mis preferidas, y nadie me mira con crueldad. Solo se fijan en mi tarjeta, por la que muchos vendedores se han llegado a pelear para recibir su ansiada y succulenta comisión. Y lo mejor de todo es que mi hermano no sabe dónde estoy. Supongo que me estará buscando, pero me da mal rollo. Me dan mal rollo sus compañías, lo que se mete por la nariz y las agujas con veneno que traspasan sus maltrechas venas. Me da terror imaginarlo borracho o drogado, pidiéndome dinero o chantajeándome. Me da miedo que lo sepa todo sobre mí, hasta de lo que se ha olvidado o prefiere callar. No quiero que me encuentre porque todo en él me da pánico y porque sé que es capaz de hacerme mucho daño. No tiene escrúpulos con tal de salirse con la suya y el tiempo lo ha maltratado. Al fin y al cabo, tuvo que salvar a una niña de una muerte segura a manos de su propio padre cuando él también era un niño; obviar —si es que en algún momento se enteró de algo— que el marido de su tía abusó de esa niña que luego, ya convertida en mujer, se vengó asesinando a los que, según un documento, eran sus tutores legales. Y en parte me siento culpable por dejar que se pudra en la miseria mientras yo, rodeada de todo tipo de lujos y junto a un hombre que me quiere y me respeta, he tenido, por fin, la suerte de mi lado.

Cuarenta y ocho horas más tarde

Hemos conocido a una pareja encantadora. Ella se llama Rosa y él, Miguel. Tienen la edad de Marco, pero no ha parecido importarles que yo sea mucho más joven.

—La gente está llena de prejuicios —ha dicho ella alegremente, mientras le ha dado un sorbo al vino que tanto aborrezco—, si hay amor, ¿qué más les da? ¿Qué daño hacéis? ¡Ninguno! Vivid. Vivid, que la vida son dos días, ¿verdad, Miguel?

Seguidamente, Miguel ha contado lo que le pasó a su primo, un tal Sandro que, de la noche a la mañana, le detectaron un tumor cerebral con tan solo treinta años y pasó de tener la seguridad de toda una vida por delante, al dolor

de ver cómo la muerte iba caminando a su lado para llevárselo tres meses más tarde.

—Tristísimo —me lamenté, que de la muerte sé un rato.

Asintieron. Bebieron. Marco bebió, mucho. A mí no me gusta el alcohol, no bebo. Bailamos. Reímos y vimos en Rosa y Miguel una pareja de amigos con los que compartir estos románticos días de crucero; eran personas afines a nosotros. A pesar de la edad. Siempre a pesar de la edad. Ella es alta, esbelta y elegante, tal y como yo sueño ser algún día. Lleva vestidos de alta costura hechos a medida para cubrir su cintura de avispa y mostrar lo justo y necesario sus estilizadas piernas. Es rubia de bote, tiene los ojos color miel y su nariz, perfecta y respingona, parece la obra de arte de algún cirujano. Él, corpulento y de aspecto basto debido a una espesa barba, se mueve con distinción y mira por encima del hombro a casi todo el mundo. Menos a Marco. A él, desde el principio, lo ha mirado de igual a igual. Sus ojos no me han gustado en la primera impresión. Oscuros, pequeños y demasiado separados, me han inspirado desconfianza hasta que, con una sonrisa, ha transformado la negatividad en algo espontáneo y positivo. Ella, al igual que yo, no trabaja, y él es empresario. Por lo visto, tiene varios locales de ocio repartidos por toda España. En Ibiza ha reconocido que se forra en la época estival. Viven en La Moraleja, en Madrid, «al lado de varios famosos», han comentado riendo.

—Qué majos son, ¿verdad? —le digo a Marco, quitán-dome los zapatos de tacón y sentándome en la cama para dejar con cuidado sobre la mesita de noche los pendientes, el collar, los anillos y la pulsera de oro que me regaló hace dos días.

Marco, sin decir una palabra, me desnuda y me tumba en la cama con fuerza. Me encanta ser sumisa. Que me aprisione debajo de él, me obligue a alzar los brazos y me agarre de las muñecas para que haga conmigo lo que quiera. Cierro los ojos mientras me desviste y mordisquea mi cuerpo; me dejo llevar mientras él, con la experiencia de los años, me hace el amor salvajemente en nuestro camarote con vistas al inmenso océano. De fondo, entremezclándose con el rugido del mar, se oyen voces de pasajeros animados por el ambiente festivo del buque. Pero no los oímos. Cuando nos unimos en cuerpo y alma solo existimos Marco y yo.

Seis horas más tarde

Mis ojos se abren forzosamente con los primeros rayos del sol que se cueflan en el camarote. Desubicada al principio, siento la boca pastosa y me

duelen todas las articulaciones. Tengo agujetas en el culo y en las piernas; me duele la cabeza. Me siento mal. Estoy completamente desnuda y en lo primero que me fijo es en un moratón que tengo en la muñeca derecha. Extrañada, miro hacia mi lado izquierdo y el terror se apodera de mí al ver que no es Marco quien me sonrío. No es Marco quien, al otro lado de la cama, me mira. Es Miguel. Y está desnudo.

—Cómo follas, Sara. Joder, cómo follas.

Isabel

Abril, 2015

En cuanto llegamos, antes de preparar una maleta para volver a casa de la abuela, encendemos el ordenador y nos ponemos a leer con detalle todas las copias de los informes que me quedé sobre el «suicidio» de Elisa Solano.

—El padre de Elisa no lo conocía y Gustavo nos dijo que no lo vio nunca —repass—. Su nombre y su documento de identidad son falsos, como su matrimonio con Elisa, pero consta en el vuelo del Germanwings. Y sigo preguntándome: ¿cómo lo hizo, Joel? No me entra en la cabeza, pero pongo la mano en el fuego por que no van a encontrar sus restos: ese tío no iba en el avión. ¿Has hablado con la aerolínea? ¿Conocen el caso?

—Joder.

—¿Es lo único que sabes decir? —Lo miro indignada. Se muestra tan conmocionado y perdido como yo—. Si no lo han hecho, ordena que miren en los registros. Quiero una puta foto de Santiago o como diablos se llame. Nunca lo he visto tan culpable como ahora.

«Suplantación de identidad. ¿Sabía Elisa que Santiago no era quien decía ser? ¿Estaba metida en el ajo?», medito.

—Es inútil, Isabel. Es un caso perdido.

—Recuerda que en el piso solo había huellas de Elisa.

Joel niega con la cabeza y suspira.

—¿Y si Santiago era Elisa y añadió ese nombre como cotitular en el contrato de alquiler? ¿Y si huía de algo o de alguien? Por eso se la cargaron pese a sus intentos de desaparecer en un vuelo, coincidiendo con el siniestrado, y registrando esa identidad falsa gracias a algún contacto —elucubra Joel—. Ella misma recalca que estaba casada, aunque nadie haya visto nunca a Santiago.

«Tendría algo de lógica», reflexiono.

—Demasiado complicado, aunque no podemos descartar nada. Sin embargo, si Santiago era Elisa, ¿quién fue a ver a mi abuela, Joel? Esto no me gusta.

—También es probable que no haya ninguna otra persona y ella misma se quitara la vida. Recuerda, era ambidiestra —termina diciendo, negando para sí mismo con una media sonrisa que denota la frustración que siente.

Impotente, emite un gruñido y sale del despacho para dirigirse al salón. Sé que va a salir al minúsculo balcón y a encenderse un cigarro, lo hace siempre que las cosas se ponen difíciles. Leo también lo hacía. Me acerco a él, le cojo el pitillo de entre los dedos y le doy una calada que me sabe a gloria por los recuerdos que me trae, aunque yo nunca he fumado.

—El momento preferido de Leo era este. Llegar a casa, salir al balconcito y fumar un cigarro. —Es como si aún lo estuviera viendo. Como si ahora Joel no fuera Joel, sino Leo—. Sobre todo cuando no sabía cómo redireccionar un caso complicado. —Sonrío y le devuelvo el cigarro. Joel me mira seriamente. Contemplo la tensión marcada en su rostro; no dice nada y se limita a asentir —. ¿Me llevas a casa de la abuela, por favor?

—No lo vas a olvidar nunca, ¿verdad?

—Sabes que no —respondo automáticamente sin mirarlo.

—Solo quería oírtelo decir. Isabel, creo que el caso de Elisa ha terminado aquí.

—¿Cómo?

—No hay nada que investigar. Fue un suicidio, el jefe me está presionando —reconoce, después de poner tanto empeño en que lo ayudase—. Teniendo en cuenta los resultados de la autopsia y la ausencia de pruebas físicas sobre la posibilidad de que alguien entrara en esa casa y le metiera el cañón de la pistola en la sien, dice que se siente en la obligación de no «malgastar recursos» —continúa excusándose mientras exhala el humo del cigarro mirando al frente—. Si aún queda trabajo por hacer, Isabel, deberíamos ser rápidos y eficaces porque no tenemos mucho tiempo para este caso y, tal y como lo veo ahora mismo, con todo el tema de la identidad falsa de Santiago, es un caso perdido. Además, si el sospechoso ha ido a ver a tu abuela, puede ser peligroso para ti, así que...

—¿Así que qué?

—Que lo mejor es que dejes este caso y vuelvas a estar en activo cuando te sientas preparada. Ahora no lo estás. Siento haberte metido en todo esto, siento haber insistido, pero no quiero que continúes trabajando conmigo.

—¿Qué lleva ese cigarro, Joel?

—Isabel, es imposible —insiste abatido—. Quienquiera que fuera Santiago ha desaparecido y, en el caso de que no fuese Elisa con una doble identidad,

ese no es su nombre real. Supuestamente estaba en ese avión y oficialmente está muerto, aunque nos empeñemos en creer lo contrario. Además, tú estás de baja. No puedes seguir colaborando en la investigación que yo, ahora mismo, doy por concluida.

—¿Y el Propofol en el cóctel de Gustavo? ¿Y el bebé que esperaba Elisa?

—De algún rollo de una noche, Isabel. Olvídalo... por favor. Es lo mejor. Por tu seguridad.

Atónita, lo miro con rabia callándome lo que llevo pensando desde que él ha empezado a hablar: «¡Tú me llamaste! ¡Tú! Tú has hecho que me obsesione con algo que no tiene nada que ver con Leo y con lo que ocurrió. Y ahora me eliminas. Eres un cabrón. Un puto traidor que se encarga de cerrar casos en vez de resolverlos. Tú eres de esos. De los que los cierran sin mirar atrás. Sin remordimientos por las víctimas, las que se han ido y las que se quedan aquí».

Lanza el cigarro a la calle. En el minúsculo espacio vital que hay entre ambos, gira su cuerpo para estar frente a mí y, con la tristeza marcada en los ojos, me acaricia la mejilla con dulzura. No digo nada. En vez de palabras, asiento, aparto bruscamente su mano de mi cara y voy hasta el dormitorio. En cinco minutos salgo con una maleta en la que llevo todo lo que voy a necesitar para un par de semanas fuera de casa. Si necesito algo más, volveré a buscarlo.

—Ya podemos irnos —le ordeno sin mirarlo a la cara.

Media hora más tarde, llego a casa de la abuela. Toco al timbre del portero automático una, dos, tres veces, pero no contesta. Aprovecho que sale una vecina del portal y entramos; Joel aún me acompaña. Arriba, vuelvo a tocar al timbre y, al ver que sigue sin contestar, aporreo la puerta preocupada.

—¡Abuela! ¡Abuela, soy yo! Ábreme.

—¿No tienes llaves? —pregunta Joel.

—No. Joder.

Me doy la vuelta al escuchar el ruido que hace Agustín, el vecino de enfrente, al abrir la puerta de su casa.

—¿Buscas a tu abuela, Isabelita? —inquire distraído—. Ha salido con un hombre hace diez minutos.

—¿Con un hombre?

Miro a Joel. Esto no es normal.

—Agustín, ¿cómo era el hombre?

Agustín, un hombre octogenario que apenas recuerda lo que ha comido hace

cinco minutos, rumia en silencio al mismo tiempo que se rasca la barba. Mira al suelo, luego a mí, y sé que no va a saber darme una respuesta.

Son las nueve y media de la noche y mi abuela, hace diez minutos, ha salido con un hombre. Llego tarde, mi cabeza no para de darle vueltas a las cosas horribles que le han podido hacer. Pero ¿por qué? ¿Quieren que deje de investigar? ¡¿Es lo que quieren?!

Dejo la maleta frente a la puerta de casa y, sin saber muy bien qué rumbo tomar, salgo al exterior y corro por las calles nocturnas del barrio de Gracia perseguida por Joel.

Sara

El crucero

Segunda parte

Agosto, 2004

Miguel sigue mirándome con esos ojos diminutos y negros que me dan miedo. Tendría que haberle hecho caso a mi instinto; no me gustó desde el primer momento en el que lo vi, pero luego parecía tan agradable... Parecía. Se acerca a mí pero yo, de un impulso, consigo zafarme y cubriendo mi cuerpo con la sábana me levanto precipitadamente gritando. Pidiendo ayuda. Tropiezo y caigo al suelo emitiendo un sonido gutural. Atontada, llamo a Marco, pero Marco no está. Miguel se ríe escandalosamente.

—¿Qué me has hecho? —consigo preguntar, mirando a mi alrededor y percibiendo que la noche anterior me debieron de meter algo en el vaso de agua que aún reposa encima de la mesita de noche junto a mis joyas. Lo último que recuerdo es a Marco jadeante sobre mí.

Cuando la puerta del camarote se abre y entran Marco y Rosa mirando sonrientes a Miguel, no siento alivio, sino todo lo contrario. El miedo va *in crescendo*, es como una serpiente que trepa desde los pies hasta el cuello rozándome con sus frías escamas, veneno puro que me asfixia por completo. Se miran entre ellos como si fuera normal que Miguel esté en mi cama y yo de pie, aturdida y sin entender nada, desnuda con la sábana envolviendo mi cuerpo, tengo magulladuras en la muñeca y mis articulaciones gimen de puro dolor.

—¿Lo has pasado bien, Miguel? —le pregunta Marco, guiñándole un ojo.

No me lo puedo creer. Debo de estar dormida y esto es una pesadilla. Disimuladamente, me pellizco por si funciona. Pero duele. Duele tanto como ahora mismo me duele el corazón. Un doloroso sentimiento de traición y el horror de lo que ha ocurrido y puede ocurrir, se apoderan de mí. Quiero huir, que me engulla la tierra y desaparecer de aquí. Nada de esto tiene sentido. No, no lo tiene. No lo tiene, maldita sea. ¿Otra vez? No puede estar pasando lo mismo otra vez. El diablo sigue a mi lado, con otra cara y otro cuerpo, pero sigue aquí sin querer darme una tregua. El diablo parece haberse encariñado

de mí.

—Marco, que... —Pero no me salen las palabras.

—¿Has disfrutado, pequeña Mermelada?

Marco se acerca a mí. Yo, paralizada e incapaz de hacer nada por el pánico que siento ante el extraño momento, dejo que me despoje de la sábana y me deje desnuda frente a esta pareja que, ahora, me mira de forma lasciva. Así me miraba mi tío. ¡Dios! Parecían tan normales... Tan risueños, tan simpáticos y amistosos. Pero no lo son. No puedo fiarme de nadie.

«Tengo que salir de aquí».

En el momento en el que doy un paso hacia la puerta, Marco me agarra del cuello y me besa a la fuerza, obligándome a que vuelva a la cama para dejar que Miguel y él me toqueteen mientras Rosa mira la escena divertida desde el sillón de terciopelo rojo. Empiezo a odiar el color rojo y también el terciopelo. Llora, pero soy incapaz de gritar. Cuando Miguel y Marco terminan, compenetrados entre ambos para gozar de mi cuerpo, me quedo tumbada en la cama durante horas. Sola. Ellos se han ido a disfrutar del bufé libre del almuerzo, de la piscina y del lugar en el que hayamos desembarcado. No tengo ni idea de dónde estoy. Ni siquiera me salen las lágrimas. Ni siquiera sé quién es Marco y cómo he podido ser tan idiota al haberme dejado engañar durante todo este tiempo. Los únicos meses de mi vida en los que me he sentido feliz han tenido que transformarse, de la noche a la mañana, en un auténtico infierno. Miro las marcas de mis muñecas, las cicatrices que Marco ha besado tantas veces. Recuerdo el cariño con el que lo hacía, la comprensión que había en su mirada y lo reconfortantes que resultaban sus palabras cuando me prometía que me iba a hacer feliz.

«¿Por qué me quiere a mí?», me he preguntado muchas veces al levantarme en el paraíso en el que se había convertido mi vida. Y ahora, violada y humillada, lo entiendo. Me quiere a mí, indefensa y sin nadie que me salve, para hacer conmigo lo que le dé la gana. Para manipularme. Podría haber sido Elisa, pero, por algún motivo que no comprendo, no pudo con ella. ¿Fue el bebé que esperaba el que la salvó?

Pienso en huir; debe de haber alguna escapatoria. Puedo pedir ayuda, puedo...

—¿Estás enfadada? —pregunta Marco, entrando en el camarote.

Lleva unas bermudas verdes y una camisa floreada. Parece tan distinto al que viste con traje cada día para ir a su imperio inmobiliario que no lo reconozco. Su voz es más ronca, su mirada más fría y su sonrisa más falsa. No

es el mismo hombre del que me enamoré cuando, sin que a él le tocara hacerlo, me entrevistó para un puesto de trabajo en su negocio.

—¿Por qué me haces esto? ¿Qué me hizo Miguel anoche?

—¿No lo sabes? Quizá esto —explica, cogiendo el vaso de agua para segundos después tirarlo por la borda— te dejó KO y por eso no recuerdas nada. Pero Miguel lo recuerda bien y yo te doy las gracias por haberle hecho disfrutar de lo lindo, preciosa.

—Marco, yo... yo...

Sigo sin poder hablar. Quiero hablar, pero no vocalizo y me es imposible pronunciar una sola palabra coherente.

—Te gustará, ya lo verás. Es la vida que toda jovencita querría llevar y además estarás bajo mi protección. No todas pueden decir eso, ¿sabes? ¿O acaso creías que ibas a ser una mantenida de por vida? Tú me vas a dar dinero —me persuade, acariciando mi muslo y apretándolo con agresividad—. Y como hagas cualquier tontería o intentes escapar, te mato. ¿Me oyes? Te mato.

—¿Quién eres?

—Tu futuro marido, Sara. No era así como lo había imaginado, pero... —Saca una cajita dorada del bolsillo de sus bermudas. Entorna un poco los ojos como cualquier enamorado y, cuando sonrío, lo hace de manera sincera y encantadora. Quiero decirle que es un psicópata en el momento en el que abre la cajita y me muestra un anillo de oro—. Te lo pregunté hace un tiempo, pero ahora va la buena: ¿quieres casarte conmigo?

Isabel

Abril, 2015

La gente me mira, debe de pensar que estoy loca. Joel, detrás de mí, grita mi nombre y me ruega que me detenga. Pero yo, que apenas puedo respirar, sigo corriendo al mismo tiempo que miro a mi alrededor en busca de la abuela. Leo murió por mi culpa, no pienso permitir que mi abuela muera a manos de un psicópata que no sé por qué se la ha querido llevar.

Media hora más tarde, nos detenemos en el punto de partida. Volvemos al portal. Ya es de noche, hay gente esperando en el Teatreneu, ajenos a mi sufrimiento. Los miro. Los envidio. Podría ser una de esas mujeres hablando tranquilamente, sin preocupaciones, con una buena vida social a la que le gusta ir al teatro, al cine, leer, ir al gimnasio, a bailar salsa o, simplemente, tomar café en compañía. Pero no lo soy. Dudo que pudiera ser la mujer de cabello rizado, por ejemplo, de treinta y tantos años, que ríe despreocupada como si nada malo le hubiera sucedido en la vida. Le deben de estar contando algo gracioso.

—Se la ha llevado, Joel —sollozo.

—Toca al timbre. Quizá ha sido un malentendido.

—No, no, no. Se la ha llevado.

Joel, sin prestarme atención, toca al timbre y, para nuestra sorpresa, la abuela responde al instante. Subimos rápidos como una bala y ahí la encontramos, quietecita en el umbral de la puerta como si no hubiera pasado nada.

—¿Dónde estabas? —inquiero, jadeante, cogiendo aire y señalando la puerta del vecino—. Agustín nos ha dicho que has salido con un hombre. ¿Cómo se te ocurre? ¡Te dije que no le abrieras la puerta a nadie! ¡Que no dejes entrar a nadie! —grito, desesperada, como si le estuviera pegando la bronca a un niño travieso e inconsciente que no se da cuenta del peligro que puede acecharle en cada esquina.

—Hija, tranquila. Era el nieto de la Guillermina, mi amiga de la residencia. Me ha pedido que lo acompañe a la farmacia que no sabía dónde quedaba

porque el muchacho es de Asturias y ha venido a pasar unos días aquí — responde con tranquilidad, entrando en casa—. He entrado la maleta, suponía que era tuya.

—¿Estaréis bien? —pregunta Joel, poniendo los brazos en jarra y sonriéndole a la abuela.

—Estaremos bien.

—Isabel... —Me coge suavemente del brazo y me lleva hasta la entrada—. Descansa. Has visto fantasmas donde quizá no los hay. Puede que todo sea más sencillo de lo que nos hemos empeñado en creer y que Elisa se suicidara — repite una vez más.

—Qué cansada estoy de los fantasmas, joder. Con Leo también te rendiste —le reprocho—. Al fin y al cabo, gracias a su muerte escalaste puestos, así que, ¿qué más da? Uno menos, ¿eh?

—No sé cómo puedes hablarme así —apunta, afligido—. Su muerte me dolió tanto como a ti. Era mi amigo.

—¡Ni se te ocurra comparar tu dolor con el mío! ¡Ni se te ocurra! —le vuelvo a gritar, esta vez sin poder evitar las lágrimas—. Por eso te encantaría también tener a su novia. ¿Me equivoco?

En silencio, agacha la cabeza y se pasa la mano por la nuca.

—Buenas noches, Isabel —se despide.

Joel ha sido capaz de dar por concluida la investigación y mañana, seguramente, se volcará en otro caso, pero yo no. Me estoy obsesionando, sé que puede ser peligroso, que tal vez no me conduzca a ninguna parte, pero, si realmente esa mujer no terminó con su vida, merece justicia. Eso, al menos, es lo que diría Leo.

—¿Quieres cenar algo, cariño?

—No, abuela. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Pero si estás de baja.

—¿Y eso es impedimento para que quiera descubrir la verdad y se haga justicia?

Justicia. Qué gran palabra y qué poco significado tiene para algunos. Le guiño un ojo tratando de no preocuparla más de lo que ya debe de estar y me encierro con el ordenador portátil en mi dormitorio. La colcha de florecitas rosa sigue ganándole la batalla al tiempo persistiendo sobre la cama de metro noventa, así como los pósters que invaden las paredes con las Spice Girls, Brad Pitt en *Leyendas de pasión* y Johnny Deep como protagonistas. Una carcajada interior me destensa al recordar las noches en las que, antes de

sumirme en el mundo de los sueños, besaba la boca acartonada de Johnny Deep. En el interior del armario blanco aún hay ropa que ya no me cabe y, en el escritorio, esparcidos, un par de diarios adolescentes junto a un bote repleto de bolígrafos con la tinta seca. Enfrente, un corcho con pósits rosas y amarillos y notitas llenas de faltas de ortografía que me escribían novios de los que no recuerdo ni siquiera el nombre, y amigas que prometían estar conmigo hasta el fin de nuestros días y que pasaron a mejor vida cuando cumplimos los veinte. Resignada al haber abierto una puerta al pasado, coloco el ordenador encima del escritorio que ahora se me antoja poco espacioso. Mis conocimientos informáticos me ayudan a que en pocos minutos esté conectada a internet y busque como una posesa a Elisa Solano y a Santiago López en redes sociales. Pero nada ha cambiado de un día para otro. Podría estar buscándolos durante meses, darme cabezazos contra la pared, y entender que no sucumbieron a las famosas redes sociales. No, al menos, con sus nombres reales.

Cuando desisto y estoy a punto de irme a dormir, me sorprende un wasap de Joel. Me pregunta qué estoy haciendo. No le contesto. Insiste. Ahora pregunta si estoy bien. Lo ignoro. Que si sigo enfadada. Parece un crío. Minutos más tarde, parece mentira que un inspector «serio» se dedique a colocar emoticonos de caritas tristes mientras me pide perdón.

Hablamos mañana. Estoy muy cansada.

Buenas noches.

Es la mejor respuesta que se me ocurre. Escueta y tajante. No doy esperanzas, soy un poco borde, pero me digno a contestar. Estoy cabreada, muy cabreada, pero aun así, no le niego la palabra. Eso sí, ni emoticonos ni hostias. Me niego. No estoy enamorada de él, aún sigo queriendo con locura a mi fantasma.

A las doce y media, la abuela, que no es muy dada a pedir permiso para entrar en los sitios, abre la puerta de improviso.

—¿No te vas a dormir?

—Ahora —contesto, dejando el móvil encima de la mesita de noche.

Se acerca a mí, me da un beso en la frente y alza la cabeza para mirarme con expresión dulce.

—Aún te miro y es como si viera a mi niña. A esa niña triste.

Contemplo su sonrisa reteniéndola para siempre en mi memoria. Esa sonrisa sincera y bondadosa que entre sus cuantiosas arrugas en su tez blanquecina

todavía aún deja entrever unos hoyuelos que en otros tiempos debieron de volver locos a media Barcelona, y unos ojos de color verde esperanza que hoy son más chiquititos y pasan más desapercibidos que antaño, cuando eran grandes y brillantes.

—Hay cosas que no cambian, abuela.

Sara

Abril, 2015

Vuelvo a casa a las tantas de la noche tras un largo paseo por la zona alta de la ciudad para tratar de despejar la cabeza, cuando la luz plateada de la luna cae sobre los cipreses del jardín que rodea el edificio. Fermín ya no está en la portería; emito un largo suspiro cuando veo una nota en la que me dice que mañana vendrán los servicios de la limpieza para dejar como nuevo el piso de Elisa y Santi. Me siento como si estuviera nadando peligrosamente cerca de un remolino en alta mar. Tengo que vigilar hacia dónde braceo porque si no, el agua se me acabará tragando. Sea como sea, ahora mismo necesito desconectar. Estoy tan cansada que no puedo pensar en brazadas de ningún tipo.

A las dos de la madrugada, hora en la que siempre recibía la visita de Santi, me adentro en el opresivo «Ataúd Blanco». Los monitores me reciben despiertos mostrándome un mundo cada vez más solitario y oscuro. Solo está Gustavo, que parece un alma en pena, mucho más delgado y demacrado que días antes. Me pregunto qué le habrá pasado. Camina por el pasillo, nervioso, con un lápiz detrás de la oreja. Parece preocupado, pero no le doy importancia porque no es la primera vez que lo veo así. Siempre he pensado que los escritores están locos. El propio Gustavo, en una entrevista, confesó que los personajes le hablaban. Seres inexistentes que crea durante unas cuantas páginas de papel, que conversan con él. Seres con los que se siente a gusto, dijo, porque puede hacer con ellos lo que se le antoje sin recibir represalias. Matarlos, por ejemplo, sin terminar en una celda, privado de libertad de por vida. La muerte es un tema que parece obsesionar al escritor.

El piso de Santi y Elisa sigue a oscuras. Mejor, no quiero ver las salpicaduras de sangre en la pared. No quiero recordar lo que hice por mucho que Elisa lo mereciera.

Miro mi teléfono móvil, pero no hay nada. No hay llamadas ni mensajes; es un objeto inútil. Contemplo el número de Santi, el secreto, el que me dejó para

nuestros mensajes en clave y, después de tantas semanas sin saber de él, siento la necesidad imperiosa de decirle algo. Finalmente, mis dedos teclean solos, sin códigos que solo pudiéramos descifrar nosotros, tal y como habíamos quedado. No sé qué decirle, pero pienso que tendría que haberlo hecho antes. No sé cómo recuperarlo. Dicen que el único modo de saber cuánto amas a alguien es perdiendo a esa persona. Y yo, aunque empiezo a desconfiar incluso de él, me he dado cuenta de que, al no tenerlo conmigo, todo se hace más cuesta arriba, aunque una vocecilla interior me repita incansable que me ha traicionado, dejándome completamente sola con este dolor e incertidumbre. Podríamos habernos conocido hace trece años. Podría haber aparecido antes que Marco y todo sería distinto. Y, sin embargo, ahora tengo que conformarme con enviar un mensaje del que puede que jamás obtenga respuesta:

*Soy yo. ¿Dónde estás?
¿Por qué no vienes?*

Sin pensar, pulso la tecla «enviar». Dejo el teléfono móvil a un lado para mantener la cordura que siempre persigo y continúo observando a Gustavo, sentado en el suelo del pasillo con la espalda apoyada en la pared y los brazos aferrados a unas rodillas temblorosas que lo impulsan en un vaivén incontrolado con el que parece estar poseído.

«Este se ha vuelto loco de remate», pienso, desviando la mirada hacia la luz del móvil que acaba de vibrar. La pantalla iluminada me provoca un sobresalto y me veo, sin esperarlo, temblando. Pulso el botón y se me encoge el corazón.

*Ha pasado algo.
No te vayas, por favor.
Volveré a por ti.*

—¿Qué ha pasado, Santi? —le pregunto trastocada con un nudo en la garganta.

Tengo que encontrarlo. Ahora, más que nunca, Santi necesita mi ayuda. Pero luego leo y releo: «Volveré a por ti», y se me pasa el miedo. Pienso en sus besos. En cómo me hacía el amor, lento, dulce y generoso, al contrario que todos aquellos bestias que me penetraban sin tener en cuenta el daño que me hacían o las costillas que podían fracturarme tras echar el polvo de sus vidas con esas barrigas enormes aplastándome contra sus sudorosos y asquerosos cuerpos desnudos.

«No te vayas, por favor».

«No me iré, te lo juro».

Olvido a los bestias. Al diablo disfrazado de personas corrientes y adineradas. Cuántas veces he soñado con llevar un traje de cuero y cubrir mi rostro con una máscara para, poco a poco, ir cargándomelos a todos. Sería una especie de heroína terminando con una lacra social. Cualquiera en mi situación no hubiese podido continuar con su vida después de todas las vejaciones a las que me sometieron durante tantos años hasta que alguien a quien creí enemigo me salvó. ¿Soy muy egocéntrica si pienso que soy digna de estudio? ¿De dónde pude sacar la fortaleza cuando cualquiera en mi lugar estaría encerrado en un manicomio o pudriéndose en un ataúd?

Vuelvo a leer a Santi con la intención de responderle.

Aquí te espero, amor.

Sara

Noviembre, 2004

Miguel y Rosa, nuestros «amigos» del crucero de agosto, eran corderitos indefensos comparados con los hombres que Marco ha traído a casa a lo largo de los últimos meses. No sé cuánto dinero le pagan por mí; por estar conmigo una, dos, hasta cuatro interminables horas y utilizarme como objeto de todas sus fantasías sexuales. Pero va mucho más allá del sexo. Marco me advirtió que si el deseo del *cliente* era darme una paliza, así sería, aunque con una condición: nunca en la cara. La cara es un templo sagrado que nunca se golpea. «También cabe la posibilidad de que quieran mear encima de ti. No, no pongas esa cara de asco. Dejarás que lo hagan. Y si quieren que te comas su mierda, pues te la comes. Y punto. Ya sabes lo que te pasará si desobedeces, ¿verdad, preciosa?», me amenazó riendo. Quise vomitar. También deseé con todas mis fuerzas matarlo, pero me siento demasiado débil y aterrorizada como para intentarlo.

No he llorado tanto en mi vida como ahora. Ni siquiera cuando mi tío se metía conmigo en la cama. Me doy asco a mí misma al pensar que aquella vida era idílica en comparación con esta. Imbécil... nada de esto es normal. Ninguna de estas dos vidas son dignas. Nadie debería hacerle cosas malas a las otras personas; nadie tendría que verse con ese poder. Pero lo tienen y a mí, en esta vida, me ha tocado ser la presa fácil.

No sé en qué momento me he convertido en una prostituta de lujo que aparenta ser la joven *casi esposa* perfecta del poderoso Marco Mendieta. Es listo, siempre va con cuidado. Cuando acudimos a fiestas o a cenas con sus amigos «normales», los que no tienen pensamientos siniestros hacia mí ni quieren violarme en un cuarto oscuro con látigos y demás artilugios sexuales que me hacen daño, todo parece que va bien entre los dos. Que en unos meses seremos marido y mujer le pese a quien le pese. Por ejemplo, a sus padres. Veo cómo me miran y, aunque no posea el don de leer los pensamientos, la expresión de sus rostros, siempre inconformes, con gestos que denotan lo incómodos que se sienten en mi presencia, le vienen a decir a su hijo que solo

estoy con él por su dinero. Si supieran todo lo que me hace... Si supieran qué hay detrás del hombre al que le dieron la vida... Si yo hubiera sabido antes que Julio, el «chófer», es y siempre ha sido en realidad un matón que me vigila las veinticuatro horas del día, no estaría aquí. Hubiera huido. Pero ahora es tarde, ya lo intenté el otro día y casi me matan. En una de esas cenas insostenibles, cuando Marco se despistó un momento, le dejé una nota escondida en la cocina a la anfitriona: «Estoy en peligro», escribí. Pero han pasado tres semanas y no ha debido de saber de quién era, no la ha encontrado o, simplemente, pensó que era una broma. Pedir auxilio es imposible. Marco no se separa de mí y, cuando no está él, es Julio quien me acompaña.

Ya no duermo en el dormitorio de ensueño con vistas al enorme jardín y a la piscina. Ahora tengo que conformarme con un cuartucho sin ventanas en el que no pasa el aire; siempre hace calor, huele a humedad y el colchón, viejo y mullido, me está destrozando la espalda. Tampoco como en el salón, ni siquiera en la cocina. Apenas me dan de comer. Con mi casi metro setenta de estatura debo de pesar unos cuarenta y pocos kilos, puede que menos. Tengo que soportar a todas horas el festival de mi estómago gruñendo por falta de alimento hasta caer desfallecida a causa del hambre y la debilidad. Es como si estuviera drogada, como si mi alma pesara toneladas y me costase un mundo arrastrarla. No puedo dar cuatro pasos seguidos sin apoyarme fatigada en la pared; no sé cuánto tiempo podré aguantar así. Puede que muera antes. Ojalá. Cuando tengo ocasión de mirarme en un espejo, me veo esquelética. Parezco una enferma en sus últimos instantes de vida o una anoréxica. Me pregunto qué ven en mí esos *clientes* horribles de Marco que vienen, casi cada día, a hacerme «cosas». Siempre es uno distinto, rara vez ha repetido alguno, pero, aunque al principio los contaba, ahora he preferido no saber cuántos han estado dentro de mí. Me dan arcadas solo con pensarlo y volver a recordar cada escena que me produce pesadillas por las noches y no me deja dormir.

Curiosa es la alegría que siento cada vez que Marco me dice que vamos a salir a alguna fiesta o cena y que «me porte bien». Antes aborrecía esas cosas y, aunque aún siga sintiéndome incómoda con esos falsos amigos que me miran de soslayo con prepotencia, ahora solo puedo pensar en la comida y en los nutrientes que voy a poder llevarme a la boca. Es lo que me mantiene viva.

Las mujeres de los amigos de Marco, al que siempre han considerado como el «soltero de oro», siguen envidiándome, sobre todo desde que estoy tan flaca.

—¿Cómo lo haces, Sara? Comes dos veces más que mi marido y estás tan

delgada... —se sorprende alguna, que solo se ha llevado a la boca una hoja de lechuga y, estoy segura, en casa es de las que atraca la nevera a mano armada a las dos de la madrugada.

—Recuerda la edad que tiene... —insinúa alguna malintencionada mirándome con desprecio. Ocurre siempre, ya estoy acostumbrada, así que me limito a repetir el discurso ante la atenta mirada de Marco, excusándome con mi buena genética, que por más que coma no engordo y que a mi madre le pasaba lo mismo, aunque ni siquiera lo sé. No sé si mi madre era gorda o delgada; guapa o fea; simpática o no. Ya casi ni recuerdo la sonrisa que mostraba en las pocas fotografías que vi de ella cuando era una niña, de qué color era su pelo, si castaño como el mío, o rubio como el de Rodrigo, o si ambos tenemos los ojos azules por ella.

Marco, desde que llegamos del crucero hace tres meses, no ha vuelto a tocarme. No ha vuelto a darme un beso. Y lo prefiero; lo odio. Lo odio con toda mi alma. No sé cómo he llegado a esta situación cuando todo, absolutamente todo, parecía tan perfecto e idílico. A veces creo que estoy dentro de un mal sueño y que esto no puede estar pasando de verdad. Me maldigo por haber sido tan estúpida y envidio a Elisa por desaparecer a tiempo, por haber corrido mejor suerte que yo. Hay una cosa que me ha quedado clara: yo no soy una chica con suerte y me cabrea haber creído que sí hace no mucho. Nací maldita, viviré maldita y moriré maldita. Está escrito, pero a veces pienso que me gustaría saber dónde, para reescribir mi historia. Cometería menos errores, sabría elegir mejor y dejaría de sentirme como una extraña dentro de mi propio cuerpo.

Marco, a veces, se queda y mira lo que me hacen los hombres que le pagan por violarme. Porque aún sigo pensando que son violaciones, a pesar de no ser capaz de oponer resistencia. No puedo revelarme. No puedo denunciar. Huir es imposible. El hombre al que arañé la cara antes de que me maniatara era peligroso. De no haber sido por el matón de Marco, me hubiera rajado el cuello con una navaja suiza que llevaba en los calzoncillos.

¿Quién, en su sano juicio, lleva una navaja suiza en los calzoncillos?

—Un mafioso —me advirtió Julio, cuando el tipo desapareció, no sin antes haberme hecho lo que le vino en gana. En ese momento creí que podría tener a Julio como aliado, rogarle que me dejase huir y así escapar de toda esta pesadilla—. Yo de ti no lo intentaría, Sara —añadió con voz grave—. La anterior acabó enterrada en un bosque y el guardaespaldas que dejó que huyera calcinado en el interior del coche.

Sus palabras me horrorizaron, pero me prometí no olvidar jamás:
«Calcinado en el interior del coche».

Isabel

Abril, 2015

Se me hace raro estar aquí, sola y sin la presencia de Joel, frente a la fachada de la avenida de Sant Gervasi donde empezó todo. Joel ya habrá dado aviso en comisaría de que el caso de Elisa Solano está cerrado. Que fue un suicidio y no hay nada que demuestre que había otra persona con ella en el momento de su muerte. Que aquí no ha pasado nada y nadie va a luchar por el caso, ni siquiera su padre, el primero que opinó que ella se mató. Es evidente, ¿no? Una mujer rica y depresiva que se pone hasta los topes de calmantes y luego, para no sentir tanto dolor, mete droga en su copa de vino para terminar pegándose un tiro en la sien. «Isabel, no veas fantasmas donde no los hay — me repito entre dientes, cabreada—. Era ambidiestra». ¡No me jodas!

Fermín, el portero, está entretenido detrás del mostrador leyendo la sección de deportes del periódico. Levanta la vista, me ve y me invita a entrar con un gesto amable.

—Inspectora, buenos días. ¿Qué hace aquí?

Respiro aliviada al no tener la necesidad de mostrar la placa que no tengo y que, según creo, ya no me pertenece. No después de seguir con un caso archivado aun sabiendo que podría meterme en problemas.

—Saber cómo va todo, Fermín.

—Se acuerda de mi nombre —se sorprende.

—Me acuerdo del de todos —replico seriamente.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Quisiera saber cómo se encuentra Gustavo de la Cruz —contesto, sin saber si el portero sabe lo del envenenamiento o no—. ¿Sara Mendieta está en casa?

—La jefa —aclara, como si no lo supiera—. Sí, la señora Mendieta está en casa. Últimamente no sale mucho, igual que el señor de la Cruz.

—Fermín, ¿usted vio alguna vez a Santiago López?

—¿Al marido de la señora Elisa? —pregunta, persignándose y mirando al techo.

¿Para qué llevarle la contraria? Todo el mundo se creyó la mentira de Elisa y su *marido* fantasma cuyo nombre aparece en el buzón que el portero tiene detrás, algo que resulta ser, en este instante, lo único palpable y una prueba de que, de alguna forma, Santiago existe.

—Pobre hombre, en la catástrofe del avión ese —se lamenta.

—Gustavo de la Cruz recuerda no haberlo visto nunca. Quiero saber si usted, estando aquí prácticamente todo el día, lo vio alguna vez —insisto.

Es la primera vez que veo a Fermín incómodo e inseguro. La expresión de su rostro, ya de por sí dulce y franca, se me antoja de repente sombría y preocupada. No sabe qué decir. No sabe si debe contarme la verdad o no y me da la sensación de que estoy cerca de algo importante que tiene que ver no solo con el suicidio de Elisa Solano, sino también con este edificio, sus escasos inquilinos y por qué alguien, supuestamente Santiago, fue a visitar a mi abuela con la intención de quitarme de en medio atemorizándome.

—Fermín, ¿vio o no vio alguna vez a Santiago? —me exaspero, apoyando los codos sobre el mostrador.

—Déjeme que le diga que no, inspectora —responde cabizbajo—. No, efectivamente, nunca vi al señor López —repite, esta vez extrañado, como si nunca hubiera reparado en ese detalle.

—Gracias.

Es todo cuanto necesito saber.

Antes de dirigirme al piso de Gustavo, tengo que detenerme por la insistente vibración de mi teléfono móvil. Es Joel y, mientras dudo si cogerlo o no, oigo su voz detrás de mí.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —pregunta, con el móvil en la mano alzada y las cejas arqueadas—. Sabía que vendrías, que no te darías por vencida, cuando ya te dije que estabas fuera de todo esto y que puede ser peligroso.

—Fermín acaba de confesar que tampoco vio a Santiago. Nunca. Pero alguien estuvo en casa de mi abuela, así que ese hombre tiene que existir.

—Hemos cerrado el caso. No puedes volver por aquí.

Mis ojos están a punto de llorar. No quiero, pero es algo que no puedo evitar. Como en el funeral de Leo, cuando las lágrimas corrían por mis mejillas sin que yo pudiera hacer nada a pesar de que siempre, siempre, me ha dado vergüenza llorar en público, mostrarme vulnerable o dejar entrever mis sentimientos. Joel me hace sentir impotente y frustrada con solo una mirada de esas que tiene tan bien estudiadas cuando quiere que obedezcan sus órdenes o

interroga a un culpable. Se muestra frío e incapaz de empatizar.

—No te reconozco. ¡Elisa estaba embarazada, Joel! ¿Eso no te afecta lo más mínimo? —soy capaz de decir, tras unos segundos de silencio—. Hace años, cuando empezamos, habrías seguido hasta el final. Conmigo. ¿Por qué me llamaste, Joel? Me lo he preguntado desde ayer por la noche. ¿Por qué?

—Quería que volvieras a mantenerte ocupada con lo que siempre te ha gustado, con la investigación de un crimen y creía que este caso te interesaría. No me equivocaba. Pero fue un suicidio, no le des más vueltas, por favor. Ya le hemos dicho al padre de Elisa que el caso está cerrado y se ha mostrado de acuerdo. Ha comentado que se alegraba de que al fin nos hayamos dado cuenta de que su hija no estaba bien de la cabeza y ella misma terminó con todo.

—No. Me niego a creerlo y sé que, en el fondo, tú tampoco te lo crees. ¿Quién te ha convencido para cambiar de idea tan de repente, Joel? ¿Quién te ha lavado el cerebro? Algo extraño pasa con Santiago o quienquiera que esté escondido tras ese nombre y lo que no puedo permitir es que se metan en casa de mi abuela.

—No hay caso, Isabel, y a tu abuela no le hicieron nada. Solo fue una especie de advertencia para que te olvidaras de todo esto. ¿Ves? Es lo mejor, olvídalo. De todas maneras, si hubiera algo, no podría mantenerte informada porque es confidencial.

—¡No me jodas! ¡¿Y no te hace pensar esa advertencia que detrás de todo esto hay algo que no encaja?!

—Isabel... —murmura, sin saber muy bien qué decir.

—No, Joel, no. ¿Vas a abandonar ahora que estamos tan cerca, como abandonaste el caso de Leo? ¿El caso de tu amigo? ¡Lo dejaste tirado a la semana! —Perplejo al no esperar que le sacase otra vez el tema de Leo, cuya investigación cerró solo siete días después de su muerte, no encuentra las palabras adecuadas para defenderse—. Si hubiera sido al revés, si el tiro te lo hubiesen pegado a ti, él habría removido cielo y tierra hasta encontrar al culpable. Pero tú no. Tú, al no encontrar huellas en esa puta fábrica ni dar con el arma que lo mató, decidiste que lo más fácil era archivar el caso hasta que el asesino cometiera un error. ¿No es así?

—No, Isabel. No es así. Os metisteis en la boca del lobo, te recuerdo que fue una trampa y que tú... tú...

—Yo no pedí refuerzos. Fui impulsiva y arrastré a Leo hasta una muerte segura. Pero ¿por qué él? ¿Por qué no me mataron a mí? ¿O a ti, que viniste luego?

—Fue mala suerte —dice dolido—. Mala suerte —repite, incapaz de mirarme a los ojos por la vergüenza y la culpabilidad que le estoy haciendo sentir.

—No creo en la suerte. Ni en la mala ni en la buena. Y sabes tan bien como yo que Elisa no se suicidó. Si no lo haces por ella, hazlo por mí —replico histérica, harta de entrar en un bucle sin fin.

—Lo tengo en cuenta; hay dos agentes vigilando el piso de tu abuela sin que ella se entere para que no se asuste.

—¿Y crees que voy a estar más tranquila al saber que un par de agentes van a estar cuatro horitas al día frente a su piso? Venga, por favor.

—Confía en mí.

—No confío en nadie.

Me agarra del brazo, me zafo de él y doy media vuelta hacia el exterior. Antes de irme, veo cómo se detiene a hablar con Fermín y que este me mira de reojo enterándose, seguramente, de que no estoy en activo y no tengo derecho a volver a entrar en la propiedad para llevar la investigación por mi cuenta.

Joel sale. Me duele su apatía hacia mí, como si nunca hubiéramos sido amigos, como si nunca hubiera sentido algo por mí. Se aleja calle abajo con el coche mientras yo, que he hecho como que sigo andando, vuelvo a entrar en el edificio y, sin que Fermín me detenga, subo con seguridad las escaleras en dirección al piso de Gustavo de la Cruz. Por puro masoquismo, quizá; por necesitar que, una vez más, me repita que Santiago López es el hombre invisible al que nadie ha visto en la comunidad y que fue a ver a mi abuela haciéndose pasar por un inspector que se ha dado por vencido en un caso que pienso resolver tarde o temprano. Al fin y al cabo, es lo único que me queda. Es lo que creo que él quiere que haga.

Sara

Mayo, 2005

Junto a Marco, ensayo una y otra vez frente al espejo la mirada que quiere que le dirija cuando vaya caminando hacia el altar y él, como el mejor actor de todos los tiempos, me espere con su siempre carismática y falsa sonrisa.

—Como si fuera el único hombre al que has amado, Sara. Con orgullo por estar conmigo y devoción.

Me maneja con suavidad. Como un pianista que acaricia las teclas de un piano con cuidado; como la madre agotada que posa las yemas de sus dedos por primera vez en el delicado rostro de su hijo recién nacido; como el niño que, por miedo a asfixiarlo o a hacerle daño, agarra a su hámster con dulzura.

Lo miro de reojo y se me nota el asco que le tengo. Las ganas de vomitar que me produce su presencia al verlo, como hizo ayer, sentado frente a la cama observando cómo un viejo gordo cumplía todos sus deseos sexuales conmigo a cambio de una fortuna.

—Sé que me odias —comenta pensativo—. Pero así es la vida, pequeña. Me deseaste y quisiste estar conmigo; no te obligué a nada. Tuviste algo más de un año inmejorable, jamás hubieras soñado con una vida así. Pocas pueden decirlo, Sara. Eres la elegida.

Aún no sé qué es lo que significa ser «la elegida». Y con esta, ya van dieciséis las veces en las que me lo ha recordado, como si tuviera que alegrarme o sentirme agradecida por ello.

—¡Me tienes como una esclava! —le grito, señalando el saco de huesos en el que me estoy convirtiendo.

—¡Oh, venga ya! Todos las prefieren delgadas, es lo que se lleva. Si estuviéramos a principios del siglo pasado te cebaría como a un cerdo. Pero ahora, todos las desean secas como un palo y que aparenten menos edad. No soy yo el que impone las modas —explica, sarcástico e hiriente—. Venga, dejémonos de chácharas. —Coloca su mano en mi espalda, esta vez sin ningún tipo de delicadeza, y me obliga a mirar de nuevo mi reflejo. Me doy pena—. Mírame como solías hacerlo antes. Como una estúpida enamorada.

No tengo fuerzas. Y entonces, algo mágico sucede. Puede que no sea nada extraordinario a los ojos de los demás, pero sí lo es para mí, aunque acabe de perder un poco de la cordura que me queda. Me miro en el espejo y, mientras ensayo esa mirada de estúpida enamorada tal y como me ha ordenado, me ausento de mí misma. Estoy aquí, a su lado, pero solo está mi cuerpo porque incluso mi mente ha volado lejos, a un mundo imaginario en el que nada ni nadie puede tocarme ni hacerme daño. Ahí estoy yo en estado puro siendo lo que siempre he querido ser: libre. Nadie me controla; ya nadie me obliga a nada.

Mis ojos miran con falso amor a un espejo mientras mi estómago revuelto se encoge produciéndome arcadas y entonces, inconscientemente, vuelvo de nuevo a mi cuerpo y le vomito en la cara. Qué estupidez. Qué maldita estupidez.

Marco, asqueado, empieza a gritarme y, aún con mi vómito en la cara goteando en su camisa negra Ralph Lauren, me zarandea y me propina un puñetazo en el estómago.

Acabo tendida en el suelo murmurando:

—Lo lamentarás. Te juro que, algún día, lo lamentarás.

Tengo veintiún años y siento que mi vida termina aquí. Estoy débil. La carencia de alimento y el maltrato al que me veo sometida a diario no solo están deteriorando mi cuerpo, sino también mi cabeza. Sufro delirios a menudo y tengo lagunas mentales; a veces, los lienzos del recuerdo vuelven para recordarme mi apellido, el que traté de evitar hasta convertirlo en invisible y que ahora ya no siento que me pertenezca. Mendieta. Voy a ser la señora Mendieta en unos minutos y nadie me va a salvar de esta desgracia que, para otras, que no conocen la verdadera cara del engatusador que me espera en el altar, sonriente y con una estúpida mirada de enamorado, debe de ser algo parecido a rozar el cielo con las manos.

Esos hombres que vienen a hacerme daño me convierten en un ser despreciable e incorpóreo y ahora, sin embargo, soy el centro de atención en una iglesia abarrotada de rostros que no conozco y que se me antojan difusos, dirigiéndome hasta el altar del brazo de un hombre que dice ser amigo de Marco pero que, aunque sea la primera vez que lo vea, sé que es un matón. Lo sé porque tiene el mismo aspecto que el otro, el que me vigila las veinticuatro horas del día y que, curiosamente, es la persona a la que busco entre la multitud pero que no encuentro. Se me escapa una risita nerviosa. Espero que

se den cuenta de mi tristeza y desesperación, esos sentimientos oscuros que el maquillaje no consigue camuflar. Que, aunque no se enteren de la misa la mitad, sí sean conscientes de que Marco no me trata bien, aunque él es más listo que todos ellos y seguro que ya les ha dicho que, de los nervios, me he pasado la noche llorando.

Camino, pero siento mis pies flotando en el aire, como si estuviera muerta. Pienso en algo agradable como, por ejemplo, en toda la comida que me espera hoy en el banquete. En la tarta nupcial. Se me hace la boca agua; deseo con todas mis fuerzas comer. Las mujeres de los amigos de Marco a las que sí conozco y que veo ahora al inicio de la hilera de los bancos, erguidas y peripuestas, me preguntarán si seleccioné las flores; si disfruté degustando los manjares para elegir el menú o si la decoración de la iglesia, repleta de pétalos blancos y rojos, ha sido idea mía. Y diré a todo que sí tal y como estableció Marco. «Con la ayuda de la *wedding planner*, debes decir. Eso siempre queda más *cool*», me advirtió que añadiera.

Gritaría. Me pondría a gritar y les diría a las más de quinientas personas que abarrotan la iglesia que Marco me obliga a prostituirme. Que me tiene como esclava y que mis intentos por huir han sido en balde. Que me maltrata, que es malo; un ser despreciable que merece pudrirse en el infierno. Me tiraría al suelo, patalearía, lloraría y seguiría gritando hasta perder la razón y que alguien me creyese o, lo más seguro, me enviase directa al manicomio como lo estuvo tantos años mi padre, que ojalá esté ardiendo entre las llamas del infierno.

—Como hagas cualquier tontería te mato. ¿Me oyes? Te mato —me ha amenazado Marco.

Y, por un momento, pensé que la muerte sería un dulce regalo de nupcias.

¿Por qué yo? Si ha tenido a otras chicas jóvenes, indefensas y manipulables, ¿por qué yo? Soy la elegida. La elegida para convertirme en la primera señora Mendieta de Marco. Observo la mirada de mis suegros, que no se han dignado a levantarse mientras cruzo el pasillo al compás de la marcha nupcial. Ellos, al mirarme, también deben de preguntarse por qué yo. Sus miradas de desdén, como diciéndome que no a todo, me satisfacen. Ahora quiero que me odien con todas sus fuerzas. Es bien sabido que el odio impulsa el sufrimiento y lo que más deseo en este mundo es que sufran. Que sufran todos tanto como yo.

El matón número dos me deja plantada frente al que en unos minutos se convertirá en mi marido. La música deja de sonar y los invitados se sientan entre murmullos. Me despista el crujir de los bancos de madera y el eco de

esta estancia de piedra con el mártir de Jesús crucificado en el centro, detrás del párroco. Imagino que las lágrimas que brotan de los ojos de la escultura no son más que fruto de mi imaginación.

El párroco empieza a hablar cuando todo se queda en silencio, pero no escucho sus palabras. De nuevo, como hace unas horas frente al espejo, decido abandonar mi cuerpo y que se mueva automáticamente como ordene él. Mi mente se nubla, mis ojos miran pero no ven; hay voces que me preguntan cómo pude dejarme engañar por las apariencias cuando bien es sabido que quien más perfecto parece, más cosas tiene que ocultar.

Han pasado veinte minutos, pero a mí, ajena a toda esta pantomima, me han parecido segundos. Ha llegado el momento en el que nos declaran marido y mujer. ¿Cuándo he dicho «sí»? Ni siquiera me he dado cuenta.

—¡Puedes besar a la novia! —exclama el párroco, al que apenas se le oye por los silbidos y aplausos de un público sobreexcitado ante lo que han dicho que es «la boda del año».

Y yo, que quería salir corriendo, beso a mi marido en los labios. Los tiene reseco; le mordería hasta hacerlo sangrar y chillar de dolor. Miro sus ojos verdes, fríos como el hielo, engreídos y odiosos, que me conquistaron hace más de tres años. Cómo ha pasado el tiempo; cómo ha cambiado la historia. En qué me he convertido yo y qué clase de animal es él jugando a ser un corderito afortunado entre la multitud.

—Lo has hecho muy bien —me susurra al oído—. Sonríe. Que te vean feliz.

Y yo sonrío. Y miento. Y me muestro feliz hasta que la veo. Un rostro del pasado entre tanta gente que me mira fijamente con la cabeza ladeada sin ningún tipo de expresión. Parece estar tan ida como yo; mi mente, que jamás la ha olvidado, recuerda su nombre: Elisa. Se llamaba Elisa y un día, de la noche a la mañana, desapareció.

Isabel

Abril, 2015

Me ha costado reconocer a Gustavo de la Cruz en el hombre flaco, ojeroso y sin estilo que me ha abierto la puerta. En pocas semanas, desde la última vez que lo vi cayendo redondo al suelo en el Boca Chica, parece haber envejecido diez años de golpe. Descalzo y vestido con un chándal, ni siquiera me ha saludado. Se ha limitado a pedirme, con aspavientos, que entre rápidamente en su casa, señalando el sofá y mirando detrás de mí. Ha asomado la cabeza por la puerta para asegurarse de que nadie me ha visto entrar.

—¿Qué pasa, Gustavo? —le pregunto.

Se da la vuelta, cierra la puerta casi sin hacer ruido y se acomoda en el sofá, al mismo tiempo que coge un periódico.

—Me observan —murmura sin mirarme, haciendo ver que me ignora—. Ahora mismo nos están observando —continúa diciendo, asustado, un rasgo impropio de él, que me hiela la sangre.

—Gustavo, creo que te estás obsesionando con algo que no es real. —Niega con la cabeza mirándome por encima del periódico—. ¿Quién te observa? —pregunto entonces, sin creerme con el derecho de decirle que lo que imagina no existe, cuando yo soy la primera en imaginar cientos de posibilidades que quizá sean irreales.

—El asesino de Elisa —responde con calma.

—Y es...

—El fantasma.

—¿Quién es el fantasma?

—El vecino que nadie ha visto. Que nadie ha podido ver.

—Hablas de Santiago López.

Esta vez asiente, centrado en el periódico en cuya portada sigue presente el accidente aéreo de Germanwings.

—¿Es Santiago la persona que te observa? —repito.

—No lo sé —contesta con un hilo de voz que me sobrecoge.

—No estaba en ese avión —afirmo, creyéndolo y señalando el periódico.

—Claro que no.

—Han cerrado el caso, no tienen nada —le informo—. No hay motivos ni pistas para creer que la muerte de Elisa fuera un asesinato.

—¿No tienen nada? ¿Por qué no te incluyes?

Es la sombra de lo que era hace solo unas semanas, pero sigue fijándose en cada detalle. Es astuto y me mira fijamente para presionarme y así obtener una respuesta sincera por mi parte.

—Elisa se suicidó. Eso es en lo que se ha quedado todo, aunque yo sigo creyendo que no. Me obsesiona la idea de que tú no hubieras visto nunca a Santiago, que sabes tan bien como yo que no era su marido. —Me da la razón entornando los ojos y asintiendo brevemente—. Ni tú ni nadie de este edificio lo ha visto. Ni siquiera encontraron más huellas que las de Elisa en su casa.

—No te he preguntado eso, Isabel —replica seriamente. Es imposible que sea el mismo que coqueteaba indecentemente conmigo y gastaba bromas creyéndose superior al mundo. Es imposible que se haya convertido en lo que tengo delante en tan poco tiempo.

—Soy policía, pero estoy de baja desde hace siete meses —confieso—. Me metí en esto por el inspector Sanz. Él ha abandonado, pero yo no pienso rendirme tan fácilmente porque Santiago, o quien sea, fue a casa de mi abuela haciéndose pasar por... por otra persona.

«No te lo voy a contar todo», pienso, tragando saliva.

—Te vigilan también, Isabel —me advierte con la voz ronca.

Siento escalofríos por todo mi cuerpo; necesito respuestas inmediatas y ni siquiera tengo preguntas que formular. Si se tomaron la molestia de ir a casa de mi abuela con la amenaza encubierta de que si seguía investigando correría peligro, es que les debe de preocupar que insista.

—Gustavo, si estás en peligro y crees que te observan, ¿por qué no te vas? Tienes dinero de sobra para huir del país, para...

—Ni hablar —me interrumpe, volviendo a mostrar un atisbo de lo que fue hace solo unas semanas—. No pienso perder la experiencia de vivir en primera persona la historia que puede darme la fama mundial.

—¿A qué te refieres?

—A mi próxima novela. A mi próximo *best-seller*. Me estoy haciendo el loco —dice, mirando a su alrededor— para que me dejen tranquilo. Para despistarlos. Quienquiera que me esté vigilando, debe de pensar que me he vuelto loco de atar. Mientras tanto, escribo sobre todo esto. Sobre lo que veo y lo que oigo. La obra maestra ya está en marcha; era lo que necesitaba para

resurgir de mis cenizas y volver a tener una historia que contar.

—¿Qué ves?

—Veo cámaras por todas partes —responde, invadiendo mi espacio personal—. Si no te fijas bien, son imperceptibles, pero están colocadas en cada rincón de la casa.

—Gustavo, por favor. Ten cuidado. Te voy a dejar mi número de teléfono por si necesitas ayuda.

—No estoy para citas, inspectora —ríe, volviendo a centrar la mirada en el periódico y alejándose de mí.

Me levanto y, como si estuviera en mi propia casa, me permito la libertad de ir hasta la estantería en busca de un papel y un lápiz para apuntar mi número de teléfono.

Cuando me voy y Gustavo cierra la puerta con la misma rapidez con la que la ha abierto minutos antes, me quedo mirándola y, con un súbito presentimiento, me pregunto: «¿Qué es capaz de hacer un ambicioso escritor de novela negra para encontrar la inspiración?».

Sara

Abril, 2015

He hablado con Fermín y, con la total confianza que le tengo, le he dicho que se encargue de que me cambien la cerradura de la puerta y que, en cualquier caso, solo él podrá tener una copia de la llave por si ocurriese algo. Si tengo que esconderme aquí para esperar a Santi, lo mejor será que, primero, mire por mi seguridad.

—Por favor, Fermín, discreción.

—Por supuesto, señora Mendieta. ¿Algo más?

—¿Tiene información sobre el caso de la señora Solano? —aprovecho para preguntarle, fingiendo dolor, por si la policía le ha contado algo que yo no sepa. La televisión ya no habla de ella; sí del accidente del Germanwings, casi todos los días, pero tampoco de Santiago, claro. Él no iba en ese avión y puede, para nuestra desgracia, que ya lo hayan averiguado. No lo sé. Sin embargo, era un nombre más en una lista, así que no me preocupa en exceso.

—El caso está cerrado —confirma. Y yo tengo que hacer un esfuerzo enorme para no empezar a dar saltos de felicidad—. Fue un suicidio, según me ha informado la señora inspectora que... bueno, verás, debo decírselo.

—¿El qué? —Me puede la curiosidad.

—Que resulta que la mujer inspectora que acompañaba al inspector no es inspectora.

—Ajá...

—Está de baja y el otro policía me ha dicho que no le permita entrar en el edificio. Pero ha vuelto y está en el piso del señor Gustavo en estos momentos. Lo siento, no me he visto capaz de retenerla. Para la próxima vez prometo que no la dejaré entrar.

—Será mejor que le haga caso al que sí es inspector —le ordeno con autoridad— y no le permita el paso a esa embustera. Sobre el piso de los señores Solano, ¿ya está todo limpio?

—Sí, han venido temprano esta mañana y siguen trabajando. ¿Algo más, señora Mendieta?

«Que ahora mismo hasta te besaría en los morros de lo feliz que me siento, Fermín».

—La vidente que me recomendó... —empiezo a decir con aspereza.

—Lucrecia Maldonado —me recuerda él—. ¿Hay algún problema?

—¿Habló con la madre difunta de su mujer? Me refiero a que si su mujer le mencionó que la vidente vio su espíritu o algo parecido...

—Mi mujer no quiso decirme nada sobre el tema. —Se encoge de hombros y suspira—. Solo sé que ir a ver a la vidente la alivió y dejó de llorar por las noches; empezó a salir, volvió a los bailes de los viernes con sus amigas y al cine los miércoles, el día del espectador. También...

—Vale, vale. —No me apetece escuchar la rutina de la señora de Fermín—. Iré a verla hoy.

—¿No ha ido aún? —pregunta extrañado.

Ladeo la cabeza y sonrío amargamente recordando a Lucrecia. No pienso decirle que la vi y que me pone los pelos de punta. Que si por mí fuera, la mandaría al otro mundo por escoria y farsante.

—En cuanto llegue tendrá la cerradura cambiada. Los del servicio de limpieza me han comentado que necesitarán un segundo día para dejar el piso de la señora Solano como nuevo, así que también vendrán mañana a primera hora.

—Está bien. Hasta luego, Fermín.

Cojo las llaves del bolso y abro la puerta de metal que conduce al aparcamiento donde tengo mi Audi. Es el momento de volver a visitar a la bruja, a ver si tiene algo más que decirme. Si sigue viendo a Marco a mi lado izquierdo y este me llama Mermelada, como cuando me engatusó para utilizarme en su extraña y patética red de prostitución y así ganarse un suculento sobresueldo por vicio, maldad, avaricia o vete a saber, porque, por necesidad, desde luego, no parecía ser. También quiero que me advierta del peligro al que me enfrento y que siento que me acecha a cada rato. Si es cuestión de dinero, le pagaré lo que haga falta. Me arrodillaré y le suplicaré. Aunque el recuerdo de lo que hice disipa mis dudas, necesito que afirme que Elisa está muerta, porque aún me parece estar viéndola en la calle, por todas partes, cual castigo por haberla matado, situada tras los árboles, mirando hacia mi ventana, amenazándome y enviándome señales. Pero, por encima de todo, necesito saber que Santi está bien, buscando la manera de volver a mí.

¿Tendrá la bruja todas las respuestas?

En cuanto me sitúo frente al volante, suelto una risa histérica al verme

creyendo en las posibles sartas de mentiras que puede soltarme la falsa bruja. ¿Quién, en su sano juicio, puede ver a los muertos?

Son las cuatro de la tarde cuando me planto frente a la portería número cinco del pasaje dels Escudellers y empiezo a subir las escaleras sin recordar qué piso era, pero fijándome en las placas de los pocos negocios que hay en el viejo edificio. Cuarto piso, ahí está. La placa me recibe esta vez antipática porque soy consciente de lo que hay dentro. Sin poder evitar una mueca de asco, toco el timbre. Me vuelve a abrir la joven desgarbada que recordaba, pero en esta ocasión con unas gafas de pasta de color verde fosforito. Me intriga, de veras me intriga su pasión por querer destacar a través del color chirriante de la montura de unas gafas. Me recuerda a mi vecino Gustavo de la Cruz. Harían buena pareja.

—Su nombre, por favor.

Sufro una especie de *déjà vu* debido al guion aprendido de memoria de esta señorita.

—Sara Mendieta.

—No está en la lista —replica automáticamente como si fuera un robot.

—Me la suda no estar en tu puta lista.

¿Cuánto pesará? ¿Cincuenta kilos? Empujo con fuerza la puerta entreabierta y, sin permitirme ni un solo titubeo, entro en el interior de la sala donde espera una mujer encogida y tan ida que ni siquiera me mira. No quiero montar un escándalo, pero estoy tan nerviosa que, cuando la recepcionista me coge del brazo para sacarme fuera, le propino tal golpe en la cara que la dejo tumbada en el suelo.

—¡No te atrevas a tocarme! —le grito.

La señora sentada sigue sin mirarme, su respiración agitada provoca un movimiento exagerado en su prominente barriga que me crispa los nervios. No me hace falta apartar la cortina roja para cruzar el pasillo y abrir la puerta en la que se encuentra la bruja porque, enseguida, con una expresión contrariada, viene a ver qué pasa.

—Tú —me señala con fingida condescendencia.

—¿Qué ves? —le pregunto acercándome a ella—. Dime, ¿qué ves?

El enfado pasa a la desesperación en cuestión de segundos.

—No veo más que muerte a tu alrededor, ya te lo dije.

—Y a mi lado izquierdo...

—No. Hoy no está. Deben de estar reclamándolo en otro lugar —suelta, así

de repente, con una sonrisa estúpida.

—¿Y Santi? ¿Y Elisa? ¿Quién me está dejando notas? ¡Tú lo sabes! Tú lo debes de saber, eres vidente, ¿no? Eso pone en tu placa.

De pronto me siento ridícula por creer y poner todas mis esperanzas en la mujer que tengo delante.

—Ten cuidado, Sara. Y no confíes en nadie, tampoco en mí. Ni siquiera en ti —me susurra al oído, provocándome un escalofrío.

Me da la espalda y, cuando está a punto de cruzar la cortina que la llevará a alejarse por el pasillo y a encerrarse de nuevo en su santuario, la cojo por los pelos de estropajo y la vuelvo a acercar a mí.

—¿Qué haces?! —pregunta chillando.

—Eres una puta estafadora. No tienes idea de nada, ¿verdad? ¿Quién te dijo cómo me llamaba mi marido? ¿Quién te dijo lo de Mermelada? ¿Quién te ha pagado para asustarme con todas estas idioteces?

Tengo que hacer un esfuerzo enorme para no llorar.

—¡Él! Me lo dijo él, estaba ahí, a tu lado, me lo dijo...

—¡Y una mierda! Tú no puedes ver a los muertos. Los muertos duermen, no hablan con locas como tú.

La dejo ir y la bruja, aún con el susto en el cuerpo por lo imprevisible de mi ataque, me mira con el ceño fruncido achinando los ojos. De nuevo se acerca a mi oreja; no me aparto. Que haga lo que quiera, como si me quiere romper la nariz. Después de todo, estaría en su derecho.

—Te espero a las dos de la madrugada en el aparcamiento de la calle de la Ermita de Bellvitge —me susurra—. Te voy a decir quién está detrás de todo esto si me traes diez mil euros.

Se me eriza la piel del cuello, asiento dejándome llevar por el chantaje y salgo por la puerta dispuesta a realizar el trámite y retirar diez mil euros de la cuenta. Tengo ganas de que pasen las horas y llegue el momento en el que la bruja me ha citado para revelarme, como ya sabía, que hay alguien detrás de esas notas que seguí recibiendo pese a haberme deshecho de Elisa. Que me confiese algo que desconozco, he pasado por alto o no he sabido ver, demostrándome que los poderes sobrenaturales no existen, pero que el dinero y el poder siguen comprando a las personas. Quién me vigila. Quién quiere volverme loca y acabar conmigo. Quiero que me hable del lío en el que me he metido sin saberlo, pero, sobre todo, quiero saber si él volverá a por mí.

«La esperanza es lo último que se pierde. Cordura —me digo—, cordura».

Sara

Mayo, 2005

Elisa está mucho más delgada desde la última vez que la vi. Me mira enarcando las cejas como preguntándome qué pasa. Demacrada y con el pelo corto, reconozco en su rostro la misma pena que debe de mostrar el mío. La diferencia es que ella querría estar en mi lugar y yo, que sé muchas más cosas ahora que hace tres años, quisiera estar en el suyo y haber desaparecido cuando aún estaba a tiempo. Es una tontería, pero calculo la edad que debe de tener ahora. Veinticinco, pienso. Cuatro años más que yo.

—Cambia la cara, joder —musita Marco, que sigue empeñado en aparentar la perfección que siempre me ha exigido en nuestras cenas y fiestas con *sus* amigos.

Asiento lentamente sin perder de vista a Elisa, a la que distingo con facilidad de los demás por su ropa. No lleva un vestido elegante; tampoco tacones o una pamelita que ocupe gran parte de su cabeza. Unos tejanos rotos y una camiseta gris de manga corta dejan entrever una dejadez absoluta, a pesar de estar en medio de una boda por todo lo alto a la que no ha sido invitada. La veo mover un pie en cuanto Marco y yo, cogidos de la mano, nos apresuramos en desandar el pasillo hasta la puerta de salida, ya como marido y mujer, esperando que caiga sobre nuestras cabezas el arroz o los pétalos de rosa o yo que sé qué demonios nos quieren lanzar encima. Los invitados sonrían, aplauden y gritan: «¡Vivan los novios!», mientras Elisa, que parece invisible entre la multitud, se aleja y sale corriendo hacia el exterior.

—Que sonrías, hostias —insiste Marco, vitoreado por más de uno que exclama: «¡Ya era hora de pasar por el altar, Marco!».

Yo, desconcertada, trato de olvidar el rostro ojeroso de la que fue mi compañera en la recepción y me centro en lo que debo hacer: actuar para los invitados a los que no les importa una mierda que Marco sea la maldad personificada que va a seguir haciendo de mi vida un infierno al que parece, sin embargo, que mi delicado cuerpo y mi mente enferma se han acostumbrado.

Sara

Abril, 2015

Las últimas noches han sido calurosas; esta se presenta fría. Al bajar la ventanilla del coche, un aire frío golpea mi cara, pero estoy fumando como si no hubiera un mañana y no quiero convertir el Audi en un submarino asqueroso.

La voz robótica del GPS me indica el camino que debo recorrer a lo largo de los casi nueve kilómetros que separan la zona alta de la ciudad de Bellvitge. Es la una y veinte de la madrugada y, debido al poco tráfico nocturno que hay en Barcelona, seguramente llegaré antes de las dos, pero la curiosidad y las ansias por reunirme con la vidente me pueden. No dejo de preguntarme qué es lo que querrá decirme. Qué me ha ocultado y si los diez mil euros que llevo en una maleta bien valdrán la verdad que tenga que contarme.

Tras abandonar la calle de Sabino Arana, atravieso a toda velocidad la Gran Vía de Carles III, saltándome un par de semáforos e insultando a un taxista que casi choca conmigo por la izquierda. Sigo bajando hasta encontrarme con la glorieta de la plaza d'Ildefons Cerdà, miro con disgusto a mi alrededor por si viene algún otro loco como yo y giro a la derecha por Gran Vía hasta que Marta, la voz del GPS, me indica que coja la salida hacia Ciudad Sanitaria y yo, obediente, así lo hago para, a los pocos minutos, aparcar el coche en un hueco que veo en la calle de la Ermita de Bellvitge, donde he quedado con Lucrecia. Falta media hora todavía, así que me quedo en el interior del coche fumando y observando todo cuanto hay a mi alrededor.

¿Vivirá Lucrecia en alguno de los pisos del edificio que tengo enfrente? ¿No gana lo suficiente con sus visiones o estafas como para permitirse algo mejor? Recuerdo que yo, antes de conocer a Marco, era una desgraciada que vivía en un bloque así, en Can Boixeres, Cornellà. Luego continué siendo una desgraciada rodeada de lujos que dormía en un cuartucho más pequeño que un armario. Ahora no me imagino viviendo en otro lugar que no sea en el piso de la gran casa de Sant Gervasi, ese lugar espacioso y cómodo en el que derramé

tantas lágrimas y recibí tantos golpes cuando Marco vivía. Nunca creí que podría sentirme tan arraigada al lugar que tanto odié.

El reloj del coche marca las dos menos cuarto y la temperatura es de once grados. Enciendo la radio y, como si de una costumbre se tratara, cambio de frecuencia hasta dar con lo que, sin esperarlo, quiero. Una canción. Nuestra canción. «*Someone Like You*», de Adele. Se me pone la piel de gallina y los ojos se me inundan de lágrimas que me obligo a retirar como si nunca hubiesen estado ahí, mientras canto bajito el estribillo de la canción. Recuerdo a Santi cantándomela al oído. Riendo mientras me colmaba de besos, llevándome en brazos al dormitorio para hacerme el amor. La canturreaba todo el rato; susurraba con calma, mientras con la yema de sus dedos recorría mi cuerpo:

«No me olvides, te lo suplico. A veces permanece el amor, pero otras, en cambio, duele».

—Joder, si duele —digo en voz alta, encendiendo otro cigarro.

Faltan diez minutos. Extraigo las llaves del contacto, abro la puerta y, con el cigarro en la boca, me coloco la capucha para que nadie me reconozca. Está oscuro y ni una sola alma parece estar presente, pero nunca se sabe. La zona apenas está iluminada por un par de farolas en la acera que hay enfrente del aparcamiento exterior en el que me encuentro. Todo lo demás son bloques altos y calles desiertas.

Apoyada en el coche, miro el reloj. Aplasto el cigarro, enciendo otro, y así una y otra vez. Son las dos y diez de la madrugada, estoy perdiendo la paciencia y la puta bruja no aparece.

En el momento en el que creo que esta *cita* no ha sido más que una broma o una excusa para que me fuera de su gabinete del centro y así evitar problemas, oigo un grito procedente del bloque de pisos de enfrente. Todas las luces del edificio están apagadas, por lo que la visibilidad es nula a pesar de mis esfuerzos por querer ver, por necesitar saber. Las farolas no alumbran lo suficiente como para saber qué sucede en el interior de alguna de esas viviendas. Achino los ojos fijando la vista en el punto en el que me ha parecido oír la voz de una mujer. Como si el tiempo se ralentizase y nada de lo que estuviese sucediendo fuera real, veo cómo un cuerpo, que identifico inmediatamente como el de Lucrecia, cae desde un décimo piso hasta estamparse violentamente contra el asfalto. El cigarrillo se me escurre de entre los dedos, dirijo una mano temblorosa a mi boca para impedir el grito que mis cuerdas vocales no quieren detener, y el frío se mete directamente en mis ojos, enrojeciéndolos al estar excesivamente abiertos. En la negrura de la calle

vislumbro, gracias a la tenue luz, un brillo procedente de toda la sangre que mana de la cabeza de la vidente, que yace inerte en el asfalto con los ojos abiertos. Mira hacia mí. Al levantar la vista, veo una silueta apoyada en el balcón que observa en dirección a la muerta. Escondiéndome tras mi coche, trato de averiguar de quién se trata con toda la frialdad y serenidad de la que soy capaz. Por si lo conozco. No hay manera, es solo una silueta oscura en lo alto de un balcón a una distancia complicada como para reconocerlo. Pero se trata de un hombre por la anchura de su espalda. Hago un esfuerzo sobrehumano por fijarme en cada detalle antes de que vuelva al interior del piso y, entonces, el frío de la noche juega a mi favor cuando me percató de que la sombra lleva puesta una gabardina que ondea al viento y que sé, aunque ahora no la vea, que es de color marrón. Reconozco la estatura y la complexión aunque su rostro quede completamente oculto en la penumbra de la noche. La respuesta a mi propia pregunta está clara: es Santi. Santi ha matado a la bruja. No sé si me está mirando a mí, pero le sonrío. «¿Por qué lo has hecho?», querría preguntarle. «No era trigo limpio», me diría. «Lo sé, mi amor. No era trigo limpio», murmuro yo. Más calmada, le daría las gracias porque siento que me ha salvado la vida. Que esta mujer, en la soledad de esta calle, en vez de ayudarme o darme una respuesta, a lo mejor tenía intenciones más macabras como la de hacerme desaparecer, enviada por quien decía que estaba detrás de todo. Era una trampa; Santi se ha adelantado para salvarme. Querría subir y verlo. Abrazarlo, besarlo... Me muero de ganas por volver a estar con él. Creo en las señales, haber escuchado la canción de Adele momentos antes ha sido una de ellas. Santi vendrá a por mí. Solo debo tener paciencia, pero como esa no es una virtud de la que yo pueda presumir, me apresuro en dar un paso hacia delante.

«Quiero que me veas. Quiero que sepas que estoy aquí, abajo, contigo. Que soy cómplice, como lo hemos sido siempre. Yo te acompaño. Vámonos de aquí, voy arrancando el coche».

—Mírame —murmuro—. Mírame.

Paulo Coelho, en *El alquimista*, decía que cuando una persona desea realmente algo, el universo entero conspira para que pueda realizar su sueño. No sé si es un sueño o el universo se ha puesto a trabajar bajo mis órdenes, pero Santi, por fin, levanta una mano de la barandilla y su cara, que recuerdo muy bien pero que para mí ahora es solo una sombra negra, deja de lado a la muerta para mirarme a mí. No puedo ver sus ojos claros llenos de luz, pero sí siento que me observan. Que sigo siendo, como desde el primer momento en el

que nos conocimos, el centro de su mundo.

—Eso es. Me has visto, cariño. Eso es.

Santi se da la vuelta volviendo al interior del piso y, en el momento en el que avanzo un paso con la intención de ir al portal para recibirlo en cuanto baje, una mano me detiene y me asusta, cogiéndome con fuerza el hombro.

—¿Qué estás haciendo, Sara? Métete inmediatamente en el coche y vámonos de aquí.

Isabel

El impacto ha sido brutal. Si no hubiera visto todas las cosas que he visto en mi vida, me habría afectado y, como todo hijo de vecino, lo más habitual hubiera sido entrar en estado *shock*. Pero todo lo vivido ha hecho de mí una persona a la que es muy difícil sorprender. Qué pena sentir que una está de vuelta de todo.

A las diez de la noche he cogido el coche de Leo, el que tenía en el *parking* acumulando polvo y que no me he atrevido a conducir hasta hoy. Se me ha ocurrido ir a Sant Gervasi y esperar, sin perder de vista cualquier movimiento extraño en el edificio en el que murió Elisa Solano, tras el inusual comportamiento de Gustavo de la Cruz y su obsesión con que nos vigilan. Cuando a la una y diez de la madrugada estaba a punto de irme, he visto un Audi oscuro salir del *parking*. De inmediato he supuesto que se trataba de Sara Mendieta, así que la he seguido hasta Bellvitge saltándome, muy a mi pesar, semáforos en rojo para no perderla de vista. Desubicada al principio, he aparcado cinco minutos más tarde que ella en uno de los pocos sitios libres que quedaban y lo suficientemente alejada como para que no se diera cuenta de mi presencia. Sara ha seguido en el interior de su coche un buen rato hasta que, al cabo de unos minutos, ha salido mirando a su alrededor con un cigarrillo casi consumido pegado en los labios. La oscuridad me ha ayudado a pasar desapercibida hasta que, inesperadamente, una mujer ha caído de un balcón como si se tratase de un ángel. Un ángel muerto cuyo cráneo ha hecho «crack» y ha dejado en el asfalto un buen charco de sangre reluciente a la luz de la luna. A pesar del estruendo que el cuerpo ha provocado al estamparse contra la acera, nadie ha encendido la luz. Suele suceder en la ciudad. Si nuestra conciencia nos lo permite, dormimos a pierna suelta acostumbrados al camión de la basura que pasa a las dos de la madrugada, al temblor del metro y a los borrachos que andan por las calles a horas intempestivas. Por lo tanto,

una caída desde un décimo piso debe de ser similar al sonido de una mosca revoloteando en un salón con el televisor encendido. Nadie se ha enterado de nada. Solo Sara y yo.

Sara, para mi sorpresa, se ha quedado mirando el cadáver e incluso me ha parecido verla sonreír cuando ha alzado la vista. Pero arriba no había nadie, así que he supuesto que ha sido accidental o un suicidio, por mucho que me cueste creer en la susodicha palabra. Nada es casualidad y Sara Mendieta estaba aquí, presenciando esta muerte, por algún motivo que desconozco. No puedo culparla y, mucho menos, quiero creer que todo esto lo ha planeado enviando a un matón que lanzase a la desdichada mujer por el balcón. Sara estaba abajo, observando igual que yo. Somos culpables las dos.

Iba a quedarme en el interior del coche esperando a que Sara entrase en el suyo y huyera de la escena para seguirla y pedirle explicaciones más tarde en su casa. Pero al verla dar un paso al frente, he salido corriendo hacia ella, como si mi cuerpo funcionara solo, y la he cogido del hombro diciéndole con total tranquilidad:

—¿Qué estás haciendo, Sara? Métete inmediatamente en el coche y vámonos de aquí.

Apenas le ha dado tiempo a reaccionar. He visto cómo le ha temblado el mentón y, obedeciéndome sin dejar de mirar el balcón desde el que ha caído la mujer, se ha sentado frente al volante mientras yo me he dirigido con rapidez al asiento del copiloto para irme con ella. Le he señalado un maletín de cuero negro que Sara, con expresión confusa, se ha apresurado en retirar en la parte de atrás. Puedo imaginar qué hay dentro. Dinero. Pero ¿para qué?

Es grave, por supuesto. Estamos huyendo y así, de esta forma, obstruyendo a la justicia por no avisar de nuestra presencia en este incidente por el que apenas me queda espacio en la cabeza para preguntarme si ha sido accidental o provocado. Demasiadas cosas en muy poco tiempo. Debo ser prudente si no quiero asustar a Sara al intentar sonsacarle información que sé que tiene de primera mano. Algo debe de saber, pienso. Lo intuí desde la primera vez que la vi.

Por otro lado, tendría muy mala suerte si Joel y su equipo son los que, minutos más tarde, aparecen en escena. Podría fijarse en el coche que fue de Leo y lo reconocería al instante. Me pediría explicaciones y yo no sabría qué responderle. Últimamente no hago más que meterme en problemas sin tener en cuenta que mi carrera podría estar en juego.

Sara conduce con prudencia y sin mirarme. Enciende otro cigarro, me ofrece uno y le digo que no fumo. Se encoge de hombros y pone la radio. Una mujer habla por teléfono con otra, y esta le explica todos sus problemas matrimoniales. Enfrascadas en la conversación de la locutora y la oyente, dejamos que el aire que entra por las ventanillas bajadas nos enrede el cabello tras el momento inquietante y carente de sentido que acabamos de compartir.

—¿Dónde vamos? —me pregunta, cuando el reloj marca las dos y media de la madrugada y es muy probable que la zona que hemos dejado atrás esté a punto de ser acordonada por los servicios policiales a los que yo pienso con lástima que pertenezco una vez. Parece como si hubieran transcurrido años; el sufrimiento causa estragos en el tiempo y nos hace ver mentiras cuando, en realidad, solo han pasado meses. Siete putos meses.

—Donde no importemos. Donde nadie nos pueda ver.

Sara abre sus ojos azules en un intento por mostrarse sorprendida e incrédula ante mi respuesta y gira con brusquedad una calle hacia la derecha cambiando por completo la dirección a la que en un principio tenía pensado ir. Va hacia la Rambla de la Marina y se adentra en la ronda de Dalt hasta tomar la salida hacia Sarriá. En quince minutos, tras las serpenteantes curvas de la carretera de doble sentido de Sarriá a Vallvidrera, nos plantamos a los pies del Tibidabo, en el mirador de Sarriá, donde Sara, derrapando, aparca el coche bajo un pino. Enciende otro cigarro y, con aspecto cansado, baja del vehículo. La situación es extraña y, al igual que yo, debe de estar haciéndose mil preguntas como por ejemplo: ¿por qué no la detengo? ¿Por qué no la he sometido a un interrogatorio mientras íbamos en coche como cuando murió Elisa?

Me fijo en la elegancia de sus andares hasta que se detiene en el precipicio y observa las luces artificiales que alumbran la Ciudad Condal. Me paro a contemplar las luces del barrio de Sarriá, lo primero que se divisa más allá de la carretera desde la barandilla en la que nos apoyamos. Si fuera de día podríamos ver con claridad la Sagrada Familia y la Torre Agbar al norte; en el noreste las Torres Mapfre, el hotel W y Montjuic y, por el este, el puerto, el aeropuerto y el Camp Nou. Pero las luces de la noche cobran protagonismo ocultando la ciudad dormida e intuyendo el mar, que se extiende al fondo de la ciudad.

Sara respira hondo y le da una calada al cigarro sin darse cuenta de que he dejado de mirar el paisaje para mirarla a ella, al mismo tiempo que me sitúo a su lado con Barcelona a nuestros pies.

—¿Qué hacías ahí? —le pregunto.

—¿Me has seguido?

Continúa sin mirarme. Su tono de voz es áspero y distante; me demuestra lo incómoda que se siente y que, tal y como pensaba, tiene mucho que esconder.

—Sí —reconozco, encogiéndome de hombros.

—Sé que no trabajas. Estás de baja o algo así, ¿no?

¿Cómo lo sabe? Me mira de manera hostil durante un segundo y luego aparta la mirada para dirigirla al frente con indiferencia como si ella, al igual que yo, también estuviera de vuelta de todo. Pero aquí sigo, a su lado, porque sé que, ahora mismo, es la única que puede darme respuestas y tengo que hacer lo posible por ganarme su confianza pese a no estar actuando como una policía de verdad.

—Por lo tanto —continúa diciendo con insolencia—, no puedes interrogarme.

—No, pero me he visto en la obligación de sacarte de allí. Estabas como hipnotizada mirando hacia arriba e ibas a acercarte a un cadáver. ¿Sabes lo raro que hubiera quedado eso? ¿Si la policía te encuentra en la escena de otro «suicidio»? —le sugiero, disfrazando la palabra suicidio con dos comillas lanzadas al aire con mis dedos.

—Ya... —murmura, apagando el cigarro y encendiendo otro.

Sara

«¿Qué quiere esta inspectora *venida a menos* de la que ni siquiera recuerdo su nombre? Y ahora me suelta que quería sacarme de Bellvitge para que la policía no me viera de nuevo cerca de otro suicidio. Esto es de locos».

En este momento solo puedo pensar en dos cosas y una de ellas no es el trágico final de la bruja. Tengo facilidad para borrar de mi mente las tragedias ajenas, como si Marco, además de mi inocencia y mi juventud, se hubiera llevado consigo mi capacidad de empatía. La miro de reojo. Tiene los ojos clavados en mí, escudriñándome con curiosidad.

Fermín me dijo que el caso de Elisa se había cerrado. Entonces, ¿por qué me ha seguido? Está de baja laboral, no tiene por qué meterse en todo esto. ¿Sospecha de mí? Su mirada no parece la de alguien que sospeche que soy una asesina, sino más bien la de una bollera que está a punto de besarme. Qué fácil sería pillarla desprevenida y empujarla. Se daría un buen golpe contra el asfalto de la carretera que hay abajo; no para morir en el acto como la bruja, pero sí para quedar inconsciente y poder atacarla sin que le diera tiempo ni

siquiera a preguntarse por qué.

—Deja de mirarme.

—Perdona. Sara —me nombra, tomándose la libertad de volver a tutearme—, ¿qué ha pasado?

—Esto es una gilipollez. —Separo las manos de la barandilla y lanzo la colilla a la carretera.

—¿El qué?

—Que estemos tú y yo aquí. ¿Qué quieres?

—¿Conocías a Santiago López? —quiere saber, irguiéndose y situándose frente a mí. Me saca dos cabezas; la primera vez que la vi no me parecía tan alta.

—No —miento, sabiendo que ahora, a pesar de ser las tres y pico de la madrugada, de que me pesan los párpados y me muero por tumbarme en la cama, debo controlar el tono de mi voz, la expresión de mi rostro y, en general, todo lo que concierne a Santi. ¿Es a él a quién está investigando?

—Entonces, ¿tú tampoco has visto nunca a tu vecino?

—¿Cómo?

—Gustavo de la Cruz, el escritor, me dijo que nunca lo había visto. Que Elisa siempre iba sola. Y Fermín, curiosamente, ha reconocido que tampoco vio a Santiago cuando ambas sabemos que los porteros conocen y ven a diario a todos los vecinos. A todos, y esta es una comunidad muy pequeña —subraya.

Me pilla desprevenida. Balbuceo algo, pero se queda en nada, solo son pensamientos que no salen a la luz.

—Sara, ¿tú lo viste alguna vez? —insiste.

—¿Cómo te llamas?

—Isabel —me recuerda, mirando hacia un lado, incómoda y molesta.

—Isabel, estás de baja, ¿verdad? No eres *poli* y, por lo que me ha dicho el portero, han cerrado el caso de Elisa porque no hay nada que investigar. Fue lo que fue sin que nadie esté involucrado en su muerte. Se suicidó, ¿cierto? —No contesta, lo cual me envalentona—. Por lo tanto, yo no tengo por qué estar aquí contigo ni responder a tus preguntas, cuando soy yo la que tendría que querer saber qué haces aquí. ¿No es así? No estoy obligada a nada. Puedo coger mi coche e irme a casa a dormir, que es lo que me apetece ahora mismo.

—Ya, pero...

—No —la corto—. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Sabes más sobre Santiago que el resto. ¿Me equivoco? Y conocías a la mujer que acaba de morir en Bellvitge, no estabas allí por casualidad.

Sintiéndome acorralada, miro hacia mi lado izquierdo, ese en el que, según la bruja que ahora debe de estar ubicándose en el otro lado, está mi difunto marido Marco acompañándome. Un Marco o, por lo menos su espíritu, que le dio información única que solo sabíamos él y yo. Una palabra que se esfumó con tanta rapidez como la felicidad: Mermelada. Yo estaba en Bellvitge para saber quién le ordenó que ese día me diera información haciéndome creer que provenía del más allá. Quién está detrás de todo esto, poniendo en peligro a Santi y volviéndome loca a mí. Trato de entretenerme preguntándome cuántas luces debo de estar viendo. Las contaría si tuviera tiempo y mis párpados no se cerraran a cámara lenta cada vez que pestañeo. Aparto mis pensamientos de las desgracias y misterios de mi vida pensando en cuántas personas estarán despiertas, cuántas dormidas y cuántas follando.

—Sara, ¿conocías a la mujer que se ha tirado del balcón? —insiste la muy pesada.

—¿No lo has visto?

—¿A quién?

—Al hombre que la ha tirado.

«Jaque mate».

Se queda perpleja. Ahora soy yo la que sonrío y, mientras me dirijo al interior del coche con las llaves a punto para arrancar rápidamente y no dejarla subir, la tal Isabel se da la vuelta con el ceño fruncido y me dice algo que no esperaba escuchar:

—Sara, no había ningún hombre en el balcón.

Sara

Agosto, 2005

Marco me tiene harta. No suelta su cámara fotográfica y me obliga a posar para él siempre con una sonrisa, claro, tumbada en la arena; bañándome en la playa; simulando estar dormida en una hamaca y hasta dándome un masaje en el *spa*. No me quejo. Es mucho mejor que te utilicen de modelo que de puta o, como a él le gusta llamarme: esclava sexual. Lo que intenta con esto es aparentar normalidad y presumir delante de sus amigos de una luna de miel perfecta.

—Necesitabas un descanso. Para volver con más fuerza —dice, sin un ápice de amabilidad en su tono de voz.

Aunque pronto hará tres meses que soy la señora Mendieta, hasta ahora no habíamos podido ir de viaje de novios debido a la gran cantidad de trabajo que hay en la inmobiliaria.

—Sabes que todo esto es para aparentar, ¿verdad? —aclaró Marco en el aeropuerto, antes de embarcar hacia Acapulco—. No te hagas ilusiones, Mermelada —rio—. Y como cometas alguna estupidez...

—Ya, ya, ya... —repliqué cansada, en un alarde de valentía de esos que me dan a veces cuando estoy rodeada de desconocidos. A solas, ni me atrevería a abrir la boca—. Me cortas el cuello, ¿a que sí? ¿Me ahogas en el mar? ¿Me pegas un tiro? ¿Cavas un hoyo y me entierras en mitad de un bosque? ¿Cómo me matarías, Marco?

La última pregunta se la dije en voz alta cuando estábamos cerca del mostrador de facturación. La mujer que nos atendió nos miró extrañada y Marco, con una sonrisa, se apresuró a decir:

—Nos vamos de luna de miel a Acapulco —le informó, mostrándole los billetes de primera clase—, y ya ve, está juguetona —añadió con picardía.

Andrea, según su chapa, emitió una irritable carcajada tras el comentario de mi marido y tardó menos de dos minutos en facturar nuestro ligero equipaje.

—Que tengan una feliz luna de miel —nos deseó, con una falsa y amplia sonrisa que desapareció al instante, en cuanto vio que el siguiente en la cola

llevaba rastas y tatuajes. Cómo nos dejamos llevar por las apariencias. Cuánto prejuzgamos sin conocer.

—No lo dude. No lo dude —murmuró Marco, riendo.

Seguidamente me guiñó un ojo, colocó la mano en mi hombro apretándolo con fuerza y hundiendo los dedos en mi huesuda clavícula. Ni siquiera gasté saliva en decirle que me hacía daño. Nos dirigimos a la sala de espera VIP donde esperamos cuarenta minutos hasta la hora de embarque.

A veces creo que estoy así porque quiero. Porque me he acomodado, he aprendido a dejar la mente en blanco cuando los desconocidos me tocan y también a sobrevivir y llevar este estilo de vida como si fuera algo normal. Aunque esté muy lejos de la normalidad y de la libertad. También me da por pensar que no creo que Marco me haga nada si intento huir por mucho que me haya alertado el matón que no fue a la boda, pero que sí sigue día y noche conmigo. Quieren que tenga miedo. Ellos viven de mi miedo. Cuántas veces me he preguntado si...

He madurado de golpe. Me he hecho vieja en cuestión de un año porque, hace un año exactamente, empezó esta pesadilla a manos de —los recuerdo bien— Miguel y Rosa, los encantadores *amigos* que hicimos en aquel cruceo maldito. ¿Cuánto más voy a poder soportar? ¡¿Cuánto?! Hasta que un día los cortes de los brazos no sean superficiales sino profundos y bajen hasta las muñecas desangrándome en el cuartucho de mala muerte en el que paso mis días cuando no estoy ejerciendo de puta. Perdón, de esclava sexual, que suena más fino.

Llevamos cuatro días alojados en el *resort* de lujo, tan romántico como exclusivo, asentado sobre elevados pilotes en un acantilado: Banyan Tree Cabo Marqués. Tiene un toque asiático y vistas a la bahía de Puerto Marqués que está a veintidós kilómetros de los acantilados de La Quebrada. Dicen que tenemos que visitarlos porque observar desde ahí los saltos al mar de los clavadistas es un espectáculo increíble. Marco prefiere que nos quedemos aquí; dice que tenemos de todo y no hace falta más. Lo cierto es que tiene razón. No solo disfrutamos de la espectacular playa de arena blanca y aguas cristalinas, sino también de enormes piscinas privadas, solárium y *spa*, por no mencionar nuestra habitación que, cuando se hace de noche, se vuelve romántica y aún más resplandeciente que de día. Marco, afortunadamente, no me tiene retenida y me lleva a la terraza del restaurante donde puedo comer lo que quiera. He recuperado fuerzas, salud y unos cuantos kilos. Podría

aprovechar un despiste, ir hasta el aeropuerto y huir lejos, pero no tengo nada. ¿Qué hago sin dinero? Ni siquiera tengo mi documentación. La tiene guardada en la caja fuerte del dormitorio cuyo código de seguridad solo conoce él.

—No te pases —me recomienda siempre a la hora de comer, mirándome con desdén cuando me ve atacando la bollería—, no te vayas a poner ahora como una vaca.

Una señora que pasó por ahí, española y entradita en carnes, lo miró enfurruñada y, cuando creí estar a punto de presenciar el espectáculo en el que ella se le encararía, decidió cerrar el pico y no meterse en conversaciones ajenas. Podría haber sido divertido.

Tengo conquistado al servicio de habitaciones y también a los trabajadores del restaurante con mis elogios hacia la comida. Está demostrado que, cuando tienes dinero, siempre te reciben con una sonrisa y son amables contigo; eso me gusta. Podría estar quejándome de todo; que el pozole no me gusta, que el pescado a la talla no está lo suficientemente sabroso; que el ceviche está pasado y que el queso de las picaditas tiene un sabor agrio. Y daría igual. Me sonreirían de la misma forma que como cuando les digo lo rico está todo.

Marco también deja que me tueste al sol, aunque no me pierde de vista. Creo que me vigila incluso cuando duerme, aunque le dé igual que ahora mismo me quemé, coja una insolación o un cáncer de piel. Le importa poco que me muera de una intoxicación etílica por el gusto que le estoy pillando al tequila y al ron que hacen que, por un momento, me olvide que debo dormir sobre las tablas de madera de nuestra habitación mientras miro con envidia cómo Marco disfruta de la cama con dosel. Pero cuánto agradezco que ni siquiera me toque; creo que vomitaría y él teme que vuelva a destrozarle alguna de sus carísimas camisas de marca. Aquí, sola con Marco, sin matones ni sirvientes a nuestro alrededor las veinticuatro horas del día vigilándome, no me ha obligado a acostarme con nadie ni hemos conocido a alguna pareja sospechosa cuyo deseo sea violarme en cualquier rincón oculto de la playa ofreciéndole una suculenta cifra a mi «amado» esposo. A pesar de todo, me siento un poco más a salvo aunque conviva y tenga que verle la jeta a cada momento, como ahora, por ejemplo. Tumbada en una hamaca con un cóctel Acapulco y con vistas al mar, me pregunto, mientras Marco se da un chapuzón, si hay tiburones en esta zona. ¿Medusas, tal vez? Fantaseo un poco con la posibilidad de que venga un tiburón y se lo zampe; le deje sin piernas o le desfigure el rostro. Qué bonito sería que se hiciese realidad.

—¡Tu teléfono está vibrando! —le grito. Pero no me oye.

«Tú sigue nadando, sigue. Al fondo, más al fondo. A ver si te ahogas y te mueres de una vez».

También he soñado con la posibilidad de matarlo mientras duerme. Aquí, sin Julio u otros matones que cuiden de él, sería más fácil que en Barcelona. Pero no me atrevo ni a acercarme. Creo que siempre tiene un ojo abierto, por si las moscas. Porque cree verme venir y, como tengo tanto tiempo para pensar, eso también me ha dado una idea. La de ir a por él cuando menos lo espere. Cuando parezca que la pobre y joven Sara se ha rendido ante esta vida repleta de miserias. La cantidad de veces que he pensado en matarlo de todas las maneras inimaginables... pero siempre hay algo que falla en mi plan. Nunca es perfecto y, cuando decida terminar con él, sea cuando sea, aunque tenga que esperar años, tiene que estar todo muy bien preparado. Dudo que yo sola pueda hacerlo, pero ¿quién podría ayudarme?

—¡Que te vibra el móvil! —grito otra vez.

—¿Qué? —grita desde el mar el muy gilipollas.

—¡El móvil!

Sale corriendo hacia donde estoy yo, se acerca con el ceño fruncido a su Motorola Rokr de última generación que reposa sobre la hamaca y me dice, comportándose como una persona normal con un ápice de preocupación:

—Llaman desde Barcelona.

Se aleja unos metros. Yo, que no le pierdo de vista, observo cada uno de sus movimientos: cómo, nervioso, se pasa la mano por el cabello canoso que vivió mejores tiempos y luego por la nuca hasta llevarla al estómago cada vez más fondón, como si estuviera teniendo una indigestión.

Vuelve al cabo de unos minutos sofocado como nunca antes lo había visto y, con la voz entrecortada como si el muy hijo de puta tuviera sentimientos, me informa de lo que ha pasado:

—Tenemos que volver. Mi padre ha muerto.

Isabel

Abril, 2015

Respiro hondo, impotente, mientras veo cómo Sara, sin apartar la vista de mí, arranca el coche y se aleja desapareciendo del mirador carretera abajo. Hubiera sido ilícito retenerla contra su voluntad, pero reconozco que me he esforzado muy poco. Con los brazos colocados en jarra y mi cabeza funcionando a mil por hora, paso de la confusión al más monumental cabreo al verme sola en el mirador que es, ahora mismo, como si estuviera en medio de la nada. Solo faltaría que viniese por aquí un loco, un violador o un ladrón. Sabría defenderme, claro, pero ¿y si tu contrincante es más fuerte que tú? «Siempre hay alguien más fuerte que tú, tienes que estar preparada», solía aconsejar Leo.

Así que esto es genial. Gracioso, incluso. La gran señora Mendieta de camino a su maravillosa casa de Sant Gervasi heredada del gran partido con el que se casó y yo aquí tirada, preguntándome cómo llego a Gracia y a ver qué hago para salir de aquí. Al menos no está todo perdido; mi teléfono móvil tiene batería y estoy a tope de cobertura. Llamo a una compañía de taxis, pero me desespera tener que estar colgada al teléfono veinte minutos escuchando la sinfonía de Beethoven y aprendiéndome de memoria el guion del contestador que me ruega que espere, que todas las líneas están ocupadas, que me atenderán en cuanto quede un operador libre. ¿Tan colapsada está la noche barcelonesa que no hay taxis disponibles para que vengan a buscarme? Me acomodo en el banco que hay bajo un frondoso pino y juego con algunas piedrecitas del suelo, las lanzo al aire y visualizo a la mujer que he visto en Bellvitge desde lejos. He estado en el momento de su muerte sin saber de quién se trata y Mendieta no ha sido de gran ayuda, aunque yo tampoco haya alardeado de mis técnicas para sonsacar a la testigo. Me pregunto qué diablos me ha pasado, por qué me he dejado achantar. Miro durante un rato los números de teléfono guardados en mi móvil. ¿A quién llamar en caso de necesidad? Y solo se me ocurre un nombre: Joel. Casi preferiría quedarme aquí y contemplar el amanecer; sería toda una experiencia. Que si sí, que si

no... «Sabes que lo vas a hacer». Joel, a pesar de nuestra última discusión, de su carácter a veces estirado y estricto y de su cabezonería, es un buen tipo. Leo solía decir que es de los pocos hombres en los que se puede confiar. Casi de los únicos que te cogen el teléfono a las cuatro de la madrugada y van hasta donde estés para salvarte la vida. Lo llamo, pese a no tener esperanzas de que conteste. Un tono, dos... los segundos pasan lentos...

—¿Sí?

—Joel...

—¿Isabel?

Estaba durmiendo. No estaba en la escena de un crimen. No en Bellvitge, lo cual me alivia, porque hubiera visto el coche de Leo y podría haberme metido en problemas. Tengo que ir a buscar el coche en algún momento del día, cuanto antes mejor.

—¿Qué pasa? —pregunta, con la voz ronca.

—Pues verás, me han dejado tirada en el mirador de Sarriá y los de la compañía de taxis no me contestan y...

—No te muevas de ahí. Ahora mismo voy.

—¿Dónde vas? —interviene una voz de mujer que me pilla por sorpresa.

Joel cuelga el teléfono y yo me quedo pensando en esa voz inesperada a su lado. Imagino su respuesta: «Voy a buscar a una imbécil». Eso es lo que debe de pensar de mí; es lo que pienso de mí yo ahora. Que soy una imbécil.

Sara

Abril, 2015

Al llegar a casa, dejo que toda la presión que siento se libere ante lo que entiendo y lo que no, lo que mis ojos han visto y lo que otros niegan que existiera, tratando de volverme loca. Esta vez no tengo intención de entrar en el «Ataúd Blanco» a observar al escritor; no quiero saber nada de ordenadores ni teléfonos.

Cierro los ojos y, aunque es imposible dejar la mente en blanco, el sueño se apodera de mí sin darme tregua. Las imágenes del pasado y del presente se entremezclan. Me veo a mí misma acorralada en medio de un charco de sangre que bien puede ser de Marco, de Elisa, de la bruja, de mis tíos o de mis padres. Todos juntos para aparecer en mis sueños y seguir haciéndome la vida imposible.

Ví a Santi. Estoy segura de que era Santi. La *poli* no tiene ni idea al decirme que no había nadie en ningún balcón.

A las seis y media de la mañana, cuando me levanto, pienso que el cadáver «caído del cielo» ya debe de estar en el anatómico forense y que la investigación seguirá su curso, o no, porque es más que probable que hayan pensado que ha sido un suicidio. El crimen perfecto, como el de Elisa Solano. Nada de qué preocuparme, caso cerrado. Suicidio. Una media de casi cuatro mil personas al año se suicidan en España; el número de muertos por voluntad propia duplica al de los que se van por accidentes de tráfico. El de la bruja ha sido uno más. El de Elisa, también. No hay relación entre ellas y yo sigo creyéndome inocente y haciéndoselo creer a los demás. Punto y final. Así que, relajada, voy hasta la cocina a preparar café y salgo al jardincito a darle de comer a los peces y a podar las plantas. Están hechas un desastre, hace tiempo que no me encargo de ellas.

A las ocho de la mañana, escucho a gente subir las escaleras. Corro hasta el «Ataúd Blanco» para ver quiénes son y me alivia comprobar que, tal y como me avisó Fermín, se trata del equipo de limpieza que dijo necesitar un segundo

día para que las salpicaduras de sangre de la pared del segundo A desaparezcan del todo. Contemplo el lento proceso de hacer desaparecer la sangre haciendo ver que nunca ha existido. Las ventanas abiertas, sin cortinas. Cuatro son las personas encargadas de dejar el piso limpio como una patena mientras el escritor duerme a pierna suelta. Fantaseo sobre quiénes serán los próximos inquilinos en ocupar el piso de Santi y Elisa... no han sido muchos los vecinos a los que he conocido en diez años, pero lo que me llama la atención es que desaparecieran de la noche a la mañana, unos de forma voluntaria; otros, por desgracia, a la fuerza.

Sara

Agosto, 2005

Hace tres meses estábamos en esta misma iglesia del barrio Gótico, en la basílica de la Merçè cuyo nombre homenajea a la patrona de Barcelona, celebrando nuestro enlace matrimonial. Hoy, este aparente *feliz y perfecto* matrimonio que ha tenido que abandonar el paraíso de Acapulco y su idílica y romántica luna de miel tardía llora la muerte del señor Mendieta, el *padre del novio*. Miro a Marco y me es imposible creer que tenga los sentimientos que hoy demuestra y que sus lágrimas y el afecto hacia su afligida madre sean reales. ¿Es el mismo hombre que me maltrata psicológicamente cada día? ¿El que no tendría inconveniente en matarme si intento escapar? ¿El mismo que me obliga a acostarme con tíos asquerosos que me utilizan para sus más salvajes fantasías sexuales? ¿Es el mismo?

Voy vestida de negro, como todos los presentes en la ceremonia fúnebre. Llevo media hora escuchando lo bueno que era mi suegro, presente en el interior de un ataúd en el centro del altar de la iglesia. Emprendedor, humilde, agradable, cariñoso, trabajador, buen padre, esposo, hermano, tío, sobrino y amigo... La generosidad de los asistentes respecto al fallecido no tiene límite. Tampoco reconozco al señor Mendieta en ninguna de estas palabras, porque para llegar a donde llegó él, siempre he creído que hay que ser muy hijo de puta. Pero claro, nadie habla mal de los muertos por muy hijos de puta que hayan sido en vida. Hoy es un día en el que, si les pasara como a Pinocho, a más de uno le iba a dar un disgusto al ver su nariz crecer y crecer... y no hay operaciones estéticas que valgan, queridos míos. Todos mienten sobre los muertos, en este caso, sobre mi suegro. Yo lo odiaba, al igual que odio a mi suegra, Claudia, aquí presente a mi lado con los ojos rojos y la nariz irritada sin nada de maquillaje y el cabello descuidado. Hoy, ni siquiera ella es perfecta y parece haber envejecido quince años de golpe.

A las doce del mediodía, llegamos al cementerio de Collserola. Me estremezco al ver el panteón de los Mendieta en una zona privilegiada y arbolada del cementerio, apartada del resto, que tienen que conformarse con

un nicho debajo o encima de otros, mezclados y apelotonados. El señor Mendieta es afortunado hasta estando muerto y mi suegra, mientras ve cómo su marido desaparece para siempre de su mundo, se desmaya y hubiera caído al césped de no ser por los buenos reflejos de Marco que ha llegado a tiempo para sostenerla. «Ha sido una lipotimia —les quiero decir—. Hace tanto calor... Entre eso y el disgusto, pues normal». Pero me callo. Al final sí me van a hacer creer que mi suegro era una maravillosa persona que siempre trató con respeto y amor a su mujer, aunque tenía pinta de ponerle los cuernos cada dos por tres con secretarias y estereotipos de ese estilo. Quién sabe. Si Marco estuviera dentro de un ataúd yo sería la mujer más feliz del mundo, así que trato de fijarme bien en cada gesto de desolación de mi suegra. Puede que, algún día, los tenga que imitar.

Septiembre, 2005

Han pasado dos semanas desde que enterraron al padre de Marco. Han sido dos semanas tranquilas en las que he respirado aliviada al ver que no sonaba el timbre y que no había visitas indeseables de babosos y viciosos. Marco, incluso, se muestra diferente conmigo y a veces, solo a veces, olvido su maldad y el infierno al que me ha sometido, creyendo que la llama sigue viva entre los dos. Hace dos días tuvimos un acercamiento fuera de lo común. Extrañamente, volvió a llamarme Mermelada y, aunque iba vestida con un camisón de algodón, me miró de reojo y, suspirando, murmuró que estaba muy guapa. Luego intentó besarme y, cuando me aparté, no forzó la situación pese a mi temor de que me golpeará contra la pared. Se limitó a agachar la cabeza y, con una sonrisa de lado, se encerró en su despacho. ¿Aún existe la posibilidad de que cambie?

Normalmente solo recuerdo a los hombres que vienen, son los que más marcada te dejan, pero también hay mujeres malas que te anulan como persona y te hacen sentir una mierda. Mujeres que te hacen daño, a las que no das ninguna lástima ni piensan: «Podría ser mi hija» o «Podría ser yo hace veinte años». Aún recuerdo a la última mujer con la que me citaron antes de ir a Acapulco. Creo que ha sido la quinta que me ha tocado; la peor. Medía metro ochenta, tenía alrededor de unos cuarenta años y, aunque miraba de una manera muy especial a Marco, con quien quería irse a la cama era conmigo con la petición especial de que mi marido estuviera delante.

—No tengo tiempo, Anastasia —se excusó él. Anastasia se llamaba y no era fea, todo lo contrario. Podría tener al hombre o a la mujer que quisiera sin

pagar, pero, claro, no estaba bien de la cabeza. No hay nada peor que tener millones de euros en el banco y estar mal de la cabeza.

—Pagaré diez mil más.

¿Diez mil? ¿Cuánto valía mi cuerpo? ¿Cuánto había ganado Marco gracias a mí? ¿Qué clase de negocios sucios llevaba a espaldas de su padre?

Me quedé quieta. Al principio me sentí incluso cómoda al sentir el roce de unos dedos delicados acariciando mi piel. Cerré los ojos y me dediqué a sentir cosquillas; traté, como siempre, de dejar volar mi alma y mis pensamientos hacia otro lugar para que solo se quedase mi cuerpo, un trasto cada vez más enclenque de cuarenta y dos kilos. Luego, el rostro femenino de la tal Anastasia cambió; el carmín rojo de sus labios desapareció y el rímel corrido hacía de ella un monstruo feo y malo como todos los demás. Dos horas más tarde, estaba en mi cuartucho llorando de rabia y de dolor. El cuerpo lleno de cardenales y heridas abiertas en las muñecas. Escocían. Julio, el matón, me trajo agua oxigenada.

—Que no se te infecte.

—Julio.

Él se dio media vuelta. El matón no me mira como al principio, ni siquiera me da miedo. Debe de rondar los treinta años y, aunque su misión es vigilar que siga en este horrible lugar, da la impresión de que él mismo ha decidido cuidarme y protegerme a escondidas de Marco desde el incidente con aquel mafioso de la navaja suiza. Aun así, parece dispuesto a seguir cumpliendo órdenes y a dejarme aguantar esta carrera de fondo hacia el abismo.

—¿Puedes ayudarme con el agua oxigenada? No puedo mover las manos.

—Claro, pequeña.

Se agachó frente a mí. Le tendí los brazos y lloré en silencio aún más de lo que ya lo estaba haciendo antes de que entrase él. En mi cabeza solo escuchaba «pequeña». Estoy segura de que Julio ni siquiera fue consciente de haber utilizado esa palabra.

—Gracias. Ojalá pudieras hacer algo para dejarme escapar de aquí.

Mi tono de voz sonó desesperado. A estas alturas de mi vida, no me importa humillarme y suplicar.

—Sabes que no puedo, Sara. Que las cosas son así, que así deben ser.

—¿Cuánto te paga?

—¿Cómo?

—¿Cuánto te paga Marco?

—Sara...

—¿Cuánto pagan los clientes por mí? —le pregunté, con la voz ronca y casi atragantándome en mis propias palabras.

—Cien mil. A veces más.

—¿Cien mil?

Me dejó anonadada. Debe de ganar más conmigo que con las ventas de la inmobiliaria de un mes y eso me hizo entender, en aquel momento, por qué no quiere dejarme escapar.

—Les dice a todos que eres virgen —explicó Julio, pendiente de las heridas—. Por eso te quiere tan delgada, para que sigas pareciendo una niña.

Negó con la cabeza asumiendo la culpa que él mismo debía de sentir por ver a un ser humano de la manera en la que me tiene Marco a mí. Es inhumano; si el día de mañana cuento todo lo que me han hecho, nadie me creería y me encerrarían en un centro psiquiátrico como a esos locos que ven fantasmas o dicen haber viajado en el tiempo; los que prometen que unos extraterrestres los han llevado hasta el interior de una nave espacial, a las mujeres las han dejado embarazadas y a los hombres les han dicho cuándo será el fin del mundo. En ese momento, para calcular aproximadamente cuánto dinero había ganado Marco conmigo, traté de contar mentalmente el número de hombres con los que me había acostado. No pude hacerlo. Demasiados para una pobre niña de veintiún años.

Pero sigo viva. Respiro. Aunque la madre de Marco continúa siendo la titular de varias cuentas bancarias, es su hijo el que ha heredado gran parte del imperio Mendieta que incluye posesiones inmobiliarias, la empresa y una cantidad de dinero indecente.

Estamos en nuestra casa de Sant Andreu de Llavaneres. La madre de Marco, sentada en el sofá de mimbre del porche trasero, bebe café en una taza de porcelana que ella misma trajo de Londres.

—He decidido volver.

Cuando habla, no me mira. Lleva cuarenta minutos aquí y no me ha mirado en todo este tiempo. Ni siquiera me ha saludado al llegar. Debe de ser difícil estar al lado de alguien y no dirigirle la mirada ni un solo momento. Su marido hacía lo mismo, no entiendo por qué la gente decía que era tan bueno y si tan buenos son, cómo es que les ha salido un hijo tan cabrón.

—¿Adónde, mamá? —pregunta Marco, inocente, alzando las cejas.

—A Londres. Ya sabes cuánto me gusta la ciudad y nuestro piso de Kensington, cariño. La casa de Barcelona se me queda muy grande y todo me recuerda a tu padre. No puedo seguir aquí, necesito irme un tiempo.

La mujer coge un pañuelo de seda del bolsillo de su pantalón y se seca una lagrimita que se le ha escapado del ojo derecho. Sigue bebiendo café, mira al cielo y suspira.

—Puedo ayudarte a... —se ofrece Marco, aunque sé que no sabe muy bien cómo convencerla.

—No. La decisión ya está tomada. Mañana a las cinco de la tarde, la hora del té —ríe—, cojo un vuelo hacia Londres. ¿Y sabes qué? Quiero morir allí, en Inglaterra.

Marco, en vez de decirle algo así como: «¡Mamá! No digas esas cosas, aún te queda mucho tiempo», ríe negando para sí mismo, se levanta y salta de cabeza a la piscina.

Observo a mi suegra al mismo tiempo que ella contempla a su hijo como si yo no estuviera sentada a su lado. No sé qué edad tendrá, Dios me libre de preguntarlo, pero calculo que unos sesenta años teniendo en cuenta que debió de tener a Marco joven, quizá antes de cumplir los veinte. Tendría sentido. ¿Cuántos *liftings* se habrá hecho para aparentar veinte años menos? Aún mantiene la tez pálida tersa, los párpados apenas sin arrugas, los pómulos altos y los labios carnosos. Si no fuera por la ayuda del bastón con el que se presenta los días de humedad, cualquiera diría que es la hermana de Marco en vez de la madre. ¿Cuántas veces al mes irá a la peluquería? ¿Cuántas horas de yoga, pilates, aeróbic, natación y bicicleta elíptica a la semana? «Nunca tomo el sol, no bebo alcohol, no fumo, duermo ocho horas y mi dieta es macrobiótica», presume, divertida, sin reconocer que ha debido de pasar por el quirófano cientos de veces, como todas las mujeres de la alta sociedad a las que conozco.

Pasan los minutos y Claudia sigue ignorándome. Por lo visto, he adquirido poderes y ahora puedo ser invisible porque sigue sin mirarme. «Ser invisible». Sonríe al imaginar todo lo que podría hacer si nadie me viera. Cotillear qué hacen los demás sin ser vista o chantajear a la gente contando sus secretos más íntimos. Pero si hay algo por lo que de verdad querría ser invisible es para poder escapar de aquí sin poner en peligro mi vida. Sin embargo, no todo es malo. Hoy he recibido una gran noticia: es posible que no vuelva a ver nunca más a mi suegra. Que se quede en Londres y que no vuelva. Es estirada y fría como un témpano; observa a su hijo con una media sonrisa que no sé cómo identificar y, en un momento de debilidad, siento envidia al ver cómo la trata y la libertad que le da. Ella puede irse, vivir en Londres y, si quiere, morir allí. Siempre he deseado ir a Londres. Puede que mi marido me

lleve de paso por la ciudad en algún otro crucero infernal o en un supuesto idílico viaje de novios en el que nos hagamos mil fotos para enseñar a los amigos. No puedo evitar preguntarme: ¿algún día me quiso un poquito? ¿Le gusté? ¿Era adicto a los besos que nos dábamos? Cómo puedo pensar esas cosas después de todo lo que ha hecho y me está haciendo. Soy repulsiva, eso es lo que me decía antes de morir su padre, aunque estos últimos días se haya mostrado más blando. Repulsiva, asquerosa, una niñata, una estúpida y una ñoña. En lo penúltimo tiene razón. Fui una estúpida; para él, el amor es algo estúpido.

Ojalá, al igual que la mujer que tengo al lado, fuerte e imponente, yo pudiera decidir dónde ir, dónde vivir y dónde morir. Hoy por hoy no soy dueña de mi vida y ni siquiera de mi propio cuerpo. Soy, llamemos las cosas por su nombre, una esclava sexual que aún tiene que dar las gracias por no dormir en la calle y poder comer de vez en cuando.

Isabel

Abril, 2015

Empiezo a tener frío, pero desde que Joel colgó la llamada dándole plantón a su novia o al rollete de esta noche, han pasado poco más de veinte minutos y ya oigo desde lo alto del mirador cómo un coche sube hasta aquí. Afino el oído, pero lo que mejor me funciona es la vista y cuando veo que es un Seat León negro, el coche personal de Joel, respiro tranquila. Estaciona con el motor encendido y baja sin cerrar la puerta, con prisas por acercarse a mí y preguntarme qué demonios hago aquí tirada a las cuatro y pico de la madrugada.

—Es muy largo de explicar. Mejor llévame a casa de la abuela, ando preocupada por ella y...

—No, Isabel —me interrumpe—. ¿Qué has hecho?

—Yo nada.

—¿Qué haces aquí? —insiste.

—Ya te he dicho que nada.

Ante su mirada y el temor que tengo a que él también me deje plantada como lo ha hecho Sara, me invento una historia.

—He conocido a un tío, ¿vale? Un tío que no era lo encantador que parecía ser en el bar. Sí, ya sabes. ¡Yo también necesito un trago de vez en cuando! —me excuso, dándome tiempo para adornar mi mentira—. Me ha traído hasta aquí y, cuando ha visto que yo no quería tema, me ha dejado tirada.

—¿Hemos viajado en el tiempo? ¿Tenemos quince años? —pregunta con expresión sombría.

—Lo que tengo es sueño, Joel. ¿Me puedes llevar a casa?

—Claro. Ten, mi sudadera.

Muy amablemente, se quita la sudadera quedándose solo con una camiseta verde de manga corta con la que muestra unos bíceps mucho más musculados de lo que parece cuando lleva esas camisas sosas para trabajar.

Sentada en el coche, cuando nos ponemos en marcha, me tomo la libertad de encender la radio, pero en cuanto suena una balada romántica de Chayanne

cambio inmediatamente de frecuencia con tan mala suerte que sigo topándome con más melodías de amor y desamor para que la humanidad acabe cortándose las venas. Por suerte, aunque me cuesta, encuentro la voz de un tipo mayor y serio que habla de conflictos bélicos. No sé qué dice, pero prefiero esa voz al silencio.

—¿No te gusta Chayanne? —pregunta Joel, sonriendo y apagando la radio —. Lo siento, esa voz es somnolienta.

—Estoy histérica —reconozco, aunque él no sepa por qué estoy así.

—Santiago existe, Isabel.

«Por un momento, me deja perpleja. ¿Por qué saca ahora el tema?».

—Y esto lo dices porque...

—No.

—Pero has dicho que existe. Cuéntamelo, por favor.

—Claro que existe, hay miles de Santiagos López en España, pero ninguno era pareja de Elisa Solano. No sueñes con que encuentren sus restos porque no hay huella identificativa del individuo. Estamos de acuerdo en que es un fantasma. Solo quería recordarte que estoy contigo, Isabel.

—Entonces, ¿retomaréis el caso?

—No. No hay ningún delito contra la identidad de Santiago. No se le busca por asesinato o por otra fechoría. No hay pruebas. La señora Solano o, mejor dicho, la señorita Solano, se suicidó.

—Te estás quedando conmigo —me indigno, cruzándome de brazos y mirando al frente—. ¿De quién estaría embarazada?

—Ya lo hablamos. Gustavo la veía de madrugada después de toda una noche loca de fiesta... ese bebé podría ser de cualquiera, Isabel. Ese tema no tiene que preocuparte. Sin embargo, a mí sí sigue incomodándome que alguien entrara en el piso de tu abuela haciéndose pasar por mí.

—Pensaba que no te importaba nada.

—Me importa. Isabel, ¿aún no te has dado cuenta lo mucho que me importa todo lo que tenga relación contigo?

Semáforo en rojo. Mierda. Me enfrento a su mirada, muy distinta a la de horas atrás. Es dulce y triste, está llena de nostalgia. Sí, es posible que si Leo no se hubiera incorporado a nuestro equipo, a pesar de conocernos ya desde los tiempos de la academia, Joel y yo hubiésemos llegado a algo. A qué, no lo sé. Pero a algo bonito seguro que sí. Vuelvo a recordar por segunda vez en una noche las palabras de Leo: «Joel es uno de los pocos hombres en los que se puede confiar. Casi de los únicos que te cogen el teléfono a las cuatro de la

madrugada y van hasta donde estés para salvarte la vida». Joder, Leo. Por qué tenías que decirme esas cosas.

—No entiendo por qué te vas con un desconocido y no conmigo —suelta al fin, sin saber que ese desconocido existe tan poco como Santiago López.

—Estabas con una mujer —le sorprende, sin querer sonar celosa.

—Sí. Se llama Lara y es una amiga. Nos acostamos de vez en cuando — responde con total normalidad.

—Ajá. Nada más que añadir, señoría. Semáforo en verde, la ciudad es tuya.

Sí, he debido de sonar celosa y la sonrisita de Joel así me lo confirma. Le gusta esta situación, le divierte. Lo peor de todo es que a mí también. Vuelvo a sentir que le estoy siendo infiel a Leo. Infiel a un muerto como aquella noche en La Vaca Paca antes de poner en peligro al escritor.

El barrio de Gracia nos recibe tranquilo y silencioso en su nocturnidad. No quiero sufrir alucinaciones con las sombras alargadas que farolas y árboles proyectan en los bajos edificios de las calles estrechas. No cuando, según Gustavo, debo tener cuidado porque me vigilan. «Delirios de escritor», necesito creer, para no obsesionarme más de lo que ya lo estoy.

Cuando Joel se detiene, hago como que busco las llaves sin atreverme aún a salir y darle las gracias por lo que ha hecho por mí. Me doy cuenta de que llevo su sudadera puesta pero, cuando me la voy a quitar, me dice que no hace falta.

—Para ti. Te la regalo.

Es de los Rolling Stones. Sabe cuánto me gustan los Rolling aunque la sudadera me quede grande.

—Gracias. Entonces, no tengo nada que hacer, ¿verdad? —insisto.

—No se retomará la investigación, estamos con otros casos.

—¿Qué casos? —pregunto, pensando en la mujer de Bellvitge a la que he visto caer del balcón hace unas horas.

—Drogas, maltrato, robos... lo de siempre, ya sabes. Pocas veces me dedico a casos que tengan que ver cien por cien con lo mío, pero me gusta mantenerme ocupado con cualquier cosa.

—Elisa Solano no era cualquier cosa —replico, dolida—. Leo no era cualquier cosa. Dedicad más tiempo a lo que de verdad importa.

—Isabel, ha sido una orden de los de arriba.

—¿Los de arriba te han dicho que abandones?

—Lo siento.

—Con sentirlo no vas a hacer justicia. Elisa se suicidó, de acuerdo. Pero ¿qué me dices del envenenamiento al escritor? ¿De la visita a mi abuela? ¿De Santiago?

—No sabemos si era Santiago el que entró en casa de tu abuela —expone cansado, harto de estar repitiendo siempre lo mismo.

Podría contarle mi última conversación con Gustavo de la Cruz, mi encuentro con Sara y la verdad de lo que ha ocurrido esta noche. Pero, en lugar de hablar, me callo, porque cuanto menos sepa, mejor.

—Buenas noches, Joel. Vuelve con Laura.

—Lara —me corrige.

—Lara, sí. —«Ya lo sabía, pero no quería darte el gusto de que vieses que me acuerdo de su nombre»—. Vuelve con ella —repito.

—Buenas noches —se despide, asintiendo y comprendiendo que sigo siendo de Leo. Que jamás seré suya como Lara o el resto de mujeres que pasan a diario por su cama. Que mi corazón sigue siendo de su amigo muerto, de aquel al que le arrebataron la vida por una trampa y a quien él tricionó rindiéndose una semana después de su muerte al no haber descubierto ni avanzado en la investigación.

«Leo, ¿aún crees que es de los pocos hombres en los que se puede confiar y que iría hasta donde estés, sea la hora que sea, para salvarte la vida?».

Sara

Septiembre, 2005

La madre de Marco ya está instalada en Londres. Espero que se quede mucho tiempo ahí para no tener que sufrir su indiferencia y sus desplantes; esas miradas que, aunque no quiero reconocerlo, me incomodan y me duelen. Cuando era pequeña, siempre pensé que la madre de mi futuro marido sería una especie de segunda madre para mí. La madre que nunca tuve y de la que no he sabido nada porque todo el mundo se negaba a contarme cosas sobre ella. Porque desde pequeña viví en un mundo donde se me ignoraba. Solo sé que era muy querida, eso me quedó claro desde el principio debido al odio que siempre he sentido de los demás hacia mí desde el momento en el que nací y ella perdió la vida. Debía de ser una buena persona, y si hubiera vivido, yo hubiese sido normal. No ha sido así y sé que no sirve de nada compadecerme de mí misma o imaginar cómo habría sido todo si ella hubiese sobrevivido al parto. A nadie le importa. Para el universo solo soy una partícula ínfima que pasará de largo por una vida miserable dentro de unos años y nadie recordará. El tiempo borra las pruebas tangibles de que una persona ha vivido.

Marco, ausente debido a todas las cargas que le ha dejado su padre, cada vez pasa menos tiempo en casa y eso me alivia. Tenemos menos encargos, menos hombres que vienen a abusar de mí; Julio me deja ir más a mi aire e incluso en los días en los que todavía hace un poco de calor, puedo disfrutar de la piscina y del sol en el jardín sin que mi marido se entere al volver. Hoy vamos a casa de Lucía y Enrique, amigos de Marco. Ella nunca cocina, se le da fatal y no le importa reconocerlo, por lo que contrata un servicio de *catering* exquisito. Solo de pensar en los manjares que me esperan esta noche, se me hace la boca agua. Viven en Pedralbes, en un ático de tres plantas y más de doscientos metros cuadrados sin contar la terraza, en la avenida de Sant Gervasi, que les vendió Marco hace años. Salir de aquí e ir hasta Barcelona me relaja. La ciudad y la gente me hacen sentir segura; encajo ahí porque paso desapercibida junto mi marido, el que podría ser mi padre, según las malas

lenguas. Encajo porque, aunque antes no lo viera así y siempre estuviera pendiente de lo que pensarán los demás, me doy cuenta de que, en realidad, nadie observa a nadie. Suficiente tienen con lo suyo como para detenerse a pensar en lo mal vestida que va «esa chica», lo barata que debe de ser su ropa, lo grasiento que tiene el pelo o lo mayor que es el hombre que va a su lado para ser su pareja.

Llegamos a Barcelona a las ocho de la tarde, una hora antes de lo previsto, pues la cena no empieza hasta las nueve y llegar pronto, en el círculo de amigos de Marco, es de mala educación. «Mejor cinco minutos tarde que media hora antes», dice siempre. Detiene el coche sobre el bordillo de una calle tranquila y poco transitada que se llama de Ciser, que hace esquina con la avenida de Sant Gervasi a la que nos dirigimos, justo enfrente de un concesionario Mercedes-Benz. Levanta la vista hacia un edificio antiguo de tres plantas; majestuoso y reformado aunque no parece habitar nadie en él. Yo también lo observo e imagino que en otros tiempos debió de pertenecer a alguien muy importante. Me fijo en el extraño gesto de Marco. Sonríe al mismo tiempo que lanza un suspiro en el aire y veo un brillo en sus ojos que me descoloca por completo. Abre la puerta del coche y en un gesto caballeroso que solo recuerdo del principio de nuestra relación, me obliga a salir para ver junto a él lo que sus ojos miran con tanta atención.

—Es mío —comenta orgulloso—. Este edificio es mío y lo tengo abandonado. —Nunca hablo. Casi nunca contesto. Prefiero ser invisible y escuchar. Si escucho y no hablo, si solo le presto mis oídos y nunca mi voz, podré seguir viviendo—. ¿Sabes qué sería una buena idea? Venir a vivir aquí. Algún día te contaré la historia del aristócrata loco que vivió en esta casa. Sí —añade, seguro de sí mismo, hablándole a la piedra de un color blanco roto que me recuerda a otros tiempos—, vendremos a vivir aquí, al piso de la primera planta, que es el más grande, y los otros dos los alquilaremos a personas con dinero. Tiene capacidad para una recepción, así podemos tener a un portero que vigile el edificio. No sé por qué he tenido esto desaprovechado tanto tiempo si me puede venir muy bien para... mis cosas —concluye, relamiéndose los labios en ese gesto que tanto asco me da y por el que me encantaría partirle la cara. Pero no tengo fuerzas. Tengo hambre. Solo pienso en el *catering* que servirá Lucía esta noche.

Isabel

Abril, 2015

Me levanto rara, con dolor de cabeza y la imagen de la mujer cayendo del balcón.

—¿Todo bien, abuela?

No contesta. Está un poco sorda, puede que tenga que alzar la voz.

—¡Abuela! ¡¿Todo bien?!

Nada, no se da la vuelta. Prepara café, entretenida y con movimientos ágiles que ya los quisiera yo a mi edad.

—¡Abuela!

—Hija, no me grites, que te he oído a la primera. Todo bien, sí. Todo bien.

—¿Qué te pasa?

—Que me tienes cabreada, eso es lo que me pasa. No me dejas salir de casa ni abrirle a nadie, ni siquiera a Pepe, que ayer vino a pedirme sal y tuve que hacer como que no estaba. Y tienes la cara dura de llegar a las tantas de la madrugada teniéndome toda la noche con el corazón en un puño. Pensaba que te había pasado algo y ya sabes que yo con los teléfonos no me aclaro. Hasta estuve a punto de llamar a la policía por si el hombre que vino, que según tú puede ser tan peligroso, te había hecho algo.

—Abuela, todo esto pasará —digo, más para aliviarme a mí misma que a ella—. Te lo prometo. Ayer tuve que hacer algo, no va a ser todos los días así, pero tengo que intentar averiguar quién es ese hombre.

—Para eso está la policía.

—Soy policía, abuela.

—Estás de baja. Descansa, aclárate la cabeza —me recomienda, sentándose a mi lado, acariciándome el pelo y ofreciéndome una taza de café—. Tienes razón, todo esto pasará. Todo pasa y primero tienes que pensar en ti y recuperarte de lo de Leo.

«¿Y cómo se hace eso? ¿Cómo me recupero de lo de Leo?».

Lucho con todas mis fuerzas contra el nudo que se ha acomodado en mi garganta. Asiento. No puedo decirle nada más. Tampoco que Santiago es un

fantasma y que los fantasmas no visitan a ancianas para sonsacarles información sobre alguien que, en principio, no tiene nada que ver con lo que sea que esté pasando en el edificio de Sara Mendieta. Sara. Sara. Su nombre se repite en mi mente. Sara tiene que ser la clave de todo.

A las once de las mañana, cojo el metro hasta Bellvitge. Me pierdo por las calles, desubicada y sin saber a ciencia cierta dónde dejé el coche la noche anterior. Dónde cayó la mujer desde un décimo piso y de cuyo «accidente», suicidio o asesinato, fuimos testigos solo Sara y yo. Sara Mendieta, con esa apariencia tan fría que descoloca hasta al más desalmado. Es extraña, arrogante y mezquina. Rica, poderosa y altiva. De ese tipo de personas que, al estar tan encerradas en sí mismas, te atraen de una manera poderosa aun sin tener nada en común.

Finalmente y después de mucho caminar, llego a la calle de la Ermita de Bellvitge. La reconozco por el *parking*, más vacío que anoche. Aquí es imposible ubicarse por los bloques, todos parecen iguales. Nada más entrar, veo a un equipo policial trabajando en la zona acordonada donde cayó de madrugada la mujer desde el balcón. Su cadáver ya no está, pero sí el charco de sangre. En la zona hay curiosos y en los dos bloques de pisos gente mirando desde los balcones y las ventanas. Niegan con la cabeza, las manos cubriendo sus bocas, ojos inexpresivos y muy abiertos, las voces entremezclándose con el ruido de los coches. La típica escena a la que tan acostumbrada estoy desde el otro lado. Ese lado desde el que miramos a nuestro alrededor para buscar sospechosos o culpables en cualquier rincón. El culpable siempre suele estar cerca. Echo un vistazo rápido al décimo piso que es, calculo, desde donde cayó la mujer. Hay un par de hombres asomados a la barandilla mirando hacia abajo; no son vecinos, son policías. Desde donde me encuentro no distingo si los conozco o no. Ahora, de día, todo parece diferente. Veo que hay rosas que sobresalen de unas macetas que anoche no vi y ropa tendida de colores estrafalarios. Sara me dijo que vio a alguien; yo le dije que no había nadie. ¿Qué vio Sara que yo no fui capaz de apreciar?

Me pongo las gafas de sol y trato de pasar desapercibida por si alguien me reconoce. Camino rápidamente con la cabeza agachada hasta llegar al coche de Leo. Arranco el motor, me detengo para dejar pasar a otro coche que va a aparcar donde el mío ha estado toda la noche y salgo decidiendo la dirección a la que ir. Detenida en un semáforo, suena mi teléfono móvil ubicado en el asiento del copiloto. Es un wasap de Joel. A una velocidad ultrasónica que no

creía que tenían mis dedos y pendiente del semáforo para no tener que aguantar a los conductores impacientes de atrás, lo abro y me da un vuelco el corazón al ver que me ha enviado una fotografía de la parte de atrás del coche de Leo. Del coche que conduzco ahora mismo y que aún, o eso imagino yo, huele al perfume Calvin Klein que solía usar mi pareja. La foto está hecha desde el lugar donde cayó la mujer anoche, justo en el momento en el que salgo del *parking*. Me ha pillado *in fraganti* y me espera un duro interrogatorio que no sabré cómo afrontar.

«Te llamo luego», le escribo.

Pero voy a tratar que ese «luego» sea eterno, por si se le olvida, cosa que dudo bastante.

Sara

Abril, 2015

Cuando la presentadora abre el informativo hablando de la caída desde un décimo piso de la vidente Lucrecia Maldonado, un cortocircuito recorre mi espina dorsal provocándome un súbito escalofrío, como dicen que sucede cuando sientes la presencia de un espíritu a tu lado. Mis pensamientos van a una velocidad inaudita y, mientras el televisor me muestra las imágenes de la escena de la muerte que presencié anoche, me viene de repente el nombre de Fermín. El indefenso y siempre dispuesto portero que pasa más horas en este edificio que en su propia casa, fue quien me dio el nombre de la bruja para que fuera a verla. Y, según ella, por diez mil euros que tengo escondidos en el despacho y que no me dio tiempo a darle, me diría quién estaba detrás de todo.

Salgo de casa como si estuviera poseída, las paredes tiemblan cuando cierro la puerta, y bajo apresuradamente las escaleras hasta toparme con el susodicho que, como siempre, está leyendo la sección de deportes del periódico tras el mostrador.

—Fermín.

—Dígame, señora Mendieta —responde, como siempre, con esa asquerosa amabilidad.

—¿Por qué me recomendó a esa bruja?

—¿Lucrecia Maldonado? —pregunta extrañado—. Ya se lo dije, a mi mujer le fue bien y...

—¡Déjate de chorradas! ¿Has visto las noticias?

—He estado aquí todo el día, señora —se excusa.

Según la noticia, han puesto en entredicho la cantidad de enemigos que tenía la vidente por fraudes. Han hablado de un posible suicidio, aunque están investigando qué ocurrió, por si se trata de algo turbio que solo conozco yo y la policía venida a menos, en la que tampoco he dejado de pensar. Lucrecia debía de tener muchos enemigos con ganas de cargársela, hubiera podido ser cualquiera, pero yo sé que fue Santi. Yo lo vi. El motivo aún no lo entiendo, tampoco cómo Santi sabía que yo estaría ahí, aunque estoy segura de que tiene

que ver conmigo. Al fin y al cabo, yo había quedado con ella y esa mujer tenía algo que decirme. Puede que fuera alguna patraña o que mi integridad física estuviera en peligro, pero había la posibilidad de que me sacara de dudas.

—Ha muerto —le informo, sin apartar de mi pensamiento a Santi.

Fermín vuelve a quedarse en *shock*, igualito a cómo lo encontré el día que descubrieron el cadáver de Elisa. Parece que haya pasado un año y no se ha cumplido ni un mes desde que la asesiné. Estoy en la calle, estoy libre y el caso lo han cerrado con asombrosa rapidez; debería sentirme feliz y tranquila al haber hecho tan buen trabajo. Un suicidio. Otro suicidio más de los miles que hay en España al año. Pero ¡joder! Estoy cabreada; alguien, después de su muerte, ha querido jugar conmigo haciéndome creer que no la maté.

—Acaba de salir en las noticias —añado, con aparente serenidad—, ha caído desde el balcón de su piso.

—Válgame Dios —murmura persignándose—. Mi mujer se llevará un disgusto tremendo —continúa diciendo, de manera exageradamente dramática.

—¿Por qué me la recomendó? —reclamo insistentemente.

—Ya se lo dije. Usted buscaba respuestas y algo que la aliviara. Sé lo poco que le gustan los psicólogos y a mi mujer le vino tan bien que fue el primer nombre que me vino a la cabeza para aconsejarla y animarla. Pobre mujer.

—¡Ni pobre ni hostias! —grito, ante la sorpresa de Fermín, que dirige su mirada hacia la portería mirando, tan estupefacto como yo, a la policía con la que comparto el secreto de haber sido testigos del suceso del que estamos hablando.

—¿Pasa algo? —pregunta tranquila. Fermín y yo negamos con la cabeza al mismo tiempo que hago un amago de irme, subir las escaleras y volver a casa —. Perdona, Sara. ¿Puedo hablar contigo?

—¿Qué quieres?

—Hablar.

—Vale. —«Me rindo. Eres una puta pesada»—. Solo diez minutos —advierto—. Tengo que ir a la inmobiliaria a arreglar unos papeles.

—De acuerdo. Diez minutos.

Isabel

En diez minutos se pueden explicar muchas cosas, pero Sara no es de las que tiene paciencia para escucharlas. Entramos en su amplio y confortable piso, no tan limpio ni tan ordenado como la primera vez que estuve aquí. De inmediato, al fijar la vista hacia el salón situado a la derecha, me percaté de

que hay una botella de whisky y, al menos, cinco vasos sucios y desperdigados encima de la mesa de centro. Con disimulo, me voy acercando hasta que Sara, con el rostro desencajado, me lo impide agarrándome del brazo.

—¿Tú no bebes?

—No —contesto secamente.

La miro con desconfianza mientras ella parece muy ocupada colocándose delante de mí para prohibirme el paso y no dejarme ver ni pisar el salón.

—Ya ha salido la noticia de la muerte de la mujer. Era una vidente, Lucrecia Maldonado. ¿Te estafó? ¿Mandaste a alguien para que la lanzara por el balcón y quisiste estar ahí para asegurarte de que cumplían con su trabajo? ¿Por eso llevabas un maletín con dinero?

Niega con la cabeza. La creo, pero oculta algo.

—¿No lo viste? —pregunta, esta vez sin ocultar su nerviosismo e inseguridad—. ¿No viste la silueta de un hombre en el balcón?

—No vi a nadie, Sara. Allí no había nadie y, al contrario de lo que creo que le pasó a Elisa, sí pienso que esa vidente se suicidó. Pero Elisa no, ¿verdad? ¿Tú conocías a Santiago? Sé que lo conocías y necesito respuestas sobre ese tipo. Puede ser peligroso.

De nuevo la misma pregunta y el silencio como respuesta. Miente. La he puesto entre la espada y la pared, veo cómo disfruta de la desesperación que no sé disimular.

—Te dije anoche que no. Que no hablo con nadie de este edificio. Además, no tengo tiempo para gilipolleces —escupe—. No eres policía, no llevas ninguna investigación. Si viene tu compañero, aquel tan guapo, le responderé a lo que quiera, pero a ti no.

—Mentirás, Sara. Solo sabes mentir, ¿verdad? Santiago no murió en el Germanwings —confirmo tajantemente—. Hasta ahí estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Será mejor que dejes todo esto.

—¿Ha sido una amenaza?

—Están pasando cosas.

—Gustavo me dijo lo mismo —le confieso seriamente, dispuesta a contarle detalles que esta mujer no tendría por qué saber—. Y un hombre, haciéndose pasar por mi compañero, el inspector Joel Sanz, fue a ver a mi abuela. No se me quita de la cabeza que fue Santiago y que él mató a su mujer simulando un gran escenario para que pensásemos que había sido un suicidio. ¿Sabes que Elisa estaba embarazada de tres meses cuando murió? Me niego a creer que se

quitara la vida y mucho menos si sabía que estaba esperando un bebé.

Desconcertada, mira hacia la puerta y retrocede un paso. Niega con la cabeza, se toca el pelo con nerviosismo y vuelve a mirarme con los ojos entrecerrados. Parece que está a punto de llorar. Le tiembla la barbilla y reprime unas lágrimas que necesito desatar. Necesito verla derrumbarse y que confiese todo lo que sabe.

—¿A tu abuela? ¿Qué tiene que ver tu abuela con todo esto? ¿Quién eres tú? —quiere saber, evitando por todos los medios hablar del embarazo de Elisa que, por lo que parece, no conocía, pero le ha dolido en el alma.

«¿Quién eres tú?», ha preguntado. Y yo no sé qué decir porque no soy nadie.

—A Elisa la mataron. Y tú, al contrario que Fermín o el escritor, sí conocías a Santiago —me arriesgo a confirmar, mostrando seguridad, poniéndola a prueba y fijándome muy bien en sus gestos. Está tensa, incómoda, oculta algo.

—Siento decirte, como única respuesta antes de que te vayas, que no sabes nada —señala, empujándome sin ningún tipo de delicadeza y cerrándome la puerta en las narices, provocándome una curiosidad que no había sentido nunca por nadie.

Impotente y cabreada. Dos simples palabras para definir cómo me siento. Porque después de todo, sé que esa mujer me oculta información, que tiene algo que ver con Santiago por cómo ha palidecido cuando le he vuelto a preguntar por él. Bajo las escaleras sin prisas, me detengo en un peldaño cuando suena el móvil. En un principio creo que es un wasap de Joel, pero me equivoco. Es Gustavo de la Cruz. De Joel no he vuelto a tener noticias desde la fotografía que me ha mandado, huyendo del escenario de un ¿crimen?

Estás aquí, ¿verdad?

Ven, tengo que enseñarte algo.

Dudo si subir o no, pero ya es tarde para titubear cuando me planto frente a la puerta de Gustavo de la Cruz y este la abre con rapidez, empujándome hacia el interior del piso con cara de perturbado. Está escuálido y ojeroso, como la última vez que lo vi.

—Rápido, entra.

Apesta a alcohol, a tabaco y a sudor rancio, como si no se hubiera duchado desde hace meses.

—¿A qué huele, Gustavo?

No es solo él. El piso huele mal, a podrido.

—Creo que tardaré en echar un polvo una buena temporada —ríe, mirándome lascivo como cuando nos conocimos.

Hay caos por todas partes; una pila de platos sucios en la cocina, las ventanas cerradas a cal y canto y las cortinas corridas para que no entre nada de claridad.

—He recibido un vídeo. Tienes que verlo, Isabel.

Acto seguido, sin que tan siquiera me dé tiempo a pestañear, me lleva hasta el despacho presidido por una enorme pantalla de ordenador que me muestra las imágenes del horror.

—Mis notas. Mis papeles. Mis letras. Es la escena que imaginé cuando escribí *El asesino de almas*, tú misma la mencionaste al comienzo de la investigación —empieza a decir pausadamente—. Me quieren volver loco o, lo que es peor, hacerme lo mismo que le hicieron a Elisa.

La voz de Gustavo de la Cruz se apaga. No puedo mirarlo. Solo tengo ojos para lo que me muestra el vídeo que aparece en la pantalla del ordenador una y otra vez, una y otra vez.

Sara

Septiembre, 2006

Se cumple un año desde que Marco y yo vivimos en el piso de la avenida de Sant Gervasi. Es majestuoso y tiene jardín, aunque nada que ver con las dimensiones de la casa de Sant Andreu de Llavaneres. En el edificio vive un matrimonio en el segundo A que parece normal, y un portero muy majo que me da los buenos días por las mañanas cuando Marco me deja salir de casa en compañía, siempre, de Julio. Pero no importa. Julio es como de la familia, podría ser peor. Es quien está al otro lado de la puerta no para vigilarme a mí, como cree Marco, sino para vigilar al cliente. Para mantenerme a salvo. No me lo ha dicho, pero lo sé. Lo percibo en cada gesto de preocupación cuando me ve llorar, herida o amoratada, deambulando por el piso cuando mi marido ha salido.

El piso es bonito, a Marco parece encantarle. En uno de esos momentos reflexivos muy de él, reconoció que era especial porque fue el primero que adquirió cuando tenía veintiún años, en 1985. Él ya estaba metido de lleno en las empresas de su padre cuando yo hacía un año que había llegado al mundo y todavía no había aprendido ni a caminar. Me hubiera gustado escupirle a la cara y decirle que es un viejo. Un viejo monstruo; el demonio en persona que, sin embargo, desde que estamos aquí, me ha cedido un dormitorio del que no puedo quejarme, con una cama en condiciones en la que a veces, por las noches, se acuesta a mi lado y puedo ver un atisbo de remordimiento en su mirada que desaparece de inmediato cuando le pregunto: «¿Por qué?». Es entonces cuando, furioso, se abalanza contra mí y, sin delicadeza alguna, me penetra, a pesar de que antes de que su padre falleciese había dejado de tocarme. No sé qué prefiero. A veces pienso que sigue enamorado de mí, como creí al principio. Que esas cosas no pueden disimularse. Que hay algo de mí que le atrae sin remedio pese al asco que dice que le doy. A veces me da por pensar que tengo esperanzas.

No sé nada de mi hermano Rodrigo; mala vida la que lleva él. Casi tanto como la mía, un despojo humano que, sin embargo, hace lo que le viene en

gana. Solo tengo veintidós años. Veintidós malditos años y estoy casada y atrapada en un mundo de prostitución, humillación y maltrato. Rodeada de lujos, eso sí. Pero hambrienta. Hambrienta de comida, de libertad y de vida. Me acomodo en esta realidad patética y me pregunto qué haría o qué sería de mí si no estuviera aquí. Qué futuro me espera, qué podría hacer, en qué podría trabajar o dónde viviría. Y aparece ese miedo que siempre está presente y me retiene. Marco se aprovecha del miedo a todo, a darme cuenta de que me he acomodado en una vida injusta y sucia. Tan sucia como yo. Tan malo es el criminal como la víctima que se lo consiente todo. Puede que este sea mi castigo por matar a mi madre al nacer, ser la responsable de la locura de mi padre y asesinar a mis tíos mientras dormían, algo de lo que no me arrepiento, pero que me consumirá día tras día hasta el final. Cuántas veces he pensado en hacer lo mismo con Marco. Pero hay demasiadas cosas que me lo impiden; no solo es el miedo, hay algo más. Es la esperanza escondida de creer que sus besos, cuando me los da, son de verdad.

Al cumplir veintidós años recordé a Elisa. Ella tenía esta misma edad cuando la conocí, cuando se enamoró de Marco y salió tan precipitadamente de aquella oficina que yo tampoco he vuelto a pisar. Pienso mucho en el momento en el que descubrí aquel correo electrónico confesándole que estaba embarazada. Cuántas veces he pensado en esa criatura, en si Marco lo llegó a saber o no, si le importó o, como todo, se la trajo al paio. Cuántas veces al día pienso en Elisa y la envidio por haberse librado de toda esta mierda.

—¿Necesitas algo? —pregunta Julio, abriendo la puerta de mi dormitorio.

—No.

—¿Algo de comer?

—No.

—Nunca dices que no a algo de comida —comenta amable, aunque sin perder la tirantez de todo buen matón que se precie.

—Antes me he escapado a ver qué había en la nevera.

—En media hora viene un cliente.

Y, sin que mi cuerpo me haya preparado, vomito lo poco que acabo de engullir.

—¿Estás bien? —Julio se agacha poniendo una mano en mi hombro—. Tienes mala cara.

Enseguida se aparta. No puedo detener el vómito, cada vez vomito más y más hasta que me tumbo en la cama sin fuerzas. Sé que a Julio duele verme así.

No sé por qué no me ayuda. ¿Qué miedo puede tenerle un tío como él a Marco? Lo mataría con solo darle un guantazo, pero el dinero lo corrompe todo.

—Veinte minutos. Prepárate.

Lo dice con pena, pero es una orden. En veinte minutos debo estar impecable y perfecta sin aliento a vómito, esperando en el dormitorio pintado de rojo con todo tipo de objetos fetichistas para que algún gordo cabrón podrido de pasta me la meta por todos los orificios.

Octubre, 2006

Me han drogado para que no ponga impedimento. No sé adónde me llevan, puede que este sea el final. Que me maten y me entierren como hicieron con la chica que intentó huir aunque puede que solo fuera un bulo para asustarme. Nunca lo sabré. Cuando Marco, hace dos días, se enteró de que estaba embarazada, montó en cólera y, reprimiendo su impulso de golpearme y estamparme contra la pared, le dijo a Julio que me diera algo para que me tranquilizase. Yo lloraba y lloraba protegiéndome el vientre hinchado. El bebé que tengo dentro podría ser de cualquiera, puede que incluso de Marco. Pero lo que está claro es que este bebé, que es un garbancito todavía calculando que debo de estar de un mes y medio, es mío. Y solo por el hecho de ser mío lo quiero aunque sea de un monstruo. Lloro. Lloro y sigo llorando mientras mis párpados, sin fuerza, se van cerrando. Me coloco en posición fetal y duermo durante horas hasta este momento en el que me he despertado encerrada en el coche con los vidrios traseros tintados sin posibilidad alguna de bajar y pedir ayuda.

—¿¿Dónde me lleváis?! —grito. El cierre está bloqueado.

Julio conduce y Marco, en el asiento del copiloto, no contesta. Veo su cara. Fría como un témpano con una mueca de asco que ya es muy característica en él. Vuelvo a pensar en nuestro primer año, en cómo era y en lo bien que me trató para llegar hasta aquí.

—¿Qué me vais a hacer? —insisto, tocándome el vientre y encogiéndome sobre mí misma. Me duele horrores y al palparlo las manos se me tiñen de rojo—. ¡Tengo sangre! ¡Sangre! Ayudadme, por favor...

No puedo hablar. Siento un fuerte nudo en la garganta, la boca pastosa, los labios resecos y los ojos hinchados de tanto llorar.

El coche se ha detenido en lo que me parece un polígono industrial a las

afueras de Barcelona. ¿Me van a dejar aquí? Imagino las mil maneras en las que me van a matar y lo que van a hacer después con mi cadáver. Qué frialdad. Y están tan tranquilos mientras todo mi cuerpo tiembla sin poder detener las lágrimas.

—Vamos —murmura Julio, agarrándome del brazo—. Será solo un momento. —«¿Solo un momento? ¿Un momento para qué!?»—. No te dolerá —añade, mirándome de reojo.

«¡Ni siquiera puedes mirarme a la cara, maldito cabrón! No era así cómo tenía que acabar. No era así...», lloro.

Sabía que no acabaría bien. Tal y como nací y viví los primeros años de mi vida, ¿qué esperaba? ¿Un milagro? ¿Que mi vida fuera normal?

Entramos en una fábrica abandonada. Hace frío; el suelo, hundiéndose a cada paso que damos, está encharcado y casi no puedo ver el techo de lo alto que es. La estancia nos recibe escasamente iluminada por unos focos improvisados que alumbran una camilla metálica en la que me obligan a tumbarme. Marco, de brazos cruzados, me observa desde la lejanía mientras Julio se encarga de colocarme tal y como le indican los dos hombres y la mujer que tengo enfrente. Llevan batas y no puedo verlos bien porque unas máscaras blancas anudadas a la nuca les cubren medio rostro. Solo sus ojos ya dan miedo; proyectan sombras y luz al mismo tiempo y me miran con la misma frialdad que Marco. Con brusquedad, me anudan las muñecas y los tobillos. Estoy completamente inmovilizada sin poder oponer resistencia cuando me suben el camisón hasta por debajo del pecho.

—¡Nooooooooo! —grito en repetidas ocasiones, moviéndome todo lo que puedo para impedirles o, por lo menos, dificultarles lo que creo que van a hacer: sacarme a mi bebé.

Con una sola mirada, Julio capta su siguiente movimiento. Él parece ser tan títere como yo; sé que no quiere hacerlo. Busco piedad en su mirada.

—Sácame de aquí, Julio. Ayúdame... Sácame de aquí —balbuceo.

Niega con la cabeza sin poder mirarme y cumple órdenes apretando con más fuerza las correas de cuero que me aprisionan, mientras los tres desconocidos de bata blanca hurgan en mi vagina insertando un tubo hueco con un borde afilado que me duele. Duele. Duele. Duele.

—¡Nooooooooo! —vuelvo a chillar, retorciéndome de dolor.

Esta vez, Julio, al que casi se le caen las lágrimas, me tapa la boca con un esparadrapo. Casi me ahogo. El tubo que me han introducido succiona fuerte; saben lo que hacen. Están matando a mi bebé. A un feto que no ha tenido

posibilidad alguna de vivir. De respirar. De quererme. De salvarme. Tras extraer el tubo meten una pinza y extraen una especie de masa viscosa que prefiero no mirar.

Me es imposible hacer nada para defenderme. Desesperada, sin poder ofrecer resistencia, muevo los ojos de un lado a otro incapaz de seguir gritando, vociferando, rugiendo. El dolor que estoy sintiendo es lo único que puede afirmar que lo que estoy viviendo es real. De pronto todo me parece ligero, ingrávulo. Los colores se vuelven brillantes e irreales; el interior de la fábrica deja de tener una forma normal, pierde sus contornos, como si se estuviera difuminando ante mis ojos. Se me nubla la vista. Dejo de sentir. Dejo de luchar.

—Hemos acabado —oigo que le dice la mujer a Marco, quitándose los guantes de látex—. Ya no tendrás más problemas de este tipo.

—Gracias.

«¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Sigo viva?».

Solo puedo mover los ojos que, abiertos de par en par, miran con horror todo lo que hay alrededor. Muerte. Han asesinado a mi bebé. Sigo oyendo voces, pero no sé qué dicen. Todo es confuso; siento que mi cuerpo sigue dormido y casi no me puedo mover.

Al cabo de pocos minutos, algo más despierta, veo cómo Marco les entrega un sobre abultado. ¿Cuánto dinero les habrá pagado? ¿Son médicos de verdad capaces de hacer tal salvajada por un puñado de billetes? Julio me mira con lástima sin saber si desatarme o no.

«No te voy a hacer nada», pienso. Aunque mi mirada dice todo lo contrario.

Ya no lloro. Trato de tranquilizarme y mantener la mente fría. No quiero que vean cuánto me duele y que se alegren por ello. Disimulo ese tipo de dolor que deja el del plano físico a un lado porque el emocional es indescriptiblemente cruel. Siento que mi corazón está despedazado. Ya no hay un bebé creciendo en mi interior y, cuando los médicos se van, Marco se acerca propinándome un puñetazo en la boca del estómago cargado de rabia. Julio gira la cara. Yo también.

Isabel

Abril, 2015

La pantalla del ordenador del escritor no me muestra una página Word en blanco como cabría esperar dada su profesión, sino un vídeo en blanco y negro con muy mala calidad que se repite en bucle, atormentando nuestros ojos cuando el cuerpo de Elisa Solano, a la que veo por primera vez en movimiento aunque torpe, borracha y drogada, cae desplomado al suelo. Son sus últimos instantes de vida, aunque puede que no lo sepa. La mayoría no lo sabemos. Podemos estar tan tranquilos tomándonos un café, hablando por teléfono, viendo la tele o la lluvia caer por la ventana, y, de repente, la muerte, pese a no haber enfermedad, nos sobresalta de cualquier forma. Da igual cómo. Viene, se te lleva y ya está. Recuerdo que, al ver su cadáver, pensé en todos los muertos a los que he conocido a lo largo de mi carrera sin posibilidad alguna de verlos en movimiento, contemplar sus gestos o fijarme bien en sus ojos aún con vida salvo por fotografías que nos muestran los afligidos familiares. No. Elisa no sabía que iba a morir. Estaba demasiado ida como para saber a quién le había abierto la puerta.

—Estaba escribiendo —explica— y la pantalla se volvió loca. Parpadeó durante algunos segundos hasta que apareció este vídeo imposible de detener o quitar a no ser que apague el ordenador, que tampoco lo he intentado. Es una amenaza, Isabel. Con esto, quieren decirme que me van a matar de la misma forma que a la vecina.

—Fue una mujer —murmuro, acercándome a la pantalla y observando cada uno de sus movimientos desde que entra, hasta que obliga a Elisa a matarse.

—Solo sabemos que es morena y llevaba el cabello recogido. Indumentaria negra, como en mi novela. La cámara debía de estar situada en el techo, es imposible verle la cara, joder —se queja Gustavo.

Estamos viendo, en directo, la maldad real del ser humano; su lado oscuro. Ese lado que, cuando llegas a conocerlo, aunque sea de lejos, te obliga a dejar de fiarte incluso de la ancianita del tercer piso que alimenta a diario a los gatos callejeros. Te impide creer que tus amigos son buenas personas y llegas

a imaginar cosas horribles sobre ellos. Ese lado engaña a quienes nos creemos buenos y, al mirar a tu pareja, esa con la que llevas tantos años y que tanto parece quererte, te preguntas qué te oculta. Si puede que tenga instintos asesinos y que cuando te ve durmiendo piense en asfixiarte con la almohada. Nunca se sabe. Nunca te lo diría, pero todo es posible. Los asesinatos de los que nos informan a diario las noticias de televisión también pueden pasarte a ti. Lo que mis ojos están viendo ahora mismo era la posibilidad más inimaginable hasta que se ha vuelto palpable y real. Una mujer. Gustavo no parece verlo, pero yo sí.

—¿Qué hacemos? —pregunta Gustavo, señalando la pantalla—. No podemos quedarnos de brazos cruzados, hay que dar aviso a la policía. Tenemos que llamar a tu compañero. No sé cómo demonios sacar este vídeo de aquí, pero podemos grabarlo con el móvil, ¿vale? ¿Dónde he metido mi móvil? ¿Tienes tú el tuyo, Isabel?

Gustavo se levanta y, hecho un manojo de nervios, empieza a desordenar estanterías y cajones sin dar con su teléfono, momento en el que aprovecho, sin que se dé cuenta, para grabar el vídeo con el mío. Tiene razón, lo lógico es tener esta refutable prueba de que Elisa fue asesinada y presentarse en comisaría. Estaría obstruyendo a la justicia por segunda vez en menos de veinticuatro horas si no lo hiciera. Me río yo de quien dice que necesita más horas al día; qué equivocados están. En un minuto tu vida puede cambiar. En un minuto eres capaz de ver lo increíble. ¿Por qué querer más?

Con disimulo, guardo el teléfono en el bolsillo, tomando una decisión pese al riesgo de mis actos por mí y mi carrera y por el escritor, que puede estar en lo cierto cuando dice que es una advertencia dirigida a él.

—Déjame a mí —le propongo.

—Pero ¿quién es la asesina? Te juro que estoy devanándome los sesos y no... no acierto a averiguar quién es.

¿Cómo es posible que no se dé cuenta de que la asesina de Elisa fue Sara Mendieta? ¿Tan poco se ha fijado en «la jefa» desde que vive aquí? La altura y la constitución coinciden. También su manera de andar, elegante y pausada, pero me niego a darle la respuesta al escritor y también a entregarle el vídeo a Joel, porque restregarle que yo tenía razón y que se ha equivocado cerrando apresuradamente el caso no es lo que quiero en este momento. No es lo que me interesa.

¡¡¡BANG!!! Un disparo que no suena; el vídeo no tiene sonido. Elisa cae muerta, la sangre esparcida en el suelo y salpicada en las paredes. Sara quieta,

observando con frialdad el cadáver. La misma frialdad con la que miró a la muerta que se lanzó o lanzaron del balcón.

—Vete, Gustavo. Sal de aquí, conmigo. Después de esto no sé cómo sigues empeñándote en seguir aquí.

—No, no. Ahora no puedo —niega enérgicamente mientras sigue buscando su móvil—. Todo esto me ha inspirado para mi nueva novela y voy a seguir. Va a ser el próximo *best-seller*, el libro del año y te lo voy a dedicar, fijate lo que te digo. ¡O mejor aún! Vas a ser el personaje principal de la novela; la heroína. Ya me dirás cómo te gustaría llamarte, ¿vale? Carlota, ¿tal vez? Carlota es un buen nombre, sí. Van a hacer una película de esto —comenta, volviendo a ser un poco el Gustavo delirante de siempre—. Vamos a comisarí...

Antes de que termine de hablar, el vídeo desaparece ante nuestra mirada atónita, borrando la ineludible prueba de que alguien, enemigo de Sara Mendieta, le ha querido mostrar al escritor para, a su vez, conjeturo, amenazarlo no sé con qué intención.

—¡Joder! Mira dónde está el móvil, coño, a buenas horas lo encuentro. Ahí tirado en el suelo y no me ha dado tiempo de grabar la imagen. ¿La has grabado tú?

—No, lo siento —miento—. Déjame a mí —repito—. Yo me encargo, Gustavo.

—¿Estás segura?

—¿Por qué crees que quieren hacerte daño?

—No lo sé —lloriquea—. Soy un gilipollas, pero no le hago daño a nadie. Solo rompo corazones pero no soy una mala persona como esa mujer. ¿Quién puede ser? —insiste.

—Ya que te empeñas en quedarte aquí, cierra la puerta y no le abras a nadie —sugiero, fijándome en la cámara que hay colocada en una esquina del marco de la puerta del despacho. Es casi imperceptible, del tamaño de un tornillo, pero Gustavo estaba en lo cierto. Lo están vigilando—. Ni siquiera contestes al teléfono y aléjate del ordenador, está claro que, de alguna manera, un *hacker* ha entrado en el sistema.

—Tranquila por mí. No pienso acabar como Elisa —promete, señalando la pantalla que ha vuelto a un documento Word—. Cuando pase todo esto nos merecemos unos buenos cócteles en el Boca Chica, ¿eh? —añade.

Pensativa, asiento, mostrándole una sonrisa que sé que necesita en estos momentos. Espero que le transmita calma y paz. Espero volverlo a ver.

—Antes de irme, quiero preguntarte de nuevo sobre Santiago.

—No existe, Isabel —responde, cansado—. Es como el fantasma que siempre debe existir en toda ficción. Sin fantasma, la trama se vuelve aburrida.

—Pero alguien tiene que ser.

—Deja de darle más vueltas y pillá a esa asesina.

En todo esto hay alguien más, estoy segura. Un hombre que se camufla bajo la identidad de Santiago López está dirigiendo la orquesta. Puede que Sara solo sea una marioneta en sus manos y, en ese caso, lo averiguaré hablando directamente con ella. No tengo nada que perder, nadie tiene por qué saber nada y estoy convencida de que el escritor guardará silencio. No quiero demostrarle a Gustavo lo asustada que estoy. No quiero que vea cómo me tiemblan las piernas y mucho menos que sepa quién es la asesina de Elisa.

—Leyó mi novela—añade antes de cerrarme la puerta, mortificándose y mirando a su alrededor—. La asesina de Elisa es una fan.

Sara

Enero, 2007

No dejo de pensar que ahora, tres meses después de que me provocaran el aborto, ya se me notaría el embarazo. Cada vez me cuesta menos volar lejos cuando abusan de mí y Marco se aprovecha de toda esta debilidad e inestabilidad emocional utilizándome de saco de boxeo para aliviar tensiones. Así lo dice él: «aliviar tensiones». Nunca en la cara, por supuesto. El estómago y la espalda son sus partes favoritas que minutos más tarde, cuando se desahoga, acaricia y besa como si le fuera la vida en ello. Está loco. La cara sigue siendo sagrada, no solo por «mi trabajo», sino por las fiestas y cenas con amigos que últimamente han sido muy habituales. Las mujeres de sus amigos, envidiosas, me preguntan si me he hecho un *lifting* y yo me río y les digo mi edad. Ellas, las nuevas que acabo de conocer en esta ajetreada vida social, comentan que parezco mayor. Yo respondo que son los golpes de la vida. Y nunca mejor dicho. Los golpes de la vida.

Marco sigue pendiente de que no meta la pata. No me deja ni un segundo sola haciendo ver que todo entre nosotros es perfecto. Sigo pensando en confiar en alguna de estas mujeres, pero ¿me ayudarían? ¿Lo harían? ¿O me tomarían por una loca esquizofrénica? Me temo que me tomarían por una chiflada que oye voces que no existen y vive momentos que no se han dado en realidad. Cuando vienen a nuestro piso debo hacer como que la comida que trae el *catering* la he preparado yo con todo el amor y el mimo del mundo. Me pongo el delantal y simulo ser la admirable mujer del señor Mendieta que canta y baila mientras cocina al ritmo de cualquier bachata de las que les gustan a esas pijas además de la música clásica y la ópera. Curiosamente descubrí, el día 22 de diciembre, cuánto me gusta a mí también. Con Marco y otra pareja fuimos a ver *Manon Lescaut* de Puccini en el imponente Teatro del Liceu de Barcelona. La historia de la ascensión y la caída de la cortesana Manon fue escrita con una música que a todos los presentes nos conmocionó. Incluido Marco. No creía que pudiera emocionarse en la ópera. Esa obra me marcó. El «*Sola, perduta, abbandonata*» del cuarto acto, me provocó un nudo

en la garganta del que no pude deshacerme en toda la noche. Disfruté. A pesar de estar al lado de Marco, fue una gran velada. Yo nunca habría podido permitirme el lujo de ir a una representación de ese calibre. Aunque mis tíos tenían dinero, nunca nos llevaban a ningún sitio, era como si se avergonzasen de nosotros, como si fuéramos una pesada carga.

El Gran Teatro del Liceu es un símbolo de la Ciudad Condal creado en 1847. Cuántos ojos mirando hacia un escenario que evoca tiempos pasados, guerras e historias, con una música maravillosa de fondo que te obliga a olvidar todas tus desgracias trasladándote a unos instantes que querrías retener en tu memoria para cuando lleguen los momentos malos.

Luego, tras unas copas en Le Piano, volvimos a casa. Marco me desvistió, dejó la ropa en el armario de su enorme dormitorio y me tumbó desnuda en la cama mirándome con deseo. Una vez más, le dejé hacer hasta que me obligó a volver a mi cuarto, sucia y sin ropa. Julio, que en esos momentos pasaba por delante del dormitorio de Marco, me miró de reojo y yo, a pesar de que el matón me ha visto desnuda en multitud de ocasiones, traté de cubrir mi cuerpo con las manos hasta llegar a mi lugar de reposo. Estaba temblando.

Marzo, 2007

Los días y los meses me parecen años. Los minutos, horas. Las horas, meses. Y así transcurre el tiempo, sin que nadie lo pueda controlar. Marco, cuando está en casa, pasa la mayor parte del día encerrado en su despacho. Por lo visto, tiene un cuarto secreto en el que nunca he reparado.

—Tiene mucho que mirar —me dice Julio, sin darme pie a hacer preguntas. Mejor así. Menos vigilada y con menos miedo.

Hoy he salido sola —¡completamente sola!— a tirar la basura. Eran alrededor de las seis de la tarde de un miércoles cualquiera del mes de marzo. Empieza a hacer buen tiempo; menos días de lluvia y más sol. Sé que Julio ha estado observando mis movimientos desde la ventana; cualquier tontería y él hubiera bajado corriendo para atraparme. Así que me he portado bien por ese miedo que sigue reconcomiéndome las entrañas y que me prohíbe pedir auxilio a desconocidos. Al cruzar la verja que separa la acera de la avenida del jardín privado que bordea el edificio, he conocido a uno de nuestros vecinos. Se llama Diego, vive en el segundo B y es escritor. No debe de hacer mucho tiempo que se ha instalado aquí; por lo que sabía, el piso estaba vacío. Cuando me ha acompañado hasta el interior de la portería me venía diciendo, con total

confianza, como si me conociera de siempre, que la pareja de al lado hace mucho ruido. O bien se pelean a menudo o ella grita en exceso cuando hacen el amor. Fermín, el portero, al igual que yo, se ha ruborizado cuando le ha escuchado decir eso tan tranquilamente. No debe de tener más de treinta años, parece campechano, natural y dulce por su forma de hablar y actuar. Es guapo. Moreno, de tez canela, ojos rasgados de color verde enmarcados por unas pestañas espesas y una sonrisa agradable. Quizá, en otras circunstancias, hubiera podido haber algo. Noto cómo me mira y sé qué significa. Hay atracción. Hay algo más aunque sea la primera vez que coincidimos. Me habían hablado de ese tipo de flechazos, similar al que sentí con Marco sin saber qué clase de monstruo se escondía detrás.

—Así que eres la mujer del propietario de todo esto —comenta, fingiendo caminar cuando lo que hace es detenerse para que nuestra conversación se alargue.

—Marco Mendieta, sí.

—Inmobiliaria Mendieta. ¿Por qué vivís aquí con la cantidad de propiedades que debe de tener tu marido? Si no es mucha indiscreción, claro.

—Este fue el primer edificio que adquirió en 1985. Vivir aquí es especial para él —disimulo, como si mi marido fuera un hombre extraordinario. Yo misma, muchas veces, trato de creer mis propias mentiras. Pienso, por un momento, en confiar en este hombre. En decirle todo lo que me hacen, esperando, así, que pueda ayudarme. Acudir a la policía, por ejemplo. Salvarme. Pero vuelve el miedo. La locura, las paranoias, el qué dirán, el qué pensarán... el manicomio.

—En 1985... ¿Qué edad tiene tu marido? —se interesa.

«Demasiadas preguntas —pienso—. Indiscreto y directo. Me da miedo».

Pese a lo que me incomoda tener que responder a tan repentina curiosidad, no me apetece entrar en casa. Julio debe de estar pendiente de mi llegada extrañándose de que, habiendo entrado, tarde tanto. Aun así, me gusta la provocación y crísparle los nervios al matón; mi retraso es, sin lugar a dudas, un tremendo desafío.

—Cuarenta y tres —respondo.

Ya no me da vergüenza admitir que es veinte años mayor que yo. En unos meses hará cinco años que nos conocemos. Cinco malditos años y cuatro de infierno.

—Ya veo.

No sé por qué, pero no quiero que piense de mí lo que no es. Quiero

decirle: «¡Ey! No me enamoré de su dinero. Me enamoré de él de verdad, con el corazón. Yo creí que era correspondido pero solo me quería para ganar dinero. Para eso me quiere y para verme sufrir. Hasta esos límites insospechados llega su maldad, algo que, obviamente, no supe ver al principio».

—¿Tú estás casado? —me interesa saber.

—Divorciado. Hace tres meses que me he divorciado —aclara—. Ahora estoy escribiendo mi tercera novela. ¿Has leído *Amantes de la tierra*? —Niego con la cabeza. Marco compra pocos libros. En las estanterías tiene libros clásicos, a veces le he robado alguno. Dice que no tiene tiempo para leer y que yo tampoco porque no soy la que toma decisiones sobre lo que puedo hacer en mi tiempo libre—. Es el último que he escrito —añade—. Ahora estoy con otro muy distinto, veremos a ver qué tal sale.

—Qué bien. Me parece muy interesante.

—Sí, me gusta experimentar con diversos géneros —añade, reflexivo.

Vamos avanzando. Él se detiene en el ascensor, pero, al ver que yo subo por las escaleras, me sigue hasta que aparece Julio con cara de pocos amigos esperando frente a la puerta.

—¿Señor Mendieta? —pregunta Diego abiertamente.

—No —responde Julio, tajante y cabreado, con el ceño fruncido—. Por favor, señora Mendieta, entre. La están esperando.

Asiento. Miro de reojo a Diego que parece haberse percatado de lo extraño de la situación y también del terror inevitable que mis ojos muestran cuando doy un paso por delante de él para adentrarme en mi infierno personal. Me tiemblan las piernas y quiero llorar cuando veo a Marco sonriente y cínico en mitad del salón. ¿Cómo ha podido entrar sin que lo viera? No entró de ninguna de las maneras, claro. De hecho, no ha salido de casa en todo el día, pero no lo he visto porque estaba escondido en su rincón secreto del despacho.

En sus manos sostiene un látigo.

Tiemblo. Lloro. Dejo que mi alma se desprenda de mi cuerpo.

—En diez minutos viene una mujer. Es muy viciosa, pero te lo pasarás bien.

Isabel

Abril, 2015

Al salir del piso de Gustavo con el móvil a buen recaudo, dudo. Lo coherente sería llamar a Joel, pero no me fio. Podría ir a visitar a Sara, dejar que me mienta una vez más, para luego demostrarle que sé que fue ella quién lo hizo y, aun así, mostrarme participativa y dispuesta a escucharla sabiendo que, detrás del delito, debe de haber alguien que maneja cada movimiento como es el caso de haberle enviado el vídeo al escritor. Confío en él. Sé que no dirá nada y que, tal y como le he prometido, lo dejará en mis manos pensando que haré lo que debo: ir a comisaría. Pero no lo voy a hacer. Ahora mismo no confío ni siquiera en mí misma; esta revelación me tiene trastocada.

Al cruzar la calle para ir a por el coche de Leo, alzo la vista. Sara está asomada a la ventana. Un cruce de miradas. Querría que mis ojos me hubieran engañado, haberme confundido y que no fuera ella, sino alguien que se le parecía. Pero no hay duda. Sara Mendieta mató a Elisa Solano. Fin de la historia.

—Sabía que estarías saqué —dice una voz a mis espaldas.

—¡Joder! —Vuelvo a mirar hacia arriba. Sara se ha apresurado en desaparecer—. Joel, casi me matas del susto.

—Has vuelto a coger el coche de Leo.

—Ya ves.

—¿Por qué estaba el coche en Bellvitge? ¿Qué hacías allí?

—¿Dónde?

«Tiempo. Necesito tiempo».

—Supongo que sabes que anoche una vidente llamada Lucrecia Maldonado se lanzó del balcón. Ha salido en la prensa y en las noticias y, pese a tener enemigos, lo han tachado de suicidio dada la desesperación de la mujer, que debía cantidades indecentes de dinero.

—Ya. Sí, sé de qué me hablas porque lo he visto en los informativos del mediodía.

—¿Y qué hacía el coche de Leo allí? —insiste—. Nada más llegar a la

calle, cuando esta mañana me han llamado para ayudar en el caso, lo he visto. Y luego tú, que has pasado por ahí para llevártelo, ni te has dignado a acercarte para saludarme. Has querido pasar desapercibida. ¿Por qué, Isabel?

—No te he visto. He visto lío, nada más. No quería molestar. Pero no tengo por qué darte explicaciones, es mi vida.

—Anoche te fui a buscar al mirador. —Tal y como lo dice, parece un reproche más que un recuerdo—. He pensado que, quizá, aunque sea mucha casualidad, conocieses en Bellvitge al tío que me dijiste y por eso el coche estaba ahí. —Sabe que miento, que le estoy ocultando algo. No sé por qué trata de buscarme una excusa cuando en realidad tendría que haberlo hecho yo y mostrarme más tranquila.

—Sí, fui a tomar una copa por la zona.

—¿Estando en Gracia vas a tomar una copa a Bellvitge y acabas en el mirador de Sarriá?

—Es que no lo conocí en Bellvitge. O sea, sí —aclaro, tragando saliva—. Pero nos conocimos antes por internet y me citó ahí y yo fui.

—¿En internet? —No se lo cree. Claro que no se lo cree. Sabe que después de lo de Leo no tengo ganas de citas y mucho menos concertadas a través de internet—. Y coges el coche de Leo para ir a la primera cita que tienes tras su muerte.

—Déjame en paz, Joel.

—Cuidado, Isabel. Solo dime una cosa. ¿Tiene relación con algo de lo que pasó aquí? —pregunta nervioso, señalando el edificio de Sara.

«Puede ser. Seguramente. No lo sé».

—Te estoy diciendo que no sabía nada de este caso hasta que lo he visto en televisión.

—Vale. Que tengas una buena noche.

—Y tú. Adiós.

—Espera.

—¿Qué quieres? Voy con mi abuela, no me fio ni un pelo de tus vigilantes y mucho menos del hombre, sea quien sea, que se hizo pasar por ti.

—Nada. Que echo de menos a mi compañera y su mítico: «Cruz, hablas tú; cara, hablo yo».

No estoy para bobadas ni ñoñerías. Simplemente, no es un buen momento. Pero sonrío dejándome llevar por la nostalgia de tiempos pasados y por la pena que veo en la mirada de quien aparenta ser un tipo duro cuando la realidad dista mucho de esa coraza que no le permite, en ocasiones, empatizar

con las víctimas.

Al llegar a casa, después de estar más de una hora buscando aparcamiento por las estrechas calles de Gracia, la abuela me espera con un vaso de gazpacho frío en la mesa y pollo empanado con patatas fritas. Era el plato estrella que solía prepararme cuando era una niña. Alto en calorías en las que, cuando tienes once, doce y trece años, no reparas, pero que, con el tiempo y la obsesión por lucir un cuerpo como el de las modelos de las revistas, tratas de evitar.

—¿Un día duro? —pregunta.

—Extraño.

—Tengo judías en la nevera, por si te apetece algo más ligero. Pero como sé que esto era lo que te gustaba cuando eras pequeña... —murmura, como siempre tan entrañable.

—Está genial, abuela —le digo, dándole un beso—. Lo voy a devorar.

No he comido, estoy hambrienta. Como en silencio mientras la abuela mira por el balcón. Sabe que prefiero que nadie hable mientras como, lo cual agradezco, porque mi cabeza no para de darle vueltas al vídeo que he visto hace unas horas en el piso del escritor.

Hoy también hay función en el Teatreneu. Oímos voces animadas desde la cocina comentando la obra.

—Hoy tampoco he salido —comenta la abuela, resignada, cuando termino de cenar y le doy un último sorbo al gazpacho.

—Sal si quieres, pero con alguna amiga.

—De esas me quedan pocas —ríe—. Y las que quedan siempre se están quejando por todo. Que si un día la cadera, que si al otro la cabeza, el oído que no anda muy fino o los huesos. Los huesos siempre nos duelen. Ya llegarás, ya.

—Yo te veo divina.

—En comparación con esos vejstorios, sí —sigue riendo.

A las once y media de la noche la abuela duerme. La oigo roncar desde mi dormitorio. Saco el móvil y veo una vez más cómo Sara terminó con Elisa y tuvo la sangre fría de quedarse mirando el cadáver tendido en el suelo antes de irse.

Será mejor que duerma. Al menos lo voy a intentar. Mañana pensaré qué es lo que debo hacer.

«¿Qué harías tú en mi lugar, Leo?».

Gustavo de la Cruz

Abril, 2015

Un *hacker* ha entrado en mi ordenador. Coño, no me había pasado nunca nada igual.

Rememoro la amenaza que me han enviado y solo deseo que Isabel ya se haya encargado del tema. Que tengan a la sospechosa del asesinato de Elisa. Le he dado cien vueltas al asunto y tiene razón. Lo mejor será que me vaya. Puedo escribir mi próximo *best-seller* desde cualquier parte del mundo sin someterme al peligro que percibo aquí, en mi propia casa. Estaré atento a los informativos, por si el edificio que voy a abandonar vuelve a ser noticia.

Tengo que desaparecer. Alejarme de aquí. Pronto, rápido, ya. No puedo ni pensar, tengo la cabeza abotargada.

Empiezo a preparar la maleta. Son las once de la noche, hace cinco minutos que he llamado al taxi, ya debe de estar a punto de llegar. Hay que darse prisa, ¡espabila, Gustavo, espabila!

Recibo un mensaje. Mi taxi está esperando en la puerta. Me despido de mi casa, le prometo volver, cuando todo esto pase, cuando detengan a la asesina de la vecina. Bajo las escaleras aprisa, con todo lo necesario, incluido mi pasaporte, para coger el primer vuelo internacional que me lleve lejos de Barcelona.

—Al aeropuerto —le pido al taxista.

Le mando un wasap a Isabel:

Voy camino del aeropuerto.

Te invito a un cóctel en el Boca Chica cuando regrese.

Doy un respingo en el asiento cuando el taxista me pregunta:

—¿Adónde vas, Gustavo?

Es un fan.

—De retiro espiritual —me río.

No dice nada. Sus ojos son verdes, me mira por el retrovisor. Un tipo atractivo. Qué lástima estar tan hecho polvo, no tengo fuerzas ni para

coquetear con él.

Minutos más tarde, mareado por la temeraria conducción del taxista y las curvas, levanto la vista del móvil y me doy cuenta de que no me está llevando al aeropuerto. La oscuridad no me deja ver, pero creo distinguir montañas a mi alrededor. Parece la zona del Montseny.

—Perdone, pero por aquí no vamos bien.

Se ríe y, al mismo tiempo, cierra las puertas. Estoy atrapado en el puto taxi. Me entra el pánico, los sudores fríos, la asfixia cuando me fijo mejor en su cara. Estaba muy oscuro, no vi nada, pero pongo la mano en el fuego a que es el mismo hombre que estaba frente a la puerta de Sara Mendieta de madrugada.

—Santiago. Eres Santiago López.

—Eso dicen —contesta, volviéndome a mirar por el retrovisor.

Ahora, sus bonitos ojos verdes ya no me parecen amables, sino todo lo contrario. Este tío quiere matarme.

¿Qué tiene que ver con la asesina de Elisa? ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo?

—No estaba previsto acabar contigo, Gustavo, pero eres un bocazas y sabes demasiado gracias al vídeo que te mandé. Sabíamos que se lo enseñarías a la *poli*, lo hiciste bien. No es nada personal, de verdad, pero no podemos dejarte vivir y mucho menos que vuelvas al edificio Mendieta y sigas hablando con la policía.

—¿Quiénes sois? ¿Una mafia? ¿Queréis dinero? Llévame al aeropuerto y no digo nada. No vuelvo a casa, lo juro.

Vuelve a reír. Fuerzo la puerta, tiro de la manilla una, dos, tres veces, cincuenta, las que hagan falta. Voy a vomitar. Esta sensación de vértigo me atrapa, me provoca espasmos, claustrofobia. Todo cuanto siento es que la muerte está sentada conmigo en el asiento de atrás de este taxi del que no hay escapatoria. Estoy demasiado débil como para defenderme. Demasiado aterrado como para gritar, moverme o intentar huir.

Sara

Octubre, 2007

El tiempo transcurre menos doloroso cuando estoy con Diego. Suelo sentarme a su lado, calladita y sin hacer ruido, para verlo escribir. Me encanta contemplarlo cuando está concentrado y ensimismado en sus historias. Me he dado cuenta de que lo echo de menos cuando no puedo venir a verlo. Los motivos son simples: tengo clientes a los que complacer, Marco está en casa o estoy tan llena de moratones y rasguños por todo el cuerpo que no quiero que me vea así. Estoy empezando a tener sentimientos por él. Esas mariposas en el estómago que solo sentí una vez por el monstruo que vive en mi casa. Sucede cuando lo escucho hablar con su voz ronca de fumador empedernido que a la vez es sosegada y me transmite paz o al mirarme con esos ojos verdes repletos de anécdotas que, cuando despega sus dedos del teclado, se anima a contar.

—Los personajes nos hablan —suele decir siempre—, nos indican hacia dónde quieren ir, qué van a decir e incluso el malo, si quiere ser bueno, te pide un final mejor y viceversa. Hay buenos que también quieren ser malos.

—¿Por qué?

—Porque los malos suelen ser más interesantes que los buenos y el odio hacia ellos despierta pasiones que los lectores creían escondidas y necesitan poder analizar aunque no tengan el libro delante —responde con seguridad—. Los malos son los que nos ofrecen las grandes lecciones de la vida y los que nos garantizan esos enredos que tanto disfruta el lector.

Siempre he querido hablarle de Marco, del ser al que tanto odio sin tener que analizar nada, pero he de hacer enormes esfuerzos para reprimirme. Entre otras cosas, porque Julio confía en mí y, si lo hiciera, también lo matarían a él. Nos matarían a los dos. No puedo decirle a Diego que si Marco se entera de que estoy aquí, con él, lo pagaría muy caro. Julio me está ayudando, algo es algo. Vigila mucho el horario y, si me excedo porque aquí el tiempo se me pasa volando, no tiene reparo en venir a buscarme con cualquier excusa: la cena con los Costa, la reunión con el abogado, la firma del contrato de alquiler de la casa de Sant Andreu de Llavaneres... Cada día es una excusa diferente.

Julio está harto y Diego piensa que soy una mujer muy ocupada. Casada y con una agenda frenética. No ve más allá. A veces lo sorprendo mirando mi anillo de casada con tristeza, aunque sé que también le resulta agradable mi compañía. Diego me permite estar en su piso sin pedir nada a cambio. A él le gusta que yo esté aquí. Cree que no tengo amigos, al menos, no auténticos y que mi marido, como la mayoría de los de alto *standing*, tal y como él los llama, está demasiado ocupado para dedicarme su tiempo.

—Tiempo. El tiempo es primordial en la pareja; sin tiempo estáis muertos. Es lo que me pasó a mí con Úrsula —me contó una de las primeras veces que vine a verlo.

Con Diego fue todo muy natural. «¿Te apetece un café?», me preguntó. Su amplia sonrisa me dio confianza pero, espera, un segundo: «No te dejes engañar por las falsas apariencias, Sara», me digo siempre. El mejor ejemplo lo tengo en casa.

Yo pensaba que a los escritores les gustaba la soledad. Pero Diego dice que se siente más inspirado cuando estoy con él. Y eso me anima a seguir subiendo al segundo B y ser su inspiración. Algo así debió de sentir Lisa Gherardini, más conocida como La Gioconda o Mona Lisa, esposa de Francesco del Giocondo, al ser retratada por Leonardo da Vinci. Su musa. La obra de arte que sobrevive a sus creadores con el paso del tiempo y es, a día de hoy, una de las obras pictóricas más famosas del mundo. Y guardando para mí la pregunta: «¿Hay algún personaje en tu próxima novela inspirado en mí?», rezo cada día a un Dios en el que no creo para que así sea. Para que luego, una vez publicada, me reconozca al leerla en uno de sus personajes protagonistas, de esos que le hablan hasta cuando duerme y le dicen lo que quieren hacer y decir. Y luego, cuando el escritor y su musa convertida en un personaje estén muertos, las generaciones venideras podrán seguir disfrutando de la imaginación de uno y la inspiración de la otra.

Son sueños. Solo sueños.

Hoy hace seis meses que vengo a ver, casi a diario, a Diego. Me he duchado antes de venir; no quiero que perciba el perfume de pachuli del viejo que me ha estado follando atada al cabezal de hierro de la cama. Tengo las muñecas doloridas. Curiosamente, ninguno de mis clientes se espanta al ver las cicatrices de mis brazos, esas que sigo provocándome porque al sentir dolor me siento viva. Es lo único que sé con certeza que es real y lo necesito. Lo necesito porque, al autolesionarme, me siento mejor. Más fuerte y más viva.

Puede que haya más putas con marcas similares, que sea algo habitual en nosotras y por eso ninguno de los clientes se espanta. Son las marcas del sufrimiento y de esta vida que no es, ni de lejos, la que esperábamos cuando éramos niñas.

—Estoy terminando la novela —me cuenta sonriente, nada más entrar en su piso.

—¡Eso es genial! —exclamo, sintiéndome feliz por él y reprimiendo el impulso de abrazarlo.

«¿Y si ahora que ha terminado la novela ya no me quiere?», no puedo evitar preguntarme, acompañándolo hasta la cocina donde ha ido para prepararme una taza de café. «¿Y si ahora ya no le sirvo y se va con otra? Empezará la promoción o lo que sea que hagan los escritores cuando publican un libro y se olvidará de mí», sigo pensando.

Yo y mis inseguridades de siempre. Yo y mis preguntas.

—¿En qué piensas? —inquire divertido.

—En nada —miento.

—¿Estás bien, Sara? —Se encoge de hombros con la mirada perdida en la cafetera—. Nunca te veo contenta —añade—. Siempre vienes aquí, parece estar cómoda, pero apenas hablas de ti misma. Eres demasiado joven para desperdiciar tu vida de esta manera. ¿Pasa algo en tu casa para que prefieras venir aquí, conmigo? No te estoy echando ni nada de eso, yo...

Se queda callado. Un escritor, cuando siente tanto por dentro, también puede quedarse sin palabras. Curioso.

Sería un buen momento para explicárselo todo. Pero tengo miedo de que me repudie al enterarse de que me acuesto con hombres por dinero y que le dé más asco todavía saber que es mi marido el que gana con todo eso y me obliga a hacerlo desde hace años. Desde que me engañó o yo, estúpida de mí, me dejé engañar. Que lo peor de todo es que ya ni siquiera intento huir, matar a mi marido o salvarme. Me encantaría vomitarlo todo. Decirle que hace justo un año me obligaron a abortar y que, desde entonces, la posibilidad de concebir un hijo es nula. «Ya no tendrás más problemas de este tipo», le dijeron a Marco en el momento en el que más dolor sentí física y espiritualmente. Asesinaron a mi bebé de pocas semanas y me dejaron seca por dentro. Nunca podré ser madre.

—Estoy bien —sigo mintiendo.

—¿Qué es lo que te hace tu marido? —pregunta suspicaz—. ¿Qué son todas esas marcas que tienes en tus brazos? ¿Esos moratones mal maquillados con

los que vienes a veces? ¿Qué te hace? —insiste.

Retrocedo un paso muerta de miedo. ¿Cómo ha visto mis brazos si siempre los llevo cubiertos con camisas de manga larga? Si se entera de todo, él también puede estar en peligro y lo que menos quiero es que le pase algo. A él no, no podría perdonármelo nunca. Empiezo a saber de todo lo que es capaz mi marido.

—No, Sara. Ven aquí. Espera.

Pero mis pasos se aceleran y cierro la puerta de su casa antes de que pueda alcanzarme. Con lágrimas en los ojos y un estado de ansiedad que me aprisiona y me ahoga, bajo las escaleras y entro en la prisión en la que Julio me espera. Me mira de reojo con lástima; un sentimiento fraternal hacia mí parece haberse apoderado del matón.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. No ha pasado nada.

Pero siempre pasa algo. Y Diego, conociéndolo como creo conocerlo, va a querer saber más. Si lo descubre todo, lo matarán.

Me voy a mi dormitorio y no salgo hasta las ocho y media de la tarde, hora en la que llega Marco y se encierra en su estancia secreta del despacho para no escuchar los gemidos de otro loco que también me ata con cuerdas de esparto al cabezal de la cama para dejarme sin alma.

Enero, 2008

Julio me pregunta constantemente por qué ya no voy al piso del escritor. Tiene buena memoria; todavía insiste en querer saber qué sucedió el día en el que me fui antes de tiempo de casa de Diego y llegué con un ataque de ansiedad, llorando, paralizada y muerta de miedo, aunque ya esté acostumbrado a verme así. Él dice que me deja ir, que si eso me hace un poquito feliz, me encubre. Pero yo le digo que no, que ya ni siquiera puedo mirarlo a la cara. Con lo mucho que lo he querido en silencio y con lo enamorada que estoy de alguien que no parece un monstruo, no poder verlo es otra condena.

Estas últimas Navidades han sido animadas. Cenas y fiestas con amigos de Marco mientras su madre sigue en Londres rehaciendo su vida tras la muerte de su marido. Marco, para mi disfrute, parece agobiado; demasiado trabajo. Tampoco está tan pendiente de mí y hace tiempo que no me dirige la palabra, lo cual está bien. Está muy bien. Sabe que no escaparé, que no haré ninguna

tontería, que soy suya, ahora y siempre, hasta que la muerte nos separe. Ojalá nos separe pronto. Ojalá se muera y se pudra en el infierno.

Son las diez y media de la mañana de un frío día de enero normal y corriente. ¿He dicho normal? En la agenda hay programados dos tíos. Dos horas con cada uno. Uno de los nombres me suena, puede que ya haya venido. Serán cuatro horas insufribles de esclavitud. Julio está sentado en el sofá del salón leyendo el periódico y mirándome de reojo; yo preparo café para él y para mí. Es nuestro momento del día, aunque nunca nos decimos nada.

Alguien llama a la puerta. Julio y yo nos miramos extrañados y, sin necesidad de palabras, nos preguntamos mutuamente: «¿Quién llama a estas horas? ¿Quién se atreve a romper nuestra rutina?». Soy yo la que va a abrir. A veces me pregunto por qué Marco, aparte del lazo sentimental que le une a este lugar, decidió instalarse aquí cuando todos sabemos, clientes incluidos, que la privacidad del «negocio» es nula. En este piso también soy ama de casa porque Marco se niega a contratar servicio debido a la poca intimidad que cada estancia garantiza. Nadie, salvo Julio, soportaría ver lo que me hacen cada día. A veces creo que Marco corrió riesgos aunque, conociéndolo como lo conozco, sé que eso le pone. Es el riesgo de la gran ciudad y de una comunidad de vecinos pudiendo estar en una mansión alejada de las miradas indiscretas como la que teníamos en Sant Andreu de Llavaneres. Esa sí era lo suficientemente grande como para que el servicio no se enterara de lo que me hacían. Había días en los que, estando en la misma vivienda, no nos veíamos. Ellos creían que esos hombres y mujeres venían a reunirse con Marco por asuntos de trabajo; el servicio no pregunta, solo atiende y sonríe. Si se enteraron de algo, hicieron oídos sordos.

Cuando abro la puerta me topo con la mirada inquisidora de Diego. Bajo el brazo lleva una novela enorme que, calculo, debe de sobrepasar las setecientas páginas y en la portada, que me muestra sin tan siquiera saludarme, aparezco yo. La miro con una mezcla de emoción y pánico al descubrirme con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo de su sofá. Profundamente dormida, mis labios poseen una forma de piñón que nunca he considerado tener. Los pómulos marcados y la tez pálida; el ceño ligeramente fruncido de quien no descansa en paz y el cabello alborotado. Cualquiera que la viera sin saber que estoy dormida, podría pensar que se trata de una muerta. De una actriz que simula estar muerta para la portada de una novela a la que ha titulado: *Ella, mi inspiración*.

—¿No te gusta? —pregunta contrariado.

«Me encanta. Me emociona. Quiero llorar. Pero como la vea Marco, te matará».

—Tienes que irte de aquí, Diego.

Y entonces, al rogarle que se vaya, no puedo evitar llorar. «¿Por qué no has venido antes? ¿Por qué no has encontrado la manera de venir a rescatarme? ¿Por qué no me salvas de este infierno? ¡Creía que me habías olvidado! Que no fui nada para ti. Y ahora vienes y me demuestras que lo soy todo. Aquí y ahora; presente y sin miedo. Sin miedo. Cómo me gustaría no tener miedo y ser libre como tú».

Siento cómo el suelo se desestabiliza mientras las palabras que le diría se quedan mudas. Parezco flotar; las paredes se me echan encima y un martillo me golpea el cerebro estrujándolo hasta dejarlo sin oxígeno. El momento de agobio más temido y opresivo.

—Tienes que irte y no volver nunca, nunca más —le advierto, controlando el temblor de la voz, pero no las lágrimas que siguen y siguen manando de mis ojos.

—Pero ¿qué dices, Sara?

—Por favor —le susurro, cogiéndole con desesperación del brazo—. Por favor, vete. No quiero que te hagan daño.

Los pasos de Julio se aproximan lentamente. Diego debe hacerme caso si quiere seguir con vida.

—¿Qué te hacen? Sara, ¿qué te hacen? Veo cómo entran hombres a este piso, veo tus marcas, tus moratones. Hoy tienes uno aquí, en el cuello. Te voy a salvar. Te voy a sacar de aquí —promete.

—¿Pasa algo? —interviene Julio, deteniendo lo que parece el plan de huida de dos amantes.

«Y ni siquiera sé cómo saben tus labios».

—No —disimula Diego, tragando saliva—. Solo quería informar a la señora Mendieta de que mi próximo libro saldrá publicado la semana que viene. Ella ha sido parte de la creación, me ha ayudado mucho con sus consejos —sigue diciendo, ocultando la portada del libro. Sabe que no ha sido un acierto elegir mi cara, fotografiada por él, por lo visto, en un ratito de siesta que me eché mientras él escribía. Ni siquiera lo sabía.

—Buenos días.

Julio le cierra la puerta en las narices y luego me mira alzando las manos.

—Si le pasa algo a este tío, yo no me hago responsable.

—No le hagáis nada, Julio, por favor —suplico desesperada—. Ya le he

dicho que se vaya, que...

—Que corre peligro. Eso le has dicho, ¿no? Joder, Sara. ¿Aún no sabes quién es tu marido? No lo sabes, ¿verdad?

Febrero, 2008

Estoy asomada a la ventana. Julio, detrás de mí, prepara algo para comer. No he vuelto a saber nada de Diego, pero sigue aquí. Y está vivo, está bien. Si me concentro, desde mi dormitorio puedo escuchar sus pasos en el piso de arriba. De la cocina al salón; del salón al despacho y de ahí al dormitorio. Me imagino en la cama, con él. Mirándonos de frente, besándonos dulcemente en los labios mientras sus manos delicadas recorren cada centímetro de mi piel con el único fin de conservar ese momento para siempre. Para nosotros dos. Pero es un imposible que jamás va a suceder.

A lo mejor se lo ha pensado dos veces antes de ayudarme; ha mirado por su seguridad al prever el peligro y lo entiendo. Nadie salva a nadie a no ser que lo ame y Diego no me ama. Ha sido una ilusión por salir un momento del infierno de estas paredes que me tienen prisionera. No quiero volver a sentirme tan decepcionada como a lo largo de este mes desde que él llegó a mi puerta mostrándome lo que sí parecía un signo evidente de amor: la portada de su libro que no he leído y que jamás leeré.

Debe de estar muy ocupado. Entrevistas, presentaciones... esas cosas que hacen los escritores. No piensa en mí. Estoy segura de que, de las veinticuatro horas que tiene el día, puede que solo me dedique dos segundos, como mucho, y solo porque soy la protagonista de la portada de su libro. Al menos, cada vez que lo mira me ve a mí y eso me reconforta.

—En diez minutos viene un tío —me informa Julio.

—¿Cuándo acabará esto?

—Cuando no te quieran. Cuando ya no seas joven ni atractiva.

—Tengo hambre.

—En la cocina tienes algo de comer. Mientras no venga Marco, no hay problema. Come algo.

—Gracias.

Cuántas veces le he pedido que me ayude. Que tracemos un plan en el caso de que él también esté cansado de soportar todo esto y si, con un poco de suerte, a lo largo de este tiempo pegados el uno al otro me ha cogido un poco de aprecio. Julio, siempre pegado a mí, ha controlado cada uno de mis movimientos; lo que digo, a quién se lo digo, lo que hago y lo que no. Creo

que hasta sabe lo que pienso y eso sí que da miedo.

—No quiero que te vuelva a pegar —suelta de repente.

«¿Acaso crees que me gusta que me pegue?», pienso.

Anoche, Marco, que tan pronto me colma de besos como me somete a la crueldad de su furia, me dio una paliza de la que no me he recuperado. Tengo la espalda destrozada y me cuesta tenerme en pie. Por lo visto, un cliente no salió satisfecho. Le dijo que era rebelde, que no dejé que me besara; no se lo pasó bien.

—¡Me has hecho perder cien mil euros! —me gritó enfurecido Marco cuando llegó de trabajar.

Suplicante, miré a Julio que, de un solo manotazo, podría matarlo, pero se quedó detrás sin mover un solo dedo. Sin salvarme. Pero se lo perdono. Se lo perdono porque tiene que enviarle dinero a su madre enferma. Julio es de Armenteros, un pequeño pueblo de Salamanca en el que aún viven sus dos hermanas con su madre. No trabajan y los dos mil euros que les envía cada mes les da para pagarlo todo, incluso las costosas medicinas. Eso es lo que me ha contado. No quiero saber cuánto gana por no hacer nada por mí y seguir las órdenes del diablo al que protege y simula adorar.

Tras el incidente, Marco se encerró en el cuarto secreto que hay en el interior de su despacho. Puede que sea su refugio para maquinarse su próxima jugada: cómo deshacerse de mí cuando sea vieja y fea y ninguno de sus clientes me quieran. Son solo imaginaciones mías, pero eso me permite dejar de pensar en mí por un momento y pensar en la pobre chica que vendrá después.

—¿Qué es eso? —pregunta alertado Julio, precipitándose contra el cristal de la ventana.

En la calle vemos un coche de policía que se ha detenido con las sirenas puestas. Bajan dos agentes uniformados y entran en nuestro edificio.

—Estarán hablando con Fermín —supone Julio.

Yo, callada, rezo para que vengan. Contarles a gritos todo lo que me hacen, que estoy prisionera, que me saquen de aquí. Pero no viene nadie hasta pasada media hora, cuando tocan al timbre y yo, detrás del cuerpo grande de Julio, veo cómo los dos agentes lo miran con una media sonrisa, como si ya lo conocieran y, en medio, un Diego asustado con el ceño fruncido mirándome con tristeza.

—Les he contado a la policía lo que está pasando aquí. Te fuerzan, Sara. Es

eso, ¿verdad? Te están forzando a hacer cosas que no quieres —explica Diego, con la voz temblorosa, rozando el desespero—. Veo cómo entran hombres. Hombres de todo tipo, a todas horas. Ya les he dicho a los agentes que no son amigos de tu marido, que vienen a por ti. ¿Te están prostituyendo? ¡Miren sus golpes! ¡Miren su cara! —grita enfurecido.

Digo que sí tímidamente, con disimulo. Julio, en su afán de mantenerme con el pico cerrado, me aparta cuidadosamente con una mano.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —ordena, dirigiéndose a los agentes—. El señor Mendieta os lo recompensará.

Diego, más confuso todavía, me mira tratando de decir algo, pero, al igual que yo, la sorpresa y el terror del momento que estamos viviendo es tan grande que no le salen las palabras. Observa, incrédulo y sin oportunidad de oponer resistencia, cómo los dos policías lo esposan y se lo llevan con violencia sin dar explicaciones. Sus risas son como martillos clavándose en mi cerebro mientras Julio se asoma por las escaleras para controlar que sacan al escritor del edificio para, supongo, no volver más.

—El portero está almorzando, no ha visto nada.

—¿Qué ha pasado, Julio?! ¿Qué ha sido eso?! —pregunto a gritos, llorando y propinándole golpes en el pecho.

—¿Qué esperabas? Te lo advertí, Sara.

Policía corrupta que por un fajo de billetes es capaz de encubrir un crimen como el que están cometiendo conmigo y en el que debo aparentar, después de todos estos años, ser la joven señora Mendieta a la altura de su marido en cenas y fiestas exclusivas. Contactos los de Marco, que son capaces de asesinar a alguien que descubre más de la cuenta, que empieza a entrometerse y a saber cosas que jamás debería haber averiguado y que acaba, probablemente, muerto y enterrado bajo tierra.

—¿Qué le va a pasar a Diego?

Quiero decirle que es un escritor famoso y reconocido. Que lo van a echar de menos y van a hacer preguntas cuando desaparezca.

—Pequeña, no lo quieras saber —responde, viendo desde la ventana cómo el coche policial se aleja con Diego dentro, sin posibilidad de escapar.

Me siento terriblemente culpable. Quiero gritar. Atravesar con mi debilitado cuerpo los cristales de la ventana por la que mira Julio y acabar estampada en la entrada de este edificio maldito. Quiero morirme. Necesito volver a ver a Diego. Lo imagino en el interior del coche policial dango golpes y formulando preguntas que son ignoradas sin entender nada, como

cuando me llevaron a mí hasta la fábrica abandonada del polígono industrial. Me quitaron a mi bebé, pero matarme hubiera sido mejor. Quiero saber adónde se lo llevan sin aceptar que será el último recorrido que haga porque a él sí lo van a matar. Diego ha intentado salvarme de la única manera que ha creído correcta: llamando a la policía. Creyendo en la justicia. Error. Hoy he aprendido otra cosa: a no confiar en nadie, ni siquiera en quien, supuestamente, trabaja por el bien y la seguridad de los ciudadanos.

Diego me amaba. Ahora me doy cuenta y, por mi culpa, va a perder lo que me dijo una vez que más valoraba: la vida y la libertad por encima de todas las cosas.

Y yo, duraré lo que tenga que durar. Aguantaré todo lo que tenga que aguantar hasta que pueda convencer a Julio, que sé que también odia a Marco con todas sus fuerzas, que lo mejor que puede hacer es convertirse en mi aliado. Da igual lo que tarde, sé que lo conseguiré. Uniremos nuestras fuerzas y acabaremos con el demonio.

Isabel

Abril, 2015

Gustavo de la Cruz me envió un wasap anoche. No sé adónde ha decidido irse, pero me alegra que me haya hecho caso. Le deseé un buen viaje. Esta mañana, me he despedido de la abuela sin tan siquiera almorzar, con un solo pensamiento: Sara Mendieta. Santiago López. Tengo que descubrir la verdad.

Sara

Con lo tranquila que estaba yo, aparece de pronto la policía venida a menos por casa.

—¿Qué quieres? —le pregunto, dejando caer todo mi cuerpo en el marco de la puerta para no dejarla entrar.

—Quiero hacer preguntas, Sara. Hablar contigo, directa al grano y sin irnos por las ramas. Quiero saber toda la verdad de lo que ha pasado y está pasando aquí. No quiero juegos.

Su tono es amenazante, pero no me intimida. Al contrario, me divierte. En el fondo me gusta su actitud, aunque será difícil que sepa toda la verdad porque no solo depende de mí. Yo tampoco sé lo que está ocurriendo; compartir la duda con alguien quizá me alivie esta pesada carga que llevo encima. Depende también de que se lo quiera contar, de que tenga, al fin, a alguien a quien vomitarle toda una vida y conseguir el valor para hacerlo. La miro a los ojos, el espejo del alma. Quiero saber quién es.

—Me rindo. Entra y siéntate —le ordeno, con un par de vasos de whisky.

—Yo no bebo, gracias.

—Lo había olvidado —me excuso, viendo cómo saca su teléfono móvil y se centra en buscar algo que, sin darme tiempo a reaccionar, planta con seguridad delante de mis narices.

No puede ser. Esto no puede estar pasando. Su móvil me muestra la grabación de un vídeo que solo ha podido salir del «Ataúd Blanco», en el que la cámara del salón de Elisa muestra la imagen del momento en el que la maté. No se me ve la cara, solo la coronilla, pero ha sido capaz de identificarme. En

algún otro lugar, hay otro «Ataúd Blanco». Otros monitores, otras cámaras, otros ojos que controlan todo cuanto pasa en el edificio Mendieta.

—Vas a responder a mis preguntas, ¿de acuerdo? —Baja el móvil y lo vuelve a guardar en el bolsillo de su pantalón. Por un momento, pienso en la posibilidad de abalanzarme contra ella, matarla si hiciera falta, para quitarle el móvil y que no tenga ninguna prueba contra mí.

—De acuerdo —me resigno, calculando cuánta fuerza puede tener. Enseguida me doy cuenta de que no tendría nada que hacer contra ella; está entrenada para luchar.

—Antes de nada, quiero decirte que no he enseñado este vídeo y no me preguntes por qué, pero ya tendría que haber dado aviso, así que estoy metida en problemas, por lo que si lo oculto dependiendo de lo que me cuentes, también estaré mirando por mi seguridad. Sara, ¿afirmas que mataste a Elisa Solano?

«Me rindo. Para qué te voy a mentir si lo has visto con tus propios ojos. Para qué gastar energías en volver a disimular o hacerte creer que estás loca, si con una que pierda la cordura ya es suficiente». Parece tan segura y tan tranquila que no tengo que justificarme a mí misma si, de repente, quiero contárselo todo. Total, puede que igualmente termine en la cárcel. Mejor pronto que tarde, así me acostumbro.

—¿Lo estás grabando? ¿Como prueba o algo? —desconfío.

—No.

—Me tenía amenazada —empiezo a explicarle, controlando el impulso de salir corriendo—. Por lo visto, Elisa tuvo una hija de mi marido y me amenazaba con quitármelo todo porque sabía que, según una cláusula del testamento, en caso de haber un descendiente, este se convertía en heredero universal. Elisa era una mala persona.

Asiente, pensativa, como midiendo sus palabras.

—No eres la única que me dice lo mala persona que era Elisa —se lamenta—. ¿La hija de Elisa era de Marco Mendieta, tu marido? —quiere corroborar, como si no le sorprendiera lo más mínimo. Asiento. Ella sola ha respondido a una de mis dudas: a quién maté el 24 de marzo. Sí, fue a Elisa. Ni mujeres detrás de los árboles espiándome, ni sombras; todo fruto de mi imaginación desquiciada. No es Elisa quien me ha amenazado hace días. Entonces, ¿quién es?—. Así que lo más sencillo fue quitártela de encima, ¿no? —acepta con tranquilidad, como si estuviera de acuerdo. Surrealista, pero me vale.

—Sí. Eso y porque su marido, Santi, me empujó a hacerlo —reconozco, aun

pudiéndome callar la culpabilidad que tiene Santi en todo esto—. Lo maltrató durante años —le cuento—. Santiago y yo éramos amantes. Empezamos a tener una aventura cuando llegó al edificio después de que mi marido falleciese —confieso contundente.

—Santiago López existe —afirma, como quien encuentra la respuesta que ha estado esperando desde hace tiempo—. ¿Fue a quien viste en el balcón cuando cayó la vidente? —expone, dejándome sin habla por cómo ha ignorado mi confesión al declararme culpable por el asesinato perfecto que cometí. «¡Eres *poli*! Haz algo, detenme. Reacciona, joder». Pero ahí sigue, impasible—. No aparece en los registros —continúa diciendo—, Joel me lo dijo. Nadie de este edificio lo ha visto nunca, ni Fermín ni Gustavo. Solo su nombre aparece en la lista de pasajeros del Germanwings y en el contrato de alquiler de este piso, nada más. Ni carné de conducir, ni seguridad social o cuentas bancarias. Siempre pagaban el alquiler en efectivo, ¿verdad? —Asiento descolocada—. Y no hay nada que lo vincule matrimonialmente con Elisa Solano. ¿Quién era Santiago, Sara?

«Eso mismo me pregunto ahora yo», me callo, tratando de ocultar mi desconcierto por la estocada que me acaba de propinar.

—A ver si te crees que estoy mal de la cabeza —me defiendo—. Santi era Santi y me estás queriendo hacer creer que era un fantasma indocumentado. Era un hombre dulce y agradable con el que podías mantener una conversación tranquila durante horas. Una persona normal. Una buena persona —declaro, más para convencerme a mí misma que para definirlo con exactitud.

«Se han equivocado —me digo—. No han dado con él por algún error de archivo o algo similar. Esas cosas pasan, ¿no? ¿Pasan?».

—No te estoy diciendo que estuvieras con un fantasma, sino con un farsante. Santiago López no era su nombre real y el hecho de que apareciera entre los pasajeros del Germanwings, aunque él al registrarse era imposible que supiese lo que iba a pasar en ese avión, me hace sospechar que su intención era desaparecer. ¿Formaba parte de vuestro complot?

Asiento, aunque no muy convencida. El destino era Mallorca, no Düsseldorf. ¿Formaba parte de nuestro complot? ¿O del plan de Santi o como quiera que se llame?

El miedo se apodera de ella al ver que no hago ningún comentario más. Por un momento, yo también parezco entrar en pánico, envuelta en una oscuridad que me atormenta y hace que la pregunta de si Santi me ha traicionado sea la respuesta que menos me preocupa ahora.

—¿Tienes una foto de él? —pregunta.

—No, lo siento —me disculpo, tragando saliva para engullir mi desilusión y ocultarla en mis tripas—. No tengo ninguna foto de Santi.

Isabel

—Tranquila.

Está llorando como una cría; no hay nada de esta mujer que reconozca en la frialdad con la que actuó en el vídeo que tengo en el móvil. Encogida sobre sí misma con las manos hundidas en la cara y moviendo la cabeza de un lado a otro como si, en cualquier momento, se fuera a desnucar. La situación parece estar superándola y todo por algo tan aparentemente simple como el hecho de no tener una fotografía de su amante.

—Sara, es solo una foto, ya daré con el rostro de ese hombre sea quien sea y se llame como se llame. Lo encontraré, te lo prometo. Verás —empiezo a decir—, alguien estuvo en el piso de mi abuela. Lo describió como un hombre alto y fuerte que llevaba gorra y, aunque no está muy segura, dijo que tenía los ojos claros. Creí que se trataba de Santiago. ¿Coincide con esa descripción física?

Sara

—Santiago tenía los ojos verdes y era alto y fuerte, sí —asiento—. Podría haber sido él, pero... no sé. Me extraña.

—¿Qué son esas cicatrices en los brazos? —me pregunta, cambiando de tema, para, al cabo de un momento, negar con la cabeza, volver a coger su móvil y añadir—: Debo de estar loca y es posible que me arrepienta de todo esto, pero tan víctima eres tú como lo fue Elisa. Es algo contradictorio, debería considerarte una asesina, pero solo eres una víctima —repite— que trató de defenderse, aunque lo normal hubiera sido denunciarlo. ¿En eso estás de acuerdo? —Asiento, sin la seguridad en mí misma que querría mostrarle. Vuelve a plantar delante de mí la pantalla del móvil y su dedo, imprevisiblemente, marca el botón de la papelera borrando para siempre la prueba de que fui la asesina de *mi vieja amiga* Elisa—. Voy a ayudarte, pero cuéntamelo todo. Dame motivos para no creer que me he vuelto loca.

Isabel

Ante las adversidades y los enemigos, nunca sabemos cómo vamos a

reaccionar. Es imposible adivinar si el instinto asesino que todos llevamos dentro se va a despertar. Con este pensamiento, trato de empatizar con Sara cuando empieza a relatarme la historia de su vida: desde la infancia hasta un matrimonio oscuro, enfrascándome en el terror de años de abusos, maltrato, prostitución y secuestro a manos de su marido, Marco Mendieta, un hombre poderoso cuyo dinero pudo comprarlo todo, incluso a policías corruptos que mataron a un hombre que quiso ayudarla y que, con razón, hizo que dejara de creer en la justicia.

MAYO

«La muerte y yo firmamos un pacto.
Ni ella me persigue, ni yo huyo de ella.
Simplemente, algún día, nos encontraremos».

ANÓNIMO

Sara

Enero, 2014

Parece mentira que hayan pasado doce años. Han sido lentos, agonizantes, solitarios y tristes. Si miro atrás solo veo malos momentos y peores decisiones; posibles huidas que podrían haber sido exitosas o no, lamentándome a menudo por no haberlo intentado pese a que, seguro, ya estaría bajo tierra. Como Diego. Contradictoriamente, a veces, me da por contemplar mi reflejo en el espejo cual narcisista en la que me he convertido, y me siento orgullosa de mí misma. Cualquiera en mi lugar se hubiera tirado por la ventana —cuántas veces lo he llegado a pensar— o habría terminado por desgarrarse la piel de las muñecas, no solo profundamente como una cobarde y enferma como yo, sino internamente hasta que el corazón se detuviera. Cualquiera se rendiría ante doce años de violencia, humillaciones, manipulación y sexo no consentido. Cualquiera hubiera intentado huir. Acabar con él o, por miedo, con su propia vida. Cualquiera menos yo. Yo no soy cualquiera.

Me siento la mujer más fuerte y poderosa del mundo sabiendo que, si he sobrevivido a doce años de esclavitud, podré ser capaz de cualquier cosa. Ya no le tengo miedo a nada ni a nadie. Me da igual si me matan mañana, si cavan una tumba en un bosque y me entierran para convertirme en pasto de gusanos. Me da lo mismo que un cliente salga de este piso del edificio maldito de la avenida de Sant Gervasi con la cara amoratada o la espalda arañada y amenace a Marco con no volver más. Disimulo bien las ganas de vomitar que tengo cada vez que veo a mi marido sonreír y ser amabilísimo con sus amigos y sus mujeres; las ignoro a todas ellas cuando, malintencionadas, siguen insistiendo en querer saber por qué no engordo.

—Ya no tienes veinte años, Sara —comentan, como si me conocieran desde que nací.

Yo, altiva, las miro y me callo. Es lo mejor, no quiero problemas. Porque lo que les diría no les iba a gustar nada. Cómo han cambiado sus rostros a lo largo de estos doce años. Qué pellejos. Cuántas operaciones estéticas para

disimular las arrugas del paso del tiempo, subir pómulos o evitar que sus narices se deformen y crezcan más. Cuántas horas en la peluquería y cuánto dinero tirado en ropa de marca que ya no les disimula las lorzas que ni siquiera una potente liposucción ha podido aniquilar. Debo, al menos de momento, continuar siendo la jovencísima y perfectísima mujer de Marco Mendieta que, a sus cincuenta años, sigue siendo uno de los hombres más atractivos y encantadores cuando está fuera de las cuatro paredes de su hogar. Un hogar que ha convertido, con disimulo para quienes no quieren saber de las vidas ajenas, en un prostíbulo junto a los otros veintisiete que hace poco me he enterado de que tiene repartidos en Barcelona y a las afueras. Están a nombre de Julio; Marco nunca ensuciaría de una manera tan estúpida su nombre y reputación.

El prostíbulo número veintiocho, situado en Cabrera de Mar, se incendió en mayo del año pasado. Murieron varias chicas raptadas y alejadas de sus lugares de origen con falsas promesas, y se destapó una red de mentiras por las que Julio podría haberlo pagado muy caro ante la justicia, si no fuera por los contactos del *jefe*, al que vi muy afectado por todo aquello. Cuánto me gustaba verlo sufrir. El caso se archivó y se ocultó a buen recaudo, ni siquiera saltó a la prensa, y pasó como con todo, como si no hubiese ocurrido nada gracias a un sobre abultado con cientos de miles de euros en su interior. Empecé a entender qué significaba ser «la elegida», cuando todavía había tantas chicas malviviendo y ejerciendo a la fuerza la prostitución en los otros locales ocultos a las afueras o en callejuelas oscuras del centro de la ciudad.

—¿Y no tienes miedo de que estén a tu nombre? ¿De que te den problemas como lo podría haber hecho el que se incendió?

—¿Qué voy a hacerle? Si eso es lo que quiere Marco, yo no puedo hacer nada, Sara. Estoy en sus manos.

Pobre Julio. Cada vez me da más pena al igual que todas las chicas; las que murieron y las que siguen con esa vida de mierda. Desde el principio, he debido de ser especial para Marco, aunque él jamás lo reconocería. ¿Quién iba a pensar que aparte de regentar la exitosa cadena de inmobiliarias también obliga a prostituirse desde hace años a su mujer? ¿A la mujer con la que se casó?! ¿Con quién se desahoga sexualmente Marco cuando no lo hace conmigo? ¿Con quién pasa las noches que no viene a casa? Cada vez que me lo pregunto, aparece el mismo nombre: Elisa. Pero otras tantas veces deliro y pierdo la noción del tiempo, así como la memoria. Como si mi cerebro se hubiera convertido en una especie de cortocircuito que solo funciona con

claridad cuando quiere.

Ya no soy aquella niña inocente de dieciocho años, sino una mujer hecha y derecha de treinta; la amante perfecta a la que aún no han sentenciado por seguir teniendo un físico que gusta a hombres y mujeres sin escrúpulos, a los poderosos clientes que el gran Mendieta se ha ganado con los años, a base de mentiras y muertes injustas. Él, sin embargo, cada vez está más fofo y calvo, aunque le digan que está estupendo, que no pasan los años por él. También es más huraño y cascarrabias, menos sociable, aunque nadie tenga las agallas suficientes para decírselo. Cuando me levanta la mano soy capaz de mirarlo a los ojos, retándolo, y agarrarle la muñeca arañándolo sin piedad. Grita, me insulta, pero no me pega. Ya no me pega. En ocasiones, cuando cree que no veo cómo me mira, siento la pena en sus ojos. ¿Es arrepentimiento, tal vez? Supo, antes de empezar una historia conmigo, que no tenía a nadie que me pudiera echar de menos. Yo solita me delaté. Yo sola cavé mi propia tumba.

—Ya no soy aquella niña, Marco —le advierto en ocasiones, cuando se muestra agresivo o ha bebido más de la cuenta y pierde el control—. Y tú pronto serás un vejestorio y seré yo quien te estampe contra la pared en vez de tú a mí —me atrevo a amenazarle mientras él ríe. Ríe porque tiene a Julio, porque cuando Julio ya no valga tendrá a otro y siempre habrá gente a su lado para protegerle, para pegarme o matarme y deshacerse de mi cadáver. Maldito hijo de la gran puta.

Julio viene, como siempre, con esa mirada de no saber hacia qué lado decantarse, y me amenaza cuando mi marido está presente, para luego disculparse cuando se va a cualquiera de los despachos del centro de Barcelona a trabajar. Ya no viaja tanto, por lo que tenemos que soportarlo más en casa.

—Contrólate, Sara.

—No puedo. Me siento más fuerte, Julio. Con más ganas que nunca de salir de aquí. De cargármelo.

—Shhh...

Juego en otra liga, la de ser yo la que da las órdenes. Si hubiera aprendido a jugar de esta forma desde el principio, mi yo de veinte años no hubiera salido tan traumatizada de según qué experiencias.

—El mes que viene hace seis años.

Julio me mira de reojo, sabe a qué me refiero y, sobre todo, de quién estoy hablando: Diego.

—Seis años que está bajo tierra. Como muchos otros.

—Diego no era muchos otros.

—Sustitúyelo por el otro escritor —ríe.

—¿Por qué otro escritor en el mismo piso? ¿Lo sabes?

—Marco está loco —farfulla—. Si se le mete algo en la cabeza tiene que ser así. Dice que el segundo B es de los escritores, que son muy interesantes e imprevisibles.

—Tenemos que matarlo, Julio. Antes de que nos haga algo.

—Cállate. No digas eso aquí.

—Estamos solos —le digo, al ver cómo mira a su alrededor asustado. Tan grandote él y luego, tan bueno. Le tengo aprecio a Julio; nos lo pasamos bien engañando a Marco y haciendo ver que nos llevamos como el perro y el gato en su presencia.

—Mira a tu alrededor. Nunca estaremos solos.

—Algún día, cuando dejes de decirme las cosas a medias, te entenderé —comento resignada.

Por si acaso, no hablo con nadie, solo con los conocidos y amigos de mi marido con los que seguimos quedando aunque mucho menos que antes y ya sin perspectivas de pedirle socorro a alguna de las mujeres. No quiero poner en peligro a nadie; no quiero que, al igual que Diego, otra persona termine bajo tierra por intentar salvarme.

Sara

Mayo, 2015

Me he acostumbrado a su compañía. A la de Isabel. Me transmitió confianza al eliminar el vídeo que prueba que soy una asesina y no sé de dónde pude sacar las fuerzas y las ganas de contarle lo que ha sido mi vida, de principio a fin, a modo de denuncia y de desahogo cuando no lo había hecho con nadie hasta ese momento. Parecía entenderme pese a ser *poli*. Cómo me miraba... Como culpándose a sí misma por todas mis tragedias, especialmente cuando le hablé de los dos agentes que se llevaron a Diego para hacerlo desaparecer, sobornados por mi marido.

—Gustavo tenía razón. A veces la realidad supera la ficción —comentó consternada, confesándome que mi historia era la más dura que había tenido que escuchar a lo largo de su carrera como policía y que no podía creer que, tras la fachada de seres aparentemente normales, se escondiera tanta maldad.

Ahora sé que Elisa fue incinerada y abominada por su propio padre por haber abandonado a la hija que tuvo con Marco quien, probablemente, nunca llegó a saber de su existencia.

—No diré nada, Sara —me prometió, un día en el que al cielo de Barcelona se le antojó amanecer gris, provocando una tormenta y unos rayos y truenos a los que no temí gracias a su presencia—. Eres tan víctima como lo fue Elisa —se compadeció—. Y además no hay vídeo, como si nunca hubiera existido. Como si nunca lo hubiera visto. Pero, a cambio, tienes que ayudarme a descubrir quién es en realidad Santiago y a destapar a quienes ayudaron a tu marido. Marco no actuaba solo, estoy segura. Seguramente hay otros culpables que siguen libres sin cumplir condena y que son los que ahora buscan vengarse de ti y de tu entorno por haberles arruinado el negocio.

Nunca había pensado en esa posibilidad.

—¿Cuál es tu historia, Isabel? —le pregunté con interés para evitar hablar sobre Santi. Lo que menos quiero pensar es que sea un asesino o un psicópata, que estuviera relacionado con Marco y sus negocios, y que la policía me vuelva a repetir que es un fantasma. Yo lo amé, lo toqué, lo besé y me hizo el

amor como nadie. No es un fantasma. Es alguien, solo que no sé quién es—. Porque no veo lógico ni normal que estés haciendo todo esto por mí, aun sabiendo que pones en riesgo tu vida y tu carrera.

—Señora Mendieta, las buenas chicas merecen una segunda oportunidad.

Fue todo cuanto dijo. Casi me echo a llorar. Yo nunca he sido una buena chica, no sé por qué se empeña en creer eso de mí.

Pienso en Santi a todas horas. Aunque ya no debería llamarlo así. No sé cómo se llama. A veces me enfado conmigo misma al no ver lo que parece evidente: que fue un farsante, que me dejé influir por él y que Elisa estuvo ahí para provocarme, enviada por alguien para que, finalmente, el hombre que me conquistó haciéndose pasar por un marido maltratado acabase convenciéndome para que cometiera un delito. Otros días quiero creer que el que está en peligro es él. Prefiero eso a sentirme engañada y traicionada. Espero constantemente una llamada, un mensaje... no quiero reconocer cuánto lo echo de menos y lo imbécil que sigo siendo al querer ver algo bueno en él que, tal y como cree Isabel, no existe. Nunca existió. Y yo la escucho y a veces casi me convence. Casi.

Mientras tanto, sigo en mi casa sin apenas salir ni tener contacto con el mundo exterior. Desde que Gustavo se ha ido, no he vuelto a entrar en el «Ataúd Blanco». Ya no hay nadie a quien mirar; el aburrimiento es mi compañero y, cuando me quedo sin botellas de vino con las que evadirme de todo, solo tengo que hacer una llamada a la portería y pedirle a Fermín que traiga más. A los diez minutos las tengo en casa. El portero me pregunta si quiero algo para comer. Yo le digo que no, que para sobrevivir no me hace falta comer mucho. A eso me acostumbró Marco. A no comer. A morirme de hambre y ahora, de lo que me muero de verdad, es de curiosidad por saber qué está pasando aquí. Por qué el despacho huele a su perfume, como si siguiera aquí, conmigo, formando parte de mi pesadilla. Igual la bruja tenía razón. Igual los fantasmas sí existen.

A veces, cuando son las dos de la madrugada, la hora en la que solía venir Santi huyendo de Elisa, veo sombras. Parecen proceder de la calle y no sé qué especie de brujería debe de existir para que aparezcan reflejadas en la oscuridad de mi salón. Son alargadas y siniestras; percibo sus garras, esas que me quieren atrapar para llevarme con ellas. Se acercan, sigilosas. Me tapo los ojos para no verlas y, cuando los abro, han desaparecido. Se van. Tan rápidamente como vienen, se van.

Isabel

Mayo, 2015

Hoy la abuela me ha tenido más entretenida de lo habitual. Como queriéndome hacer la puñeta, ha estado hablando con cada amiga que nos hemos encontrado por la calle durante más de un cuarto de hora. ¡Con cada una! Ocho llevamos, más de dos horas cotilleando sobre vidas ajenas. Qué dolor de cabeza. Exasperada, he mirado el reloj pensando en Sara y en ir a verla, como cada día durante todo este tiempo. No hemos llegado a ninguna conclusión; ni siquiera hemos descubierto quién vino a advertirme a través de la abuela. Solo sabemos que Santiago, tal y como yo supe desde el principio, no se llama así, sino que es alguien que nos tiene por completo descolocadas. No tenemos claro si sigue jugando, dónde está o quién es realmente. Y a mí todo me daría igual si, después del calvario por el que ha tenido que pasar, no me preocupase Sara. Su historia es una de las más escabrosas que he escuchado en toda mi vida y, cuando le dije que merecía una segunda oportunidad, lo hice de corazón. ¿En qué clase de policía me he convertido? Ya no estoy a tiempo para cumplir con lo que tendría que haber hecho: delatarla como la asesina de Elisa. Sin embargo, Sara amaba a ese Santiago ficticio, a ese hombre invisible que, en mi opinión, la lanzó al vacío y dejó que se precipitara con una pésima acción: asesinar a Elisa Solano por el interés de otra persona. ¿Quién o quiénes? Estoy en ello. El caso de los prostíbulos de Marco Mendieta que Sara cerró y todas esas chicas raptadas no puede quedar impune pese a la muerte del principal culpable. También a ella la tuvo atrapada durante años, pero no debió de actuar solo y si hay más gente implicada, estoy empeñada en que paguen por ello. Se lo he prometido a Sara, aunque estoy harta de incumplir promesas.

Seguiré descubriendo más detalles importantes pese a no tener nada aún, ni siquiera el apoyo de Joel u otros compañeros que me siguen imaginando hundida bajo las sábanas.

—¡Hija, déjame! —se ha quejado la abuela en el momento en el que entramos en el portal—. Tanta prisa, tanta prisa. Luego me tienes encerrada

aquí sin poder abrirle la puerta ni al vecino.

—Es por tu seguridad, abuela.

—Y otra vez te vas. Es la hora de comer y tú te vas —refunfuña gritando, debido a la sordera que cada vez va a más—. Hala, hija. Pues como quieras. Y vigila por ahí, que meter las narices en asuntos ajenos siempre trae problemas.

Me acerco, le ofrezco la mejilla y ella, satisfecha, asiente y no pierde mucho tiempo en acercarse hasta el fregadero para empezar a lavar la lechuga recién comprada en el mercado de Lesseps.

No he vuelto a coger el coche de Leo desde hace días. Me agobia la idea de tener que pasarme horas buscando aparcamiento. Llego a la zona alta de Barcelona en transporte público pero, antes de entrar en el edificio Mendieta, siempre intentando no cruzarme con el portero, veo a Joel esperándome en la acera de enfrente. Me saluda con la mano, esta vez se deja ver y, mirando a un lado y al otro de la calle, la cruza corriendo hasta plantarse delante de mí.

—Cuánto tiempo —saludo, en un intento por sonar irónica—. ¿Sigues espiándome?

Sé que sí. Alguna vez he visto su coche a lo lejos, disimulando. En otras ocasiones, desde la ventana de Sara, he descubierto cómo Joel esperaba detrás del árbol de la acera de enfrente para luego huir corriendo en cuanto yo salía del portal calle abajo.

—Solo quiero saber cómo estás.

—¿Sigues investigando?

—Yo no, ¿y tú? —No me gusta su tono de voz. No me gusta en absoluto—. Mira, Isabel, olvídate de Santi. Olvídate de esta casa. Olvídalo todo. —Suspira y añade algo que no esperaba oír—: He reabierto el caso de Leo.

Me quedo en *shock*. No sé si reír o llorar. Si abrazarlo o darle la espalda; si decirle que, después de ocho insufribles meses, espero que por fin dé con la persona que mató a Leo.

—Gracias.

—Te lo debo. Para eso están los amigos, ¿no? ¿Vas a entrar?

—Sí.

—Ten cuidado con esa mujer, Isabel —me advierte—. Hay algo turbio en ella, me da miedo que pases tanto tiempo ahí.

—¿Cómo sabes que paso tanto tiempo ahí dentro?

—Te vigilo, sí —reconoce, consciente de que lo sé—. Por tu seguridad y porque no tienes permiso para investigar por tu propia cuenta.

—Como ciudadana libre y con derechos, puedo hacer lo que me dé la gana.

—No, si te estás poniendo en peligro —repite seriamente—. Si te pasara algo también a ti, no me lo perdonaría.

—Estaré bien.

—Ten, por si acaso.

Con disimulo, Joel me tiende un arma. No una cualquiera, sino la mía, guardada en la taquilla acumulando polvo desde hace ocho meses.

—Borra mis huellas, no quiero problemas.

—Eso haré. Gracias otra vez, Joel.

Asiente, sonrío, da media vuelta y se va. Guardo el arma en mi bolso mientras veo cómo Joel sube la calle en dirección al coche que tiene aparcado más arriba y un cúmulo de sentimientos se apodera de mí con una sensación extraña que hacía tiempo que no experimentaba: la de un cosquilleo en el estómago que me abrumba y que, llevo tiempo diciéndome, no tengo derecho a sentir. No por Joel.

Cuando entro en casa de Sara, la percibo diferente; más nerviosa e ida de lo habitual.

—¿Qué ha pasado, Sara?

Niega con la cabeza; va hasta la cocina y, como ya es tradición, se sirve una copa de whisky que engulle en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué pasa? —insisto.

—Nada, nada. Estaré bien. Isabel, no quiero meterte en problemas, así que lo mejor será que no vuelvas y, si puedes, vete lejos. ¿Necesitas dinero? Te puedo pagar un viaje a cualquier sitio, donde me digas.

No me mira. Se sirve otra copa. Chasquea nerviosa con los dedos, se toca la nuca y se rasca la sien hasta dejarse la piel enrojecida y provocarse una herida.

—Veo que hoy no es un buen día para hablar, Sara. Me voy, pero quiero asegurarme de que estarás bien.

—Lo estaré. Por favor, no vuelvas, Isabel. No quiero ponerte en peligro — repite.

Ambas estamos sentadas, con las manos descansando sobre nuestras rodillas y, en el momento en que hago un amago para levantarme, Sara me frena. Coloca su mano sobre la mía para acariciarla en un gesto fraternal y amable. Me ruega que me cuide; promete que ella estará bien y me da las gracias por lo que he hecho. Que qué suerte haberme conocido. Hoy, viendo el

rostro compungido de Sara, es como si el hombre al que llamaba «monstruo», siguiera en la habitación de al lado. Como si en una hora fuera a aparecer de nuevo por la puerta un cliente. Como si la mataran de hambre o de palizas, como si acabase de sufrir un aborto en un apestoso lugar alejado del mundo. Me levanto mirando a mi alrededor. Buscando algo que no sea de Sara, por si se encuentra en un aprieto y es incapaz de decírmelo.

—¿Hay alguien más aquí? —le susurro cerca del oído, antes de salir por la puerta, llevando mi mano hasta el interior del bolso donde llevo la pistola que Joel me acaba de dar.

—No, ¿por qué lo dices?

—¿Seguro?

—Seguro. Pero tengo que volver a cambiar la cerradura, creo. Por si acaso. También la de la verja de fuera, aunque no es difícil saltarla.

—Lo que debes hacer es irte de aquí.

—Vaya donde vaya me encontrará.

—¿Quién? ¿Quién te encontrará?

—Mi marido.

Sara

Marzo, 2014

Julio, después de tantos años, ha cedido a mis súplicas. Lo que ocurrió hace dos días, aunque siga doliendo horrores, ha ayudado a que tome la decisión de acabar con la vida de mi marido. Un cliente me dejó el labio hinchado cuando me negué a dejar que me meara encima. Cosas absurdas que a veces te piden; la orina no es lo peor cuando te encuentras con algunos chalados que desean defecar dentro de tu boca. Están locos. Lo más bonito que me llamó fue «puta zorra» y luego, Marco, al enterarse, me dio una paliza que en esa ocasión no pude detener. Mi estómago, desde ese día, no puede probar bocado y la mitad de mi rostro —por primera vez me ha pegado en la cara— cada vez se parece más al del Jorobado de Notre Dame. Cada vez que me miro en el espejo, aún con la sangre reseca en la mejilla, desnutrida como cuando era una niña en manos de mi padre y con el cuerpo amoratado, me pregunto cómo he podido sobrevivir también a esto. Por qué no me muero. Por qué sigo respirando y mi corazón se resiste a dejar de latir. La respuesta llega veloz: porque tienes que matarlo. Terminar con él. Vengarte, no solo por lo que te ha hecho a ti, sino también a otras mujeres. Y después de tantos años, va a ocurrir. ¿Podría haber sido antes? Por supuesto, mucho antes, evitando todos estos años malgastados. Pero Marco, a pesar de todo, ya no es el mismo y lo mejor es que yo tampoco. He adquirido algo que he estado buscando durante todo este tiempo: valor. Coraje. La ausencia del miedo que desde el principio me indujeron.

En el fondo, es muy poco lo que sé de mi marido y de los prostíbulos que posee además del imperio inmobiliario heredado de su padre. Intuyo que es dinero sucio del que se avergüenza, negocios con los que nadie le puede relacionar porque están a nombre de Julio. Además, he tenido conocimiento de la cantidad de chicas alejadas de sus familias y del mundo tan maltratadas como yo; encerradas y drogadas en cuartuchos a la espera del siguiente cliente baboso con el alma podrida. A veces me consuelo pensando que podría estar peor. Podría ser una de ellas. Podría no tener a Julio que fue quien, hace dos días, se encaró con Marco para que dejara de usarme como saco de boxeo.

Ese día me hubiera matado. Marco apenas tiene contacto con su madre, que sigue en Londres, ajena a todo y que, por lo que comentó malicioso Julio el otro día, ha encontrado a un jovencito que hace que los días grises londinenses brillen como si estuviera relajándose bajo el sol del Caribe. Me alegra no tenerla cerca; siempre me ha hecho sentir invisible, fuera de lugar e incómoda, como si fuera una niña estúpida. Aunque quisiera que viera en qué me he convertido.

—En una mujercita hecha y derecha —ríe Julio a veces, viendo cómo algún que otro cliente ha salido espantado de esta casa. Porque por muy poderosos e influyentes que sean, algunos se dejan achantar por alguien como yo. No todos. Ha pasado con muy pocos y desde no hace mucho tiempo, pero la satisfacción que siento al saber que son clientes perdidos y aterrados por la ficticia maldición a la que los condeno conteniendo la risa, merece la pena. Eso sí, luego termino con el labio partido o el ojo hinchado.

Hoy Marco se ha ido como siempre a trabajar. No sé si es cierto, ya no pregunto y me da igual. Esta noche teníamos que ir a una fiesta, pero, por culpa de la paliza y mi aspecto, irá él solo y dirá que me he puesto enferma. Se permitirá el lujo de poner en mi boca palabras que yo no he dicho: «Tenía tantas ganas de venir... Me ha dado recuerdos para todos, ya sabéis cuánto os quiere». Las señoras operadas y envidiosas asentirán y a los maridos, simple y llanamente, les dará igual. ¿Para qué es necesaria mi presencia si siempre me ignoran? Sigo siendo el hazmerreír para ellos, la jovencita que no engorda, la que no tiene un tema de conversación interesante y baila mal porque nadie le ha enseñado a hacerlo mejor. La que, después de tanto tiempo, ha aprendido a ser un poco como ellos y mira por encima del hombro a los camareros o, incluso, a las que necesitan sacarse una costilla para pesar cincuenta kilos.

Los odio. Me odio.

14 de marzo, 2014

No he dormido en toda la noche. Tengo el mismo sentimiento que una novia feliz el día antes de su boda. Nervios e ilusión por una nueva vida aunque, en este caso, se deba a una defunción. La de mi marido.

Sé que Marco llegó tarde, exactamente a las cuatro y treinta y tres minutos de la madrugada. Hoy ha roto con su rutina habitual de levantarse a las siete; el despertador ha sonado a las nueve y lo oigo moverse por la cocina. Se ha acostumbrado a prepararse él mismo el café y las tostadas con mantequilla y

miel desde que prescindió del servicio. Luego ha entrado en el despacho y a su habitación secreta, momento en el que Julio ha aprovechado para ir hasta el garaje y manipular el Mercedes. No ha debido de tardar mucho; al cabo de veinte minutos, sobre las diez menos veinte, los he escuchado hablar.

—Cómo me duele la cabeza. Menuda borrachera la de anoche —ha reído Marco.

—Cuídese, jefe. ¿Va a la oficina?

—No, hoy no. He quedado con un cliente para ir a ver unos terrenos.

—Estupendo.

«Que no se le note nada», ruego, cuando Marco ha cerrado la puerta tras su breve y última conversación con el matón. Si el plan ha salido según lo previsto, Marco no volverá a entrar por la puerta. No volverá a pisar esta casa. No volveremos a verle. Estará muerto y, con un poco de suerte, en pocos días estaré frente a su tumba viendo cómo el ataúd baja hasta las profundidades de la tierra. Volveré a ser esa adolescente que fingía dolor y lágrimas en el funeral de sus tíos. Imitaré los gestos de mi «querida» suegra en el funeral de su marido. Ahora seré la viuda de Marco Mendieta, fallecido en un fatal accidente mientras conducía, si Julio lo ha hecho todo bien gracias a sus conocimientos de mecánica. Cómo es la vida. Hoy, para Marco, es un día más, normal y corriente, en el que poder cometer mil atrocidades, insultarme, pegarme y martirizarme como lo hace en la sombra con el resto de las mujeres, sin saber que será el último. «Vive la vida —dicen algunos—. Vive cada segundo porque, algún día, será el último». Y qué poco pensamos en esa probabilidad tan cierta. Nos creemos, a menudo, Dioses eternos con la oportunidad diaria de decir o hacer lo que queramos. «Ya habrá tiempo», pensamos. Nunca antes fue tan acertado lo de: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy». El *hoy* es lo que importa. El *mañana* puede que no exista. «Y si no, que se lo pregunten a Marco en unas horas», pienso maliciosamente.

Estoy impaciente por que ocurra.

Al abrir la puerta del dormitorio y mirar hacia ambos lados del pasillo, no puedo evitar sonreír. Incluso el piso hoy huele diferente.

—Hoy no van a venir clientes —le ordeno a Julio, tratando de mantenerme firme. Pero me conoce demasiado bien; arruga el ceño y sonríe.

—¿Ya estás practicando para eso de ser la jefa?

—¿Todo bien?

—Sí, genial. Pensaba que cogería un taxi, lo he visto un poco perjudicado por la fiesta de ayer —me informa—, pero ha quedado con un cliente a las

afueras, así que, como siempre, conduce él. Hemos tenido suerte.

—Y has hecho...

—Sí. En cualquier momento el coche puede explotar.

—¿Explotar? Pensaba que solo habías manipulado los frenos o algo así.

—Digamos que el depósito de combustible deteriorado o con desperfectos de fábrica, según analicen, puede romperse.

19.30 horas

El Mercedes de Marco Mendieta, el rico y poderoso empresario inmobiliario catalán, ha explotado alrededor de las once y cuarto de la mañana en las inmediaciones de l'Aguait de Sabogal, la laguna que se encuentra en el parque natural del Delta de Llobregat. Ningún otro coche o persona se han visto involucrados o perjudicados en el accidente.

El automóvil, conducido por el propio señor Mendieta, ha explotado de repente calcinando su cuerpo, debido a un deterioro del depósito de combustible que produjo que la gasolina saliese y se evaporase mezclándose con el aire que corría por la zona en una proporción fatídica que ha terminado al momento con su vida.

—No. No, Dios mío... No puede ser.

Miro a los agentes que se han presentado en casa, con un exceso de mentol en los ojos que me está dejando medio ciega, y un hipo digno de la mejor actriz dramática que me impide decir nada. Julio, a mi lado, también sabe disimular bien. Se han creído que me caí escaleras automáticas abajo en un centro comercial y que mi cara es un poema debido a mi torpeza y a la cantidad de bolsas que llevaba ese día.

—Pe... Pe... ¿Pero qué ha pasado?

Nos cuentan que el coche ha explotado y que el cuerpo de mi marido, atrapado dentro, ha quedado completamente calcinado e irreconocible. Los agentes entran, tensos debido a la situación, mientras yo me muevo de un lado a otro negando con la cabeza y emitiendo sonidos guturales por los que debo hacer esfuerzos para no echarme a reír. Julio me mira interpretando su papel desde la distancia. No llora, pero también se muestra afectado y alterado por algo que es del todo «inesperado».

—El cuerpo calcinado. Qué horror. Quemado... —murmuro, ante la atenta mirada de los agentes que, hartos de que siga dando vueltas por el salón, me ruegan que me siente y me tome una tila.

¡Una tila! Lo que querría es un whisky bien cargado y reírme. Quiero que os

vayáis y lavarme la cara con agua fría para deshacerme del mentol de mis ojos. ¡Joder, cómo pica! Quiero celebrarlo con Julio y, sobre todo, darle las gracias por haberlo hecho tan bien. El plan perfecto.

«Es el momento —dijo, cuando se decidió a terminar con su jefe—. Tengo dinero ahorrado, me las apañaré, no necesito más. Y tú no tienes por qué seguir sufriendo este infierno; sería inhumano no ayudarte después de tanto tiempo. Perdóname».

Y, aunque Julio sabe que podría quedarse conmigo como ayudante, guardaespaldas o algún otro nuevo puesto que inventaríamos, él prefiere seguir con su vida. Volver al pueblo, dijo. Cuidar de su madre y cultivar hortalizas, patatas, tomates, árboles frutales... Quién sabe si abrir un puesto en un mercado, conocer a una buena mujer y llevar una vida sencilla sin sombras ni mentiras, sin maldad ni infiernos que le hagan parecer un monstruo como el que movía los hilos. «¿Aún estoy a tiempo de tener hijos?», me preguntó riendo, para arrepentirse al momento tras recordar el capítulo que vivió conmigo. Aquel en el que me dejaron estéril al arrebatarme al bebé de pocas semanas de mi vientre, y que Marco, frío como el hielo, no contempló que pudiera ser suyo.

Cuando los agentes se van, Julio y yo nos abrazamos. Él, en un gesto paternal, me acaricia el cabello mientras yo levanto la vista para mirarlo a los ojos y le susurro cien veces: «Gracias».

—Sé feliz, Sara. Ahora ya puedes ser feliz.

—¿Por qué no lo hicimos antes? ¿Por qué nadie se atrevió a hacerlo mucho antes? Con la de enemigos que debía de tener y lo fácil que ha sido... —murmuro.

—Solo dos locos como nosotros podríamos haber hecho algo así. Solo dos locos, Sara.

—No pasará nada. No nos descubrirán.

—Por supuesto que no.

Sara

Mayo, 2015

—El día en el que enterré a mi marido fue la última vez que vi a Julio. Hizo las maletas y, al igual que Marco, salió por la puerta de este piso para no volver. «Esta etapa se acaba aquí después de veinte años trabajando para un demonio», dijo. Y así fue cómo Julio se despidió de mí y desapareció —le cuento a Isabel, que me escucha con atención—. No he vuelto a saber nada de él. Si algo me dejó sorprendida al hablar con el abogado de Marco, la única persona que parecía legal en su entorno, es que no tendría problemas económicos en mi vida. Por alguna razón que desconozco, Marco cambió su testamento hacía solo un mes y, junto a su madre, me convertí en la heredera de su fortuna con un único inconveniente por el que Elisa, de la noche a la mañana, apareció por aquí. Toda mi parte le pertenecía a esa hija con la que me amenazaba.

»Cuando cogí fuerzas, me encargué de cerrar los veintisiete prostíbulos que quedaban abiertos a nombre de Julio para no manchar más el nombre del que, cuando manipuló el Mercedes de mi marido, consideré mi amigo. Qué gracioso, ¿no? Tanto tiempo con Julio y solo pude considerarlo amigo cuando ya no lo tenía a mi lado. Salvé a todas esas mujeres, algunas no tenían más de dieciséis años o, tal vez, las dejé en la calle sin probabilidad alguna de sobrevivir pese a darles algo de dinero. Nunca lo sabré; en realidad, pensé más en mí que en ellas y me moví por el odio que le tenía a Marco. Su madre voló desde Londres para acudir al entierro. Continuó mostrando su indiferencia hacia mí. Yo, asustada en cuanto me enteré de que había aterrizado en Barcelona, pensaba que me gritaría, me insultaría o incluso me pegaría. Una de esas bofetadas fuertes y sonoras que suelen dar las pijas ricas, altivas e insoportables como ella. Pero no hizo nada de eso. «Cabeza alta, señorita», parecía que le decía alguien invisible caminando a su lado. No he conocido nunca a nadie tan orgulloso como ella. Pero ni siquiera el orgullo calma el dolor de una madre. Claudia lloraba y lloraba con un pañuelo de seda rosa en su mano con una «M» bordada. «Mi hijo —repetía una y otra vez, con

los ojos rojos anegados en lágrimas frente a la tumba de Marco, cuyo cuerpo quedó irreconocible. Calcinado completamente, claro. Tan horrible como lo era su interior—. Mi pequeño —decía—. Hasta siempre, mi pequeño». Cuántas imágenes debieron de pasar por su cabeza en aquellos momentos. Toda una vida que se va con quien permanecerá encerrado en el interior de un ataúd para siempre. No es ley de vida sobrevivir a un hijo. Luego, Claudia volvió a Londres. No sé qué es de su vida, pero dudo que conociera la maldad que anidaba en el alma de su vástago y todo lo malo que me había hecho a mí y a otras personas. No quiero saber desde cuándo, ni cuántas mentiras se llevó a la tumba, si es que el hombre calcinado en el interior de su Mercedes era él. Luego apareció Santi, a quien le alquilé el piso sin esperar que su mujer fuera Elisa, aquella amante de Marco que se quedó embarazada y desapareció de la noche a la mañana para estar presente el día de mi boda y no volverla a ver más. Todo lo demás ya lo conoces, Isabel. Siento no haber sido más explícita en este punto.

—Quieres decir que el cuerpo calcinado que encontraron en el Mercedes de tu marido —empieza a decir Isabel pensativa—, ¿podría haber sido de otra persona?

—Sí, eso pienso ahora. Marco podría haber manipulado la autopsia o qué sé yo; tenía muchos contactos. Vete a saber a quién enterramos aquel día, a quién lloró su madre. Ya no estoy segura de nada, un año me ha durado la tranquilidad. Todo esto empezó cuando maté a Elisa. ¿En qué estaría pensando? Incluso a ella podría haberla enviado. El bebé con el que murió en su vientre puede que fuera de Marco. Siempre creí que Elisa nunca desapareció de su vida.

—Y es él —continúa elucubrando— quien ha seguido dejándote notas tras la muerte de Elisa y envió a Santi para manipularte y mentirte. Pero ¿por qué quiso quitarse de en medio a Elisa?

—¿Por su embarazo? ¿Porque siempre le había dado problemas? Cuando llegó aquí con su supuesto marido, ya cerré los prostíbulos. La clave, Isabel, está en la vidente que me hizo creer que mi marido continuaba conmigo como espíritu. Incluso lo describió y me dio un dato íntimo que solo sabíamos él y yo: Mermelada. Así era cómo me llamaba al inicio de nuestra relación, cuando fingió que nuestra vida juntos sería idílica. Qué imbécil he sido. Estoy segura de que la bruja quería decirme algo. O ayudarme. Por eso la mataron —razono—. No hay otra explicación.

—¿Y por qué colocaron a esa vidente en tu camino?

—Para volverme loca. Marco siempre quiso volverme loca.

—¿Quién te recomendó esa vidente?

—Fermín, el portero —respondo, con las manos temblando y la sensación de estar a punto de desfallecer.

—Quédate en casa. No le abras a nadie, cierra con llave. Yo me encargo — me asegura Isabel, saliendo como un huracán y cerrando la puerta de golpe.

Cierro la puerta con llave pensando en la probabilidad de llamar yo misma a un cerrajero y volver a cambiar la cerradura sin informar a Fermín. ¿También está implicado? Pero ¿de qué forma? ¿Sigue mi marido manipulando y dando órdenes, sembrando el mal y el miedo allá dónde va, con la intención de incapacitarme hasta acabar conmigo y recuperar todo lo que le arrebaté?

Isabel

Al bajar las escaleras espero volver a encontrarme con la cara apática de Fermín, pero, en vez de eso, vislumbro a lo lejos un periódico tirado de malas maneras en el suelo.

Recorro el edificio fantasma; las puertas de los dos pisos, las del segundo A y del segundo B cerradas a cal y canto y, desde la ventana del rellano de la última planta, descubro a Joel observando el edificio tras el árbol de la acera de enfrente.

Isabel

Mayo, 2015

—Joel, deja de vigilarme.

—Acabo de ver al portero salir corriendo calle abajo.

—¿Fermín ha huido?

—¿De qué lo acusas? —quiere saber.

—No lo acuso de nada, solo quería hacerle una pregunta —disimulo, porque, a decir verdad, no tengo nada con lo que inculpar al portero.

—¡Déjalo, joder! ¡Déjalo!

Se preocupa por mí, lo percibo por cómo me mira. Debería explicárselo todo; Joel me encubriría. Pero lo miro a los ojos y desconfío a pesar de saber que es capaz de hacer lo que sea por estar conmigo. Que con solo chasquear los dedos haría todo lo que le pidiera. Tendría que contarle que Sara mató a Elisa, pero que ahora la víctima es ella, que el mafioso al que daba por muerto puede estar vivo y corre peligro. Por si eso fuera poco, por mucho que la haya intentado convencer, no quiere irse de su casa. Aún espera al que considera el amor de su vida, al tal Santi que no se llama Santi y que resulta ser un hombre misterioso, tan traidor como el portero que acaba de huir.

—Isabel, me amenazaron para que cerrara el caso de Elisa. Cuando estábamos en plena investigación, alguien forzó la puerta de mi piso y entró. Cogieron una foto imantada en la nevera en la que aparecemos los dos y te clavaron un dardo en la frente —me explica, casi en un susurro—. Detrás escribieron: «Para el caso o morirá». Lo he hecho por ti. Todo lo he hecho por ti.

Estoy al borde de las lágrimas. Quienquiera que sea la persona que está haciendo todo esto lo va a pagar muy caro.

—No lo hagas —decido—. Investiga, sigue investigando. Sé cuidarme sola.

—Sara mató a Elisa. ¿Me equivoco? —Me callo. ¿Cómo lo sabe? Trago saliva, niego con la cabeza, sabe que miento—. La estás encubriendo. ¿Por qué? ¿Sabes todo lo que te estás jugando por encubrir un asesinato?

—¿Y qué vas a hacer? —lo desafío.

—Le prometí a alguien que te protegería. Y así va a ser hasta el final, aunque la hayas cagado. Y si tengo que encubrir un asesinato por ti, lo haré. Pero, por favor, no sigas. No te metas en líos, vete. Sal de la ciudad y cuando se arregle todo, vuelve.

—No puedo. Mi abuela...

—Llévatela.

Sabe que no voy a hacer nada de lo que me aconseja. Que mi especialidad, aunque lo haya pagado muy caro, siempre ha sido desobedecer.

—Confía en mí, Joel. Sara Mendieta es la víctima de un juego macabro, no una asesina.

Sara

Junio, 2014

Soy feliz. Inmensamente feliz y libre. Hace tres meses que enterré a Marco. Poseedora de la mayor parte de sus bienes con los que puedo hacer lo que me dé la gana, he puesto a la venta algunas propiedades, como la casa de Sant Andreu de Llavaneres en la que empezó todo. No hay nada mejor que deshacerse de los malos recuerdos.

Hay días en los que recorro, como antes solía hacer Marco, las instalaciones de las inmobiliarias del imperio Mendieta. Todo funciona bien; los trabajadores cumplen con sus obligaciones y, aunque me he enterado de que el negocio no es tan boyante como me hicieron creer, sí da buenos beneficios porque el estallido de la burbuja inmobiliaria del 2008 no afectó en exceso a las propiedades de lujo. Los ricos son, salvo excepciones, siempre ricos y, tal y como decía Marco, las propiedades de lujo siempre se venden.

En el edificio se respira diferente. Gustavo, el del segundo B, se pasa el día viajando y, aunque lo poco que conozco de él me resulta insufrible, es un vecino normal. Un escritor. Como Diego, pero no es Diego. Nadie podrá ser nunca Diego.

—¿Señora Mendieta? —pregunta una voz masculina a través del telefonillo.

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Santiago López, soy conocido de los señores Velázquez, los que vivían en el segundo A. Sé que ha quedado libre y estaría interesado en él.

—Oh.

—¿Le va bien hablar?

—Claro. ¿No está el portero?

—No, aquí no hay nadie.

—Habrá ido a almorzar. Ahora le abro.

Me apetece hablar con alguien. Llevo dos días encerrada; estoy muy aburrida. Mi última compañía de estos días han sido, además de los monitores espía, multitud de copas de whisky y cigarros Marlboro *light*.

El sonido del timbre, melodioso y rítmico, interrumpe mis pensamientos. Salgo del despacho y me dirijo hasta la puerta de entrada haciendo un ruido excesivo con los tacones sobre el mármol del piso. Cuando abro y veo a quién tengo delante, casi tengo que cerrar para volver a abrir y creérmelo. Achino los ojos y frunzo el ceño, no puede ser verdad. Diego no puede estar aquí. Diego está muerto, eso me dijeron.

—¿Señora Mendieta? —pregunta el hombre, completamente descolocado por mi reacción al verlo.

No puedo hablar. Me fijo bien en él, me digo que no puede ser Diego y trato de calcular mentalmente cuántos años tendría si siguiera con vida. Cuarenta. Diego tendría cuarenta. El hombre que tengo delante, con el mismo cabello negro, tez canela y ojos verdes, no debe de tener más de treinta y cinco. Además es más alto y robusto. No puede ser Diego.

—Perdone, ¿se encuentra bien? —insiste el hombre, atreviéndose a posar su mano sobre mi hombro e irrumpiendo en mi espacio vital sin tan siquiera conocerme. Sin embargo, el roce de su mano en mi camisa de seda despierta una especie de cortocircuito en mi nuca que provoca los latidos veloces de mi corazón y un cosquilleo en el estómago fruto, tal y como dicen, de las reacciones físicas de la atracción inmediata que se siente hacia alguien aunque sea la primera vez que lo ves—. Como le he dicho a través del interfono, mi nombre es Santiago López, y me gustaría ver el piso que tiene disponible, estoy interesado en alquilarlo.

Isabel

Mayo, 2015

En la soledad del mirador de Sarriá, lo veo todo desde otra perspectiva. Aquí, desde que me trajo aquella madrugada Sara, sé que puedo sentirme mejor dentro de todo lo malo que hay y siempre ha habido a mi alrededor. Respiro mejor. Pienso mejor, con más claridad, pese a los coches que de vez en cuando circulan por la carretera. Encuentro la paz que necesito. Ojalá hubiera descubierto este lugar antes, cuando mis padres se fueron. Cuando Leo también se fue.

Alejada del mundanal ruido, del tráfico insoportable de la ciudad, su estrés y la tensión marcada en los rostros de los transeúntes, contemplo el cielo bañado por las luces del atardecer. El color naranja y el rosa cubren el azul del horizonte; empieza a levantarse el viento en la zona donde me encuentro, y las luces, a lo lejos, se encienden para darle otro aspecto a las vistas de Barcelona. Se hace de noche, la gente regresa a sus casas, descansa en las terrazas de los bares ahora que ha llegado el buen tiempo y otros empiezan su jornada laboral. Dicen que cada ser humano, entre los billones de personas que existen en el mundo, es diferente. Yo siempre he creído que no, que todos, en el fondo, somos iguales. Todos buscamos algo complejo aun sabiendo que no puede tratarse de un estado permanente, sino momentáneo: la felicidad. Yo, que me puedo considerar una mujer afortunada por el hecho de tener salud — que, al fin y al cabo, es lo más importante—, en realidad soy una chica sin suerte. También Sara lo es. Lo somos millones de personas que cara al exterior disimulamos y te hacemos creer que todo es perfecto con una sonrisa. Pienso en mis padres, en el abuelo, en Leo y en los que ya no están. Mi vida, ahora mismo, es un torbellino confuso lleno de preguntas sin respuestas sobre personas a las que no conozco de nada. Personas a las que consideraba buenas, —como el portero, Fermín—, me resultan ahora sospechosas, aunque no tengo pruebas para poder incriminarle. Si no lo he hecho con Sara, cómo voy a poder hacerlo con ese hombre que no creo que haya matado una mosca en su vida.

Podría irme, es cierto, pero no soy capaz de dejar sola a Sara. Ahora no. Estos días sin verla me han ido bien para reflexionar sobre si el hecho de haberme apiadado de ella y de su pasado compensa el peligro que estoy corriendo. Podría decirles tantas cosas a mis colegas, los policías, que dejándolo en sus manos descubrirían quién o quiénes están detrás de todo esto, incluido el tema de los prostíbulos que, a su vez, estoy convencida de que esconde una red oscura de trata de seres humanos que Sara no llegó a conocer del todo. El problema es que también la encerrarían a ella en prisión. Y eso, mientras yo lo pueda evitar, no va a suceder porque ya ha sufrido bastante.

Enciendo un cigarrillo pese a tener el estómago revuelto y aspiro la primera bocanada expulsando el humo en una furiosa línea recta que se desintegra enseguida en el aire. Acto seguido, le doy un sorbo al té verde de Starbucks servido en un vaso enorme de cartón con mi nombre, aunque parece que pone Israel.

Tengo un nudo en la garganta insoportable que me impide hasta respirar y por eso fumo. Fumo, aunque suene contradictorio, por si el humo del tabaco abre mis vías respiratorias. Necesito espabilarme, necesito ponerle fin a esta angustia.

—Vino al mundo siendo ignorada y maltratada. Años más tarde, su tío abusó de ella cada noche durante años hasta cumplir la mayoría de edad y, cuando creía que había encontrado la felicidad junto a un hombre, este, al cabo de un año, la obligó a prostituirse de una manera sádica y horrible sin posibilidad alguna de huir por culpa de la vigilancia a la que la tenía sometida las veinticuatro horas —le digo a quien acaba de salir de su coche y se ha colocado detrás de mí—. Esto solo es un resumen y una pequeña parte de lo que ha sido una vida marcada por la tragedia. Uno de los peores testimonios que he escuchado. No sabes cómo le temblaba la voz al hablar de todo lo que ha vivido desde que nació; los ojos enrojecidos sin poder parar de llorar a pesar de la aparente frialdad con la que nos recibió el día que la conocimos.

»No te pido que me entiendas, Joel. Ni siquiera yo me entiendo, pero supongo que he empatizado con su dolor. Estás en todo tu derecho de desvelar la verdad y retenerme. Pensar que me he vuelto loca y que no he tomado una sola buena decisión en mucho tiempo. Tengo los pies en el suelo y sé que no existen las vidas de cuento de hadas. No quiero recordar una vez más la mía que, pensándolo bien, también ha sido una auténtica mierda, aunque tuviera suerte gracias a mis abuelos, que estuvieron ahí en todo momento, conmigo, y,

al fin y al cabo, no tengo que vivir con los recuerdos que a ella sí la atormentan y la han convertido en lo que es. Y no quiero contártelo todo. Ni quiero, ni puedo. Pero me alucina su fortaleza. Lo fuerte que fue. Todo lo que ha hecho, créeme, tiene sentido. Tiene algún tipo de sentido que, aunque no entiendas, yo sí, y no voy a permitir que ni tú ni nadie venga a hacerle más daño del que ya le han hecho. Nadie la va a encerrar. Yo, en su lugar, hubiera hecho cosas peores. Todos, en algún momento dado y por desesperación, podemos llegar a matar. Yo, sin ir más lejos, si me pones delante a la persona que disparó a Leo, me lo cargo aquí mismo. Si me pones delante a los ladrones que apuñalaron a mi padre, les provocho una muerte cruel, lenta y dolorosa. Aquí y ahora. Lo haría, Joel. Te juro que lo haría.

—Ya te dije que no voy a decir ni hacer nada. Por ti. Pero ¿compensa arriesgarnos de esta forma por una mujer a la que no conocemos?

Joel se sienta a mi lado. Parece tranquilo. No se muestra enfadado ni irritado, solo cansado. El cielo nocturno y las luces centelleantes de la Ciudad Condal están a nuestros pies. Termino el té; Joel enciende un cigarro y mira interrogante el paquete de tabaco que tengo al lado. Yo no fumo.

Llegan dos coches, uno blanco y otro negro; el yin y el yang. De ninguno de los dos sale nadie. La fiesta está en los asientos de atrás.

—Me has seguido. Otra vez.

—La verdad es que no. Quería verte y he venido hasta aquí por si estabas, después de ir a casa de tu abuela y que no me abriera la puerta.

—Órdenes de la jefa —me río—. Joel, Sara corre peligro. ¿Me vas a ayudar?

Respira hondo, le da una calada al cigarro y asiente pacientemente mirando al cielo para, acto seguido y sin disimulo, levantar el brazo acercándolo a mi espalda. Me arrima a él y yo, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta, me acurruco en su pecho y dejo que acaricie mi hombro. A veces viene bien un abrazo y dejarse querer.

«Leo —lo llamo en silencio—. Un buen policía hubiera delatado a Sara Mendieta, ¿verdad?».

—¿Quieres ir por ahí a tomar algo? —pregunta Joel, con la barbilla apoyada en mi cabeza, interrumpiendo mi conversación interna con Leo en la que solo hablo yo, como solía pasar cuando estaba vivo.

Que la vida son dos días, dice una canción. Ahora miro a Joel, siempre tan atento y servicial, cariñoso y pendiente de mí y le vuelvo a dar la razón a Leo sin dudar. No quiero volver a dudar. No de quien siempre me ha demostrado

estar a mi lado, en los buenos y en los malos momentos, sin volver a echarle en cara que aquel fatídico mes de septiembre del año pasado podría haber hecho más por su amigo muerto.

Sara

Junio, 2014

Me fijo bien en cómo me mira. Analizo cada palabra, sobre todo cuando menciona a su mujer.

—Le gustará el salón. Tiene mucha luz —comenta, con un tono de voz seco y despectivo, que me hace reflexionar y sentir una repentina curiosidad sobre su matrimonio.

—¿Cuánto lleváis casados? Si no es mucha indiscreción.

—Cinco años. —Enarca las cejas y suspira—. Es una mujer caprichosa, a veces creo que le he dado demasiado. Le he dado todo lo que ha querido; al principio porque así me apetecía, pero ahora... ahora se ha vuelto todo un poco insoportable.

—Lo siento mucho —me lamento, aunque en mi fuero interno me siento feliz al descubrir que no se trata de un matrimonio idílico.

Recorremos el largo pasillo y abrimos todas las puertas. El piso consiste en cuatro habitaciones dobles y dos cuartos de baño, uno de ellos en el dormitorio principal con *jacuzzi* y vistas al otro lado de la calle.

—Le gustará. Yo viajo mucho y cuando estoy en Barcelona llego a las tantas de la madrugada. Es más para ella que para mí.

—¿Dónde vivís? —me intereso.

—En Sant Cugat. Ella quiere vivir en un lugar más céntrico, firmaríamos por cinco años, ¿te parece bien?

—Sin problemas.

—¿Qué es lo que necesitas?

—Documentación, nómina... esas cosas, supongo —murmuro, avergonzada por no tener ni idea—. Todo ese tema lo lleva mi abogado, te daré su tarjeta y lo hablas con él.

—Esta misma tarde, si te parece bien. Nos gustaría empezar con la mudanza ya, a poder ser la semana que viene.

—Me parece perfecto.

Le sonrío. Me sonrío. Yo solo quiero meterme en el «Ataúd Blanco» y ver

cómo folla con su mujer. Cómo se cabrean, cómo se gritan, cómo se odian. Quiero espiarle; tengo la necesidad imperiosa de saberlo todo sobre él. Cómo es cuando se despierta, si tiene mal humor o, por el contrario, se muestra dócil y positivo; si toma café o té; si fuma y bebe; si se muerde las uñas; qué tipo de pijama se pone para dormir o si prefiere ir desnudo; si es muy vanidoso y se mira mucho en el espejo del cuarto de baño como Gustavo de la Cruz...

—Genial. Tienes un edificio muy bonito, Sara. ¿Quién más vive aquí?

—En el piso de enfrente, el segundo B, vive un escritor muy famoso, Gustavo de la Cruz. Tal vez lo conozcas.

Asiente sin demasiado entusiasmo.

—Yo me refería a si vivías con alguien. ¿Estás casada?

—Soy viuda —contesto—. Y somos unos vecinos muy tranquilos.

—Me gusta la tranquilidad. ¿A ti te gusta, Sara?

Se me eriza el vello de la piel y el corazón me late tan de prisa que tengo la sensación de que va a explotar. Me ruborizo; espero que mis mejillas no me estén traicionando con un tono más rosáceo de lo normal que le haga saber que me intimida. Vuelvo a sonreír y me encojo de hombros, avergonzada por lo estúpida que he debido de parecerle cuando le he abierto la puerta. Por el impacto que he recibido al mirar su cara y esos rasgos tan parecidos a los de Diego que luego, al fijarme bien, no han resultado ser tan idénticos.

«Me has recordado a alguien», he sido capaz de decirle.

«Tengo una cara muy común», ha reído él.

—Estaré aquí para lo que necesitéis —me despido cordialmente.

—Será un placer vivir aquí.

Nos estrechamos la mano profesionalmente hasta que él, al retirarla, acaricia los nudillos de la mía en un gesto veloz y casi imperceptible. No han sido imaginaciones mías, me acaba de conocer y me ha acariciado la mano. Tardaré días en olvidar ese guiño de ojo y esa sonrisa al despedirse de mí. Cuando se va, sigo sintiéndome ruborizada y alterada; solo tengo ganas de meterme en mi casa y no volver a salir de ella. No volverlo a ver. Por si es otro monstruo escondido en un tipo refinado, elegante y atractivo, u otra víctima como lo fue Diego por intentar salvarme.

«Pero nadie tiene que salvarte de nada ni de nadie esta vez. Eres libre», me recuerdo. Y sonrío feliz. Me siento tranquila. Entro en casa, me sirvo una copa de *chardonnay* y vuelvo al interior del «Ataúd Blanco» a ver qué locura está haciendo el escritor. Pues sí es cierto que los escritores resultan ser de lo más extravagantes y curiosos. Diego no me lo parecía tanto, pero Gustavo es, sin

lugar a dudas, un fuera de serie. Es interesante observarlo sin que él lo sepa. Habla solo y parece un ser poseído al teclear. Puede que Diego, en la intimidad, también hiciera esas cosas. Igual Marco lo veía hablar solo como hace Gustavo o mirándose en exceso en el espejo haciendo poses raras. No creo que, al igual que el actual escritor, Diego trajera a casa una variedad alarmante de amantes, hombres y mujeres de lo más extraños y apasionados. Sinceramente, no, no lo creo. Diego solo tenía ojos para mí y, en cuanto al teclado, sus dedos se deslizaban con suavidad y delicadeza como el mejor de los pianistas y no aporreando cada tecla sin miramiento alguno como hace Gustavo.

Dos semanas más tarde

Tres... Dos... Uno... Empieza la acción.

En pocos minutos, alguien entrará de nuevo en el segundo A y lo llenará de vida después de la inesperada salida del matrimonio Velázquez, que se fue a vivir a Berlín por asuntos de trabajo. Eso dijeron, pero la mudanza tardó solo seis horas y ni siquiera se despidieron de Fermín.

Hay dos camiones de mudanza en la calle, excesivo teniendo en cuenta que con uno hubiera sido suficiente. Los ricos y sus manías de no amontonar cajas, no vaya a ser que se rompa cualquier joya de cientos de miles de euros. He visto cómo los operarios han descargado enormes paquetes, algunos parecen contener esculturas y me pregunto qué tipo de decoración inundará el piso de Santiago y su mujer, a la que aún no conozco. Cuando decidí mantener el abogado de Marco, Arnau Bosch, el mismo que lleva los asuntos de mi suegra, me aseguré de que fuera de fiar y que no estuviera involucrado en ninguno de los negocios turbios de mi difunto marido. Confié en Julio antes de irse cuando me dijo que con él podía estar tranquila, que conoce el edificio y el negocio, así como los contratos, beneficios y otras historias de las que yo no me entero. Empezar de cero con otro abogado hubiera sido una odisea y, además, nos ayudó con el cierre de los prostíbulos sin que yo tuviera que mover un solo dedo ni verme involucrada en problemas que se solventaron gracias a la rapidez del abogado.

Apenas salgo de casa ni tengo contacto con el mundo exterior. En este piso en el que me han destruido a lo largo de todos estos años, tengo todo lo necesario, incluidos mis estupendos ratos de soledad en el jardín donde leo una y otra vez el libro de Diego, *Ella, mi inspiración*. Contemplo la portada

que él creó para mí en la que aparezco dormida y que tanto temí que Marco descubriera. Me río y lloro al mismo tiempo cada vez que la miro, pensando en lo especial que era para Diego; en lo ilusionado que se mostró cuando vino a darme un ejemplar que rechacé. Me hubiera gustado saber qué escribió como dedicatoria en aquel ejemplar único, aunque, en el interior de la trágica historia que cuenta, sé que muchas de sus líneas van dedicadas a mí y eso me vale:

Ella, que me mira y me desea en silencio; ella, que sin saberlo me da la vida, se aleja cada vez más de mí por miedo a que su corazón se parta en dos. Ella, mi inspiración. Ella, mi compañía. Ella, mi sueño y mi desvelo; a la que quiero sin podérselo decir porque la alianza de la que no presume en su dedo es de otro que no la deja vivir. Ya lo dijo Emily Dickinson, y no puedo estar más de acuerdo con su: «Morir no duele mucho: nos duele más la vida».

Pura poesía, *Ella, mi inspiración* no logró el éxito de sus novelas anteriores, pero da igual. La escribió por y para mí, ahora lo sé. Ahora, algo más lúcida que años atrás, no puedo evitar sentirme culpable al pensar en Santiago, al que apenas conozco, de la misma forma que en Diego. Diego está muerto y yo sigo con vida; soy joven y estoy en paz conmigo misma y con el pasado. «¿Por qué no?», me pregunto por las noches cuando, desvelada y muerta de calor, entro en el «Ataúd Blanco» a espiar al escritor.

La puerta del segundo A está abierta. Hay un total de seis operarios cargando y descargando multitud de cajas.

No sucede nada interesante durante unos minutos. El escritor pasea por su piso como su madre lo trajo al mundo. Hace dos horas que lleva la misma taza, imagino que contiene café, y que le está dando vueltas a alguna historia para ponerse a escribir. Habla, como siempre, solo y alza la taza mirando al techo para luego bajarla al igual que su cabeza y negar para sí mismo. Está loco y me encanta. Su novela *El asesino de almas* me tiene enganchada.

Son las doce del mediodía. Debería empezar a pensar qué tengo para comer o si, en vez de quedarme en casa, hago un esfuerzo y salgo, por ejemplo, al Celler de Sarriá. Visualizo los ricos huevos ecológicos rotos con *shitake* o el *steak tartare* de ternera que siempre pido. Pero mi cerebro se detiene en cuestión de segundos al ver quién entra en el edificio y, lentamente, sube hasta la segunda planta para instalarse en el interior del piso y controlar el trabajo

de los operarios. Habla, no sé lo que dice, pero indica con seguridad dónde quiere que vayan colocadas las cajas, qué es lo que pueden desembalar y lo que no. Me quedo petrificada. Le doy un sorbo a la copa de vino y me acerco a los monitores para ver si, quizá, solo se trata de un simple parecido.

—Elisa —digo en voz alta—. Es Elisa.

No ha cambiado nada. Su rostro, años mayor, sigue siendo el mismo. Ha cogido unos kilitos, pero la vida parece haberla tratado bien. Da la impresión de ser feliz. ¿Quién no sería feliz estando casada con alguien como Santiago? ¿Cuándo va a venir él? Absorta en la pantalla del monitor, pasan los minutos y las horas y me olvido del Celler de Sarriá y hasta de comer. Me limito a fumar y a beber vino sin ningún tipo de control y sin poder apartar la mirada de Elisa. Sigo todos y cada uno de sus movimientos desde que los operarios trabajan en el piso hasta que se van.

Son las nueve de la noche y Elisa, agotada, cae rendida en el recién incorporado sofá, un Chester de tres plazas de color gris. No tarda mucho en levantarse y, mientras se desabrocha los botones de la camisa, va en dirección a la cocina y se sirve una copa de vino blanco. La bebe delicadamente contemplando la noche barcelonesa desde su nueva ventana. Todo es nuevo para ella e interesante, pero le debe de aburrir de inmediato porque, mientras sigue bebiendo, se da la vuelta y me mira. Me mira fijamente durante unos instantes y yo, descolocada, tardo en caer en la cuenta de que ha debido de descubrir la cámara. Ha descubierto que alguien la espía. Lo que no sé si sabe es que soy yo quien está detrás de todo este espectáculo. Puede que no esté aquí por casualidad, que supiera dónde y con quién se metía.

Isabel

Mayo, 2015

Cada rincón del Boca Chica me recuerda a Gustavo de la Cruz. Espero que esté bien, aunque no ha contestado al último wasap que le envié.

Son las tres de la madrugada y estoy borracha; tanto que apenas puedo sostenerme en pie.

—No puedo ir así a casa de mi abuela —me río.

—Pues vente a mi casa —propone Joel divertido.

—Tú y yo sabemos lo que va a pasar si voy a tu casa.

«No sé por qué he dicho eso».

—¿Y? ¿Qué tiene de malo? —coquetea él.

No puedo pensar con claridad. Juro que me encantaría poder sopesar los pros y los contras de la situación: somos amigos y nos conocemos desde hace muchos años; él era el mejor amigo de Leo y yo su novia y, sobre todo, Leo está muerto desde hace ocho meses y no le gustaría nada ver cómo Joel se me arrima, me abraza y, tras un torpe intento de beso en el que nuestras cabezas chocan, nuestros labios terminan unidos apasionadamente. Siento su respiración, rápida y ahogada, mientras la mía es queda e intensa. La cabeza me da vueltas y temo vomitar, es un poco asqueroso teniendo en cuenta que la lengua de Joel está en el interior de mi boca como si me deseara con una necesidad visceral y que este momento debería ser romántico y bonito. Dios, quisiera poder vocalizar y seguir el ritmo de Joel, pausado pero intenso oprimiendo su boca contra la mía mientras acaricia dulcemente mi mejilla provocando que me sienta débil y mi corazón lata muy deprisa. No debería pensar. Pero lo acabo estropeando porque, en vez de estar viviendo el presente, de pie abrazada a alguien a quien quiero en una idílica terraza, pienso en el primer beso que me di con Leo. Ese primer beso sencillo y agradable que ninguno de los dos esperábamos, al atardecer, cuando estábamos de servicio y ambos vestíamos de uniforme en la playa de la Barceloneta.

—No puedo —digo, recobrando el sentido.

Joel inclina la cabeza y apoya la frente en mi sien.

—¿A qué le tienes miedo?

Su voz suena con una súplica desesperada al mismo tiempo que a mí se me doblan las rodillas al notar la forma en la que sus manos me sostienen con fuerza. No se rinde ni se aparta de mí lo más mínimo. Desliza la mano por mi espalda, de abajo arriba, hasta enredar los dedos en mi pelo. Echo la cabeza hacia atrás y, en un rápido movimiento, me zafo de él negando para mí misma. Se queda callado tensando la mandíbula. Me da la espalda y se va hasta la barra dejándome sola y plantada entre tanta gente. Nadie me mira, pero me siento observada y avergonzada. Nadie me juzga, pero siento que así es, que todos piensan: «No hace ni un año que murió su novio y ya está besándose con otro».

Joel vuelve, al cabo de pocos minutos, disfrazado con una sonrisa y un par de cócteles más.

—No pasa nada. Lo olvidamos y tan amigos, ¿vale? —Me ofrece una copa, yo no sé si puedo con más, pero la acepto igualmente y, con los ojos llorosos, le devuelvo la sonrisa—. Te esperaré lo que haga falta, Isabel.

Tiene la voz rota, como cuando quieres llorar y haces lo posible por controlarte. Me muestra los ojos más tristes del mundo, que miran a su alrededor con tal de evitar los míos. No me lo pienso dos veces. Dejo el cóctel en la mesa de mimbre que hay a mi lado, inspiro hondo y, con las manos temblorosas, rodeo su cuello, me acerco despacio y, sin dejar que esta vez sea él quien tome la iniciativa, le planto un beso sin pensar en otra cosa que en el momento. En la vida.

9.30 horas de la mañana

Mi cerebro está siendo perforado por miles de agujas. Todas a la vez, sin ningún tipo de piedad, piden a gritos una aspirina y una buena taza de café. Hacía tiempo que no me costaba abrir tanto los ojos; la última vez fue al día siguiente de la muerte de Leo cuando, de tanto llorar, me desperté con los párpados pegados, enrojecidos e hinchados. Pero ahora no estoy en la cama que compartía con él. Miro hacia la diminuta ventana; la persiana de plástico marrón no cumple su misión al dejar que los rayos de sol se cuelen en el dormitorio y me deslumbren por completo. Huele a mar. Aunque desde aquí no se pueda ver, la playa está cerca y eso me hace saber que estoy en el viejo piso de Joel en la zona de Poblenu. En el piso que heredó de su abuelo en la avenida Icária. Miro a mi alrededor, pero ni rastro de él. Estoy en su cama, en

su dormitorio diminuto y masculino sin apenas elementos de decoración.
Al levantarme, no sin mucho esfuerzo, un papelito cae al suelo.

He ido a trabajar.

Te he dejado café en la cocina.

Te veo luego.

Joel.

Suspiro. No sé por qué lo hago, pero suspiro. Como si no tuviera suficientes dramas en los que pensar, trato de acordarme de algún detalle, por muy insignificante que sea, de lo que ocurrió anoche en esta habitación. No llevo pantalones, voy en bragas y sujetador de color carne; me pregunto qué diría Joel. «Lencería de la sexy», creo que comentó en tono sarcástico. O solo me lo estoy imaginando cuando ni siquiera me importa lo que pensase.

A medida que avanzo por el piso con la nota de Joel en la mano, una serie de *flashbacks* me taladran la cabeza. El tintineo de unas llaves torpes introduciéndose por la cerradura. Me visualizo a mí misma completamente ebria con Joel abrazándome, levantándome del suelo y, con las piernas rodeando su cintura, me estampa suavemente contra la pared del recibidor mientras me come a besos. Yo no me quedo corta, lo devoro. El tema se vuelve caliente y salvaje. Nos arrastramos mutuamente hasta el dormitorio para tumbarnos en la cama. Nos reímos; él encima de mí, me desviste con prisas y yo, debajo, le dejo hacer mientras le quito el cinturón y le bajo los pantalones. Lanzo su camiseta al suelo. Acaricio su torso desnudo, él me mira con intensidad; se muerde el labio lascivamente, alza las cejas, le digo que sí y me la mete. Sus movimientos empiezan lentos mientras con sus dedos acaricia mi piel erizándola para, a continuación, cogerme con fuerza por las muñecas y yo, que nunca he sido de las que van de sumisas por la vida, dejo que me penetre hasta que se corre en mi interior.

Mi intención es ir hasta la cocina a beber café, pero antes abro todas las puertas para encontrar el cuarto de baño. Solo he estado un par de veces aquí; no sé detrás de qué puerta está. Recibo una especie de descarga eléctrica cuando recuerdo que siempre vine con Leo.

«Lo siento, lo siento, lo siento», me lamento, con los ojos anegados en lágrimas.

Descubro en la siguiente estancia un despacho minúsculo con una mesa, un ordenador portátil y una estantería con libros de Charles Bukowski, John

Fante, Edgar Allan Poe, Julio Cortázar y Charles Dickens, entre otros, todos tan antiguos que parecen ser, al igual que la vivienda, heredados de su abuelo. Junto a él, el cuarto de baño, tan pequeño que tengo que mear de lado. Antes de entrar en la cocina, cotilleo el soleado salón situado enfrente para ver cómo es y acertar de pleno sobre los vicios de Joel al ver una Play Station en la mesita de centro, y al lado tres juegos: *Call of Duty*, *Grand Theft Auto* y el *FIFA 15*. Cojo el juego de fútbol, lo miro con dolor; Leo se pasaba horas en este sofá jugando a esto con Joel.

«Necesita compañía», decía, a pesar de reconocer que viciarse a la Play era una absurda pérdida de tiempo.

Trato de hacer desaparecer los recuerdos, la pena y los remordimientos de conciencia; me centro en el terrible dolor de cabeza que tengo y, pensando en Sara y en ir a verla en unas horas, entro en la cocina. Me lo ha dejado todo preparado: sobre la encimera hay una taza y un pósito que dice «Buenos días, princesa» y, al lado, sobre uno de los fogones, la cafetera metálica a rebosar de café. Me pregunto si a todas sus amantes les deja esta taza y, si es así, qué es lo que piensan sobre el detalle que ha tenido su polvo de una noche. Porque eso es lo que ha sido. Solo un polvo de una noche; iba borracha y estaba deprimida, ¡qué culpa tengo yo! Me acerco a la nevera ignorando la cantidad de fotografías en las que aparezco con Joel. Retiro de mi mente la palabra «obsesión» evitando la tentación de buscar la foto con la que amenazaron a Joel para que cerrara el caso de Elisa clavándome un dardo en la cabeza. Debe de ser esta de aquí, la que está imantada en el centro. Tengo un agujerito monísimo en la frente.

Al coger la leche y cerrar la puerta de la nevera de golpe, dos imanes se desprenden y caen al suelo junto con dos fotografías que, durante unos instantes, han volado y danzado por el espacio de la cocina. A una no le doy importancia; aparecemos Joel y yo sonrientes en un bar, pero la otra...La otra fotografía es alarmante. Me impacta y me descoloca tanto que se me cae el tetrabrik al suelo y ni siquiera me importa dejar la leche desparramada sobre las baldosas oscuras. Cojo la fotografía y la observo atentamente con el corazón latiéndome a mil por hora, el cuerpo temblando y las agujas taladrándome el cerebro con la intención de quedarse a vivir en él.

—No. No. No —niego en voz alta.

Reprimo las ganas que tengo de agarrar con fuerza la imagen que me muestra la fotografía hasta romperla en pedazos, porque es la única prueba que tengo de que Joel, hace ocho meses, mató a Leo.

Sara

Septiembre, 2014

Elisa es tan cínica y retorcida que la primera vez que me vio, un mes después de instalarse en mi edificio, fingió que no me reconocía. Cuántas veces ha mirado fijamente hacia la cámara. Cuántas veces me he preguntado por qué nunca he visto a Santi en el interior de su piso junto a su mujer. Si bien es cierto que no estoy las veinticuatro horas mirando los monitores, su ausencia me resulta extraña. He decidido pensar que no se ha dado el caso; sé que él viaja y trabaja mucho y, por lo que me dijo, no soporta a Elisa. No me extraña que evite pasar tiempo en casa con ella. Yo la odio.

—¡Cómo has adelgazado! —exclamó Elisa cuando, tras varias explicaciones que me hicieron sentir estúpida y de las que enseguida me arrepentí, cayó en la cuenta de que habíamos sido compañeras en la recepción de la inmobiliaria Mendieta de la avenida Diagonal que ahora me pertenece. Ocurrió a mediados de julio, cuando me la encontré de sopetón—. Quizá por eso no te he reconocido —disimuló—. Has cambiado mucho, Sara. Hemos crecido.

Yo la miré de arriba abajo mientras ella reía. Más elegante y refinada que hace doce años, su rostro no era tan sombrío como cuando, a lo lejos, la vislumbré en mi boda. Quería preguntarle tantas cosas... ¿Qué había pasado con el bebé de Marco? ¿Dónde había estado todo este tiempo? ¿Cómo conoció a Santiago? ¿Quién era él? ¿Por qué nunca estaba con ella en casa? Y, sobre todo, ¿qué hacía en mi boda hace nueve años? ¿Estuvo realmente ahí o la imaginé para tener un punto fijo al que mirar y poder evadirme de la situación? ¿Por qué salió huyendo sin decir nada? ¿Por qué solo la vi yo?

Pero me callé. No quiero que sepa que durante todos estos años no me he olvidado de ella y sé cosas que, supuestamente, no debería saber. Idiota de mí, le dije que era un placer tenerla como inquilina y entré en casa para seguir espionando cada uno de sus movimientos.

La sombra de Elisa nunca desapareció. Algo en mí sabía que iba a volver.

Las amenazas no tardaron mucho en llegar y aumentaron con el paso de los meses desde que Santi, de madrugada, empezó a venir a mi casa a hacerme el amor.

Todo comenzó hace un mes. Exactamente, el día 5 de agosto cuando, a pesar de tener el aire acondicionado al máximo, era incapaz de dormir debido al calor y también, para qué negarlo, a la angustia. Es imposible matar a los monstruos que viven en tu cabeza.

El timbre de la puerta sonó a las dos de la madrugada. Yo, extrañada, crucé el pasillo sin hacer mucho ruido para mirar por la mirilla y, según quien fuera, no abrir. Pero al ver que se trataba de Santi no lo pensé dos veces y le dejé entrar mostrándome sonriente y nada acomplejada por no llevar ropa debajo de la bata.

—Lo siento —dijo avergonzado, a modo de disculpa—. No quiero molestar, no tendría que estar aquí. Es muy tarde, pero...

Abochornado por lo extraño de la situación, se cubrió la cara con las manos y yo, apoyando mi mano en su espalda, le invité a entrar y a sentarse en el sofá. Encendí la luz del salón, la puse en modo cálido y serví dos copas de vino tinto.

—Gracias.

—¿Qué pasa, Santi? ¿Todo bien? —le pregunté, sentándome en el sofá de al lado, muy cerca de él.

—No. Nada va bien, Sara. No tendría que estar aquí, sé que no nos conocemos, que son las dos de la madrugada, que...

Hizo un amago de levantarse, pero yo lo detuve agarrándolo suavemente del brazo. Le volví a sonreír; quería transmitirle confianza. Quería que se quedase conmigo. Me alegró mucho que acudiera a mí, aunque no me conociera.

—Por favor, quédate. No pasa nada, no me molestas. No puedo dormir, así que es un placer tener a alguien con quien hablar. ¿En qué te puedo ayudar?

—Esto es una locura —negó para sí mismo—. Me transmitiste tanta paz el otro día...

Se refirió a cuando, una vez alquilado el piso e instalados en él, a pesar de no haber visto a Santi a través de los monitores, vino una tarde y tomó una taza de café conmigo con la excusa de agradecerme la ayuda y las facilidades que mi abogado les había brindado. También me contó cuánto le gustaba esto, el buen gusto que había tenido mi difunto marido al remodelar el edificio y construir viviendas y lo contenta que estaba su mujer aquí. Yo lo escuché atentamente; se notaba que no era feliz. Aquella tarde me habló de sus

negocios hoteleros y de sus próximos viajes a Alemania, Francia y América. Estaba entusiasmado con las aperturas venideras: un hotel en Nueva York, otro en París y el que le hacía especial ilusión, en Berlín. Yo, por supuesto, no le hablé de mi vida y, en cualquier caso, si le dije algo, no era verdad. Cuánto me había acostumbrado a la mentira; a una vida ficticia que nada tenía que ver con mi realidad y la de Marco.

Desde aquella tarde en la que vino a verme, había deseado en secreto que volviera, aunque nunca creí que lo hiciera de madrugada. Por él, solo por él, me había quedado en casa aun pudiendo veranear en cualquier rincón del mundo.

—Santi, estoy aquí —le dije—. Para lo que necesites.

Me miró fijamente a los ojos. Ambos tragamos saliva, era una locura, lo sabíamos. Él estaba casado y yo había enviudado hacía solo cinco meses. Pensé que, si esa noche ocurría algo, nadie debía enterarse porque podrían sospechar de mí. Aún temía que llegara un día en el que la policía volviera a casa, reabrieran el caso de la muerte de Marco y me detuvieran al saber que su coche había explotado por mi culpa, aunque en realidad lo manipulara Julio y las hipótesis de lo ocurrido les hiciesen creer desde el principio en un fatídico accidente poco común pero probable.

—Gracias, Sara. Eres muy amable. Estoy cansado, ¿sabes?

Le temblaba la voz. Hablaba lentamente, agotado y con ganas de llorar. Los ojos enrojecidos, las ojeras de quien hace tiempo que no duerme bien y la expresión en su rostro típica de alguien que sufre en silencio un martirio. Conozco muy bien esa expresión.

—Cuéntame —le animé.

—Se trata de Elisa. Me da vergüenza, Sara. Me da mucha vergüenza, pero... —Coloqué la mano sobre su rodilla y le acaricié para animarlo a desahogarse e inspirarle confianza. Estaba ahí para él, para ayudarlo, para salir del hoyo. Físicamente me recordaba tanto a Diego que, de alguna forma, busqué en Santi una segunda oportunidad aunque no se tratase de la misma persona—. A veces me pega. Tiene un carácter difícil; es violenta, egocéntrica, manipuladora y egoísta. No sé qué hacer.

Lo normal hubiera sido que le dijera que se divorciase. Que lo denunciase a la policía, aunque bien es sabido que, cuando una mujer pega a un hombre, este no suele comunicarlo por vergüenza a pesar de que se trate de violencia doméstica tan injusta y despreciable como la más conocida y vista en las noticias a diario del hombre hacia la mujer. Me sentí furiosa y odié con toda

mi alma a Elisa; debería sentirse afortunada al tener a un hombre como Santi a su lado. Entendí cada lágrima que derramó esa noche en mi presencia y cada palabra muda que se le quedó dentro por no ser capaz de exteriorizar sus sentimientos. Tan encadenado a su mujer como yo cuando vivía mi marido, sentía ese sufrimiento también mío. Muy mío.

—Quédate conmigo. No vayas a casa, no esta noche —le sugerí.

Él asintió pero, impredecible, se levantó y, sin decir nada, dejándome descolocada por completo, fue hasta la puerta y se marchó.

Octubre, 2014

Ahora, un mes más tarde, lo tengo a mi lado. Son las dos y media de la madrugada y hace tan solo cinco minutos que se ha corrido en mi interior. Lo deseo; se ha vuelto mi adicción. Viene a casa cuando puede, dos o tres días a la semana y siempre a las dos de la madrugada. Me gusta cómo me miran sus ojos tristes; cómo me besa, al principio con cierta desgana, para luego adueñarse de mis labios y hacerlos partícipes de algo secreto que solo nos pertenece a él y a mí. Contemplo sus párpados cerrados, esa media sonrisa encantadora mientras duerme y el cabello negro revuelto sobre el cojín. Elvira Sastre escribió que quizá solo se trate de encontrar a alguien que te sigue mirando cuanto tú cierras los ojos. «Me has encontrado, Santi», le susurro al oído mientras duerme.

Cuando se va, sigo contemplando el hueco que deja y cómo el lado de la cama donde se acuesta ha tomado forma hasta adaptarse completamente a él.

A veces oigo gritos, objetos que se rompen, que estampan contra la pared. Discusiones en las que solo participa Elisa. Únicamente se oye su voz, como si hablara sola, aunque imagino que Santi está con ella, aguantando su locura. Sucede por la mañana, cuando estoy demasiado adormilada para contemplar vidas ajenas a través de los monitores y me conformo con oírlos aunque mis ojos no vean nada, para conocer un drama conyugal del que me alegro.

Todo esto es mío.

Desaparece.

Más te vale.

Esta fue la primera amenaza que recibí de Elisa y, como ya esperaba, le han seguido unas cuantas más, escritas a mano, en mayúsculas, con un rotulador grueso y negro. Las pocas ocasiones en las que nos hemos encontrado en el portal, ella, disimulando, ha mirado hacia otro lado y ha huido con rapidez por

las escaleras sin apenas mirarme. «He dejado entrar al enemigo en casa», me digo muchas veces mientras sigo observando la soledad que debe de sentir entre las cuatro paredes de su lujoso y recargado hogar.

«Cobarde», mascullo entre dientes refiriéndome a Elisa y guardándome todo lo que me gustaría decirle. Aunque, lo que me apetece de verdad cada vez que la veo es empujarla por las escaleras sin testigos y que su muerte o tetraplejia o lo que sea que pueda ocurrir se trate solo de un trágico «accidente». Cómo me gustan los «accidentes».

Algún día le contaré a Santi lo que me está haciendo la bruja de su mujer y ex amante de mi difunto marido. Él me lo cuenta todo sobre ella, es capaz de llorar delante de mí como si así pudiera desprenderse de toda la pena que le hace sentir ella. Quizá también le explique quién es y de qué nos conocemos. Qué nos une o nos unió una vez. De momento, me conformo con nuestras noches y nuestro secreto. Con sus besos, sus caricias y esa tristeza que veo desaparecer cuando está dentro de mí.

Sara

Mayo, 2015

Son las doce y media del mediodía cuando alguien llama a la puerta. Asustada como viene siendo mi estado últimamente, voy hasta la entrada y veo, a través de la cámara del telefonillo automático, que es Isabel. Esbozo una sonrisa, me tranquilizo y le abro. Dos minutos más tarde, entra en casa sin saludar y exigiéndome, sin ningún tipo de educación y con total confianza, un vaso bien cargado de whisky. Extrañada, obedezco mientras la veo recorrer el salón de un lado a otro con una Polaroid estrujada.

—¿Qué pasa? —le pregunto, dándole el vaso.

Es la primera vez que la veo beber alcohol. De un solo trago, termina el whisky y, con un gesto de cabeza, me pide más. Yo, con la botella preparada, le sigo sirviendo hasta que parece quedarse satisfecha.

—¿Qué es eso? —quiero saber, señalando la fotografía.

Los ojos se le llenan de lágrimas, el cuello se le tensa y veo cómo una vena, en mitad de la frente, está a punto de estallar.

—Isabel... —murmuro, empezándome a preocupar.

—Fue él. Todo este tiempo ha sido él —me cuenta, sin que yo entienda nada, con la voz temblando y la expresión de su rostro totalmente desencajada. Su teléfono móvil empieza a sonar, ella lo mira con desprecio y lo lanza aunque, por fortuna, cae sobre el sofá sin más daños que la pantalla quebrada fruto de otro golpe que imagino similar—. ¡Capullo! ¡Imbécil! ¡Hijo de la gran puta! —blasfema sin control. Temo por los jarrones y los elementos de decoración carísimos del salón.

—Ey... siéntate, por favor. Y cálmate —le aconsejo, sin saber qué otra cosa puedo hacer o decir. Aquí la trastornada siempre he sido yo, no entiendo por qué ahora se han cambiado las tornas aunque, en cierto modo, es agradable sentirme la más cuerda de las dos.

—¡No quiero sentarme! ¡No quiero nada! —grita, fuera de sí, apartándome de su lado con un manotazo que consigo esquivar—. Solo quiero matarle, Sara. Matarle. Y tú me vas a ayudar.

De no ser por su cara, resultaría casi cómico.

Isabel

Septiembre, 2014

Leo y yo llevábamos meses detrás de un grupo organizado dedicado al narcotráfico que distribuía hachís, marihuana, cristal y cocaína. Habían creado una red de suministro de drogas a través de contactos personales. Concertaban lugar y hora de encuentro con el consumidor en varias poblaciones y, con los meses, la banda había crecido a una velocidad pasmosa. Se trataba de un grupo criminal peligroso, perfectamente estructurado y jerarquizado al que ya teníamos a punto de caramelo. Esperábamos el chivatazo en cualquier momento; se trataría de una especie de trofeo para nosotros. Habíamos trabajado durante mucho tiempo en el caso.

El día en el que Leo murió, el viernes 12 de septiembre, no estábamos de servicio y, aunque no debíamos, siempre llevábamos nuestras armas encima, bien escondidas, por si acaso.

Nos levantamos tarde y decidimos salir de Nou Barris e ir a dar una vuelta por el centro. Nos tomamos, como ya era tradición para nosotros, un café en la plaza Real y luego, disfrutando del paseo, nos adentramos por las callejuelas del Born y fuimos a comer al Dionisos, en la avenida del Marquès de l'Argentera.

A las tres de la tarde recibí un mensaje de un número anónimo. Al leerlo, desconfié, porque nunca me había ocurrido algo así, pero en el fondo quería que fuera lo que llevábamos esperando desde hacía tanto tiempo: el ya mencionado chivatazo. Lo leí cinco veces y, después, se lo enseñé a Leo.

*A las 17.00 h en el polígono industrial El Raiguer.
Calle de les Tres Creus.*

Leo asintió, tan extrañado como yo de que hubieran utilizado mi teléfono móvil personal. Sabíamos que tenía que ver con la banda de narcotraficantes, ¿qué otra cosa podía ser? Y aunque Leo trató de persuadirme de que lo mejor era dar aviso en comisaría o pedir refuerzos, yo me empeñé en ir. Los dos solos contra el mundo, decíamos siempre. Y esta vez no iba a ser menos. Me

cegaron la avaricia y las ansias de ver recompensado todo nuestro esfuerzo en la investigación sin que nadie, salvo nosotros dos, se llevara las medallas.

—Está en Montornès del Vallès. Tardamos media hora en llegar al *parking*, cogemos el coche y a las cinco menos cuarto podemos estar allí. Los vamos a pillar, Leo —dije entusiasmada, sin dejar de mirar la información en la pantalla. Tenía ganas de aventura tras unos meses bastante deprimentes en comisaría. A nosotros siempre nos gustó la acción, no el despacho ni ordenar informes.

—No creo que sea buena idea, Isa —insistió.

—Este mensaje debe de proceder de comisaría. Seguramente han montado una redada y quieren contar con nosotros —le animé.

—Déjame hacer un par de llamadas.

—No hay tiempo.

Me levanté, me apropié de su móvil, pagué la cuenta y arrastré a Leo para que, sin que pudiera hacer nada ni comprobar de dónde procedía ese mensaje que bien podía ser una falsa alarma, llegáramos puntuales a la cita.

—Isa, no vayas tan rápido, joder —se quejaba—. Esto no me da buena espina. Si me dejases llamar a comisaría estaríamos más seguros —seguía diciendo.

—No, Leo. Tú y yo vamos a pillar a esos cabrones. Tú y yo —recaqué—. Y en el peor de los casos, ¿qué puede ser? ¿Una falsa alarma? Quedaríamos como unos idiotas si movilizamos a varias patrullas.

En mi cabeza no había aparecido en ningún momento la palabra «trampa».

Cómo la cagué, Sara. Cómo la cagué al no hacerle caso a mi mal presentimiento inicial.

El polígono estaba desierto. Hacía un calor infernal. Leo y yo nos miramos y, con determinación, empuñamos nuestras armas con los brazos extendidos y rígidos, y fuimos hasta una fábrica de hormigón que parecía estar abandonada. Leo, que seguía pensando que había sido una idea estúpida ir hasta allí sin dar aviso, comprobó cuántas entradas tenía el lugar. Con señas, me indicó que me posicionara detrás de él con la pistola apuntando al frente. Cuando abrió sin dificultad la pesada puerta corredera, nos percatamos enseguida de que no había nadie, solo la más absoluta nada y el eco procedente de nuestros pasos lentos y firmes. Estaba oscuro y olía a humedad; ese lugar llevaba tiempo sin vida. Miramos a nuestro alrededor, apenas veíamos nada a pesar de haber dejado la puerta entreabierta. Era un espacio tétrico y enorme.

—Aquí no hay nada —murmuró Leo.

Y, en parte, me alegré de que no hubiera nada hasta que oí un disparo, unos pasos lejanos que corrían y, súbitamente, Leo cayendo a cámara lenta en el suelo de cemento con la camiseta ensangrentada. Apenas recuerdo nada más. Solo sé que, al darme cuenta de la situación, grité y el eco me acompañó durante varios segundos que se me hicieron eternos.

Me agaché y sostuve a Leo. Había sangre por todas partes mientras él, con los ojos muy abiertos y humedecidos, me miraba sabiendo que ese sería nuestro último instante. Yo, loca y aturdida sin creer que Leo se me iba, di con la bala que le había perforado la piel muy cerca del corazón. Lo toqué, traté de detener la hemorragia como si mis manos pudieran sanarle o algo así. Como si existiera la magia.

No dije nada; la sangre no se detenía. Sabía que de esa trampa no saldría vivo. Él también lo supo. Emitió un grito de dolor desgarrador que se me ha quedado grabado a fuego en la cabeza y, simplemente, se fue. Dejó de respirar. Su corazón, atravesado por la bala con una puntería fuera de serie, dejó de latir.

Al cabo de unos minutos, no sé cómo, llegó Joel y, poco después, más agentes que se pusieron a recorrer la fábrica desierta mientras yo seguía aferrada al cuerpo inerte de Leo. Joel, abatido al ver a su amigo muerto, me explicó llorando que había recibido el mismo mensaje que yo, incluso me lo enseñó y yo le creí porque necesitaba un amigo y él era el único que me quedaba. Le creí.

Leo estaba muerto y una parte de mí también murió ese día con él.

No encontraron nada. Nunca supimos de dónde procedía el móvil desde el que nos enviaron el mensaje. Ni huellas, ni arma; fue como si no hubiera ocurrido. Joel, al que ascendieron y eso, por lo que me confesó, le produjo un dolor horrible del que le costó sobreponerse, se rindió pronto al no haber sospechosos y archivó el caso al cabo de una semana. Una semana... Hijo de la gran puta. ¡Le produjo un dolor horrible, dijo! Hace unos días me contó que había reabierto el caso de Leo cuando lo que de verdad quería era que volviera a confiar en él. Puto mentiroso.

Ahora

—Me he acostado con él. He cometido el terrible error de acostarme con el amigo y asesino del que tenía que ser mi marido y padre de mis hijos. ¿Cómo no me di cuenta antes? ¡Me doy asco! Ahora mismo me arrancaría la piel,

Sara.

Sara no hace preguntas. Se limita a escuchar con atención mirando la fotografía arrugada entre mis manos que aún no me he atrevido a mostrarle. Ni siquiera yo la he vuelto a mirar. Duele demasiado. Es la prueba indiscutible que culpa a Joel del asesinato y el muy demente la tenía escondida bajo otra foto imantada de nosotros dos sonrientes para poder verse cada día y demostrarse a sí mismo lo bueno que es y a quién, por haber matado a Leo, puede tener.

Sara me mira inmutable. Me inquieta no saber nunca lo que piensa y ahora, después de contarle lo que durante tanto tiempo he querido negarme a mí misma como si nunca hubiera ocurrido o pudiera retroceder en el tiempo para evitarlo, es imposible conocer su respuesta con tan solo una mirada.

—Enséñame la foto.

Alarga la mano y yo, evitando volver a ver la imagen arrugada que aparece en la polaroid, se la entrego. La mira con curiosidad. Sé lo que está viendo y, aparentemente, no parece nada extraño. Una pareja de *polis* vestidos de paisano empuñando sus armas mientras entran con sigilo en una fábrica lúgubre y abandonada de un polígono industrial a las afueras. La imagen tiene poca calidad, está oscura y apenas se distinguen los dos rostros que aparecen en ellas, pero no hace falta. Yo sé quiénes son. Somos Leo y yo desde el punto de vista del asesino, entrando en la fábrica instantes antes de recibir el impacto de bala.

—El asesino estaba en un piso superior, en una escalinata con barandilla de hierro que no fuimos capaces de ver al entrar. Como te digo, estaba todo muy oscuro. La fotografía la debió de sacar segundos antes de disparar desde el mismo ángulo —explico, algo más tranquila debido a los efectos del whisky—. Estuvo ahí todo el rato.

—¿Y cómo sabes que fue Joel? Igual tiene la foto como prueba. No te demuestra que él la hiciera y seguidamente disparara a Leo.

Lo que dice Sara es coherente, si no fuera por todo lo que he ido recordando cuando venía de camino a su casa. Todo lo que, debido al impacto emocional que padecí cuando Leo murió en mis brazos, había olvidado.

—La primera persona que acudió, pocos minutos después de que disparasen a Leo, fue Joel —recuerdo—. La excusa era perfecta: él también había recibido el mismo mensaje, algo que se apresuró en decir sin saber que a mí también me habían escrito. Y una mierda, Sara. Él ya estaba allí, escondido y esperando. Fue él quien envió ese mensaje, nos tendió la trampa, hizo esa foto

y luego disparó a Leo. Se fue corriendo en otra dirección; conocía el lugar. Saldría por otra puerta, tendría aparcado el coche a unos pocos metros y luego volvió como si pisara el lugar por primera vez. Piénsalo. A Joel le vino muy bien que Leo muriera. Consiguió ascender en cuestión de días y abandonó el caso a la semana de morir su amigo. No le interesaba continuar porque fue él.

—Eso tiene más sentido —afirma, levantando una ceja y volviendo a mirar la fotografía.

Parece asustada. Sara Mendieta, a la que yo creía una asesina sin escrúpulos y sin apenas sentimientos tras ver cómo mató a Elisa Solano, tiene miedo. Traga saliva, niega repetidas veces con la cabeza, me mira de reojo y, en un ataque de nerviosismo, se rasca la barbilla pensativa.

—Me has ayudado mucho —reconoce—, estoy en deuda contigo.

—No —la interrumpo—. No quiero que hagas nada de eso por estar en deuda conmigo. Tampoco te pido que lo mates, quiero hacerlo yo. Solo quiero saber que tengo a alguien a mi lado.

La miro fijamente. La emoción del momento y los nervios mezclados con la rabia y el dolor me impiden hablar. Ella me entiende. Yo creía que era Joel el que me entendía; nada más lejos de la realidad. Él me traicionó y acabó con mi vida. Ahora, por muy increíble que parezca, solo puedo confiar en una persona que también ha cometido un crimen. Ahora entiendo de verdad todo lo que es capaz de hacer el ser humano cuando le arrebatan lo que más ama. También entiendo a la mujer que tengo delante y por qué, por amor y por desesperación, aprendió a sobrevivir provocando la desaparición de los monstruos que no la dejaban vivir.

23.00 horas

Apoyada en la barandilla del mirador de Sarriá donde se muestra ante mí la gran ciudad, imponente y ruidosa, pienso, ya más tranquila y con la cabeza fría, qué otras opciones habría podido tener para que se hiciera justicia. Denunciar a Joel y reabrir el caso no serviría de nada porque no podría demostrar que esta fotografía la tenía él en su casa. Sé que no son pruebas suficientes para que lo inculpen por el asesinato de Leo.

Contemplo la fotografía una vez más. Estoy viendo los últimos segundos de vida de Leo. Son este tipo de fotografías las que te demuestran lo efímero que es todo. Ahora estás; en un minuto, no.

«Te equivocaste, Leo. Joel, al final, no resultó ser el amigo que creías. No resultó ser el hombre en el que puedes confiar», me lamento mirando al cielo,

no excesivamente estrellado debido a la contaminación lumínica.

Joel ya debería estar aquí. La puntualidad es importante a la hora de ceñirte a un plan aunque estos, en la mayoría de ocasiones, no salgan como tenías previsto. Llevo encima mi pistola que él mismo me dio hace unos días, aunque espero no utilizarla; podría ir en mi contra. Sé que si se declara culpable tras pedirle explicaciones respecto a la foto, luchará por sobrevivir. Y, visto lo visto, es capaz de cualquier cosa. ¿Dirán también que ha sido un suicidio si cae al vacío y en ese momento aparece el coche de Sara y lo atropella, o queda inconsciente y aprovecho para rematarlo y seguir lanzándolo colina abajo? ¿Dejarán pasar su muerte sin que se haga justicia? Y si dice que no ha sido él, tengo dos opciones, es simple: creerlo o no creerlo. Dejarlo vivir.

Estoy enloqueciendo.

¿En qué estoy pensando? No me reconozco. Yo no soy una asesina; no soy de las que andan tomándose la justicia por su mano.

No saber qué sucederá en cuestión de minutos me crispa los nervios y me aterra por igual. En todas mis elucubraciones mato a Joel de cualquiera de las maneras.

Un día leí que la conciencia no es más que el miedo de ser atrapado. Me pregunto si Joel ha podido dormir tranquilo por las noches sin ningún tipo de remordimientos. Si hace unas horas, cuando estaba dentro de mí, no le estallaba la cabeza.

Miro a mi alrededor cerciorándome de que no hay nadie. Hoy no hay coches aparcados ni lunáticos paseando por aquí. Aun así, me siento extraña, como si alguien me observara. Me giro y miro hacia los arbustos que hay al otro lado de la carretera donde me ha parecido oír algo. Trato de ver, en medio de la oscuridad, si hay alguien ahí. Quizá solo es una pareja centrada en sus asuntos, un animal o mi imaginación debido a los nervios que llevo encima. Todo esto me ha hecho olvidar por completo el edificio Mendieta aunque no a Sara. «Sara vendrá», me repito para tranquilizarme.

Otro ruido, esta vez el motor de un coche que sube la cuesta y viene hacia mí. Reconozco el Seat León de Joel y, cuando pensaba que los nervios desaparecerían al tenerlo delante por fin, todo parece ir en mi contra y se vuelven mucho más traicioneros. Sé que al hablar me va a temblar la voz, que mis piernas no responden y que apenas puedo dar un paso al frente.

—Buenas noches.

Seductor, se acerca a mí con el móvil en la mano y, cuando trata de acariciarme y darme un beso, giro la cara y no puedo fingir el asco que me da.

—¿Qué pasa? ¿Por qué hemos quedado aquí?

—¿Qué es esto?

Las lágrimas no entraban dentro del plan. Le muestro la fotografía; Joel la mira sorprendido, como si no la hubiera visto en su vida.

—¿De dónde la has sacado?

—De tu nevera. Estaba en tu nevera —logro decir—. ¿Me lo puedes explicar? Porque yo lo tengo muy claro, Joel. ¡Fuiste tú quien, después de sacar esta fotografía —le grito—, disparaste a Leo y lo mataste! Te fugaste y apareciste al cabo de pocos minutos con la excusa de que recibiste el mismo mensaje que yo. ¡Mentiroso! ¿Qué mensaje sabías que había recibido yo para decirme que había sido el mismo? El estado de *shock* en el que me encontraba no me permitió ver más allá ni sospechar de ti, pero ahora lo veo todo muy claro. Eres un asesino, Joel. ¡Tú mataste a Leo! ¡A tu amigo!

Joel, retorcido como nunca creí que pudiera ser, enciende un cigarro con calma y me muestra una media sonrisa irónica.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta, encogiéndose de hombros—. ¿Me vas a denunciar? ¿Vas a decir que en mi tiempo libre me dedico a matar *polis* para obtener lo que ellos tienen y yo deseo? Lo hice por nosotros, Isabel. ¿Aún no te das cuenta? Leo nos estorbaba, tú no le querías, no estabas bien con él. ¿Cuántas veces fui yo tu paño de lágrimas cuando él trabajaba demasiado y te dejaba sola por las noches? ¿Cuántas veces me dijiste que, en épocas de más estrés, él llegaba a casa malhumorado y no te hablaba o no te trataba todo lo bien que merecías? Dime, ¿cuántas? Reconócelo, no estabas bien y era por su culpa. Era egoísta, así era Leo aunque ahora no lo quieras ver y te empeñes en idealizarlo por que está muerto. Siempre supiste que estarías mejor conmigo. Que yo llevo años enamorado de ti y que te he querido desde siempre. ¿Por qué él? ¿Qué tenía él que no tuviera yo?

«Es un jodido psicópata».

Si sé que lo reconoce todo tan rápido, me traigo un micro y huyo corriendo para dejárselo escuchar a mis superiores. Pero ¿qué? ¿Lo encarcelarían un par de años y luego libre? No es eso lo que quiero. Quiero que muera. Hoy. Esta noche. Ahora. Y si sufre, mejor. Y si agoniza durante una hora, mejor. Y si soy la última persona a la que ve antes de morir, mejor.

Con la rabia poseyendo mi cuerpo, me abalanzo sobre él, pero Joel, más alto y más fuerte, se adelanta a mi movimiento precipitado y torpe y, de un violento manotazo que no veo venir, me lanza al suelo. Me doy un fuerte golpe en la cabeza contra el hierro de la barandilla, pero la ira va en aumento y me

levanto para seguir luchando.

Por Leo.

—¿Recuerdas lo que te dije? ¿Lo recuerdas? Que si tuviera delante de mí al asesino de Leo, lo mataría. ¡Eso es lo que dije y no fue simple palabrería!

Vuelvo a abalanzarme con toda la fuerza de la que soy capaz; un puñetazo en la cara que provoca que su nariz se ponga a sangrar de inmediato parece dejarlo un poco atontado, pero no lo suficiente para que se detenga, y vuelve a golpearme. Me agarra con fuerza del cuello dejando la mitad de mi cuerpo flotando en el precipicio por encima de la barandilla. Tengo la sensación de que me va a partir la espalda en dos. Miro hacia abajo. Tal y como tenía calculado, un mal golpe puede matarte, pero no esta altura. Pienso rápido.

—No es así como quería que salieran las cosas, Isabel —murmura, acercando su cabeza a la mía—. Te he intentado proteger dejándome chantajear y cerrando un caso antes de tiempo y mira cómo me lo pagas. No me dejas otra opción, aunque te quiera viva. Pronto descubrirán tu cadáver; posiblemente seré yo quien acuda aquí, ya sabes que todo el mundo me cree y obedece a mis órdenes, así que ¿sabes qué diremos? Suicidio. Pobrecita, no pudo superar lo de Leo. Te quería, Isabel —añade mientras yo, aprovechando la despedida y lo intenso que se ha puesto, llevo la mano a la parte trasera de mi pantalón—. Podríamos haber sido muy felices juntos. Recuerda que lo hice por nosotros y tú, ¿qué has hecho? Despreciarme y no saber valorar todo lo que he hecho por ti. Lo has estropeado todo. Hasta muerto tiene que jodernos.

Mira al cielo. El muy imbécil mira al cielo, momento en el que aprovecho para empuñar el arma contra su estómago.

—Cruz, hablas tú; cara, hablo yo —murmuro, mirándolo fijamente a los ojos.

Pero, en un último momento, soy incapaz de disparar. Me tiembla el pulso; voy a morir. Joel se ríe con la mirada fija en el arma pegada a su cuerpo y, sin dificultad, me la arrebató y la dirige a mi sien haciéndome sentir estúpida e indefensa.

—Siempre fuiste una blanda —suelta.

—No soy una asesina —claudico con desprecio.

En el momento en el que Joel está a punto de apretar el gatillo con esos ojos de loco que no parecen pertenecerle, se escuchan dos disparos a su espalda. Los dos disparos que deberían pertenecerme a mí. Pese a estar muy oscuro, distingo en la oscuridad a Sara y creo que está sonriendo; es lo último que veo antes de que mi mirada se centre en la agonía que padece Joel que, de tan

perturbado como estaba hasta hace unos segundos, ni siquiera se ha dado cuenta de que su asesina estaba detrás. Las tornas han cambiado. Joel, con la boca abierta mirándome fijamente desconcertado, cae hacia atrás lentamente. Me incorporo con dificultad, como si se me hubiesen roto todos los huesos de la espalda, y me sitúo frente a él. Quiere decir algo, pero no puede. De sus ojos brotan lágrimas de dolor, se retuerce sobre su propio cuerpo.

Agoniza y gime, pero yo, que me veía a mí misma sonriendo de placer ante esta situación por el deseo de que sufriera, lloro junto a él en sus últimos instantes de vida, como si Leo volviera a morir en mis brazos. Como si muriera por segunda vez.

23.30 horas

—Escúchame, Isabel. Escúchame. Voy a buscar mi coche y meteremos el cadáver en el maletero. ¿El coche de Joel lleva GPS? ¿Es el oficial?

—No —balbuceo—. Casi siempre conduce su coche particular. Este no... este no lo podrán localizar —termino diciendo, llevándome las manos a la cabeza y mirando a mi alrededor—. ¿Desde cuándo estabas aquí?

—Eso no importa —espeto, cogiendo el móvil de Joel, dejándolo hecho añicos de un pisotón para que no puedan localizarlo y guardándolo en el bolsillo de su chaqueta—. Cogerás el coche de Joel y me seguirás; tenemos un largo camino por delante, ¿me oyes? Tenemos que deshacernos del cuerpo y del coche. Nunca nadie puede encontrar su cadáver.

—¿Dónde lo llevamos?

—Joder, Isabel. Que eres *poli*, hostia. Reacciona y deja de llorar.

Sara desaparece corriendo cuesta arriba para ir a buscar su coche y, minutos más tarde, ambas estamos arrastrando el cadáver de Joel hasta conseguir meterlo en el maletero del Audi como si fuera un saco de patatas.

Mientras me coloco en el asiento del conductor del Seat León de Joel, Sara se encarga de deshacerse de las pruebas. En un momento, borra todo rastro que nos incrimine. La sangre se ha esfumado como si nunca hubiese estado ahí y nadie va a venir a investigar en la zona cuando den el aviso de que Joel ha desaparecido. Cuando termina, me sonrío transmitiéndome confianza y entra en el coche indicándome con un gesto que la siga.

00.05 horas

Salimos de Barcelona y cogemos la A-2 en dirección Lleida. Los pocos coches que circulan a estas horas me facilitan seguir a Sara sin dificultad; no

pierdo de vista su coche ni un solo momento. En mi estado de desconcierto de hace unos minutos no me veía capaz de hacer nada, ni siquiera de conducir. Tengo las manos temblorosas, pero lo hago. No sé de dónde proviene tanta fuerza.

No tengo ni idea de adónde vamos, pero confío en Sara y sé que, sea donde sea, será un lugar seguro. Ella es la experta en esto, yo solo soy una *poli* que no ha tenido que hacer desaparecer un cadáver en su vida. Mi trabajo es averiguar qué hay detrás de la muerte de una persona en extrañas circunstancias y esto es muy distinto a lo que había planeado. Es irreal que esté sucediendo. Hace casi veinticuatro horas me estaba acostando con el fiambre que hay en el maletero del Audi que tengo delante y lo consideraba mi amigo. Mi mejor amigo.

Pero no puedo permitirme pensar. ¿A quién he querido engañar? No soy como Joel, tampoco como Sara, que ha sido capaz de disparar a sangre fría, algo de lo que yo, aun pudiéndolo haber hecho, no he sido capaz. Me he bloqueado porque, mal que me pese, creo en la justicia, no en tomármela por mi mano como tenía pensado al principio.

01.29 horas

Enciendo la radio para evitar que se me cierren los ojos. Cambio de emisora durante cinco minutos hasta que la detengo en un programa nocturno en el que la voz de la locutora me relaja y la gente que llama parece tener problemas. Al escuchar sus voces, tristes la mayoría por una ruptura sentimental o problemas con sus hijos, sus vidas no parecen tan intensas como la que nos ha dado el maldito edificio Mendieta. Lo que sí me queda claro es que, cada uno, a su manera y tratando de encontrar su lugar en el mundo, necesita una voz amiga que le transmita confianza y le diga que todo irá bien.

«Todo irá bien», repito con la locutora, al mismo tiempo en que salimos de la autopista para desviarnos por la 504 hacia la C-53 en dirección Vilagrassa / Balaguer / Vall D'Aran.

¿Adónde vamos?

Conducimos por una carretera de doble sentido en la que me siento totalmente perdida y temerosa. Sara lleva puestas las luces largas, por lo que la visibilidad aumenta, pero no quisiera quedarme tirada en medio de la nada a estas horas.

01.50 horas

Trato de memorizar la ruta que estamos tomando. Ya llevamos un buen rato conduciendo y parece que no vayamos a ninguna parte. ¿No tiene miedo? ¿Miedo a que nos detengan en un control policial fortuito y descubran el cadáver de Joel en el maletero de su coche? Hay que tener sangre fría.

02.00 horas

Mientras recorremos un camino repleto de curvas por el que, a pesar de ser de doble dirección, la conducción se volvería temeraria si nos encontráramos con un camión de frente, mi teléfono móvil, situado en el asiento del copiloto, se ilumina, indicándome que mi abuela me está llamando. Debe de estar preocupada por mí.

«Ahora no, abuela. Ahora no», pienso angustiada. Si supiera lo que ha pasado... con qué intenciones iba... ¡Dios! Estaría tan decepcionada con su única nieta...

Y entonces, mientras sigo conduciendo detrás del coche de Sara tratando de descubrir qué hay a mi alrededor en este oscuro y tétrico paisaje que imagino de montaña, me pregunto qué es lo que pensarán las personas que tengo ahí arriba. Dicen que, cuando se van, nos observan desde una especie de plano superior. «Tonterías», me he dicho siempre. Pero ahora necesito creer fervientemente en algo que me dé fuerzas.

02.30 horas

Recorremos una carretera que nos lleva hasta un pueblo llamado Castellbó. Nunca he oído hablar de él, pero sé que estamos en la zona de los Pirineos de Lleida. Al bajar la ventanilla compruebo que hace frío; las luces del pueblo se van difuminando a medida que nos alejamos por un camino de tierra de una única dirección. Nos adentramos en un bosque denso y, después de una conducción de veinte minutos, Sara me indica con el intermitente que giramos a la derecha para, a continuación, estacionar los coches frente a una cabaña de madera de una sola planta con dos ventanitas mugrientas que me dicen que ahí no vive nadie.

—Ya hemos llegado.

Me sorprende su vitalidad y seguridad. De la boca sale vaho; me resulta impensable ir hasta el Audi de Sara, abrir el maletero y volver a ver el cadáver de Joel.

—Lo llevaremos a la parte de atrás —me indica resolutiva, mientras abre el maletero y contempla el cadáver.

¿Esto está pasando? ¿Está pasando de verdad?

Niego. Soy incapaz de hablar.

—Voy a por una pala.

Sara corre hacia la cabaña, saca una llave del bolsillo y abre la puerta mientras yo evito mirar a Joel, centrada en el bosque que rodea el lugar. A los pocos segundos, sin haber encendido la luz, Sara aparece con una pala y corre hacia mí.

—¿Me vas a ayudar o lo tengo que hacer todo yo?

Trago saliva y, sacando fuerzas de donde no me quedan, cojo a Joel por los pies. Sara, agarrándolo por debajo de los brazos, parece tener más fuerza que yo o estar más acostumbrada a estas cosas. Yo qué sé. Lo llevamos hasta la parte de atrás y nos vamos turnando para cavar un hoyo lo suficientemente profundo como para meter el cuerpo de Joel, con un poco de suerte, para siempre. Pienso en sus padres y en su hermano; en la familia de la que me hablaba siempre, cuando éramos amigos y yo salía con Leo, y a la que nunca conocí. Pienso en lo último que me dijo, en lo mucho que me ignoraba Leo y en la de veces que él me consoló. Rememoro el instante en el que esas manos, ahora cubiertas de tierra húmeda, me acariciaron la noche anterior y en la vida que le ha arrebatado Sara para que no fuera yo el cadáver.

—Se lo merecía —soy capaz de decir al fin.

—Claro que sí, Isabel —me anima con frialdad—. Tranquila.

—¿Qué voy a decir cuando me digan que ha desaparecido?

—Nada. Nunca digas nada.

3.40 horas

Sara ha estado limpiando el maletero de su coche a conciencia. Por experiencia sé que, aunque haya raspado la tela creyendo que todo rastro de sangre se ha eliminado por completo, cualquier análisis demostraría que el cuerpo inerte de Joel ha estado aquí.

—No van a relacionarme con su desaparición, tranquila —me ha dicho, leyendo mis pensamientos—. Ten, guantes. —Me ha extendido unos guantes de látex, los mismos que sé que utilizó para asesinar a Elisa, lo cual hace que me sienta casi tan miserable como ella, pese a necesitarla tanto como nunca creí que lo haría—. Limpia el volante, el cambio de marchas y todo lo que hayas tocado del coche de Joel. Después, conducirás el coche hasta Barcelona. Es muy importante que no te vea nadie. ¿Lo aparcaba en la calle o en un garaje?

—En la calle.

—Imagino que sabes dónde vivía, ¿verdad?

—Sí.

—Ve y aparca el coche cerca de su casa, en el primer aparcamiento que veas libre. Recuerda, nadie puede verte. Llegarás alrededor de las seis y media de la mañana. ¿Crees que hay peligro de que alguien te reconozca? ¿Joel tenía amigos o compañeros por la zona donde vivía? —Niego con la cabeza, aunque no estoy muy segura—. Cierra el coche, llévate las llaves a casa y quémalas. Deshazte de ellas y no vengas a mi casa en unos cuantos días. ¿Crees que podrás hacerlo o te va a temblar el pulso, policía venida a menos?

—¿Por qué haces todo esto, Sara?

—Porque las buenas chicas merecen una segunda oportunidad.

JUNIO

«El corazón, si pudiera pensar, se detendría».

FERNANDO PESSOA

Sara

Febrero, 2015

En la penumbra del salón, Santi llora, siempre en estado de alerta desde hace días, más flaco y sin saber qué hacer. Harta de esta situación, lo consuelo con remordimientos por todo lo que estoy pensando. Pienso en matarla. En subir al segundo A y cargarme a Elisa aunque acabe en prisión.

Reconozco que siempre he tenido suerte; lo he sabido hacer bien. Los nervios no suelen fallarme. Sigo libre gracias a mi astucia y mis mentiras; al gran papel de víctima que tan bien se me da interpretar. Mis tíos y Marco, muertos. Sin investigación policial ni sospechas de un posible asesinato. Fueron accidentes, tragedias provocadas por despistes, como ocurre todos los días alrededor del mundo. Quisiera tener a Julio aquí y explicarle la situación. Convencerlo para que, de alguna manera, me ayude a terminar con Elisa que sé, gracias a los monitores, que ya nunca sale de casa.

—Salvo por la noche. Sale de madrugada, no sé adónde va. Cada vez llega más tarde, creo que me es infiel o... no sé —comenta Santi, llorando y rompiéndome el corazón al verlo así.

Me callo. ¿Si esto que estamos haciendo no es infidelidad, qué es? Se acuesta conmigo; no sé cómo tiene el valor de recriminarle algo a ella que él también hace. No entiendo por qué parece dolerle. Respiro hondo y cierro los ojos apretando los párpados con fuerza. Pienso en la complejidad del matrimonio; en las promesas que el cura en la boda nos obliga a decir y que nos empeñamos en incumplir; en todo lo que los cónyuges se callan, piensan y los atormenta, y en la razón que cada uno cree llevaron los momentos cruciales que nos ponen a prueba.

—Quiere arruinarme, Sara. Quiere dejarme sin blanca. Ya me lo decía mi madre: «Separación de bienes, Santi». Y no le hice caso.

—Me amenaza —suelto, sin poder ocultarlo ni un solo día más.

Pongo en orden las palabras; a veces me cuesta estructurar el caos de mi mente: fechas, personas y sucesos. Se lo acabo contando todo: desde el día en el que conocí a Elisa en el negocio del que se convirtió, años más tarde, en mi

marido; el lío que tuvo con él y el hijo que, según un correo electrónico, le decía que esperaba. ¿Dónde está ese niño? No lo sé. Él tampoco; Elisa nunca le ha hablado de ningún hijo que hubiera tenido en el pasado. Le relato con pelos y señales el maltrato al que me sometió Marco sin incluir el tema de la esclavitud sexual que ejercí durante años y que aún me avergüenza por si alguien me recrimina por qué no fui capaz de salir de todo eso mucho antes. Le hablo del rostro pálido y la presencia sin sentido de su mujer el día de mi boda. Y ahora, de repente, todo esto: las amenazas y cómo me evita cada vez que nos encontramos en el portal, salvo el enfrentamiento del otro día. Un enfrentamiento en el que temí no poder controlar la rabia que siento hacia ella y el asco que me da por todo lo que le hace a la persona que, ahora mismo, más quiero en este mundo. A punto estuve de romperle la cara. De estamparla contra la pared y asfixiarla o vete a saber qué más, si no hubiera llegado el bueno de Fermín.

Santi, tocando con nerviosismo su cabello, se levanta y va hacia la ventana. Su mirada está perdida en algún punto de la calle; me pregunto qué piensa y si ha adivinado que el hecho de que se mudaran aquí no fue fruto de la casualidad.

—Se empeñó en vivir aquí, en este edificio —murmura, como si me estuviera leyendo el pensamiento—. Ahora entiendo por qué. No voy a permitir que te pase nada, Sara. Nada. Por mi parte, voy a arreglarlo todo. Hablaré con mi abogado para que mis negocios y mi dinero estén a salvo. La voy a dejar en la ruina.

—Pero seguirá amenazando. Puede demostrar que tiene un hijo de Marco y puede quitármelo todo —me lamento.

—No. Huiremos. A tu cabaña, tengo muchas ganas de verla.

—Bueno, es algo sencillo, no esperes gran cosa. Queda a dos horas y media de aquí, es el lugar más recóndito que he encontrado.

—Seguro que es maravilloso —comenta, guiñándome un ojo y dándome un beso—. Deberíamos tener una contraseña, como en las películas —sugiere divertido.

—¿Una contraseña?

—Sí, para quien llegue más tarde. ¿Qué te parece esta?

Santi se acerca a la pared; da dos golpes, después uno y otro más.

—Vale —acepto—. Esa será nuestra contraseña —me río, sin tomármelo muy en serio.

—Volveré mañana —promete decidido—. Volveré mañana y te haré el amor

con las mismas ganas de siempre. Y dentro de poco, de muy poco, estaremos juntos. En esa cabaña o en cualquier otro lugar, da igual. Pero juntos.

—Siempre juntos —repito, a punto de llorar de la emoción.

Madrugada del 24 de marzo, 2015

Buenas noticias. Santi, un hombre bueno pero también influyente, ha sabido utilizar bien sus cartas. Ha dejado a Elisa sin un solo euro y, más furiosa que nunca, lleva días en los que ha aumentado el número de amenazas en forma de notas sin sentido cada vez más delirantes. Ha batido su propio récord: ocho en tan solo seis horas. Debe de estar desesperada ahora que se ha dado cuenta de que su marido no es tan tonto como pensaba y la va a dejar sin nada. La veo irritada a través de los monitores del «Ataúd Blanco». Mucho más flaca, bebe en exceso y se pasa las horas sentada en el sofá o mirando por la ventana. A veces me mira a mí como hizo el día que llegó al edificio. No sé si sabe que es una cámara que la espía y que soy yo quien está detrás o solo se trata de un punto que le llama la atención preguntándose si esa «perlita» es un elemento decorativo perteneciente a los altos techos tallados de otra época.

Hace días que Santi y yo trazamos un plan. De nada nos serviría huir si no acabamos antes con ella. No nos dejará en paz, Santi lo ha reconocido. Elisa puede ser tan manipuladora como Marco; al igual que él, debe morir. Cuántas veces me lo he repetido frente al espejo tratando de ignorar a la voz que me dice: «Ni un asesinato más. Ni un cargo de conciencia más». No suelo escucharla, no es lo que ahora mismo me conviene.

—Nos seguirá. Nos encontrará. No quiero que exista, Sara. No puedo seguir viviendo si sé que Elisa puede aparecer en cualquier momento para hacerte daño.

—Para hacernos daño —le corregí.

Esas palabras me hicieron ver la luz. Santi tenía razón, teníamos que acabar con ella. Matarla. Y qué poco me costaba a mí terminar con la vida de quien no me quiere bien. Qué poco.

—¿Te ha visto alguien? —le pregunto, agitada y nerviosa debido a la emoción de lo que haremos mañana.

Por mi parte, lo tengo todo preparado. El traje oscuro, la pistola y la droga. Todo esto cortesía, a un precio muy caro, de mi hermano, acostumbrado a los bajos fondos de la vida.

—Hace tiempo que no me ve nadie, Sara —responde Santi con tristeza.

Ahora mismo es el hombre más triste y deshecho del mundo—. Ni siquiera mi mujer —termina diciendo abatido.

«¿La quiere? ¿Aún la quiere?», me pregunto angustiada, para negármelo a los pocos segundos al verme envuelta en sus brazos. Me besa. Estaríamos así siempre, besándonos y olvidándonos de que existe un mundo a nuestro alrededor. Le quiero. Le quiero con todas mis fuerzas, como nunca antes he querido a nadie, ni siquiera a Diego con quien, al fin y al cabo, todo se quedó en un deseo mutuo sin resolver. Un sueño por el que él perdió la vida antes de tiempo. Aquel amor que no pudo ser.

—Compraré un vuelo de ida y vuelta con dirección a Mallorca —repite, una vez más, para que quede claro—. Saldré de casa dentro de tres horas, a las seis de la mañana camino del aeropuerto. Cogeré el recibo del taxi, incluso la matrícula del taxista como posible testigo en el caso de que sospechen. Me quedaré allí un par de días y volveré. Cuando pase todo, vendré a por ti, Sara. Confía en mí, todo irá bien.

Isabel

Junio, 2015

El tiempo ha avanzado con fingida naturalidad.

Han pasado tres semanas desde que Joel no está y son sus propios compañeros los que, preocupados, están trabajando en el caso de su desaparición sin entender nada, sin sospechar de nada ni de nadie.

«Nunca digas nada», me aconsejó Sara.

No le he hecho caso. Llamo a diario a comisaría simulando preocupación. «¿Habéis avanzado en la investigación? ¿Puedo ayudar en algo?», pregunto con el corazón encogido. Nada. No tienen nada. Joel dejó el coche oficial en comisaría; casi nunca lo usaba porque se empeñaba en ir siempre con su Seat León, sin localizador, que han encontrado cerrado en la misma calle donde se encuentra su piso de la avenida Icária, en Poblenou.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste, Isabel?

—En el Boca Chica. Estuvimos tomando algo y luego me llevó a su casa. Dormí allí y, al levantarme, no estaba. Se levantó temprano para venir a trabajar, así que me fui con mi abuela y... esa fue la última vez que lo vi —les conté, sin que en ningún momento insinuaran que había habido algo entre los dos.

—¿Viste algo raro? ¿Lo notaste preocupado por algo?

—Lo vi agobiado, como siempre.

Confío en lo que Sara y yo hicimos, y sé que no descubrirán su cuerpo gracias al recóndito lugar en el que está. El plan, gracias a ella, salió mucho mejor de lo que esperaba. Es más optimista para el asesino que el cuerpo no aparezca, porque sin cuerpo no hay delito. Joel ha desaparecido. Y lo ha hecho para siempre; para ser un misterio más sin resolver y formar parte de los archivos policiales en los casos «no resueltos» en los cuales él era un experto.

Sara me enseñó a mentir. A llorar sin perder la esperanza de que aparecería cuando me comunicaron la noticia, una semana más tarde, de que no se sabía nada del inspector Sanz. «¿Estás preparada para volver?», quiso saber mi

superior. Lo estaba. Por supuesto que lo estaba, pero dentro del cuerpo no me hubiera podido centrar en ayudar a Sara, encontrar a su marido y poner fin a todo este delirio lleno de giros inesperados y enredos a los que cualquier mente cuerda no puede resistirse sin enloquecer.

Sara y yo nos vemos con discreción una vez a la semana, normalmente en su casa. Ella bebe whisky o vino asumiendo que tiene un grave problema con el alcohol, mientras yo me tomo una taza de café. Hoy, como si fuéramos dos amantes arriesgados, hemos decidido salir. Sara, poco acostumbrada desde hace meses a enfrentarse a la luz del sol, lleva unas enormes gafas oscuras que cubren su rostro. «No quiero que me vean. No quiero que me miren. Nos persiguen, Isabel. Nos persiguen», ha dicho antes de salir de casa. Está paranoica, y con razón. Yo también siento que, a cada paso que doy por la ciudad, tengo a alguien detrás de mí acechándome. Me entra un escalofrío en la nuca. Cuando miro por el balcón del piso de la abuela, no me río de quien anda un poco torcido por haber bebido de más o me contagio de la alegría de quienes salen emocionados tras una función teatral. Angustiada, empiezo a observar a quienes están quietos en la calle o sentados en un banco, en especial si son hombres. Podría ser Marco, al que reconocería de haber visto en fotografías. O el invisible y falso «Santi», cuyo rostro solo puedo imaginarme por la descripción escueta que me ha dado Sara. Podría ser cualquiera; el demonio vestido de cordero. Pueden estar leyendo un periódico, mirando su móvil o esperando a alguien, pero sospecho de todos. No me fío de nadie. Creo que todos me vigilan, que van a venir a por mí o me van a interceptar en cuanto salga de la portería. Y lo peor de todo es que sigo temiendo que le hagan daño a la abuela.

—¿Has visto a ese? ¿El que está en la fuente? Creo que nos mira, Isabel.

Miro al sospechoso apoyado en la fuente de las Tres Gracias. En absoluto nos vigila a nosotras porque, acto seguido, guarda su móvil en el bolsillo y, al llegar una mujer, la besa en los labios y se van a tomar algo a una de las terrazas que hay frente a la que nos encontramos nosotras.

—Te estás obsesionando.

Sara ha empeorado desde que, con una frialdad y determinación que no me sorprendieron en exceso, asesinó a Joel con la única intención de salvarme. Si no hubiera estado allí, el cadáver hubiese sido yo. En los últimos días ha empeorado, sobre todo desde que quise meterle en la cabeza que se olvidase de Santi y nos centrásemos en descubrir el paradero de su marido «muerto» y

de quienes —estoy segura—, colaboraron en el negocio de la prostitución que ella se cargó. Por eso la persiguen. Buscan venganza.

Cuando le dije que creía que «Santi» nunca la quiso y que lo más probable es que fuera alguien enviado por su marido, se atormentó todavía más. Le he repetido hasta la saciedad que Santi no existía, que era alguien con una identidad falsa; solo un peón dentro de los macabros planes que se traía entre manos Marco Mendieta. Pero entonces, si Marco sigue vivo, ¿de quién era el cadáver calcinado que encontraron en su coche? ¿Quién, si no es Marco, nuestra amenaza? Sara, tozuda, se niega a abandonar el edificio, peligroso debido a todo lo que ha ocurrido en muy poco tiempo, como si todas las fichas ya se hubieran movido estratégicamente con anterioridad.

—Tienes razón —afirma, compungida al cabo de un rato, dándole un sorbo al café—. ¿Y si vuelves al trabajo? —sugiere—. Desde dentro, puedes averiguar más que estando fuera.

—No —respondo rápidamente con un nudo en la garganta—. Me meterían en otros casos, no podría centrarme en esto. Lo mejor es que siga desde fuera.

—¿Te sientes preparada para volver en septiembre? —quiere saber.

—Creo que sí. Es mi trabajo. A Leo no le gustaría verme sin hacer nada.

—Bueno, ya estás haciendo algo. Vas a pillar a mi marido, ¿a que sí? —insiste, de manera infantil.

Me pone los pelos de punta cada vez que abre tanto los ojos, de un azul casi transparente que da miedo, y enarca las cejas mostrándome ese punto de locura que a veces sé que la avergüenza y otras hace como que no existe. ¿Cómo darte cuenta de que estás loco cuando así es?

—Lo encontraremos, Sara. Pero, por tu seguridad, por favor, hazme caso y sal de ese edificio.

—Lo tengo todo cerrado, te lo prometo. No corro ningún peligro. He cambiado la cerradura de la portería otra vez y también la de la verja. Siempre están cerradas con llave, no puede pasarme nada. Nadie ha vuelto a entrar, te lo aseguro.

Marco Mendieta puede estar en cualquier parte. O alguno de sus peones — como los hemos empezado a llamar— podrían estar observándonos; podría ser cualquiera. Desde el anciano que hace ver que necesita un bastón para andar o la mujer que hace como que se saca fotos a sí misma cuando, en realidad, lo que está haciendo es observarnos de cerca y grabarnos.

«No te obsesiones tú también, Isabel», me digo, aun sabiendo que ya es tarde.

Quién mueve los hilos

Tiene la capacidad de ir por el mundo aparentando algo que no es. Camina por las calles barcelonesas como si fueran suyas; nunca mira a los ojos de la gente y hace como que no ve cuando, a decir verdad, siempre está alerta. Nadie imaginaría que, con solo una llamada, es capaz de desbarajustar la vida de quien le apetezca. Ya lo hizo una vez seguida de muchas otras veces; mujeres que cayeron en la trampa y solo una que logró terminar con todo. Su aspecto no es tan poderoso e intimidante como el de hace años; el tiempo también pasa factura a los monstruos. Es capaz de mostrar una apariencia inofensiva, pero cuidado: nunca mires fijamente sus ojos, no le gusta. En cualquier momento, entre las sombras y sin que te des cuenta de su presencia, puede echar veneno en tu copa. Te desvanecerás, te debilitarás y no recordarás nada. Como si nunca hubiera existido. Te volverás loco. Puede tener un propósito o no; a veces lo hace por diversión. Pura maldad y necesidad de hacer daño. Tal vez corres peligro por saber demasiado, por inmiscuirte donde no te llaman o por querer hablar más de la cuenta y llamar la atención, como aquel pobre escritor al que nadie recuerda: Gustavo de la Cruz, un estorbo. Un loco del que creen que ahora los cócteles los bebe en las Bahamas, cuando yace bajo tierra como Diego, como muchos otros, como la vidente Lucrecia Maldonado, a la que lanzaron por el balcón antes de que cometiera una traición.

«Esto está durando demasiado —se dice quien mueve los hilos, encendiendo un cigarro detrás de la fuente de las Tres Gracias—. Debería detenerlo. Ahora les toca a ellas, ya me he divertido bastante».

Sabe que las dos mujeres, en apariencia dos amigas disfrutando de la tarde veraniega de Barcelona, hablan sobre él. Se concentra, desde la distancia, para leer sus labios:

«De quién era el cadáver que enterramos pensando que era Marco», ha dicho Sara. También se pregunta qué fue de Julio, dónde está Santi y cómo se llama en realidad.

¿Qué especie de cortocircuito ha apagado los fusibles de la agente Morgado para que se ponga de parte de una asesina? La agente de baja había sido la elegida por su pasado. Un pasado tan terrible como el de su nueva amiga. Sin embargo, su reacción al ver el vídeo no fue la esperada, nada de lo que está haciendo entraba dentro de los planes de quien mueve los hilos, que creía que Sara ya habría huido a la cabaña para evitar a Morgado. Y la necesitaba ahí, en esa cabaña perdida en el bosque, para pasar a la acción.

Quien mueve los hilos no puede evitar sonreír. Las dos mujeres aún no han descubierto que Julio no se ha retirado y sigue trabajando para quien de verdad manda. Para quien siempre ha movido ficha haciendo creer a Sara que, en un momento de debilidad, ella era la dueña y señora de todo. «Siempre tan inocente. Siempre tan confundida». Fue un gran acierto arrancarle al ser vivo que estaba creciendo en su interior. A saber de qué asqueroso era de entre los muchos clientes que tenía. Si ya estaba loca, tan loca como su difunto padre, ese fue el día que marcó un antes y un después en su manera de ser y de comportarse. El momento en el que se dejó vencer y su mente, a partir de entonces, no volvería a ser coherente ni sensata, algo que ha ayudado al hecho de que siga persiguiendo y esperando un amor que no existe realmente y que, pese a las advertencias de la agente de policía que tiene al lado, no quiere reconocer. Sara tiene los ojos vendados. Como siempre. No ve nada. Incontable había sido el dinero que ganó con ella; qué gran elección. La mejor. Sin embargo, iba a pagar muy caro el cierre de los prostíbulos que trajo como consecuencia la libertad de las prostitutas que tantos viajes y esfuerzo costaron conseguir. Y todo para nada. Fuera como fuese, iba a recuperar lo que había perdido; volvería a ser lo que un día fue y no solo la sombra del pasado que nadie recordaba.

Santiago López, Daniel Santana en realidad, ha sido un gran fichaje. El mejor apoyo para Julio, que ya tiene una edad, y no está para tanta acción como antaño. Además, así como Julio domina la mecánica como nadie, de Santiago hay que destacar sus valiosos conocimientos informáticos. Es el mejor *hacker* que podría haber contratado. Fue un gran acierto que se pareciera a Diego, aquel amor imposible que Sara aún recordaba. Lo hizo todo más sencillo. Santiago López es el mejor plan B que podría haber conseguido si las cosas se tuercen.

Quien mueve los hilos, a veces, también tiene miedo, sobre todo cuando ve que no carece de poder sobre algo. Que Santiago eligiera el vuelo siniestrado

Germanwings para que su nombre figurara en la lista de pasajeros, contradiciendo el plan que tenía orquestado con Sara, le pareció una broma pesada del destino, aunque eso ayudó a que la mujer enloqueciera aún más. Que Sara disparara a Elisa disfrazándolo de suicidio a la misma hora, fue una calamidad que destrozaba sus planes de discreción. Por suerte, la prensa se había cansado del falso matrimonio del que no volvieron a hablar. Arnau Bosch, el abogado de la familia Mendieta al que imagina retirado en las Bahamas, tuvo mucho que ver para que en la documentación falsa de Santiago figurara como domicilio el piso donde murió Elisa. Pobre Elisa... no había sido más que otra desgraciada por culpa de la fascinación del amor que sentía por Marco, dejándose llevar por un plan que, de haber evitado, seguiría viva. No tenía ni idea de cuál sería su destino; cayó en la trampa como tantas otras veces porque su corazón, desde que conoció al monstruo, jamás dejó de latir por él. Los celos que sentía hacia Sara ayudaron a que los acontecimientos se produjesen, más o menos, como tenía previsto. Una lástima, por otro lado, que su fin llegase tan pronto; era una de las prostitutas más demandadas entre los clientes, aunque de poco les hubiera servido con un bombo, fruto de una de esas noches de sexo tan bien remuneradas.

«Lo encontraremos, Sara», le promete Morgado, la agente de baja de la que ya se tendría que haber deshecho.

Quien mueve los hilos tensa la mandíbula, lanza la colilla al suelo y la pisotea con rabia. Desde el primer momento en el que la vio, supo que traería problemas pese a no estar en activo. Ni la visita de Santiago a su abuela, haciéndose pasar por el inspector Joel que sí hizo caso de la advertencia que dejaron a modo de dardo en una fotografía de su casa, pudo disuadirla de abandonar el caso.

«¿Y qué les pasa a los testarudos? ¿A los que se empeñan en ver fantasmas? —murmura entre dientes—. Mueren».

Cuando ve que las dos mujeres se levantan cautelosas con la sensación de estar siendo observadas, da media vuelta al mismo tiempo que enciende otro cigarro y se entremezcla con el bullicio de la gente por debajo de los arcos, adentrándose en la calle de Colón y pensando en cuál será su siguiente movimiento. El tiempo corre en su contra, quizá sea el momento de poner una fecha límite y recuperar todo lo que le pertenece, empezando de cero el negocio que Sara le arrebató.

«Será una noche especial. Debe ser una noche mágica en la que el mundo se

vuelva loco. Una noche en la que todo sea posible».
La noche de San Juan.

Sara

Junio, 2015

«¿Vendrá Isabel hoy?», me pregunto, sentada sobre las piedrecitas del jardín con el móvil en la mano y contemplando las flores secas y los peces que he dejado morir.

«Él no te quiso».

«Te mintió. En todo. Nunca llegó a estar casado con Elisa. Puede que ni siquiera se conocieran y que no hubiera negocios hoteleros. Claro que no había negocios. Ni hoteleros ni de nada».

«Nunca, a través del “Ataúd Blanco”, los vi juntos en casa. Nunca».

«No era quien decía ser».

«Ni siquiera se llamaba Santiago López».

«No lo volverás a ver».

«El parecido con Diego no fue fruto de la casualidad. Seguro. Todo estaba planeado, desde el principio. Marco supo que me enamoraría de él».

El pensamiento repetitivo y obsesivo, aliado y enemigo a partes iguales, tiene voz de mujer. No recuerdo la voz de Elisa, pero es ella quien me habla; a veces es Isabel y otras, yo misma.

La vibración del móvil me sobresalta. Extrañada al no saber de quién es el número del que procede el mensaje que acabo de recibir, lo abro con manos temblorosas.

Te espero en la cabaña la noche de San Juan.

S.

Santi. «¡Es Santi!», quiero gritarle a las voces. Decirles: «¿Lo veis? ¿Lo veis? Me quiere. Sea quien sea, se llame como se llame o incluso si en un principio estaba aliado con Marco, quiere seguir conmigo. El hecho de elegir la noche de San Juan es un buen presagio».

Quiero contestarle, pero resultaría peligroso. Espero que dé por hecho que estaré allí, que lo esperaré y lo recibiré con los brazos abiertos como si estos meses infernales no hubieran existido. Como si las preguntas ya hubiesen

obtenido las respuestas que necesito, en una semana volveré a estar entre sus brazos y, por muy lejos que viajemos, ya no tendremos que huir de nadie. Estaremos a salvo.

Santi sabe perfectamente dónde está la cabaña, aunque será la primera vez que la vea. Me encargué de enviarle un mapa con la ubicación exacta del recóndito lugar perdido en el norte.

Sintiéndome eufórica y feliz, me alejo de la oscuridad y, para celebrarlo, voy hasta la cocina a servirme una copa de whisky.

—Me faltas tú, Santi —digo en voz alta—, pero ya tendremos tiempo de celebrarlo, mi amor. Solos tú y yo, tal y como nos prometimos.

«No te pierdas, S.», murmuro.

A las dos horas de recibir el mensaje, he ido de compras. He arrasado en las tiendas del paseo de Gracia para que Santi me vea más guapa que nunca. Depilación, limpieza de cutis y una manicura roja, el color de la pasión, dejando atrás el miedo y la ansiedad de salir a la calle.

«Tengo tantas cosas que contarte, Santi... Han pasado tantas cosas aquí... No te las creerías, es de locos. ¿Ves lo que es capaz de hacer mi marido? Y yo tan tranquila pensando que estaba muerto. Y ambos angustiados creyendo que la amenaza era tu mujer. ¿Tu mujer? No estabais casados, mentirosillo... ¿Por qué me mentiste?». ».

Miro el móvil. Leo otra vez su mensaje.

«No estoy enfadada —continúo diciéndole, como si de verdad estuviera conmigo en el dormitorio—. Tampoco dolida. Solo estaba preocupada, por si todas las cosas que la policía me había metido en la cabeza sobre ti eran reales. Solo eso».

Será lo primero que le diga: «No estoy enfadada». Y ensayo el tono que voy a utilizar cuando esté conmigo, durante cinco minutos frente al espejo.

Hoy preparo la maleta para, dentro de unas horas, abandonar Barcelona, este edificio maldito, y vivir mis últimos momentos de soledad hasta la noche de mañana, ya en la cabaña, que desde un primer momento compré para nosotros. No quiero que sea él quien me espere a mí, será una sorpresa. Seré yo la que lo reciba. Qué ganas de verle. De volver a hacer el amor con él. De abrazarle, besarle, tocarle y que él, como siempre apasionado, me acaricie estremeciendo cada parte de mi cuerpo.

Bebo champán. Si no tuviera que conducir durante casi tres horas, le tocaría

el turno a una copita de vino y terminaría viendo *Pasapalabra* con whisky. Pero se acabó. A partir de mañana, solo beberé para celebrar las cosas importantes de la vida. Los momentos felices que me toca vivir. Que me merezco. Por todo lo que he sufrido.

Se acabaron los asesinatos y las mentiras. Desaparece el miedo y me acompaña la fuerza para poder acabar con el monstruo. Adiós a las visitas policiales indeseables y al arrepentimiento. Pero entonces, en un momento de lucidez, pienso en Isabel y en todo lo que ha hecho por mí sin que lo merezca. Como poseída por la culpa que siento al dejarla en la estacada, tecleo un mensaje en el móvil y empiezo a escribir, recorriendo a modo de despedida, cada estancia del piso que tan infeliz me hizo sentir para luego, con el tiempo, verme pletórica al cumplir con mi venganza personal.

Me voy unos días de la ciudad.

No puedo decirte dónde, no es seguro.

Sin mí estarás a salvo. Estaré bien. Estarás bien.

No me busques.

Gracias por todo.

Sara.

Isabel

Junio, 2015

*Me voy unos días de la ciudad.
No puedo decirte dónde, no es seguro.
Sin mí estarás a salvo. Estaré bien. Estarás bien.
No me busques.
Gracias por todo.
Sara.*

—No lo vas a hacer.

La llamo. Llamo mil veces a la idiota que se está dejando engañar, pero no contesta. Mierda.

Minutos más tarde, me planto frente al edificio Mendieta sumido en la más completa oscuridad. Me entran escalofríos al mirar a través de la verja el cristal de la entrada del edificio fantasma en el que ya no queda nadie, ni siquiera su propietaria. Toco al timbre una, dos, tres, hasta veinte veces, sin que alguien me conteste. No está ahí. Ha debido de irse ya. ¿Dónde? Mi cabeza, abotargada, piensa más lento de lo que ahora mismo querría, pero solo se me ocurre un lugar: la cabaña cuya parte trasera esconde el cadáver de Joel enterrado al que todos buscan.

Sara

«Lo siento, lo siento, lo siento».

Observo a Isabel desde la distancia. Parece frustrada, triste y cabreada al ver que no respondo a sus llamadas y que mi voz no le dice que suba a través del telefonillo. Acerca su rostro a los barrotos.

Atrás queda el edificio maldito al que no pienso volver. Las propiedades y todo el dinero me dan igual. Si es lo que Marco quiere recuperar, que lo coja y me deje en paz.

«Santi me salvará. Al fin tengo a alguien que me va a salvar».

Sin que Isabel, con la mirada fija en la portería, me vea, paso con mi coche

frente a ella y le digo adiós con la mano.

—Hasta la vista. Es probable que no nos volvamos a ver —me despido, deteniéndome en el primer semáforo a unos metros de donde está ella, que ha dado un paso al frente con el móvil pegado a la oreja. Pero mi teléfono no suena. ¿A quién está llamando?

Isabel

Al contemplar la portería que, de tanta vida, expectación y curiosidad presumía hasta hace poco tiempo, me viene a la mente —cómo no— Fermín, el portero que, a mi parecer, fue un traidor. Tratando de evitar la pena que me invade por la manera en la que se ha dejado engañar Sara, me sitúo en mitad de la acera y marco el número de uno de los pocos teléfonos personales que tengo de comisaría.

—Necesito un favor, García —le pido al inspector, gran amigo de Leo, con el que he hablado a veces tras la «desaparición» de Joel.

—¿Es sobre Joel? —se interesa, al otro lado de la línea.

—¿Estás en comisaría?

—Sí.

—Por favor, búscame la dirección de la vivienda del portero del edificio Mendieta. Su nombre es Fermín Camacho.

—Un minuto.

Atenta a todo cuanto pasa a mi alrededor mientras García busca la dirección del portero, me entretengo contemplando la vida del barrio. Dos ancianos hablan animadamente sentados en un banco, una mujer rubia pasea con sus dos hijas, dos colegialas están absortas en sus móviles de última generación y un hombre grande está detrás del árbol, en la acera de enfrente, con un periódico en la mano que no mira. Me está mirando a mí, aunque no estoy segura. Lleva gafas de sol. Puede que sea un periodista y solo sienta curiosidad por el edificio.

—Isabel, lo tengo. ¿Tienes para apuntar?

—Dime.

Desvío la mirada del hombre esforzándome por sujetar el teléfono pegado a mi oreja con el hombro, coger un boli del bolso y colocar la mano izquierda horizontal para anotar la dirección.

—Calle Montseny, número 188, primer piso primera puerta.

—¿Dónde cae?

—En la Torrassa, cerca de la parada de metro.

—Gracias, García. Te debo una.

—¿Está relacionado con la desaparición de Joel? ¿Fermín Camacho puede tener algo que ver, Isabel? He encontrado la dirección del portero en el despacho de Joel, me has pillado dentro —me cuenta, hablando rápida y atropelladamente. Parece nervioso.

—No, no es nada de eso. Si me entero de algo sobre Joel te llamaré. Ojalá haya suerte y aparezca pronto.

«¿Qué más puedo decir si, además de Sara, soy la única persona que sabe dónde está?».

Miro hacia donde estaba el hombre del periódico, pero ni rastro de él. Tengo otras cosas en las que pensar, pero hay algo que me da mala espina, como ya es habitual en mí desde que Joel interrumpió mi aburrida «jubilación anticipada».

Son casi las nueve de la noche. Miro la dirección de Fermín maldiciéndome a mí misma por no haber pensado en acudir antes a hablar con él. En coche, a estas horas y si encuentro aparcamiento a la primera, puedo tardar media hora más. Que me diga, si es que lo sabe o lo sospecha, quién le ha tendido una trampa a Sara que, con total probabilidad, debe de estar conduciendo por la misma autopista por la que la seguí hace ya unas cuantas noches para deshacernos del cadáver de Joel. Fermín, el portero, debe de saber si Marco sigue con vida y si fue él, durante todo este tiempo, el que lo ha manipulado a su antojo para que abriera puertas y escondiera secretos que me obsesiona sacar a la luz.

Sara

Junio, 2015

Llego a la cabaña a las doce de la noche. Con solo pensar que mañana, a estas horas, volveré a estar con Santi, un agradable escalofrío recorre mi cuerpo y no puedo borrar la sonrisa tonta que tengo ahora mismo en la cara. Parezco una adolescente; igual que aquella, la que aún no había cumplido los veinte años, que daba saltitos de emoción antes de embarcar en un crucero que resultaría ser la primera de las muchas pesadillas que vendrían después sin que yo lo previera. Visualizo la cara de Marco, más seca y arrugada en los últimos meses de su vida. Me pregunto qué vi en él cuando, con dieciocho años, tendría que haberme fijado en alguien de mi edad. ¿Fue su poder? ¿Era sin saberlo, una joven ambiciosa?

Demasiado tarde para arrepentirme.

Trato de mantener la mente fría y no pensar demasiado en que tengo un cadáver enterrado en la parte de atrás, a unos metros de distancia. Hace tiempo que los muertos dejaron de darme miedo.

Durante todo el trayecto no he dejado de pensar en Isabel. Espero que no me busque, que no intuya que he venido aquí, aunque puede que dentro de unas horas vuelva a irme a ese lugar lejano, paradisiaco y seguro con el que tantas veces soñamos Santi y yo. Espero que de esta manera esté a salvo y pueda volver a llevar una vida normal; que su abuela salga a la calle sin que su nieta se preocupe por ella y que ningún otro indeseable entre en su casa engañando a una pobre anciana a modo de advertencia. Cuánto la voy a echar de menos si no la vuelvo a ver. Cuánto ha influido en mí en tan poco tiempo cuando, hasta hace poco, éramos dos desconocidas en bandos contrarios: el del bien y el del mal. Luces y sombras para una mujer que, por motivos comprensibles, quiso terminar con la vida de quien había destrozado la suya acobardándose en un último momento, tal y como creí. Menos mal que yo estaba ahí para salvarla. Pero esto, frente a un tribunal, no serviría de nada y, a estas alturas, la búsqueda del inspector de policía debe de haber saltado a los medios, por si sirve de ayuda para encontrarlo. Isabel sería cómplice de asesinato pese a no

haber sido capaz de apretar el gatillo cuando tuvo oportunidad.

Miro por la ventana aguzando el oído. En esta zona de montaña el tiempo es agradable, hace frío pese a ser verano y el único ruido que hay es el del murmullo de una ligera brisa soplando entre las hojas y el gorjeo de los grillos. Estoy completamente sola y dudo mucho que algún habitante del pueblo más cercano sepa de mi presencia.

Descubro una botella de whisky en la despensa; voy a por una chaqueta, me sirvo una copa y, apoyada en el marco de la puerta que da al porche, dejo que la brisa de la noche acaricie mi cara. Pequeños placeres que nos ofrecen lugares sencillos perdidos en mitad de la nada. Imagino a Santi viniendo por detrás y rodeándome por la cintura mientras me besa en el cuello y me susurra al oído: «Te quiero».

Le doy un sorbo al whisky.

Santi nunca me dijo «Te quiero».

Isabel

Junio, 2015

Odio la verbena de San Juan. Una noche en la que la gente parece volverse loca, ensucian calles y playas, se emborrachan y nos ensordecen con sus estúpidos petardos que tengo que aguantar desde primera hora de la mañana. Aunque, en mis circunstancias, odio todo cuanto se mueve a mi alrededor.

—¿Te acuerdas cuánto te gustaban los petardos cuando eras pequeña? — comenta la abuela, sirviéndome una taza de café, mientras sigue hablando de mi obsesión olvidada por los petardos para niños que yo me empeñaba en lanzar con mi padre en la plaza del Sol, muy cerca de donde vivíamos.

—Eran otros tiempos —murmuro.

Miro el reloj. Todavía es temprano, pero el sueño que he tenido me ha dejado mal cuerpo. En él aparecía Sara entremezclándose con el llanto de un bebé al que no alcanzaba a ver. Sara iba difuminándose y chillaba como un cerdo a punto de ser destripado, hasta que una mano le tapaba la boca. Era la mano de Joel que, con esa mirada de loco que tenía la última vez que lo vi, antes de que Sara le disparara por la espalda, susurraba cosas ininteligibles que no he llegado a entender.

—¿Vamos al mercado? —me pregunta la abuela, sacándome de mi ensimismamiento.

—Poco rato —le advierto.

Ese «poco rato» en el mercado se convierte en tres tediosas horas que soporto sin dejar de pensar en Sara y en la visita que tengo pendiente a Fermín hasta que llegamos a casa a las dos del mediodía.

—Te vas a quedar escuálida —me ha reprochado indignada cuando le he dicho que me tengo que ir y no me da tiempo a comer con ella.

Leo de nuevo el mensaje que Sara me escribió ayer. No hay tiempo que perder, puede estar en peligro y no estoy haciendo nada para evitarlo.

En la calle, trato de recordar dónde dejé aparcado el coche de Leo la noche anterior. Doy la vuelta a la manzana, me pierdo por un par de calles y giro a la

izquierda aliviada al ver el Opel encajonado entre un enorme Jeep y un BMW al que le doy un golpe en la matrícula para poder salir.

Hay tráfico. Tardo cuarenta minutos en llegar a la Torrassa y, aunque las calles no son muy amplias, hay un aparcamiento de tierra justo al lado de donde vive Fermín. Estoy sudando. El sol abrasador del mediodía me abofetea mientras subo por la calle del Montseny y me detengo frente a una autoescuela en la que pone con letras grandes y verdes «Gregor», en el mismo bloque de cuatro pisos donde vive el portero. La entrada es estrecha, humilde y sencilla, nada que ver con el edificio Mendieta en el que trabajaba Fermín. Toco al timbre. No contesta nadie. Insisto hasta en cinco ocasiones hasta que la voz chillona de una mujer reprende mi acción de malas formas.

—Lo siento. Busco a Fermín.

—¡No está en casa! —responde a gritos cabreada.

—¿Sabe cuándo volverá?

Pero no hace falta que conteste. Fermín cruza la calle bordeando los contenedores y, tan amistosamente como lo recuerdo, se planta frente a mí.

—La inspectora de baja —me saluda—. Pensaba que no la volvería a ver.

—Necesito hablar con usted, Fermín. Necesito saber por qué ha huido.

—No he huido, estoy aquí, en mi casa —contesta, señalando la portería—. Pero nadie me ha venido a buscar al lugar correcto. Vamos al bar, ahí es donde me paso la mayor parte del día con tal de no aguantar a la loca de mi mujer.

Subimos la calle y entramos en el primer bar que encontramos. Ya conocen a Fermín; en cuanto nos sentamos, le traen una cerveza fría y yo pido un café.

—¿Qué quiere saber? —pregunta, tras darle el primer sorbo a la cerveza—. Creo que ya se han olvidado de mí, así que ya no debo de estar en peligro.

—¿Quién ha hecho todo esto, Fermín? Tú lo sabes, ¿verdad? ¿Ha sido Marco Mendieta?

—¿El señor Mendieta? Con todos mis respetos —ríe el hombre sin tomarme en serio—, los muertos no pueden armar este jaleo.

—¿Y si no está muerto? —conjeturo, cruzándome de brazos.

—Encontraron su cadáver calcinado en el coche.

—Pongamos que no era él.

—Era él, créame.

—¿Cómo está tan seguro?

—El señor Mendieta, aunque demonio, no era el peor de todos. Se dicen muchas cosas o, al menos, yo las sabía. Ya sabe, los porteros, aunque no queramos, nos enteramos de todo. El dinero que tenía Marco no venía del

imperio inmobiliario de su padre, sino de prostíbulos y negocios turbios que su familia desconocía. Tenía camaradas, pero también enemigos más cerca de lo que él podía sospechar.

—Eso ya lo sé.

—Sara, a la que ha ido a visitar últimamente. Esa. Esa es la que tendría que estar encerrada.

—¿Por qué?

—Por las cosas malas que ha hecho. Por todo lo que le hizo a su marido.

—¿Qué le hizo?

—Ella fue la que ordenó que calcinaran el coche, fíjese lo que le digo. Puto dinero. Todo, siempre, por el puto dinero y la herencia del señor Mendieta.

—¿Y si tenía sus motivos? —conjeturo, dudando por primera vez de la versión que me dio Sara y de toda una vida de abusos e injusticias por las que me apiadé de ella dejándola libre. Borrando aquel vídeo. Aquel vídeo...

—¿Para qué tenemos a la policía? ¿A la justicia? Si su marido le hacía algo, tendría que haberlo denunciado, no quemar su coche con él metido ahí dentro. Qué agonía. ¿Se imagina morir quemado? Que no digo que no le hiciera cosas, ¿eh? A la pobre señora Mendieta se la veía muy desmejorada siempre. Hombres que entraban y salían de su casa aun no estando el marido. En fin, llegué a sospechar cosas muy raras, pero un portero no debe inmiscuirse en la vida de los vecinos. Primera lección de un portero. No soy nadie para juzgar, Dios me libre.

—¿Quién se ha puesto en contacto con usted? ¿Por qué se fue sin decir nada? —Asiente mirándome fijamente como para no distraerse de la conversación.

—Después del accidente del señor Mendieta me llamaron. Me daban órdenes. Todo se enredó tras la muerte de la señora Solano. Me pagaron para intentar volver loca a la señora Mendieta entrando en su piso, esparciendo un perfume... cosas muy raras.

—¿Quién? —insisto.

—La voz estaba distorsionada —se excusa, encogiéndose de hombros.

—Dígame quién es, Fermín.

—Le juro que no lo sé. No sé quién era, no ha vuelto a necesitar mis servicios. Me pagó dinero por mi silencio y por desaparecer, así que aquí estoy. Ocultando un dinero que mi mujer no sabe que tengo, pero con el que podría abandonarla y empezar a vivir un poco. Que esto no es vida —suspira, cogiendo el botellín de cerveza.

—Ayúdeme, Fermín, por favor. Es importante —suplico—. La voz, esa voz... ¿Parecía la de un hombre?

—Pues... —balbucea, se encoge de hombros, mira al techo y sigue bebiendo—. La voz distorsionada no era tan grave como para ser la de un hombre. Con total seguridad, la persona que me llamaba era una mujer.

—¿Una mujer?

—Usted no busca a un hombre. Ni al señor Mendieta, ni a Santiago López. Busca a una mujer —me asegura, con la voz temblando—. Siento no poder ayudarla más. Y la señora Mendieta, ¿cómo está?

—Se ha ido de la ciudad. No sé dónde está —miento.

—Le deseo suerte. Alguien tiene ganas de venganza.

Ahora, la que tiene que tragar saliva y siente el miedo merodeando por aquí, sigiloso y traidor, soy yo.

Salgo corriendo del bar tratando de ordenar mi mente a la vez que busco con desesperación el camino para llegar hasta la cabaña.

La noche de San Juan

Sara

20.00 horas

Se está haciendo de noche. Cuanto más se acerca el momento de volver a ver a Santi más miedo siento, no sé por qué. Nunca me había ocurrido cuando sabía que era él quien cruzaría la puerta para venir a verme.

A lo lejos, puedo escuchar petardos y fuegos artificiales procedentes del pueblo. Imagino el inicio de la verbena de San Juan en una plaza de cemento con una fuente situada enfrente de la pequeña iglesia románica en la que nunca he estado y a todos los habitantes cenando butifarra y *pa amb tomàquet* alrededor de mesas de madera cubiertas por manteles de papel. Hasta puedo oler la carne a la brasa desde mi escondite; algo que me lleva, inevitablemente, a aquella época en la que Marco me hacía pasar hambre dejándome en los huesos para seguir pareciendo una niña atractiva a los ojos de sus clientes.

Miro por la ventana comportándome como una maniática y fijándome en cada árbol y arbusto con la obsesión enfermiza de que Marco se esconde detrás. Que me vigila y me acecha, que lo ha hecho durante todo este tiempo. Pero lo único a lo que ahora mismo soy capaz de prestar atención es a una lechuga que, a lo lejos, está ululando para marcar territorio. No es agradable. Tensa el ambiente, lo convierte en algo lúgubre.

Cuento los minutos que faltan para ver a Santi. El tiempo se me antoja lento y pesado cuando no sé exactamente a qué hora vendrá, mientras termino con la botella de whisky de la despensa. Sentada en el sofá, le echo un vistazo al móvil absorta en mis pensamientos por si vibra y es Santi diciéndome que está a punto de llegar.

«Cordura».

No es un mensaje de Santi el que recibo, sino uno de Isabel que me advierte que todo es una trampa y que me vaya del lugar al que he ido.

«Sabe dónde estoy», pienso.

«Ni se te ocurra venir», le escribo.

Espero que, cuando venga, si es que recuerda dónde está la cabaña, cosa que dudo mucho por las circunstancias en las que conoció este lugar, yo ya no esté aquí. Le mando otro mensaje diciéndole que lo siento y que, tal y como le dije, lo más seguro es que me deje en paz. Por su seguridad, por la mía y por la de todos.

—Va a venir, Isabel. No tenías ni idea de nada. Santi existe y me quiere. Santi, aunque no se llame Santi, me quiere porque, ¿acaso se puede mentir con la mirada? No. Las palabras mienten; las miradas, nunca.

Isabel

20.00 horas

«¡Eres idiota!», le gritaría si la tuviera delante. La zarandearía y la abofetearía hasta que entrara en razón. Pero no es el caso. Estoy todavía a una hora y media de distancia según el GPS del móvil, mientras me quiero demostrar a mí misma que soy capaz de cambiar la rueda del coche sin necesidad de ayuda o de llamar a una grúa que tardaría, como mínimo, una hora en llegar.

Desde esta carretera con poco arcén, peligrosa y despoblada, no se escuchan petardos ni fuegos artificiales. No hay vida. El pueblo más próximo, según el cartel, está a diez kilómetros. El miedo que tenía cuando transportábamos el cadáver de Joel hasta la cabaña de Sara, que era quedarme tirada con el coche en un lugar remoto, se ha hecho realidad. Por si eso fuera poco, está anocheciendo.

No entiendo de mecánica. Leo se empeñó en enseñarme a cambiar la rueda del coche, pero no recuerdo ninguna de sus lecciones, porque pensaba que nunca me ocurriría y que, si pasaba, él estaría conmigo. Pero tenía razón. Leo siempre tenía razón.

—¿Y si no estoy? ¿Y si no tienes cobertura o batería en el móvil? Ponte en el peor de los casos. Hay que saber cambiar la rueda de un coche, ser autosuficiente y sentir que no necesitas a nadie.

—El ser humano está hecho para necesitarse, Leo. Los unos a los otros. Lo dice la Biblia, ¿no? —reí.

—¿Y lo bien que te sientes contigo mismo cuando no necesitas a nadie? —protestó seriamente, ensuciándose las manos tanto como las tengo yo ahora, pero sin éxito alguno.

22.00 horas

Sentada en la cuneta con las piernas cruzadas, viendo cómo el tiempo pasa sin que lo pueda detener y pensando en el peligro que corre Sara, sola, en la cabaña, espero, por así decirlo, una especie de milagro. Miro al cielo ya nocturno; ahora sí se oyen los petardos y fuegos artificiales. Suenan a lo lejos. Irónicamente, aunque odie la verbena de San Juan, agradezco todo el estruendo que hacen. Tengo hambre, debería haberle hecho caso a la abuela y reponer fuerzas antes de salir de casa.

—Es normal. Deberías hacerle más caso a tu abuela —dice Leo, en algún lugar de mi memoria, aunque su voz parece muy real.

—¿Leo? —lo nombro, riendo nerviosa por lo absurdo del momento.

Miro a mi alrededor con especial atención tras los arbustos de esta carretera por la que no ha pasado ni un solo coche en dos horas. No hay nadie, pero aun así, el hambre y el agotamiento puede que me estén jugando una mala pasada. O puede que esté dormida y esto sea un sueño, aunque me gustaría pensar que existe algo más que se nos escapa a la razón.

—Leo, ayúdame —le suplico, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no llorar.

—Las herramientas.

Sobresaltada, me levanto como si alguien me hubiera empujado a hacerlo. Estoy sufriendo algún tipo de alucinación, lo sé, o puede que esté sugestionada por el mal rollo que provoca estar tirada a las diez de la noche en una carretera por la que no pasa nadie, rodeada de campos que no alcanzo a ver debido a la oscuridad. No. Me niego a estar loca. Me niego a creer que Leo está aquí realmente.

—Coge la linterna, en la guantera. Te has olvidado de aflojar las tuercas de la rueda antes de levantar el coche; retira el tapacubos y coloca el gato. Rápido, no hay tiempo que perder.

Sin poder dejar de mirarlo, no es esta la escena que hubiera imaginado con un fantasma. Me agacho y obedezco a cada una de sus órdenes. Alterada, con las manos temblando y llorando, consigo levantar el vehículo con el gato hasta que la rueda pinchada deja de rozar el asfalto; procedo a retirar los tornillos y me río de nuevo al ver que la rueda sale con facilidad. Nervios. No son más que nervios.

—Ahora colócala debajo del coche, junto al gato —me indica—. Así, si el gato falla, la rueda actúa de colchón y el coche no sufriría daños al chocar contra el suelo.

Asiento y, rápidamente, voy a por la rueda de repuesto, la encajo tal y como mi alucinación me indica; pongo los tornillos y los aprieto hasta el fondo con las manos negras y grasientas.

Satisfecha conmigo misma, miro a mi lado derecho donde imagino que Leo ya no estará, pero sigo viéndolo, como si fuera real. Él sonríe y me mira con la misma dulzura de siempre.

—Buen trabajo, Isa.

—Leo.

—Todo bien. Todo correcto.

—Joel está muerto —confieso. Y decirlo en voz alta, siendo cómplice de su asesinato, me hace sentir un demonio, uno de esos a los que tanto he detestado siempre.

—Pasó lo que tenía que pasar, Isabel. Cada una de las decisiones que tomamos, por muy pequeñas que sean, nos conducen a algo —no sabemos a qué— que será decisivo en nuestras vidas. Todo sucede, siempre, por algo.

22.30 horas

Y así, mi visión se esfuma sin saber ciertamente si ha sido Leo quien me ha ayudado o soy yo que, desesperada y loca, he buscado algo en mi mente que me haga creer que después de esto siempre hay más. Que todo lo que hacemos en este mundo merece la pena.

Las diez y media. Debo centrarme. Calculo que, si no me pierdo, llegaré a la cabaña a las doce. Me subo al coche y agarro el volante con fuerza asegurándome de que el arma cargada que llevo en el asiento del copiloto, la misma con la que fui incapaz de acabar con Joel, sigue a mi lado por si la necesito.

Sara

23.00 horas

«Quisiera ver que eres tú. Reconocerte en la oscuridad y hasta en el mismísimo infierno. Pero no, no eres tú».

No es Santi quien entra por la puerta de la cabaña que yo misma he abierto. Isabel tenía razón. Santi no existe. Nunca existió. Era una trampa. Miro a Julio, al que creía con una nueva vida sosegada en su pueblo, con la misma sensación de estar viendo un fantasma. Me doy cuenta de que fui una ilusa, hace un año, al pensar que me estaba ayudando.

—Hola —saluda secamente como si en lugar de ver a alguien a quien

conoce desde hace muchos años, estuviera frente a un desconocido al que le acaban de presentar. La expresión de su rostro, burlona y altiva, unida a una sonrisa poco amistosa, me aterra como lo hacía antaño hasta que creí que estaba de mi lado.

No sé qué preguntarle y ni siquiera me interesa saber por qué está aquí hasta que lo entiendo todo al ver quién se esconde detrás del cuerpo grande de Julio.

—¿Todo este tiempo has sido tú?

Miro con estupor a Claudia. Mi suegra. La madre de Marco a la que veo, un año después, muy diferente a cómo estaba en el funeral de su hijo. Muy diferente a cómo mis ojos se empeñaron en verla siempre. Marco está muerto; la respuesta no era tan retorcida, aunque ahora me doy cuenta de que les interesaba hacerme creer que seguía vivo. Que no lo maté. Había imaginado un plan maquiavélico en el que Marco se había encargado de que fuera otro cuerpo, un mendigo, quizá, el que resultara calcinado en el interior de su coche; autopsia amañada y un sinfín de contactos que, por un maletín de dinero, hubieran ayudado al mismísimo diablo. Pero estaba equivocada. Todo este tiempo ha sido ella. ¿Por qué? ¿Por qué salir del remanso de paz que parecía darle Londres, si es que algún día llegó a estar allí, para volver y terminar conmigo con un siniestro plan cuando podría haber sido todo más fácil? Por qué traerme a Santi, de un parecido espectacular a Diego, para enamorarme y empujarme a acabar con la vida de Elisa aprovechando la poca cordura que me quedaba. Pero no puedo hablar. No me sale la voz. La cabeza me da vueltas; la cabaña parece, de repente, una sala inmensa sin principio ni final, sin ventanas ni puertas. Empiezo a temblar mirando a mi alrededor con la intención de encontrar un cuchillo, un palo o algo que me salve de esta situación y me alejo de ellos con pasos cortos y disimulados hacia atrás. Pero no tengo escapatoria. Ya no voy a poder salir de aquí. Ahora ya no soy invisible para la que fue mi suegra.

Julio me apunta con la pistola a la frente mientras Claudia, con una vitalidad sorprendente y sin el bastón que recordaba que siempre llevaba en los días de humedad, arrastra una silla y me obliga a sentarme en ella.

—Átala —ordena.

Julio saca una cuerda de esparto gruesa que pica y duele. Me obliga a estirar los brazos por detrás de la espalda y me anuda con fuerza las muñecas.

La que en otra vida fue mi suegra me mira condescendiente, como si todo fuera normal, y luego ríe. Ríe como nunca antes la había oído reír. Su voz suena más jovial de lo que la recordaba. Estoy confusa, no entiendo nada.

Trato de zafarme de la cuerda que me aprisiona, ponérselo difícil al matón, pero no tengo la fuerza suficiente ni la habilidad para desatarla.

—Menuda zorra —escupe Claudia.

—¿Qué quieres? ¿Por qué? —consigo preguntar, acobardada.

Julio se sitúa detrás de mí; me agarra del cuello sin presionar demasiado y me sigue apuntando con la pistola en la sien, tal y como yo obligué a Elisa a hacer unos meses atrás, que me parecen, en el tiempo, muy lejanos.

—Ahora ya no eres tan valiente, ¿no? Creíste que lo de hacer explotar el coche de Marco había sido idea tuya, que Julio te ayudó a ti cuando el favor me lo estaba haciendo a mí. Siempre has estado tan ciega, querida nuera, que no te has dado cuenta de nada.

—¿Idea tuya?

«Si se cargó a su propio hijo, estoy perdida».

Claudia debe de ver el terror en mis ojos. Parece disfrutar del momento.

—Tu hijo me maltrataba, Claudia —trato de explicarle, buscando una piedad que sé que no voy a encontrar. Recuerdo de nuevo sus palabras: «Cuando el favor me lo estaba haciendo a mí». Julio no obedeció mis órdenes, nunca lo hubiera hecho. Nunca trabajó para mí.

—El que tú dices que era mi hijo, Marco, no era más que una simple marioneta en mis manos, imbécil. Marco no era mi hijo, sino mi amante. ¿Tan vieja me ves? ¿Acaso creías que todo esto era fruto de *liftings* y una dieta macrobiótica? —ríe, encendiéndose un cigarro—. Tengo sesenta y tres años, Sara, no soy una anciana como creías.

Paralizada, no sé qué pensar. Cómo no me fijé en pequeños detalles; cómo, a lo largo de todo este tiempo, he pasado por alto cosas que podrían haberme salvado mucho antes.

—Cuando maté a su padre, mi marido, Marco se enfadó conmigo —explica sonriendo. Tiene mirada de loca; nunca me había fijado en eso—. Marco se convirtió en un estorbo para los negocios, cayó enfermo, ya no podía viajar, captar a mujeres, robarles sus vidas y raptarlas, así que era de vital importancia quitármelo de en medio cuanto antes aunque, en unos meses, el cáncer que llevaba a cuestas lo matara. ¿Sabías que tenía cáncer? Soy muy impaciente, ¿sabes? Lo que no sospeché, fue que, repentinamente, cambiara el testamento y te hiciera beneficiaria de la mayor parte de la herencia, incluidos los prostíbulos que tanto me costó levantar. Todo era para ti. Todo. Menudo cabrón. Cómo me cabreé cuando me la jugó y el señor Bosch, el abogado, me dio el aviso. Marco ya sospechaba que iba a quitármelo de en medio y, para

joderme, lo puso casi todo a tu nombre.

—Y bien que hizo —la reto.

—Me lo he pasado bien tratando de volverte tan loca como lo estaba tu padre.

—¿Dónde está Santi?

—¿Santi? Cariño, ¿aún crees que Santi existe? Deberías haberle hecho caso a tu amiga policía.

«Isabel, ven. Encuéntrame», imploro secretamente, cuando hace unas horas le escribía lo contrario.

—¿Alguna pregunta más?

Me muerdo la lengua tratando de contener la rabia que siento y, al mismo tiempo, quisiera poseer la labia suficiente para entretenerla un poco más.

—Elisa —digo.

—¿Qué pasa con Elisa?

—La maté.

—Sí, lo sé. Pero tranquila por eso. Nadie se va a enterar.

Me guiña un ojo y chasquea los dedos enérgicamente. ¿Quién es la mujer que tengo delante? No la reconozco, pero hay detalles que me vienen a la memoria. Las miradas que Marco y ella se dedicaban, ¿cómo no supe verlo antes? No eran miradas normales entre una madre y un hijo; eran diferentes. Lascivas, a veces. Provocadoras casi siempre.

Se encoge de hombros haciendo pucheros.

Julio, disimuladamente, me da un toquecito en el hombro que no sé cómo interpretar, mientras Claudia mira hacia otro lado. ¿Puedo confiar en él? ¿Apuntará con el arma a Claudia en vez de a mí cuando ella dé la orden?

—¿Quién era Elisa?

—Otra estúpida que se enamoró de Marco y que suponía un peligro porque podía demostrar que tenía una hija de él y nos lo hubiera arrebatado todo. No nos interesaba, ¿verdad, Sara? Hicimos bien en matarla, sí. Verás, todas caíais rendidas a sus pies sin saber que yo, su supuesta madre, era la que se lo llevaba a la cama cada noche cuando su padre, que en paz esté, estaba fuera por negocios.

—Es asqueroso.

—Es divertido —me contradice—. Las chicas malas son las mejores, Sara. Tú lo intentaste, pero siempre, querida, hay alguien mejor a quien no podrás superar.

—Eres una psicópata.

—¿Y tú no?

—La verdad, no sé qué decir —digo con tranquilidad, intentando mirar hacia arriba para encontrarme con los ojos de Julio y ver en él algo que me indique, aunque me cueste creer, que no está en mi contra.

Claudia, que camina lentamente por la cabaña fumando un cigarro, se detiene frente a la ventana. Me muestra una mueca de fastidio o de asco; de aburrimiento, quizá.

—Pensaba que esto sería más divertido. Tenía las expectativas muy altas, creo. Es una mierda.

Nunca creí escuchar esa palabra de la boca de mi suegra, siempre elegante, con modales refinados y cuidadosa en su vocabulario. Me resulta una mujer vulgar. El miedo da paso a la incredulidad al verla tan distinta hasta en la manera de caminar. No va vestida con el traje de chaqueta, normalmente de Louis Vuitton, que tanto la caracterizaba, sino con unos tejanos negros ajustados y una camisa del mismo color con los dos botones de arriba desabrochados.

—Pero ¿sabes? —continúa—. Cuando mueras, todo volverá a pertenecerme y nadie sospechará de mí. Todo el dinero y las propiedades irán de nuevo para la ancianita retirada en Londres porque Barcelona le causa la pena de saber que su marido y su hijastro ya no están con ella. No sabes cómo me jode aparentar algo que no soy, Sara, aunque quizá tú me entiendas. Me entiendes, ¿a que sí? Tú también has aparentado durante años algo que no eres.

»Al igual que tú, nací en una familia de mierda. Mi madre era prostituta y mi padre un borracho que abusaba de mis hermanas y de mí cada noche. A los catorce años, me fugué de casa sabiendo que nadie iría detrás de mí. Viajé por toda España haciendo autostop y, a veces, comía con el poco dinero que robaba. Otras veces, hacía favores sexuales para poder dormir en un lugar seguro o para recorrer ciertas distancias. Eran otros tiempos. Hasta que, cuatro años más tarde, tuve la suerte de conocer al gran señor Mendieta que acababa de abrir su tercera inmobiliaria por aquel entonces y había enviudado teniendo a su cargo un hijo de seis años que ya, de pequeño, era un diablillo. Yo solo tenía dieciocho, aunque aparentaba muchos más, y el que tan solo un año después se convertiría en mi marido, treinta y tres. ¿Te suena de algo? Le gustaban jovencitas experimentadas, se volvió loco por mí hasta que Marco cumplió los veinte y yo, que solo tenía treinta y dos y estaba harta de las infidelidades de su padre, le propuse una cena. Los dos solos. Se había convertido en un joven muy apuesto y carismático. Era maduro para su edad.

Una cosa llevó a la otra y... ¿Quieres saber más?

No. No quiero saber nada. Quiero que deje de hablar, pero enciende otro cigarro para prolongar mi agonía y sigue contándome la historia de su vida.

—El negocio de las inmobiliarias no iba muy bien. No para el nivel de vida que queríamos llevar, claro. Así que tramamos algo a espaldas de mi marido, que acabaría siendo un éxito. Sexo. ¿A quién no le gusta el sexo? Marco y yo éramos dos enfermos. Abrimos prostíbulos en lugares escondidos de mala muerte a nombre de Julio que ya, por aquel entonces, trabajaba con nosotros, y contratamos a prostitutas. Buenas prostitutas. Pero enseguida nos dimos cuenta de que nuestros clientes, depravados y maliciosos, querían algo más. Querían esclavas. Y nos encargamos de dárselo. Marco viajó a Rusia y a Colombia, entre otros países, reclutó a unas cuantas mujeres engañándolas y diciéndoles que en España trabajarían como modelos. Estaban tan desesperadas que se lo creían todo; era fácil, estaban solas y nadie las buscaría cuando desaparecieran. A pesar de no estar de acuerdo con él, cada vez fue arriesgándose más reclutando a españolas que, locas por sus huesos, hacían lo que él les pidiera hasta que se veían, de la noche a la mañana, hundidas en un infierno de sexo, drogas y maltrato por el que habían abandonado a sus familias o novios. El propio orgullo hacía que no volvieran, así como el miedo a que algo les ocurriera a ellas o a la familia que habían dejado atrás. Eso lo sabes tú bien, ¿no, Sara? El miedo. Marco sabía cómo amenazarlas y cómo hacer que no las buscaran. Padres, novios y amigos creían que todo había sido una elección de la desdichada mujer que nunca volvería a sus vidas. Marco sabía a quién engañar, tenía ojo para eso. Y un día, apareció una jovencita sin apellido que pareció provocarle un cosquilleo extraño en el estómago. Me habló de ti. Al principio trató de protegerte saliendo con Elisa a la que no pudo captar cuando la muy idiota se quedó embarazada, pero luego pude convencerle de que tú eras lo mejor para el negocio debido a tu traumático pasado que le habías contado, y lo poco que nadie se preocuparía por ti. Tardó un año en atraparte cuando lo normal era que tardase un mes, como mucho. No sé qué vio en ti, pero decidió que, para aparentar una vida normal y correcta, tú serías la privilegiada que se casaría con él y que, a cuerpo de reina, ejercerías la prostitución en vuestra vivienda. «Es un riesgo», le grité enfurecida. Pero él ya se había convertido en alguien perverso que hacía lo que le daba la gana; era imposible contradecirle. El resto de la historia ya la conoces, Sarita. No sabes lo furiosa que me puse cuando supe que habías acabado con lo que tanto nos costó levantar. Casi tanto como con

Marco cuando quiso dejarme cambiando el testamento y favoreciéndote a ti antes que a mí. Te juro que lo vas a pagar muy caro.

—¿Cuántas? ¿Cuántas mujeres?

—¿Y eso qué más da? La mayoría deben de estar muertas, como Marco.

Isabel

23.40 horas

Abro un poco la ventanilla para que al aire del Pirineo de Lleida me espabile, pero ni por esas. Apenas veo la carretera por la que conduzco; no sé si voy en la dirección correcta o no, y aún no he encontrado el cartel que debería indicarme que estoy en el pueblo que busco: Castellbó. El GPS, al igual que yo, se pierde por la falta de cobertura; no hay ruido, es una noche de San Juan silenciosa y solitaria en esta zona. Debería llegar en veinte minutos si voy en dirección correcta, pero es como si estas carreteras repletas de curvas y con una espesa neblina, más propia del invierno que del verano, me hubiesen atrapado y estuviera dando vueltas en círculos como si me encontrara en un eterno bucle o en una película de terror.

23.50 horas

Diez minutos más tarde, vislumbro a unos pocos metros lo que la miopía me permite.

—¿Pone Castellbó? ¡¿Pone Castellbó?! —grito histérica, acelerando para llegar lo antes posible hasta el cartel.

Los milagros existen. Leo en el letrero: «Castellbó». Acelero. Si algún radar me fotografía yendo a ciento cincuenta por hora en vez de a ochenta como debería, sería el menor de mis problemas.

Sara

00.00 horas

No sé cuánto tiempo llevamos así. Claudia hablando sobre Marco y delirando sobre Elisa. Riéndose de mí por lo idiota que fui al enamorarme de Santi. También ha mencionado a Diego. «No debería haber muerto —ha comentado sobre él—. El amor lo jode todo. Nos jode a todos. Nos mata sin que nos demos cuenta pensando que no tenemos nada que perder», ha dicho. Y entonces me he fijado en sus ojos. Sus pupilas negras empequeñecidas como para dificultar la entrada de luz y mantener, de esta forma, su alma en las

tinieblas. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

—Elisa me caía bien, tenía personalidad y era muy lista, aunque, al final, como todas, se dejó engañar y deslumbrar por el lujo y el dinero que ella, al contrario de las demás, sí veía. La tenía muy mimada; para mí era especial. Ella era quien debería haberse casado con Marco —ríe, poniendo los ojos en blanco.

Julio, que sigue detrás en silencio, me ha dado toquecitos en el hombro cuando Claudia se ha dado la vuelta para encender otro cigarro o cuando se ha agachado para ver qué hay en los armarios de la cocina. Quiero pensar que está de mi parte, que me va a ayudar y, finalmente, podrá retirarse a descansar a su pueblo de Salamanca al que no se fue cuando me dijo.

—Julio, me aburro. Me aburro mucho —repite.

Julio no contesta. Coloca su mano en mi cuello, hace como que aprieta, pero no me hace daño.

«Venga, hazlo. Hazlo ya», la reto con la mirada.

¿Para qué esperar?

Antes creía que, cuando el final de tu vida está cerca, todo ocurría a cámara lenta. Estaba equivocada.

Isabel

00.10 horas

No recordaba tan larga la carretera que me lleva hasta el pueblo. Las luces de Castellbó se van difuminando a medida que voy alejándome para adentrarme por el camino de tierra.

«Recuerda, recuerda», me digo, paralizada en mitad del tenebroso bosque al verme en la encrucijada de elegir si giro a la izquierda o a la derecha.

«Intermitente a la derecha. Bingo».

Las luces del interior de la cabaña, de un tono anaranjado, están encendidas. En la entrada hay dos coches, el Audi que reconozco como el de Sara y un Porsche Cayenne negro. No parece haber peligro; puede que Santi existiera de verdad, que ese coche sea suyo y estén dando rienda suelta a su pasión. Quisiera que fuera cierto y haberme equivocado, pero, por si acaso, dejo el coche a una distancia prudencial desde donde no han podido ni siquiera escuchar el motor que ya he apagado.

A medida que me acerco a la cabaña tratando de no hacer ruido y empuñando el arma, vislumbro, a través de la pequeña ventana que da a la

cocina, una silueta moverse nerviosa. No veo nada más. Se trata de una mujer, pero no es Sara. ¿Dónde está Sara?

Todos mis sentidos en alerta y la rapidez con la que me acerco no son suficientes para evitar los dos disparos que me sobresaltan y que se solapan con el ruido de los fuegos artificiales que llegan desde el pueblo. Corro hacia la cabaña; ya no veo la silueta de la mujer. Me asomo por la ventana y en el reducido espacio puedo ver a Sara sana y salva sentada en una silla y a un hombre muerto tras ella en el suelo.

Podría entrar por la puerta, pero quien ha disparado al hombre grande que identifico rápidamente como Julio sale de detrás de una cortina y, riendo, se acerca a Sara empuñando la pistola en dirección a su cabeza. No sé quién es. Es una mujer que debe de rondar los cincuenta y tantos, puede que los sesenta, pero se mantiene en forma. Es alta y atlética, se mueve con agilidad y su cabello es blanco, reluciente como la plata, con un corte por debajo de los hombros.

Sara, paralizada, no se mueve. Me doy cuenta de que es porque tiene las manos anudadas a una cuerda. No tengo tiempo para pensar, pero si irrumpo en la escena, lo más seguro es que esa mujer sea más rápida que yo y me dispare a mí antes.

Me entra el miedo. El miedo a volver a equivocarme y a no ser capaz de disparar llegado el momento. Recuerdo por qué estoy de baja policial: porque ahora mismo la vida de Sara depende de mí.

Me dejo llevar por el impulso de hacer ruido; de despistar a la mujer armada y que sea ella la que salga al exterior para ver qué pasa. Veo cómo frunce el ceño y, sin bajar el arma, rodea a Sara yendo en dirección a la puerta. Mi plan ha salido tal y como esperaba. Espero a ver cómo la abre y, cuando viene hacia mí, corro por el lateral de la casa y me sitúo en la parte trasera donde sé que hay otra puerta, evitando mirar en todo momento la tumba de Joel. Con delicadeza y el arma en alto, giro el pomo y entro. Veo, a través de la cortina que separa el espacio del salón del de la cama, a Sara sentada de espaldas a mí; la puerta principal entreabierta y la mujer con los brazos en jarra en el porche mirando a todos lados. Un paso en falso y podría acabar muerta. Un solo ruido y podría ser Sara quien, al igual que el cadáver en el suelo, recibiera un disparo en la cabeza.

Sara

00.20 horas

Una gota de sudor corre a su antojo por mi frente. Julio yace muerto detrás de mí. No me he atrevido a mirarlo; las imágenes de lo que ha sucedido circulan en mi cabeza sin poderlas detener. Ha ido todo tan rápido que no me ha dado tiempo a asimilar nada, como si fuera otra persona la que está viviendo esto. No soy yo. No sé dónde estoy. Quisiera volver a aprender a salir de mi cuerpo, como cada vez que uno de los clientes se abalanzaba contra mí con intenciones nauseabundas.

Hace unos minutos, cuando Claudia le ha hecho un gesto a Julio diciéndole que había llegado el momento de que me volase la cabeza, él ha apartado el arma de mi sien para empuñarla contra ella y entonces ha sido cuando, con una rapidez pasmosa, ha recibido un tiro. Él, descontrolado y confuso, ha disparado al aire sin que esa bala rozara a su atacante tal y como, quizá, esperaba. Ni siquiera me había parado a pensar que Julio, en realidad, conocedor de los planes de venganza de mi suegra, ha estado con ella hasta el final para protegerme.

Debería haber confiado en él, pero ya es demasiado tarde.

Después del disparo, Claudia, riendo, se ha dado un paseo por la parte de atrás de la cabaña. Luego, sin que pudiera darme la vuelta, ha venido hacia mí empeñada en acabar conmigo hasta que un ruido del exterior la ha distraído. Ahora está fuera, en el porche, escudriñando el bosque y todo cuanto hay a su alrededor. A lo lejos seguimos escuchando el jolgorio que la noche de San Juan nos ofrece a modo de espectáculo. Las luces en la lejanía, el impacto de los fuegos artificiales, el aroma a butifarra a la brasa y las risas de la gente. Gente a la que nunca conoceré.

«Sacadme de aquí», me gustaría gritar a pesar de las nulas probabilidades de que alguien me escuche.

Trato de evitar mirar al suelo; el charco de sangre que aumenta más y más me estremece, al saber que en poco tiempo también seré un fiambre junto al matón.

¿Qué planes tiene? ¿Por qué tarda tanto?

No parece haber nadie fuera, sería algún animal o un murciélago que ha chocado contra el cristal de la ventana. No espero milagros. Ya no.

Isabel

00.23 horas

Aprovecho el entretenimiento de la asesina, que contempla el bosque desde

el porche, y me acerco sigilosamente a Sara. Ruego internamente que todo salga bien. Hay poco espacio; si la mujer se da la vuelta, me pillará. Si Sara me ve, puede que, del sobresalto, emita un sonido que llame la atención y destruya este silencio necesario.

«Leo, ayúdame».

—Ha debido de ser un puto animal —oigo decir a la mujer de cabello blanco.

—¿Te queda mucho? —la provoca Sara, a la que veo hacer un movimiento extraño con las manos atadas.

Intenta deshacerse de la cuerda que oprime sus muñecas. Es cuestión de segundos que la atacante se dé la vuelta; me es imposible ayudarla. Sara no llega a tiempo de liberarse a sí misma y yo, detrás de ella y casi a punto de tocarla, me agacho y echo a correr hasta el espacio de la cocina donde me quedo sentada detrás de la barra americana, lo suficientemente alta como para cubrirme del todo y donde la mujer no tiene visibilidad desde la entrada. Mientras tanto, Sara disimula, se incorpora con normalidad como si no hubiera tratado de hacer «ninguna tontería» y me mira de reojo sonriendo.

«Estás aquí», parece querer decirme, con un brillo en los ojos que solo puede significar una cosa: esperanza.

«No te voy a dejar sola», la consuelo mentalmente.

La mujer cada vez está más cerca, pero ya no la apunta con el arma. Parece estar disfrutando; tiene ojos de loca y se ríe. No me ha visto. Me asomo por encima de la barra apuntando con la pistola y, cuando la psicópata empieza a decirle a mi amiga: «Llegó tu hora», este se queda en un simple y ridículo: «Llegó tu hooo...», al recibir el impacto de bala que le he dedicado.

Sara

00.30 horas

Me cuesta reaccionar, pero cuando lo hago, veo a Isabel corriendo hacia mí con los ojos enrojecidos, reprochándome que debería haberle hecho caso.

—Cómo se nota que eres *poli*, hostias —me río.

Pero Isabel no se ríe.

—¿Quién es? —me pregunta intrigada.

Miro a Claudia. Hay sangre, sangre que se entremezcla con la de Julio. Me alegra que haya caído boca abajo, no soportaría volver a verle la cara.

—La madre de Marco. Te lo contaré todo, Isabel. Todo. Pero ahora, por

favor, sácame de aquí —le ruego.

Isabel no dice nada. En silencio y de lado evitando rozar el cadáver de Julio, trata de desatarme emitiendo sonidos que me hacen saber que es una tarea difícil debido a la fuerza con la que se han presionado los nudos.

Estamos demasiado entretenidas como para darnos cuenta de que seguimos en peligro. Yo, mirando hacia atrás a Isabel, no me percaté de que Claudia, llevándose una mano al brazo derecho herido de bala, se está levantando despacio con una mirada que hiela la sangre.

No deberíamos haber cantado victoria antes de tiempo. Tendríamos que habernos asegurado de que yacía muerta y no dejarnos guiar por una sangre escandalosa que no demuestra nada. Los segundos, traicioneros, lo mismo te dan paz que te la quitan.

Era verdad. Estaba equivocada. Cuando estás a punto de morir, nada va rápido. Todo va a cámara lenta; es confuso y agobiante. Te entran los sudores fríos, los párpados se te cierran muy despacio y no te sale la voz de la garganta. El estómago se contrae, la cabeza se te alborota, las imágenes sucesivas te evitan el sufrimiento de lo que está a punto de ocurrir y el corazón late deprisa para luego ralentizarse y darte paz. Así es morir.

Dos estruendos. Solo dos. Nada más.

Una bala es más rápida que la otra, impacta contra mi cabeza y, de repente, una luz parpadeante me atrae para, segundos después, engañarme cuando todo se vuelve oscuro.

JULIO

«Morir no duele mucho:
nos duele más la vida.
Pero el morir es cosa diferente,
tras la puerta escondida».

EMILY DICKINSON

Sara

Julio, 2015

Preferiría estar muerta. Pero no lo estoy.

Diecinueve de cada veinte personas que reciben un disparo en la cabeza mueren al momento. Que se lo pregunten a Elisa. Yo he sido ese extraño caso que sobrevive debido a la trayectoria de la bala al atravesar mi cerebro hace un mes. El proyectil entró por la parte posterior del cráneo y salió por la parte frontal; no quedó incrustado en el cerebro y la rápida reacción de Isabel me ayudó a seguir existiendo, aunque sea dentro de un inútil caparazón.

Un especialista usó, para evitar que el cerebro se inflamase, la técnica de descompresión cerebral que se usa más a menudo para tratar heridas de guerra que para salvar la vida de mujeres atacadas por una psicópata con intención de recuperar lo que le había arrebatado. Sus negocios. Su dinero y propiedades. Pura maldad.

Llevo dos operaciones quirúrgicas de varias horas y he estado sedada durante días en estado de coma para que mi cerebro se relajase, respirando con ayuda de un respirador artificial que sigue a mi lado. Sin embargo, hay algo que no acaba de ir bien. Hay daño cerebral pese a todo. Llevo, no sé cuántos días, postrada en una cama de hospital, siendo consciente de todo cuanto pasa a mi alrededor, pero sin poder mover ni una sola ceja o hablar. Es posible que sea porque, según las palabras del doctor, la bala recorrió el hemisferio izquierdo que es el que controla las funciones del razonamiento y del lenguaje. Ahora me entero. Razono bien, solo que ellos no lo saben. Me miran con una mezcla de espanto y lástima que no soporto; Isabel es la única persona que viene a verme tratando de levantarme el ánimo y, siendo optimista, siempre se despide de mí diciéndome que todo irá bien. Quisiera decirle: «¿Y tú cómo lo sabes, policía venida a menos?».

Isabel se salvó de milagro; el arma que empuñaba Claudia se quedó sin balas con las que atacarla tras dispararme a mí, y el brazo herido le impidió alcanzar el arma que Julio aún sostenía en la mano. Por lo que me ha contado, forcejearon durante un rato hasta que Isabel consiguió dejarla inconsciente. La

cabaña se llenó de gente con uniformes de tonalidades distintas: naranja sanitario y azul de mossos d'esquadra. También dos hombres de blanco, enfundados en trajes con capucha que solo dejaban entrever su rostro, para buscar indicios, huellas, pruebas y saber qué ocurrió en un escenario en el que se toparon con un muerto, una herida grave de bala, una asesina inconsciente y una policía de baja que les dijo que se había perdido en el bosque y vino hasta aquí atraída por los disparos. El equipo médico me trasladó rápidamente en ambulancia hasta el hospital más cercano sin creer que saldría de esta. A solas, poco tiempo después de abrir los ojos, Isabel me confesó el miedo que sintió al tener que dar aviso. «Pensé en matar a Claudia y dejarte allí», murmuró arrepentida. No hacía falta que me dijera el porqué, me he quedado sin habla pero no sin memoria. Entendí el pánico que debió de padecer cuando la cabaña se llenó de gente que, afortunadamente, no sospechó que en la parte trasera se hallaba el cadáver del inspector de policía al que andan buscando y cuyo caso está a punto de archivarse por falta de pistas que les permitan a dar con su paradero.

«Deberías haberme dejado allí», pienso, sin posibilidad alguna de transmitírselo. Ni un triste movimiento con el dedo. Nada. A veces creo que mis cejas se levantan solas, como desesperadas, pero la realidad es otra muy distinta: mi rostro no expresa mueca alguna. Solo caen lágrimas. Lágrimas de ansiedad, desesperación y de culpa; de reproche hacia mí misma por no haber hecho las cosas de otra manera. Qué triste es tener que verse así, vivir como un vegetal sin saber si algún día volverás a ser la de antes.

No, ya nunca volveré a ser la de antes.

—Claudia está en el lugar que le toca, respondiendo ante la justicia imputada por un delito de trata de seres humanos. Lo más seguro es que no salga de la cárcel en su vida; han aparecido varios testigos que la inculpan de las atrocidades que cometió —informa Isabel con templanza—. Junto a ella, han sido arrastrados varios hombres que trabajaban en la sombra, dos de ellos policías jubilados, lo cual me hace pensar que fueron los que se llevaron a Diego, cuya desaparición voy a reabrir para descubrir dónde lo enterraron e imputar a sus asesinos, te lo juro. Fermín está ayudando mucho. Siento decirte que el nombre de Santiago López está olvidado y que nadie busca a la persona que se hizo pasar por él. A decir verdad, nadie puede inculparlo de nada, aunque creas que fue la persona que lanzó a la vidente por el balcón. Lo siento mucho, Sara, sé que aún debe de dolerte —prosigue, negando con la cabeza—. Hemos encontrado a algunas chicas que trabajaron en los prostíbulos y, a

través de una rueda de reconocimiento, han identificado a Claudia como la mujer que las amedrentaba y maltrataba a diario. La mayoría son de Rusia, Venezuela y Colombia. Fueron amenazadas. Eran, como tú, víctimas del miedo. Es una lástima que Marco esté muerto porque nunca podrá pagar por lo que hizo. A Claudia también se la acusa del asesinato de Julio y por haberte hecho esto a ti —susurra—. Sobre Elisa, creen que se suicidó... y no seré yo quien diga nada, aunque Gustavo también vio el vídeo. No sé dónde está, le he mandado mensajes, pero no contesta. Espero que se lo esté pasando bien, no te imaginas lo hecho polvo que estaba. —Baja la mirada e inspira hondo. Espero que nadie haya entrado en mi casa, que no hayan descubierto el «Ataúd Blanco», aunque, a estas alturas, me da igual—. Si algo me impulsó a ayudarte y encubrirte, fue tu historia. Tu pasado y tus secretos. Siento no haber aparecido antes en tu vida —confiesa sin fuerzas.

Se acomoda en la silla de piel marrón que hay a mi lado mirándome fijamente.

—He vuelto a trabajar, aunque me es imposible ver a mis compañeros igual después de lo de Joel...

«Eres fuerte. Saldrás de esta», pienso, dejándola llorar junto a mí. Si pudiera, la abrazaría. Pero no puedo. Es como si viviera en mi propio mundo, en el que no tiene cabida nadie. Es un mundo oscuro y deplorable. Un mundo en el que pasado y presente se entremezclan para coincidir en algo: el ser humano nace bueno. Es el mundo y las circunstancias vitales lo que le perturban; yo solo me defendí para seguir respirando. Es la gente con la que te encuentras, lo influenciabile que eres, la mala o la buena suerte que tengas. Las decisiones. Todo en la vida depende de las decisiones.

Isabel

Es como si estuviera dormida. Tiene los ojos abiertos, siempre alerta. A veces puedo vislumbrar un amplio abanico de sentimientos a través de sus ojos azules enrojecidos e hinchados que me acechan y me acompañan desde que me despierto hasta que me voy a dormir. Otros días no noto nada en ella. Como si la Sara que conocía ya no estuviera ahí, dentro de ese cuerpo inmovilizado por una bala que podría haberla matado pero cuya trayectoria obró el milagro de dejarla con vida. Si es que a esto que observo cada día que vengo al salir de comisaría se le puede llamar vida. Parece un envoltorio sin alma.

Debería ser ella la que se echara a llorar pero, egoístamente, soy yo la que

llora.

—Demasiada pena por hoy —digo, a punto de despedirme, secándome las lágrimas—. Son las siete, me tengo que ir. Ya sabes cómo se pone la abuela si llego tarde. Mañana tengo turno de noche, así que vendré a primera hora, ¿te parece bien?

Le acaricio la mano, tiene la piel reseca, y le doy un beso en la mejilla. Está helada.

—Ojalá pudieras hablarme, pero no te preocupes. Todo saldrá bien. Tú despertarás, te recuperarás poco a poco, y Claudia y sus secuaces se pudrirán en la cárcel. Lo conseguimos, Sara. Lo conseguimos.

Salgo de la habitación sin mirar atrás. Nunca lo hago. No quiero ver cómo se queda ahí atrapada y sola sin tan siquiera poder despedirse con un gesto de la mano. Aún la recuerdo enérgica, valiente y decidida cuando me salvó la vida. Puede que lo mejor que hubiese podido hacer por ella fuera dejarla en la cabaña, aunque eso significara no dormir por las noches por remordimiento de conciencia. Quizá Sara me odie por haberla salvado; ambas sabemos que su estado no es ningún tipo de salvación. Es una gran puta.

Avanzo por el pasillo hacia el ascensor cruzándome con el personal sanitario, enfermos, visitas y camillas, sin reparar especialmente en nadie hasta que alguien me golpea con fuerza el brazo.

—Lo siento —me disculpo distraída, mirando hacia atrás. El hombre también se gira para mirarme. Es solo un segundo. En lo único que me da tiempo a fijarme, mientras ambos seguimos avanzando, es en la bata blanca que cubre su cuerpo alto y fornido.

Ya en el interior del ascensor, me asalta un mal presentimiento y el recuerdo del hombre con el que acabo de tropezar. Un anciano, situado detrás de mí, lleva un ramo de flores parecido al que he dejado en la habitación de Sara; a mi lado izquierdo, una mujer de unos cuarenta años, con gafas y cabello corto, sujeta con fuerza el libro *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger. Dicen que es el libro maldito que inspiró a varios asesinos, entre los que se encuentra el de John Lennon. Mark David Chapman, el fan que acabó con su vida, llevaba ese día un ejemplar. Vagamente recuerdo un fragmento, la confesión de Holden cuando encuentra a su hermana Phoebe y esta le dice que su padre lo va a matar:

¿Sabes lo que me gustaría ser? ¿Sabes lo que me gustaría ser de verdad si

podiera elegir? Muchas veces me imagino que hay un montón de niños jugando en un campo de centeno. Miles de niños. Y están solos, quiero decir que no hay nadie mayor vigilándolos. Solo yo. Estoy al borde de un precipicio y mi trabajo consiste en evitar que los niños caigan en él. En cuanto empiezan a correr sin mirar adónde van, yo salgo de donde estoy y los cojo. Eso es lo que me gustaría hacer todo el tiempo. Vigilarlos. Yo sería el guardián entre el centeno. Te parecerá una tontería, pero es lo único de verdad que me gustaría hacer.

—¡Mierda! —grito, ante la atenta mirada de los dos desconocidos.

Empiezo a pulsar los botones del ascensor con la intención de volver a la octava planta cuanto antes.

—Venga, venga, venga... —repito, moviéndome de un lado a otro nerviosa.

—Señorita, antes tendremos que llegar al vestíbulo —se atreve a decir el anciano, lo más tranquilo posible.

Pero sigo pulsando desesperadamente el ocho sin darme cuenta de que el ascensor, lugar claustrofóbico donde los haya, se ha detenido, y el hombre y la mujer del libro huyen despavoridos debido a mi ataque de locura. Al verme, una pareja se lo piensa dos veces antes de entrar, así que sola, sigo pulsando el botón para que me devuelva a la habitación de Sara y así asegurarme de que lo que estoy imaginando no es real. El hombre alto y fuerte, vestido con bata blanca, es el mismo que leía un periódico mientras me miraba por el rabillo del ojo escondido tras las gafas de sol el día en que Sara cayó en la trampa y se largó a la cabaña. El mismo que fue a visitar a mi abuela para disuadirme de que abandonara la investigación. Hoy le he podido ver los ojos, solo un segundo, tiempo suficiente para saber que son verdes. Que he tropezado con el fantasma, con Santiago López. Que al fin sé cómo es su cara.

Corro despavorida hacia la habitación de Sara. El doctor me ve y, asustado, decide seguirme preguntándome, hasta en tres ocasiones, qué es lo que pasa.

—Isabel, ¿por qué corres?

No tengo tiempo para responder a su pregunta. La respuesta aparece ante nosotros cuando, al abrir la puerta, los ojos azules, casi transparentes, de Sara siguen abiertos pero sin vida.

Ya no hay vida.

Agradecimientos

Estoy profundamente agradecida a todas las personas que me han ayudado a dar forma a esta novela.

Este libro no habría sido posible sin la confianza, el apoyo y el trabajo de dos mujeres increíbles. A mi agente, Justyna Rzewuska: gracias por tu entusiasmo, tu fe, tu lealtad y tus terapias quincenales. A mi editora de La Esfera, Carmen Fernández de Blas, por confiar en esta historia y creer desde el primer momento en Sara e Isabel. A todo el equipo de La Esfera de los Libros que ha trabajado con entusiasmo en *Quién mueve los hilos*.

Mi gratitud para los miembros de mi familia y, especialmente, a mis padres, mis seguidores más fieles; estoy muy agradecida y me siento afortunada de ser vuestra hija.

A mi marido y a mis hijos. Con vosotros todo es luz.

A los que siempre estáis ahí: Elisabeth & Pep, María Hernando, Noelia Hontoria, Yolanda Morato, Ignacio Palacios, Rosa Vázquez, Kepa Menéndez, Erika Ramos, Estefanía Yepes, Fernando Vaquero y Javier Salinas.

A mis lectores, por hacer que los personajes cobren vida con vuestra lectura. Gracias por cada mensaje, por vuestro cariño y apoyo diario. Por el ruido y la publicidad que hacéis con el boca a boca recomendando mis libros.

Y a ti, que lees esto, gracias por acompañarme. Espero que nos reencontremos en la siguiente historia.

Table of Contents

[LA EXTRAÑA QUE HAY EN MÍ](#)

[MARZO](#)

[ABRIL](#)

[MAYO](#)

[JUNIO](#)

[JULIO](#)

[Agradecimientos](#)